



HISTORIA DE
UNIÓN
SOVIÉTICA

1917-1991

Carlos
Taibo



ae

La existencia de la Unión Soviética marcó de manera decisiva lo que ocurrió en el siglo xx en todo el planeta. En este libro se examina en detalle lo que la Unión Soviética fue, en la firme convicción de que el sistema correspondiente experimentó cambios notables con el paso del tiempo y se desplegó conforme a patrones diferentes en unos y otros espacios geográficos del país más extenso del globo. Se toma en consideración, además, la influencia que todavía hoy ejercen los acontecimientos de los últimos decenios y se dedica una atención singular a las características del estancamiento brezhneviano y a los problemas de esa reforma fallida que resultó ser la perestroika.



Carlos Taibo

Historia de la Unión Soviética (1917-1991)

ePub r1.0

Primo 25.10.2017

Carlos Taibo, 2010

Editor digital: Primo
ePub base r1.2



LISTADO DE SIGLAS

ABM:	Sistemas de defensa frente a misiles balísticos
CAEM:	Consejo de Ayuda Económica Mutua
CEI:	Comunidad de Estados Independientes
CSCE:	Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa
EE. UU.:	Estados Unidos
FMI:	Fondo Monetario Internacional
GATT:	Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio
GPU:	Dirección Política del Estado
KGB:	Comité de Seguridad del Estado
NEP:	Nueva Política Económica
NKVD:	Comité del Pueblo para Asuntos Internos
OGPU:	Dirección Política del Estado Unificada
OPEP:	Organización de Países Exportadores de Petróleo
OTAN:	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PC(b)R:	Partido Comunista (bolchevique) de Rusia
PCUS:	Partido Comunista de la Unión Soviética
POSDR:	Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia
RDA:	República Democrática Alemana

SALT: Conversaciones sobre limitación de armas estratégicas
URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

LISTADO DE FOTOS

1. «Domingo sangriento», 22 de enero de 1905.
2. El emperador Nicolás II (reinó desde 1894 a 1917) con su familia.
3. Aleksandr Kérenski pasando revista a sus tropas, 1917. © Getty Images.
4. Lev Trotski en los años treinta.
5. «El que es analfabeto es como un hombre ciego. Fracaso y desgracia le esperan por todas partes». Póster de alfabetización de Alekséi Radakov, 1920.
6. Lenin hablando en una plaza pública; a la derecha, Trotski, Moscú, 5 de mayo de 1920.
7. Oficiales blancos entrenándose en Inglaterra antes de regresar a Rusia para luchar contra los rojos.
8. Trabajadores de la nueva ciudad industrial de Magnitogorsk ante una pizarra que muestra el plan de trabajo para septiembre de 1930.
9. Cartel oficial soviético que muestra a Stalin con los trabajadores ante una presa hidroeléctrica nueva, década de 1930.
10. Granja colectiva en el distrito de Yazhkovo durante la siega, agosto de 1933. © Cordon Press.
11. Una arquitectura para el pueblo. El metro de Moscú, una muestra de la

- URSS de Stalin. Fue construido, en poco tiempo y en condiciones peligrosas, en gran parte por prisioneros políticos.
12. Segunda Guerra Mundial. Supervivientes soviéticos buscan a sus familiares muertos en la península de Kerch, enero de 1942. Foto de Dmitri Baltermants (SOVFOTO).
 13. Stalin, Roosevelt y Churchill en la reunión de Teherán en 1943.
 14. Un soldado soviético victorioso levanta la bandera sobre el *Reichstag* en Berlín, mayo de 1945. © Cordon Press.
 15. La rendición alemana. La plaza Roja, Moscú, junio de 1945.
 16. Stalin y sus jerarcas en 1946. De izquierda a derecha: Bulganin (con banda en el brazo), Mikoyan, Beria, Malenkov, Stalin, Molotov, Kaganóvich y Zhdánov.
 17. Símbolo de la victoria sobre el nazismo, Stalin, nombrado mariscal, adopta el uniforme militar desde 1943. El «generalísimo» en 1951.
 18. Nikita Jrushchov y Richard Nixon brindan después de su «Kitchen Debate» el 24 de julio de 1959. (UPI/CORBI-BETTMAN).
 19. Nuevos edificios de viviendas en la década de 1960.
 20. Póster con Yuri Gagarin, primer astronauta que dio la vuelta a la Tierra, el 12 de abril de 1961.
 21. El Muro de Berlín se levantó en 1961.
 22. Tanques soviéticos en las calles de Praga durante la invasión de Checoslovaquia en el verano de 1968.
 23. La nave espacial *Soyuz 9* en el muelle de despegue el 1 de junio de 1970.
 24. El presidente norteamericano Richard Nixon y el líder soviético Leonid Brézhnev brindan después de firmar varios acuerdos, Washington, 19 de junio de 1973. © Cordon Press.
 25. Mijaíl Gorbachov y su esposa hablando con gente de la calle en un suburbio de Moscú.
 26. Los líderes soviéticos Gromiko, Gorbachov y Rízhkov en el mausoleo de Lenin el 1 de mayo de 1988.
 27. Andréi Sájarov, científico y político exiliado, hablando en el Primer Congreso de Diputados del Pueblo de la URSS.
 28. Boris Yeltsin participando en la marcha «alternativa» para conmemorar el 73.º aniversario de la revolución de Octubre.

29. Boris Yeltsin y Vladimir Putin en febrero de 2000.

PRÓLOGO

El hecho de que el sistema soviético desapareciera en 1991 facilita un encaramiento general de su naturaleza y de su historia. Como es fácil comprender, semejante tarea no está exenta de problemas, dada la precariedad de nuestro conocimiento de etapas cruciales y dada la proximidad, por otra parte, de muchos de los acontecimientos que tienen que ocupar nuestra atención. Tampoco está de más recordar que la reflexión sobre el sistema soviético se ha visto marcada desde siempre por los anteojos ideológicos más dispares, circunstancia que ha contribuido poderosamente a enrarecer las reflexiones y a avivar las disputas.

Dos son los objetivos fundamentales de este libro, que constituye una versión revisada y puesta al día de un texto, *La Unión Soviética (1917-1991)*, que el autor entregó a la imprenta en 1993 y que fue objeto de varias reediciones posteriores. En primer lugar, se trata de proporcionar al lector una información que permita seguir el derrotero del sistema soviético entre 1917 y 1991. En segundo término, la obra aspira a identificar los grandes problemas que la naturaleza de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) ha suscitado y, con ellos, las grandes tesituras que aquella tuvo que afrontar. En este ámbito su propósito es, ante todo, situar a la URSS en una perspectiva histórica amplia y emplazarla en el marco político y económico propio del siglo xx. Al respecto se

antoja una tarea decisiva, por cierto, determinar en qué medida la *degradación* experimentada por el sistema soviético fue el producto de *causas naturales*, tuvo su origen en las presiones externas padecidas desde 1917 o, por el contrario, obedeció a decisiones —más o menos libres— de los dirigentes bolcheviques. La doble tarea reseñada es tanto más difícil cuanto que, pese a las apariencias, la historia que nos interesa no tiene un carácter lineal. Las etapas que identificamos con los nombres de Lenin, Stalin, Jrushchov, Brézhnev o Gorbachov presentan evidentes singularidades, que no faltan tampoco, por citar un solo ejemplo, en el interior de la propia era estaliniana: los perfiles de esta fueron manifiestamente diferentes en 1930 que uno o dos decenios después.

Así las cosas, en la configuración de los capítulos se ha optado en más de una ocasión por prescindir de la clasificación convencional que convierte la historia de la URSS en una mera sucesión de secretarios generales. El libro empieza con una introducción general que se interesa por los procesos en curso en Rusia entre principios del siglo xx y la revolución de Octubre de 1917. Ese capítulo inicial se ve acompañado por un segundo cuyo propósito es delimitar conceptualmente los perfiles del nuevo régimen, a efectos de clarificar la posterior deriva de los acontecimientos. El tercer capítulo se ocupa de las dos grandes fórmulas de organización, fundamentalmente económica, que vieron la luz en los años veinte: el comunismo de guerra y la NEP. Le sigue un estudio del núcleo de la era estaliniana, configurado en torno a la colectivización de la agricultura, una acelerada industrialización y una intensificación de las medidas represivas. El capítulo quinto procura dar cuenta de los efectos de la Segunda Guerra Mundial en la URSS, así como de los últimos años de dirección de Stalin. Los tres capítulos posteriores se ajustan a la convencional división de la historia soviética en períodos definidos por el acceso al poder de nuevos secretarios generales: Jrushchov, Brézhnev —en las páginas correspondientes nos interesamos también por el interregno protagonizado por Andrópov y Chernenko— y Gorbachov. El libro remata, en suma, con un examen somero de lo ocurrido en el espacio ruso-soviético después de 1991, con unas breves conclusiones y con una bibliografía en la que se ha pretendido incluir los materiales fundamentales que, en relación con la URSS, se han publicado en castellano, junto con una selección de monografías en otras lenguas.

Más allá de las tesis e interpretaciones defendidas en las páginas que siguen —todas ellas, con toda evidencia, discutibles—, es menester dar cuenta de tres

circunstancias a las que el autor ha procurado prestar una atención especial. En primer lugar, y por razones obvias dado el discurrir reciente de los acontecimientos, se ha procurado analizar, hasta donde un volumen de estas dimensiones lo permite, la configuración nacional del Estado soviético; a estas alturas sería imperdonable considerar que este último fue, también en el plano espacial, una entidad homogénea. En segundo término, parece innegable que, para explicar por qué la URSS discurrió por determinados caminos, era necesario tomar en consideración, en detalle, los efectos que el entorno exterior imprimió en la configuración definitiva del sistema soviético. En tercer lugar, y en fin, la influencia que todavía hoy ejercen —en el oriente europeo y en el planeta entero— los acontecimientos de los últimos decenios ha aconsejado dedicar una atención singular a las características del estancamiento brezhneviano y a los problemas de esa reforma fallida que a la postre resultó ser la *perestroika*.

Aunque la mención de los cambios correspondientes se halla incluida en el texto, antes de entrar en materia es conveniente zanjar algunos problemas relativos a la datación de los acontecimientos y a eventuales alteraciones en el nombre de entidades y ciudades. Al respecto, lo primero que hay que reseñar es que, conforme al uso más común, nos hemos servido del *calendario juliano* para dar cuenta de los acontecimientos anteriores al momento, febrero de 1918, en que Rusia optó por sumarse al *calendario gregoriano* habitual en el resto de Europa. Como el calendario *ruso* anterior a 1918 llevaba trece días de antelación al *europeo*, la conversión a este último exige sumar esos trece días a la fecha correspondiente.

Por otra parte, hay que recordar que la *Unión Soviética* como tal no hizo su aparición en octubre de 1917, sino en los últimos días de diciembre de 1922; con anterioridad, el núcleo del *Estado soviético* lo había configurado la *República Socialista Federativa Soviética de Rusia*. El nombre del partido que se hizo con el poder en octubre de 1917 se vio sometido, por lo demás, a sucesivos cambios: si en el momento de la revolución todavía era el *Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia*, en marzo de 1918 se convirtió en *Partido Comunista (bolchevique) de Rusia*, para pasar a llamarse *Partido Comunista (bolchevique) de la URSS* en diciembre de 1925 y *Partido Comunista de la Unión Soviética* en octubre de 1952. El *Ejército Rojo*, creado a principios de 1918, conservó ese nombre hasta 1946, en que los documentos oficiales empezaron a llamarlo *Ejército soviético*. Por lo que a la *policía política* del Estado se refiere, y dejando

de lado algunas efímeras denominaciones, fue conocida con el nombre de *Cheká* entre 1917 y 1922, como GPU entre 1922 y 1923, como OGPU entre ese último año y 1934, como NKVD entre 1934 y 1946, y como KGB a partir de 1954, y hasta 1991; entre 1946 y 1954 se hicieron notar dos ministerios, el de Seguridad del Estado y el de Asuntos Internos, que corrieron a cargo de las tareas correspondientes. En otro plano, Moscú se convirtió en capital del nuevo Estado en marzo de 1918. Antes la capital había sido San Petersburgo, conocida con el nombre de Petrogrado entre 1914 y 1924, con el de Leningrado a partir de ese último año y, de nuevo, con el de San Petersburgo desde 1991.

Comoquiera que en las páginas del libro no es habitual se mencionen personas o lugares geográficos cuyo empleo sea infrecuente en castellano, se ha optado por respetar las fórmulas usuales de traslado de los términos —por lo general rusos— correspondientes.

En los títulos de obras y en algunos otros casos que no se ajustan a la condición anterior se ha recurrido a una transcripción de pretensiones fundamentalmente fonéticas. Por último, este parece el lugar adecuado para llamar la atención sobre la escasa fiabilidad de muchos de los datos estadísticos referidos a los más dispares momentos de la historia soviética. Las veces en que se ha recurrido a ellos se ha hecho en la creencia de que ilustran con contundencia situaciones concretas, y no en la certidumbre de que reflejen de manera cabal la realidad.

El autor quiere agradecer, en fin, las muchas y pertinentes observaciones que sobre el manuscrito realizaron en su momento Elena Hernández Sandoica, Olga Nóvikova, Enrique Palazuelos y Jaime Pastor. Ninguno de ellos es responsable, sin embargo, de las interpretaciones que se vierten en este libro, y menos aún de los errores y deficiencias que a buen seguro incluye.

Carlos Taibo, enero de 2010

CAPÍTULO 1

LAS REVOLUCIONES RUSAS

No es propósito de este capítulo analizar en profundidad los antecedentes de los procesos revolucionarios rusos de 1917. Semejante tarea reclamaría de una monografía específica que habría de ocuparse de vicisitudes históricas diversas, de la peculiar condición económica de una sociedad en la que el capitalismo y un sinfín de fórmulas tradicionales coexistían, de los avatares de un sistema político en cuya configuración participaban por igual, también, elementos tradicionales y novedades de reciente introducción, o de la especialísima situación creada por la Primera Guerra Mundial. En las páginas que siguen, y con pretensiones mucho más modestas, nos contentaremos con bosquejar en sus más generales rasgos cuál era el entorno político, económico, social y diplomático en el que, a finales de 1917, vio la luz un nuevo orden del que nació lo que unos años después fue la Unión Soviética.

Al respecto lo primero que hay que recordar es que en los albores del siglo xx el escenario de las revoluciones que nos ocupan, el imperio ruso, no lo conformaba únicamente una entidad, Rusia, en la que, por cierto, habitaban — habitan todavía hoy— muchos pueblos no rusos. Otras naciones y territorios habían pasado a formar parte de él a lo largo de los siglos xviii y xix. Así,

Estonia, Letonia y Lituania habían sido conquistadas por Pedro el Grande a principios del siglo XVIII, mientras que el grueso de Ucrania y de Bielorrusia se habían sumado al imperio tras los repartos de Polonia realizados a finales del mismo siglo. Por vía de conquista, y también en el XVIII, se habían incorporado el janato tártaro de Crimea y algunos de los pueblos musulmanes del Cáucaso, a los que habían seguido, a principios del XIX, armenios y georgianos. En la segunda mitad del siglo XIX el ejército ruso había hecho acto de presencia, en fin, en el Asia central, trasladando hacia el sur un proceso de colonización que lo había conducido también hasta las costas del océano Pacífico. En todos los espacios geográficos mencionados se hacían notar, con mayor o menor intensidad, reivindicaciones de carácter nacional.

En la segunda mitad del siglo XIX y en los primeros años del XX el imperio ruso había albergado, por lo demás, un constante crecimiento demográfico, claramente superior al registrado en el mismo período en la Europa occidental. De 63 millones de habitantes en 1857 se había pasado a 92 en 1896 y a 122 en 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial. La superpoblación acosaba a muchas zonas campesinas, mientras se producía un rápido desarrollo de las ciudades, en las que empezaba a hacinarse un incipiente proletariado. Entre 1860 y 1914 la población urbana se había triplicado, y habían crecido, en particular, grandes centros como San Petersburgo, Moscú o Kiev.

En relación obvia con lo anterior, en el último cuarto del siglo XIX se había producido un significativo despegue industrial, que en el decenio final del siglo empezó a asociarse con el nombre de un ministro de Economía: Serguéi Witte. De la mano de Witte se había alentado la presencia de capitales foráneos y se había apostado por un Estado decididamente comprometido en la tarea de acelerar el desarrollo industrial. Al respecto, desempeñaban notorios papeles la construcción de una importante red de ferrocarriles —singularmente uno de ellos, el *Transiberiano*, iniciado en 1891—, la creación de un buen número de centros de enseñanza técnica y la configuración de un activo sistema bancario. En consonancia con una vieja tradición rusa, el Estado era, además, el principal adquirente de bienes industriales, y a tono con lo que luego sería un rasgo dominante en el sistema soviético, el grueso de la producción industrial lo configuraban bienes de equipo, y no mercancías destinadas al consumo popular.

Pese al esfuerzo realizado —por efecto, en parte, de la depresión de principios de siglo y de lo gravosas que eran las importaciones de tecnología—,

en 1913 la industria, aun siendo el sector económico más dinámico, tenía una importancia marginal: empleaba a poco más del 5% de la mano de obra y aportaba del orden del 20% de la renta total. Su desarrollo mucho tenía que ver con el apoyo gubernamental de los decenios anteriores, un apoyo que era inseparable, vistas las cosas desde otro ángulo, de un sacrificio de los intereses agrarios. En la percepción de mucha gente a este dato se sumaba otro: la política industrial avalada por los sucesivos gobiernos estaba colocando a Rusia en manos de los capitales extranjeros, alteraba muchas de las formas tradicionales de vida y, por añadidura, propiciaba un tránsito demasiado brusco en una sociedad no preparada para ello.

La convulsión era particularmente fuerte para muchos campesinos que, carentes de formación, se habían visto obligados a trasladarse a los centros industriales. Pero también tenía que ver con otra singularidad del proceso industrializador ruso, desarrollado en buena medida, no en las ciudades, y sí en las zonas rurales. En estas últimas se habían establecido muchas empresas que daban trabajo, en actividades extractivas y en complejos textiles y metalúrgicos, a un buen número de operarios. Otro rasgo de la industrialización era la proliferación de empresas en los dos extremos: junto a la aparición de gigantescos complejos fabriles, y sin un estadio intermedio, existía un sinfín de pequeñas firmas que, pese a trabajar en régimen prácticamente artesanal, en 1915 corrían a cargo nada menos que de la tercera parte de la producción industrial. Un elemento interesante más era la concentración geográfica de las industrias, que en los hechos se hallaban presentes en cinco zonas fácilmente acotables: las ciudades de San Petersburgo y Moscú, las cuencas del Dniepr y del Donets, y la Polonia en manos del imperio ruso. Por lo que a los trabajadores industriales atañe, en su mayoría se trataba de antiguos campesinos pobres, y era muy significativa también la presencia de jóvenes y de mujeres. El grado de formación, comúnmente escaso, algo tenía que ver con las sólidas relaciones que la mayoría de los trabajadores seguían manteniendo con la vida rural. Sin sindicatos, y en un régimen en el que el derecho de huelga no estaba reconocido, los trabajadores demostraron en repetidas ocasiones, sin embargo, una enorme capacidad de autoorganización. Los *consejos* que vieron la luz en 1905 y 1917, y el *artel* —una forma cooperativa de trabajo que, originaria del campo y principalmente asentada en él, se extendió a la construcción, al transporte y, en algunos casos, a la propia industria pesada—, así lo atestiguaban.

Tan solo en el área configurada por San Petersburgo y Moscú existía un

mercado estable para los productos agrícolas. Lejos de ese espacio económico la vida en el campo era muy difícil, el hambre hacía acto de presencia en los malos años y la pobreza constituía un dato estructural. Baste con recordar al respecto que en 1890 un 60% de los campesinos habían sido declarados no aptos para el servicio militar por motivos de salud. El campo estaba sometido, por lo demás, a una fuerte presión fiscal, que obligaba a los campesinos a exportar una parte de las cosechas y permitía que el Estado obtuviese —antes lo hemos insinuado— cierto volumen de divisas para mantener el impulso industrializador y unas fuerzas armadas potentes; aunque así se mitigaba el déficit de la balanza comercial, el consumo interno se resentía poderosamente. No es casual que el notable desarrollo industrial de los últimos años del siglo XIX coincidiese con un no menos notable estancamiento de la agricultura, en la que no se había verificado forma alguna de desarrollo capitalista. Pervivían en el campo, cuando no habían sido objeto de un visible reforzamiento, muchas estructuras de carácter comunal —así, la *obshchina*— que incorporaban formas elaboradas de trabajo colectivo y de organización no menos colectiva de los servicios.

Las limitaciones de la economía rusa se ponían de manifiesto a través de sus relaciones comerciales externas. Rusia exportaba productos agrícolas y materias primas varias —entre ellas petróleo—, e importaba ante todo bienes de equipo. La balanza comercial exhibía, pese a lo dicho en el párrafo anterior, un permanente déficit. En las últimas décadas del siglo XIX el país empezó a acoger, de cualquier modo, volúmenes importantes de inversión extranjera, concentrados en la minería, la metalurgia, la industria química y la producción de electricidad. La participación exterior era también notable en el caso de la banca. Pese a la relativa dependencia exterior, el Estado conservaba —no hay que olvidarlo— una significativa autonomía de decisión, que configuraba un panorama algo diferente del característico en otros países *subdesarrollados*.

En el ámbito político, en fin, ninguna de las fórmulas parlamentario-constitucionales que se habían abierto camino en otras partes de Europa gozaba de predicamento. El sistema imperante era una autocracia en la que la posición del zar se veía reforzada por un importante aparato militar, policial y burocrático en el que se hacía notar también la influencia de la Iglesia Ortodoxa y de la nobleza. A cargo del zar, que dictaba leyes a su libre albedrío, corría el nombramiento de los ministros y de los gobernadores provinciales; no se vislumbraba, por consiguiente, ningún amago de instituciones parlamentarias

supervisoras o de despliegue de un principio de división de poderes. Las fuerzas armadas, que desempeñaban evidentes funciones de control interno, habían sido desarrolladas también con objeto de garantizar que el imperio ruso, pese a sus debilidades internas, desempeñase un papel de primer orden en la arena internacional. La industrialización y la actividad financiera habían acarreado, bien es cierto, la aparición de nuevos estratos urbanos configurados por empresarios, comerciantes, miembros de las profesiones liberales y funcionarios del Estado, cuyas demandas de participación en la vida política —nunca excesivas, por cuanto la burguesía exhibía una escasa independencia con respecto a la vieja nobleza zarista, y a la propia burocracia estatal— fueron sistemáticamente desoídas hasta la crisis de 1905. A ellos se sumaba una poderosa *intelligentsia* que, descontenta, tanto había alimentado los grupos revolucionarios como se había incorporado a los movimientos nacionalistas que veían la luz en Ucrania, en Polonia o en el Cáucaso.

La revolución de 1905 y sus consecuencias

En los primeros años del siglo xx habían salido a la palestra tres formaciones políticas que exigían cambios sustanciales: mientras los socialistas revolucionarios —herederos de los populistas del xix, de los que nos ocuparemos más adelante— estimaban que la revolución que se anunciaba debía ser encabezada por los campesinos, los socialdemócratas otorgaban ese privilegio al ascendente proletariado y los liberales —el partido de los *Kadeti* o kadetes— se contentaban con reclamar una Constitución que pusiese coto a los excesos del zarismo. Desde 1903, los socialdemócratas se hallaban divididos, por añadidura, en dos facciones, la menchevique y la bolchevique, que reflejaban proyectos políticos bien distintos. La primera mostraba una inequívoca confianza en la espontaneidad y se inclinaba por formas organizativas abiertas, aun en detrimento del grado de dirección y control que sobre ellas pudiese ejercerse. La segunda, en cambio, recelosa de la acción espontánea, preconizaba una organización férrea y jerarquizada, con objetivos claramente establecidos y dirigida por un pequeño grupo de revolucionarios profesionales.

Nicolás II se había convertido en zar en 1894. Un giro fundamental en los acontecimientos se produjo cuando, diez años después, a principios de 1904,

estalló la guerra entre Rusia y Japón, en un marco caracterizado por la existencia de

[...] una clase obrera propensa a la huelga, un campesinado empobrecido, un extenso desprecio por la ley, una constante hostilidad política y una *intelligentsia* de estudiantes, liberales y profesionales distanciada del Gobierno.

Kochan, 1968, 137

Los fracasos de las operaciones militares generaron una activa oposición, a la que se sumaron, bien que desde perspectivas diferentes, empresarios, obreros, campesinos, intelectuales y miembros de las minorías nacionales. Los liberales y una parte de la burguesía que residía en el campo reclamaban que se pusiera fin a los abusos, se reconocieran derechos y libertades, y se sentasen las bases de una futura democracia representativa. Al mismo tiempo, las dos facciones socialdemócratas y los socialistas revolucionarios, con propuestas mucho más radicales, ganaban terreno por momentos con su apoyo principal, en San Petersburgo, en una organización de base popular: los *soviets*, soviets o consejos, de diputados obreros. En una posición muy delicada, y tras un sinfín de huelgas, levantamientos y motines que se desarrollaron a lo largo de todo 1905, Nicolás II se vio obligado a declarar una amnistía, reconoció las libertades de prensa, reunión y asociación, amplió el derecho de voto —las dos terceras partes de los trabajadores varones residentes en las ciudades carecían de aquel— y acrecentó las atribuciones del parlamento, la *duma*, que hasta entonces tenía un carácter meramente consultivo. A finales de 1905, los campesinos obtuvieron, por otra parte, la cancelación de muchos de los pagos a los que estaban obligados desde la redención de 1861 y se convirtieron en propietarios legales de sus parcelas.

Cuando en 1906 el nuevo marco político echó a andar, al amparo de lo que se dio en llamar la primera *duma*, se hizo evidente que los cambios no eran tan radicales como a primera vista parecían. El zar podía legislar sin contar con la aprobación del parlamento, que seguía teniendo sus funciones muy recortadas: ni se trataba de una asamblea constituyente ni sus competencias alcanzaban a todos los ámbitos. Tampoco se había mitigado, muy al contrario, la ingobernabilidad del país, azotado, además, por una oleada de violencia política y de ejecuciones

tras juicios de guerra sumarísimos; el movimiento huelguístico, sin embargo, sí que había entrado en un claro reflujo. Tras el nombramiento, en julio de 1906, de Piotr Stolipin como primer ministro, en febrero del año siguiente se convocó la segunda *duma*, en un escenario caracterizado por las agresiones gubernamentales a la libertad de prensa —la situación era, sin embargo, incomparablemente más libre que la característica en los años anteriores a 1905— y por las restricciones que pesaban sobre el derecho de voto de los asalariados. El voto de un gran terrateniente equivalía al de siete burgueses, al de treinta campesinos y al de sesenta obreros. Pese a ello, y en la paradoja enunciada por Lenin, el máximo dirigente bolchevique, la *duma* era «el cuerpo representativo más revolucionario de Europa, en el país más atrasado».

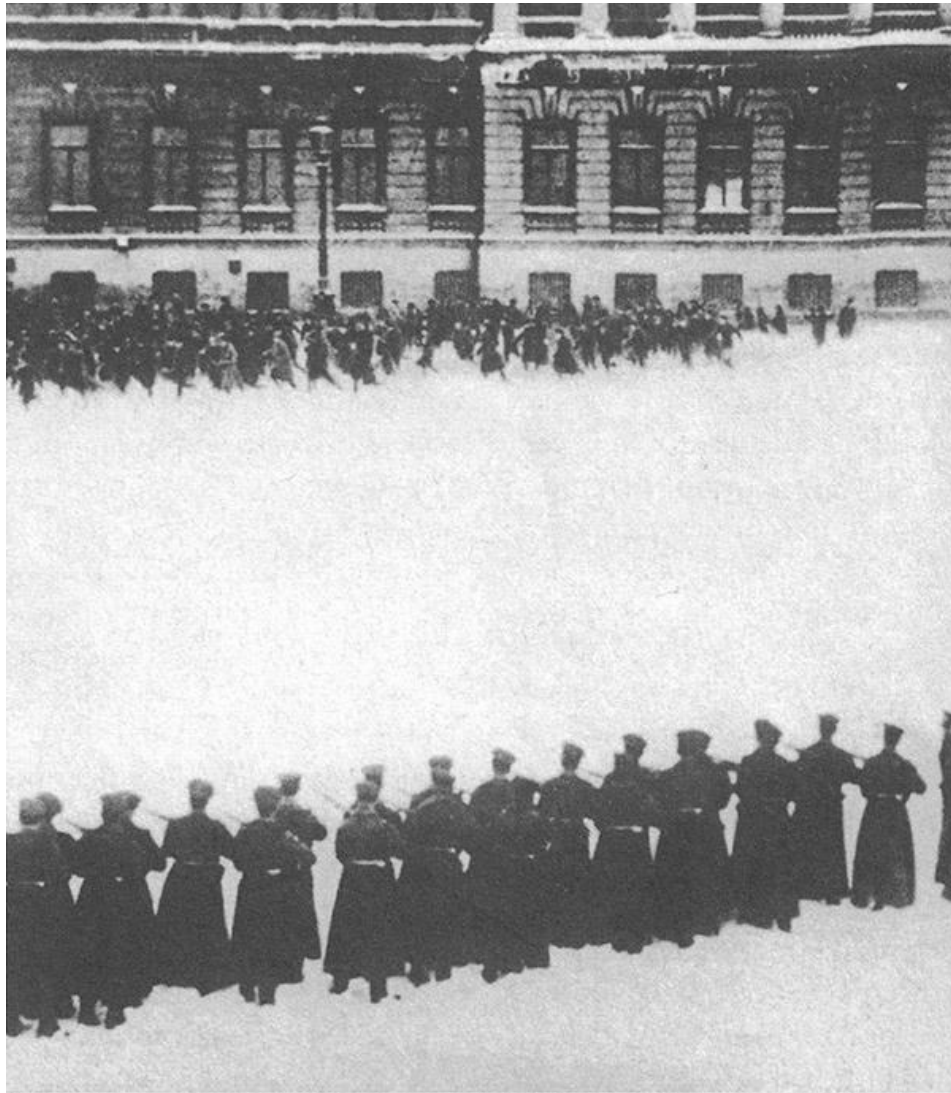


Foto 1. «Domingo sangriento», 22 de enero de 1905.

Stolipin ratificó —en claro beneficio de los terratenientes, a quienes se exigía que en adelante su producción agrícola entrase en el mercado, y los grandes propietarios— las restricciones que operaban sobre el derecho al voto y reunió, en noviembre de 1907, una tercera *duma*. Tres años después, a finales de 1910, el director de un periódico de Moscú utilizaba la expresión «anarquía ministerial» para dar cuenta de las relaciones entre el Gobierno, la *duma* y el Consejo de Estado, este último directamente dependiente del zar. Stolipin acometió un programa de modernización cuyo núcleo fundamental fue una ambiciosa política agraria. A los campesinos se les instó a abandonar las comunidades en las que se hallaban integrados, a establecer explotaciones

independientes y a comprar la tierra; el objetivo no era otro que crear una nueva clase de campesinos acomodados, los *kulakí* o kulaks, alejados de cualquier tentación revolucionaria. Las reformas de Stolipin apenas aportaron soluciones globales, sin embargo, al problema agrario, aun cuando provisionalmente, y acaso entre 1907 y 1913, mejoraran el nivel de vida en el campo —los precios de los productos agrarios subieron, se acrecentó la ayuda técnica y financiera, y se permitió el desarrollo de fórmulas cooperativas— e hicieron posible la colonización de nuevas tierras, en particular en Siberia y Kazajistán.

Stolipin fue asesinado en 1911, pero ello no impidió que un año después fuese elegida, con las mismas arbitrariedades y la misma inoperancia que las anteriores, una cuarta *duma*, en la que la voz cantante la siguieron llevando los grandes propietarios, y los industriales conservadores, que poco antes habían apoyado al primer ministro asesinado. Los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial registraron, de cualquier modo, un notable auge industrial favorecido por la coyuntura internacional del momento: el número de los obreros, por ejemplo, subió de 1 800 000 en 1910 a 2 500 000 en 1914, al tiempo que se producía una formidable concentración empresarial, auspiciada por los grupos bancarios. El desarrollo industrial se había visto reforzado también por la necesidad de reequipar a unas fuerzas armadas que habían sido puestas en evidencia con ocasión de la guerra contra Japón. La situación de los asalariados —con sueldos muy bajos, viviendas muy deficientes y sometidos a una dura presión fiscal— no había mejorado, sin embargo, algo que probablemente guardaba relación con la precariedad de sus organizaciones y con el reflujo que en esos años habían experimentado los partidos revolucionarios.

En julio de 1914, Rusia entró, enfrentándose a Alemania, en la Primera Guerra Mundial. El zar —confiado en que una guerra uniese, por fin, al pueblo ruso en una causa común— apeló al sentimiento patriótico de la población, que respondió a su llamada, no sin que se hicieran notar algunos desórdenes en la cuenca del Volga y en áreas de Siberia. Pronto fueron visibles, de cualquier modo, los efectos del bloqueo alemán, de la dependencia que Rusia exhibía con respecto a las materias primas foráneas y de la debilidad del sistema ferroviario. La escasez de herramientas, de fertilizantes y de una mano de obra que en buena medida había sido movilizada ocasionó, por otra parte, una situación muy delicada en el campo. El reclutamiento obligatorio afectó también, como no podía ser menos, a la producción industrial, cuya situación no mejoró con el hacinamiento de miles de refugiados en las grandes ciudades; el costo de la vida

no dejaba de crecer mientras la escasez de alimentos era cada vez más notoria. Entretanto, las operaciones militares no discurrían por el mejor camino para las unidades rusas, cuyas campañas de 1914, 1915 y 1916 —lamentablemente subordinadas a los intereses de las potencias occidentales aliadas— habían sido ostentosos fracasos. Polonia, Lituania y parte de Bielorrusia habían caído en manos de los alemanes, el ejército zarista se hallaba visiblemente desmoralizado y las deserciones se multiplicaban.

El derrocamiento del zarismo: la revolución de Febrero de 1917

La degradación de todas las relaciones no encontraba ninguna respuesta eficaz, en una situación que un dirigente kadete, Vasili Maklakov, describió comparando a Rusia con

[...] un automóvil que se confiara a un chófer tan incapaz que inevitablemente lo conduce al desastre. Los que van dentro y saben conducir no se atreven a intervenir, pues si el coche quedase un segundo sin conductor se iría al abismo. El chófer lo sabe, y por eso puede divertirse con la alarma e impotencia de los pasajeros.

Kochan, 1968, 339

La moral de las tropas alcanzó su punto más bajo a principios de 1917. Nada parecía augurar, sin embargo, que un régimen que había superado el envite de 1905, que había conseguido llevar adelante las reformas de Stolipin y que, pese a todo, y con un formidable aparato policial, se mantenía de pie en medio de un sangriento conflicto mundial, estaba al borde del colapso. Ni siquiera Lenin —quien en enero de 1917 afirmaba: «Puede que nosotros, los miembros de la vieja generación, no veamos las batallas decisivas de la revolución que está por venir»— fue capaz de prever la aceleración que los acontecimientos experimentaron en ese mismo año. Menos previsor fue, claro, el propio Nicolás II, quien acaso hubiera podido frenar la deriva de los hechos si, en febrero de 1917, se hubiese mostrado dispuesto a realizar concesiones no en exceso onerosas.

En la capital, Petrogrado, la situación no podía ser más propicia para un movimiento revolucionario: a las protestas obreras por la escasez de alimentos se sumaban la reducción de la producción industrial, la disolución del poder gubernamental y las malas noticias que llegaban de los frentes de batalla. Entre el 23 y el 25 de febrero las huelgas y las manifestaciones se extendieron, y el día 26 se produjo una sangrienta represión por parte del ejército; a las pocas horas, sin embargo, la guarnición de la capital confraternizaba con los huelguistas. El 2 de marzo, el zar abdicaba y se formaba un Gobierno provisional que, compuesto mayoritariamente por miembros del partido de los kadetes, declaró una amnistía y se comprometió a respetar las libertades y a convocar una asamblea constituyente producto de la libre elección popular. Por añadidura, el nuevo Gobierno reconoció los derechos de Finlandia y Polonia a la independencia, procedió a destituir a los gobernadores zaristas y disolvió la policía y los cuerpos de seguridad del viejo régimen. La escasa fortaleza del Gobierno provisional era, de cualquier modo, evidente. Se puso de manifiesto en particular cuando le hizo sombra otra institución, el soviet de Petrogrado, que en los meses siguientes permitiría que obreros, soldados e intelectuales radicales ejerciesen una poderosa influencia. El proceso revolucionario se extendió rápidamente a las grandes ciudades y a los centros industriales, para alcanzar después las guarniciones militares y núcleos de población más pequeños. La forma que adoptaba en todos esos lugares era de nuevo la del soviet o consejo.

De acuerdo con el punto de vista, inevitablemente ingenuo, común entre los miembros del Gobierno provisional, la liquidación de la monarquía y la instauración de un régimen democrático solo dejaba pendiente de solución un problema: el de la guerra. Las primeras tomas de posición al respecto reivindicaban la prosecución de las operaciones armadas hasta alcanzar la victoria; con el paso del tiempo, sin embargo, se fueron abriendo camino otras ideas, que reclamaban el mantenimiento del esfuerzo bélico, bien que con una renuncia expresa a cualquier propósito anexionista, o, simplemente, una paz que, de nuevo, no implicase anexiones ni sanciones. Lo cierto es que, obligados a depositar toda su atención en la guerra, los sucesivos gobiernos provisionales —hubo varios— apenas acertaron a mitigar las graves tensiones internas que se hacían notar en la sociedad rusa. Otro problema decisivo era el vinculado con su mencionado carácter *provisional*. En los hechos, los gobiernos que se fueron sucediendo optaron por aplazar la convocatoria de elecciones, amparándose en los supuestos obstáculos que tal convocatoria estaba obligada a sortear: la

ausencia de instituciones locales democráticas, las dificultades de elaboración de un censo electoral solvente y el problemático voto de los militares aconsejaban, desde el punto de vista de los kadetes, una postergación de las elecciones. No era la única cosa que el Gobierno provisional postergaba: comoquiera que de su mano se mantenía en el poder buena parte de la vieja clase dominante, no puede sorprender que pospusiese también cualquier modalidad de reforma agraria y que hiciese del ejército, del mantenimiento de la guerra y de las proclamas patrióticas elementos fundamentales en la preservación de su poder.



Foto 2. El emperador Nicolás II (reinó desde 1894 a 1917) con su familia.

La debilidad del Gobierno —que carecía, entre otras cosas, de un aparato policial solvente en que apoyarse— se vio medianamente compensada por el apoyo que mencheviques y socialistas revolucionarios, no sin reservas, proporcionaron. Para los primeros, en particular, la dirección de una *revolución burguesa* como la que se estaba gestando debía correr a cargo de un partido burgués como era el de los kadetes. La situación política se caracterizaba, en cualquier caso, por una notable inestabilidad: no podía ser de otro modo cuando, en Petrogrado, el poder se lo repartían un Gobierno provisional escasamente revolucionario y un soviet que reflejaba el descontento, y la voluntad de cambio, de los partidos radicales y de buena parte de los trabajadores que vivían en la capital. En palabras del primer ministro, el príncipe Gueorgui Lvov, el soviet

tenía «poder sin autoridad», mientras que el Gobierno exhibía «autoridad sin poder» (Kochan, 1968, 384). La discrepancia entre las exigencias del soviét y las constantes decisiones del Gobierno que ratificaban viejas situaciones era evidente.

En este marco se hizo notar por primera vez con fuerza la línea política que defendían, con Lenin a la cabeza, los bolcheviques: si por un lado se trataba de denunciar abiertamente todos los apoyos recibidos por el esfuerzo de guerra, por el otro era necesario situarse en la perspectiva de un tránsito desde la revolución burguesa a un segundo estadio revolucionario, en el que el poder debía recaer en manos del proletariado y de los campesinos más pobres, lo cual exigía, por lógica, una activa oposición al Gobierno provisional. En sus *Aprielskij tezisaj* («Tesis de abril») Lenin se pronunciaba por la transferencia de todo el poder a los consejos obreros y campesinos, así como por la expropiación de las grandes propiedades. Aunque en aquellos momentos los consejos estaban dominados por mencheviques y socialistas revolucionarios, en la opinión de Lenin eran muchas las posibilidades de que, con un programa como el mencionado, los bolcheviques se convirtiesen rápidamente en mayoría. La propia pervivencia — decisión del Gobierno provisional— del monopolio del Estado sobre los cereales, y de los precios fijos consiguientes, había acrecentado el descontento de los campesinos con respecto a los nuevos gobernantes.

A principios de mayo de 1917, y con acerbos críticas bolcheviques, tanto mencheviques como socialistas revolucionarios decidieron configurar un gobierno en coalición con los kadetes. Preocupados ante todo por la posibilidad de estallido de una guerra civil, los mencheviques y los socialistas revolucionarios ponían también de manifiesto su temor a ejercer el poder en solitario. El nuevo gabinete solicitaba una paz sin anexiones, reconocía el derecho de autodeterminación de los pueblos, anunciaba la consolidación de una fuerte autoridad central, asumía un modelo económico similar al imperante en la mayoría de los países de la Europa occidental y se comprometía a preparar la entrega de la tierra a los campesinos. Su incapacidad para, en los hechos, poner fin a la guerra fue causa, sin embargo, de su desprestigio, y muy en particular del de los mencheviques. El número de desertores crecía de manera formidable, la moral en el frente estaba por los suelos y, tal y como había previsto Lenin, los bolcheviques no dejaban de ganar terreno. Si en febrero no contaban con más de 20 000 afiliados, en abril eran ya casi 80 000, y a finales de julio superaban los 200 000, con una escasa presencia, eso sí, de campesinos. La influencia de los

bolcheviques en los comités de soldados que iban viendo la luz seguía siendo, de cualquier modo, reducida. La estrategia bolchevique, que en pocas palabras apuntaba a radicalizar las tensiones, chocaba frontalmente con la desplegada en aquellos momentos por mencheviques y socialistas revolucionarios, entrampados en un Gobierno que no acometía reforma alguna y que no mostraba tampoco inclinación a poner fin a la guerra.

En un escenario en el que no faltaban esfuerzos alemanes para debilitar la retaguardia rusa —así habían sido interpretadas por algunos la autorización para que Lenin regresase a Rusia, a través de Alemania, en un tren blindado, y la entrega de sumas importantes de dinero a los bolcheviques—, más bien parecía que la guerra era utilizada por el Gobierno como un señuelo cuyo objetivo era aunar voluntades en los momentos críticos, operación tanto más delicada cuanto que los éxitos militares no llegaban. La reacción de los soldados ante ese estado de cosas fue la elección de comités directores de las unidades y el envío de delegados a los soviets, en quienes reconocían una autoridad política que, en términos generales, negaban al Gobierno provisional. El grueso de los oficiales parecía inclinarse, en cambio, por la adopción de fórmulas disciplinarias muy duras, que devolviesen su entidad, y su capacidad de combate, al ejército. La idea de una guerra estrictamente defensiva se hizo, sin embargo, común entre los responsables de los frentes, tanto más cuanto que en junio fracasó ostentadamente una ofensiva rusa más, esta vez en el frente sudoeste.

La revolución de Octubre de 1917

Las protestas populares se intensificaron en el mes de julio, que se saldó con una nueva crisis ministerial, en beneficio de posiciones más conservadoras. El nuevo gabinete, presidido por un socialista moderado, Aleksandr Kérenski, que anteriormente había sido ministro de Justicia y de la Guerra, optó por desplegar distintas medidas represivas y condenó cualquier intento encaminado a entregar la tierra a los campesinos. Entretanto, los kadetes se reservaban el derecho a vetar toda ley que no fuera de su agrado y decidían postergar, una vez más, la convocatoria de elecciones a una asamblea constituyente. Por detrás empezaban a hacerse consistentes los proyectos que reclamaban el concurso de un hombre fuerte encargado de establecer una dictadura militar. Eran los mismos momentos

en los que los bolcheviques, sin descartar una actividad política legal que, sin embargo, les era difícil, empezaban a hablar directamente de la toma del poder por los consejos obreros y campesinos. El empeoramiento de las condiciones de vida en las grandes ciudades había vuelto a crear una situación de fermento revolucionario que no podía por menos que beneficiar a los bolcheviques. Los comités de fábrica se estaban haciendo, por otra parte, con el control y con la dirección de muchas empresas, en las que habían apartado a sus propietarios.

Otras muchas firmas se habían visto obligadas a cerrar dada la penuria de los suministros, la inexistencia —excepto en lo que a la producción militar se refiere— de mercados para los bienes generados y la intensidad de las demandas de los trabajadores. Las protestas se extendían también por el campo, en donde muchos campesinos se habían lanzado, de manera espontánea, a la expropiación de tierras hasta entonces en manos privadas.

El hombre fuerte que las gentes de orden reclamaban apareció en la figura del general Aleksandr Kornílov, quien no dudaba en reivindicar una disciplina de hierro en el interior de las fuerzas armadas y reclamaba la inmediata desaparición del poder en la sombra representado por el soviét de Petrogrado. Los movimientos de tropas auspiciados por Kornílov a finales de agosto provocaron, sin embargo, su inmediata destitución por parte de Kérenski. Este, quien en su momento parecía haber participado en el diseño de los planes de Kornílov, sopesó cuáles podían ser las consecuencias de la acción militar: a dos riesgos evidentes, como eran enajenarse por completo el apoyo del soviét de Petrogrado y provocar un contragolpe bolchevique, Kérenski agregaba un inequívoco temor a que el objetivo de Kornílov fuera el derrocamiento del propio Gobierno provisional. Al mostrar una clara oposición a la iniciativa militar, los bolcheviques salieron reforzados de esta situación, como lo atestiguaban el hecho de que se pusieran de su lado muchos de los comités de fábrica y de los sindicatos o, más importante aún, sus triunfos, con espectaculares incrementos en el número de votos recibido, en las elecciones locales celebradas en Moscú y en Petrogrado. El programa bolchevique de «Paz, pan y tierra», que mucho le debía a populistas y socialistas revolucionarios, contaba con un número cada vez mayor de partidarios. A ello no eran ajenos, naturalmente, la capacidad organizativa exhibida por los bolcheviques, su evidente olfato a la hora de captar la deriva de los acontecimientos y el innegable coraje demostrado en muchas ocasiones.

A finales de septiembre se formó, en cualquier caso, el último Gobierno de

coalición bajo la dirección, de nuevo, de Kérenski, y con la participación, entre otros, de kadetes, socialistas revolucionarios de derecha —los acontecimientos habían provocado divisiones en el partido— y mencheviques. No era sino una reproducción del callejón sin salida de los meses anteriores, y volvía a poner de manifiesto, o al menos esta era la lectura que los bolcheviques hacían, la falta de compromiso que, en lo que respecta a la configuración de un gobierno de izquierda asentado en el *poder soviético*, mostraban los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Unos y otros parecían únicamente ocupados de hacer frente a un eventual golpe conservador, y apenas prestaban atención, entretanto, a los movimientos bolcheviques:

[...] Su temor predominante, acrecentado por la idea de que fallar al respecto supondría probablemente su propia ejecución, era la contrarrevolución. En consecuencia, los bolcheviques podían suscitar cierta irritación y, eventualmente, alarma, pero eran muchos los socialistas que seguían viendo en ellos a camaradas, aliados frente a la derecha.

Wood, 1986, 66

En algunos casos, entre mencheviques y socialistas revolucionarios parecía existir la convicción, por otra parte, de que los bolcheviques nunca se avendrían a gobernar en solitario, sino que, muy al contrario, buscarían inmediatamente colaboración en las otras formaciones políticas de la izquierda. Fuera de Rusia, entretanto, los acontecimientos eran seguidos con muy escasa atención, a la que al poco del golpe de octubre se sumó un manifiesto escepticismo con respecto a las posibilidades de que los bolcheviques, llegado el caso, se mantuviesen en el poder.

Aunque en la opinión de Lenin se había desaprovechado la ocasión proporcionada por la intentona golpista de Kornílov, también es verdad que esta última fue, a la postre, lo que permitió el ascenso irrefrenable de los bolcheviques en las semanas siguientes. El soviet de Petrogrado mostraba una actitud cada vez más crítica con respecto al Gobierno provisional; a su cabeza estaba desde septiembre un bolchevique de reciente incorporación, Lev Bronstein, conocido como Trotski. Lejos de Petrogrado, de Moscú y de la región

de los Urales —con mayorías bolcheviques—, los mencheviques conservaban, sin embargo, la dirección de los consejos de un buen número de ciudades importantes, y contaban con un significativo baluarte en Georgia. Los socialistas revolucionarios, por su parte, controlaban el grueso de los consejos campesinos y disfrutaban de notable apoyo en los frentes de batalla; en su seno había cobrado cuerpo una escisión, los socialistas revolucionarios de izquierda, cuyas posiciones eran muy próximas a las defendidas por los bolcheviques.



Foto 3. Aleksandr Kérenski pasando revista a sus tropas, 1917. © Getty Images.

El renovado peso que los bolcheviques habían adquirido en las dos grandes ciudades del país —Petrogrado y Moscú— hizo que a los ojos de Lenin, quien apenas prestaba atención a la perspectiva que se abría en el futuro al amparo de una asamblea constituyente, estuvieran ya maduras las condiciones para una toma del poder por los soviets respectivos. La decisión de acometer los preparativos al respecto fue acogida, sin embargo, con recelos por buena parte de los miembros del Comité Central bolchevique; así, para Aleksandr Zinóviev y Lev Kámenev, partidarios de una aproximación a otras formaciones de izquierda, era preferible aguardar a un triunfo en las elecciones a la citada asamblea constituyente, en la confianza de que esta institución y el soviet de Petrogrado pudiesen acometer de manera conjunta la tarea de gobierno. Hubo que esperar hasta el 10 de octubre para que el Comité Central mencionado respaldase la decisión de preparar la insurrección armada. Esta no parecía preocupar en exceso

a Kérenski, quien acaso veía en ella una buena oportunidad para desencadenar una dura represión.

El 24 de octubre de 1917 quedaron rotas las relaciones entre las autoridades militares y el Comité Militar Revolucionario que, dependiente del soviét de Petrogrado y con clara mayoría bolchevique, había sido creado para hacer frente a una eventual repetición del *asunto Kornílov*. El Gobierno de Kérenski declaró el estado de sitio, decidió cerrar dos periódicos bolcheviques, ordenó que el ejército ocupase los puntos neurálgicos de la capital y exigió, aunque pocas horas después diese marcha atrás, que el citado comité fuese disuelto. En la noche del 24 al 25, y como respuesta, habían empezado a entrar en acción las tropas afines a los bolcheviques y una Guardia Roja que, formada por obreros, se había ido constituyendo en las semanas anteriores. Incapacitado para desplegar sobre el terreno fuerzas leales, Kérenski no pudo evitar que en unas horas los bolcheviques, cuya presencia en los soviets se había acrecentado sensiblemente, pasasen a controlar Petrogrado. La disputa que los acontecimientos suscitaron en el soviét de la capital se saldó con una viva protesta de mencheviques y socialistas revolucionarios de derecha, que al cabo decidieron abandonar la institución y, en las palabras del periodista menchevique Nikolai Sujánov, dejaron «totalmente libres las manos de los bolcheviques... solos en el ruedo de la revolución» (Kochan, 1968, 510). En su relato de los hechos, John Reed atribuye a Trotski —quien, pese a todo, y frente a Lenin, había procurado que los partidos presentes en el soviét apoyasen la insurrección— el siguiente comentario al respecto:

Todos estos oportunistas que se llaman socialistas pueden irse. ¿Son acaso algo más que un desecho que la historia arrojará al cesto de la basura?

Reed, 1985, 100

A continuación, se eligió un Comité Central Ejecutivo que aprobó la creación de un Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*), encabezado por Lenin y compuesto en exclusiva por bolcheviques.

Aunque esta sucinta descripción de los hechos puede reforzar la impresión de que el triunfo bolchevique fue el de un proyecto maquiavélico en virtud del

cual una organización férrea y disciplinada llevó adelante un tan gigantesco como habilidoso proceso de manipulación de masas, las cosas resultaron ser, probablemente, más complejas. Sin negar lo que de verdad hay en la versión anterior, no puede olvidarse que del lado de la dirección bolchevique hubo, al menos, una finísima comprensión de por dónde discurría la espontánea radicalización de muchas de las gentes que habitaban en Petrogrado o peleaban en los frentes de batalla. Hubo, por otra parte, disputas internas que no pueden dejarse de lado a la hora de dar cuenta del funcionamiento de la facción bolchevique del Partido Obrero Socialdemócrata a lo largo del verano y del otoño de 1917. Hubo, en fin, algo más que trenes blindados y dinero alemán en un momento en el que no todo era, como algunos analistas conservadores parecen empeñados en recordar, «caos y anarquía»: estaba también de por medio una respuesta histórica —que en modo alguno pueden monopolizar, naturalmente, los bolcheviques— a una dramática situación de marginación de la mayoría de un pueblo que en unos pocos meses pudo comprobar cómo los hábitos del zarismo y la autocracia pervivían con sospechosa precisión en la conducta de los ministros del Gobierno provisional. Por lo demás, la principal diferencia entre las revoluciones de Febrero y de Octubre de 1917 no estribó en su respectivo carácter *burgués* y *socialista*, sino en

[...] el hecho de que la primera fue resultado de un movimiento espontáneo de masas que pilló absolutamente desprevenidos a todos los partidos y organizaciones de la oposición, mientras que la segunda fue consecuencia de una decisión política consciente de un partido, el bolchevique, que si al principio se vio desbordado por los acontecimientos, a partir de cierto momento apareció como el único capaz de proponer unas metas claras y concretas.

Díez del Corral, 1989, 40

CAPÍTULO 2

LA INGENIERÍA SOCIAL Y SUS PROBLEMAS

En este capítulo se realizan algunas consideraciones de carácter general sobre el orden político, económico y social que vio la luz de la mano de la revolución de Octubre de 1917, y que en los hechos supuso, en las palabras de Edward H. Carr, «el primer desafío abierto al sistema capitalista» (Carr, 1981, 7). Aunque por muchos conceptos el sistema vigente en los primeros meses revolucionarios no puede asimilarse sin más al existente dos o cuatro decenios después, merece la pena —aun anticipando hechos y conclusiones— dedicar alguna atención al estudio de aspectos que, derivados en buena medida de la disolución de la asamblea constituyente, en 1918, de la ilegalización de los otros partidos y del sojuzgamiento de soviets, comités de fábrica y sindicatos, en los capítulos subsiguientes nos ocuparán solo de manera marginal.

Una primera tarea bien puede consistir en intentar dar cuenta de cuál fue el cuerpo de ideas que condujo a los dirigentes bolcheviques a poner en marcha una singularísima experiencia de ingeniería social. Para ello, y siquiera solo sea porque existen relaciones de influencia ideológica obvia, es menester echar una ojeada a las concepciones de Karl Marx en relación con Rusia y sus perspectivas de transformación social. A lo largo del grueso de su obra, Marx reflexionó sobre

una forma específica de capitalismo —el capitalismo *industrial privado*—, propia de un momento concreto —los decenios de 1850 y 1860— y de una sociedad singular —la Inglaterra de aquel tiempo—. Mostró, por lo demás, un visible determinismo, que lo condujo a identificar un progreso lineal, el asociado al *desarrollo de las fuerzas productivas*, en sociedades que parecían obligadas a ajustarse a una casi inevitable secuencia de fases. Y ello fue así aun cuando en su obra no faltasen sesudas explicaciones sobre las contradicciones y las regresiones propias del capitalismo, presentado casi siempre como una especie de aspirador que, operando a la manera de un «unificador mundial» (Shanin, 1990, 18-19), se encargaba de situar en el camino del progreso a aquellas sociedades que estaban al margen de este. Aun a costa de simplificar el pensamiento de Marx, en su obra *madura* —por tal entenderemos la anterior a los decenios de 1870 y 1880— había un evidente rechazo de todas aquellas formas de organización social que no se situaban en esa línea de progreso unificador. Marx descartaba, en particular, que correspondiese papel revolucionario alguno a las formas colectivas de organización agraria existentes en la Rusia de su tiempo. Friedrich Engels, en la misma línea, cuestionaba el papel transformador del *artel*, la forma cooperativa de trabajo a la que nos hemos referido en su momento: aunque reconocía que reflejaba la «fuerte tendencia a la asociación entre el pueblo ruso», no adivinaba en él ningún rasgo sólido que anunciase un futuro socialista.

Estas concepciones se vieron alteradas, sin embargo, en el último período de la vida de Marx —fueron muchas entonces sus reflexiones sobre Rusia—, estudiado en detalle por Teodor Shanin. Al respecto, y como primera aproximación, Marx certificó la singularidad de la sociedad rusa. Prestó una notoria atención al hecho de que del orden de las tres quintas partes de la tierra cultivable se encontrasen en manos de comunas campesinas y adoptasen por lo general una fórmula: la *obshchina*. En las comunas eran frecuentes el trabajo colectivo, la reasignación anual de las tierras y el uso comunal de pastos y bosques; muchos servicios se organizaban también de forma colectiva, con presencia más bien marginal del trabajo asalariado. En paralelo con estas ideas, Marx modificó algunos de sus criterios tradicionales en relación con las comunidades primitivas. Recibido el influjo de la Comuna de París, empezó a apreciar en muchas de aquellas rasgos positivos, como su dedicación a la satisfacción de necesidades humanas antes que a la producción para obtener ganancias y su carácter democrático y antijerárquico. En términos más generales,

el Marx de los últimos años se interesó por el desarrollo desigual de las sociedades, se ocupó de analizar los innegables elementos regresivos del capitalismo y rompió, siquiera fuera parcialmente, con la idea de un progreso unilineal.

Muy reacios a aceptar que en el capitalismo hubiese elementos de progreso, los miembros de un movimiento de perfiles singulares —el populismo ruso del siglo XIX— acariciaban la idea de que la *obshchina* estaba llamada a convertirse en la forma de producción agrícola propia de la Rusia revolucionaria, acompañada de las industrias de propiedad pública y de algunas, y acaso transitorias, empresas privadas. En febrero de 1881, Marx recibió una carta en la que una populista residente en San Petersburgo, Vera Zasúlich, le interrogaba sobre el porvenir que correspondía a la comuna rural rusa: desaparecer en beneficio de un uniforme desarrollo capitalista o, por el contrario, pervivir en un nuevo orden revolucionario. En su casi inmediata respuesta, Marx apuntaba, en primer lugar, que Rusia era el único país europeo en el que la propiedad comunal se había mantenido en gran escala. Agregaba, en segundo término, que el país estaba vinculado con un modo de producción, el capitalista, cuyos efectos positivos podían contribuir a desarrollar y transformar la comuna rural, y ello sin necesidad de destruir esta y de padecer, por otra parte, las «espantosas peripecias» atravesadas por otras sociedades. Llamaba, pues, a preservación de la comuna —con supresión de sus elementos arcaicos y del aislamiento que las diferentes unidades mostraban entre sí, desplegando en paralelo explotaciones en gran escala y una acelerada mecanización—, siempre sobre la base de la utilización de las *ventajas* que del modo de producción capitalista se derivaban. La máxima preocupación de Marx parecía ser, de cualquier modo, que el zarismo acabase por ahogar a la comuna, circunstancia que exigía una pronta actuación.

A principios de 1882, en su prefacio a la segunda edición rusa del *Manifest des Kommunistischen Partei* («Manifiesto del Partido Comunista»), Marx agregó, sin embargo, una condición más para que la comuna rural se abriese camino:

Si la revolución rusa se convierte en una señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que las dos puedan complementarse, entonces la actual propiedad comunal de la tierra en Rusia puede servir

como punto de partida para un desarrollo comunista.

Shanin, 1990, 177

Tanto esta idea como la reflejada en su respuesta a Vera Zasúlich significaban, en otras palabras, que aunque Marx había renunciado a buena parte de su determinismo de siempre, se resistía a aceptar que la comuna realmente existente fuese, *per se*, un adecuado agente de transformación revolucionaria. Bien es verdad que, y esto es acaso lo más importante, Marx parecía mucho más consciente de la contingencia temporal y geográfica de sus análisis sobre el capitalismo y rechazaba haber desarrollado una

[...] teoría histórico-filosófica sobre la evolución general, fatalmente impuesta a todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas en que se encuentren.

Shanin, 1990, 174

La respuesta leniniana

Pocos decenios después, sin embargo, Lenin se dejó cautivar por el determinismo que resumaba la obra del *Marx maduro*. Sus reflexiones sobre la deriva de las sociedades —que a la postre tuvieron innegables efectos históricos de la mano de la revolución de Octubre— ignoraron casi por completo el contenido de los escritos tardíos de Marx, y muy en particular de los que hacían referencia a Rusia. A este respecto, no deja de ser una curiosa casualidad, por cierto, que la respuesta de Marx a Vera Zasúlich no fuera conocida en Rusia hasta 1924, cuando el Estado soviético ya había adquirido muchos de sus perfiles y era difícil deshacer el camino andado. De manera genérica, parece que puede afirmarse que Lenin acató de forma dogmáticamente literal una parte del *Marx maduro*: la que identificaba progreso con desarrollo de las fuerzas productivas en clave capitalista/industrializadora y, en consecuencia, la que señalaba inevitables y lineales fases de desarrollo social. Así las cosas, dejó en el

olvido otras formas de transición revolucionaria como las que, en su país, contemplaban la pervivencia de una comuna rural —esta había experimentado sensibles mutaciones desde el momento de la correspondencia entre Marx y Vera Zasúlich— o, de manera más abstracta, le prestaban atención a la búsqueda de una vía nacional, con características propias, hacia el socialismo.

La respuesta leniniana a un problema evidente —el del subdesarrollo general— no supuso, en otras palabras, ningún cuestionamiento, ni de fondo ni de superficie, del esquema determinista del *Marx maduro*: Lenin aceptaba de buen grado la idea de que solo los países más desarrollados, entre los que no se contaba Rusia, estaban en condiciones de transitar, de forma más o menos plácida, al socialismo. Aunque siempre en el marco del proceso diseñado por Marx, Lenin exhibió, sin embargo, una heterodoxa voluntad de readaptación de antecedentes, agentes y ritmos. Por lo pronto, mostró un manifiesto empeño en acrecentar, aun a costa de alterar los hechos, la importancia real del capitalismo ruso, en la confianza de que de esta manera fuese más fácil explicar posteriores procesos. En segundo lugar, apostó —en este sentido su ortodoxia marxiana era, sí, dudosa— por una alteración en el ritmo de la historia en beneficio de una especie de *capitalismo sin burguesía liberal*, que fue lo que, de acuerdo con una lectura de los hechos, ganó terreno en la URSS en el decenio de 1920: tras estudiar la economía de guerra alemana, Lenin no ocultaba su admiración por el *capitalismo monopolista de Estado*, en el que veía «la más completa preparación material del socialismo» (Carr, 1981, 234). Atrás habían quedado, por cierto, las veleidades libertarias que poco antes, en el verano de 1917, lo habían inducido a escribir *Gosudarstvo i revoliútsiya* («El Estado y la revolución»).

Esta opción —que engarzaba sin excesivos problemas con un Estado que, como hemos visto, fue en Rusia el principal agente industrializador— emplazaba a Lenin directamente en otro debate, en el que sus rivales eran, fundamentalmente, los mencheviques. La respuesta de estos al problema del atraso del país, más ortodoxamente marxiana que la de Lenin, no era otra que la misma que Marx había planteado para Alemania a mediados del siglo XIX, cuando este país se hallaba, también, en una presunta situación de subdesarrollo: la urgencia inmediata consistía en acabar con un régimen precapitalista y semifeudal, como era el zarismo, para abrir el camino a una revolución democrático-burguesa que debía permitir el desarrollo *natural* de las fuerzas productivas en clave capitalista, y crear así el sustento material de cara a una

posterior transición hacia el socialismo.

Un debate más, el que desde el siglo XIX oponía en Rusia a *eslavófilos* y *occidentalistas*, colocaba a Lenin en una curiosa y ambigua posición. Si su visión del devenir histórico de Rusia exigía la sólida implantación de un engendro occidentalista como, al fin y al cabo, era el capitalismo —fuese cual fuese la forma que adoptase—, la readaptación de antecedentes, agentes y ritmos remitía a la construcción de una sociedad no solo distinta, sino también opuesta, al capitalismo imperante en Occidente. Una sociedad que, comprometida con un viejo mito ruso, el de la *Tercera Roma*, en este caso debía ponerse a la cabeza de un movimiento revolucionario de dimensiones planetarias. Claro que el *occidentalismo* de Lenin no acababa ahí: su fiel lectura del *Marx maduro* invitaba a ver el «capitalismo ruso a través de los ojos con los que Marx estudió el capitalismo inglés» (Palazuelos, 1990, 20), pese a las diferencias sustanciales existentes entre uno y otro. Por lo demás, tras rechazar la posibilidad de una *vía rusa* hacia el socialismo —el proyecto populista, que lo sería también, en buena medida, de los socialistas revolucionarios— y considerar equivocada cualquier actitud de espera hasta que las condiciones sociales y económicas madurasen —el proyecto menchevique—, Lenin puso manos a la tarea de construir una organización política que diese consistencia a sus ideas. Esa tarea no fue obra, naturalmente, de un solo hombre: más allá de las enormes dificultades que rodeaban al proyecto, eran muchas las personas que consideraban lógico, o en su caso inevitable, que la Rusia revolucionaria aspirase a quemar etapas de manera rápida con objeto de crear, en un período de tiempo extremadamente breve, las condiciones para un tránsito hacia el socialismo.

La consecuencia final del triunfo bolchevique fue, simplificando las cosas, una firme decisión de acometer un proceso de ingeniería social encaminado a acelerar la acumulación de capital. No es demasiado importante al respecto que en los escritos teóricos de los dirigentes de Octubre ese proyecto apareciese diluido en formas más serenas, cuando no suscitase alguna que otra contestación: lo que a la postre tiene relieve es que ese fue el efecto principal del proceso revolucionario. Afirmar lo anterior no es negar importancia, naturalmente, a otros aspectos de la cuestión. Hay quien sostendrá, por ejemplo, que ese proyecto de ingeniería social era, desde los primeros años del siglo, la obsesión cotidiana de Lenin. Hay quien afirmará, por el contrario, que solo se manifestó con claridad al amparo de los hechos revolucionarios y que estos dejaron en un

segundo plano otros elementos que hubieran contribuido a suavizar la dureza de un objetivo tan cargado de economicismo y mecanicismo. Hay quien tendrá a bien recordar, en fin, las disputas sobre la naturaleza de las dos fórmulas económicas exploradas por Lenin entre 1918 y 1924 —el comunismo de guerra y la NEP—, viendo en la primera la plasmación empírica de su proyecto planificador y en la segunda una retirada táctica ante las dificultades imperantes o, por el contrario, apreciando en la primera las indeseables contingencias de una situación crítica e identificando en la segunda un voluntario repliegue de Lenin en provecho de una acumulación de capital más pausada y con agentes más adaptados a la lógica del *capitalismo individualista*.

El concepto de ingeniería social que varias veces hemos manejado se justifica, antes que nada, por la configuración de un agente —el Partido y, con él, el Estado en que se imbricó— encargado de alterar, con arreglo a un programa más o menos preciso, la deriva de los acontecimientos: de romper, en otras palabras, la conservadora lasitud e inalterabilidad del zarismo y la supersticiosa creencia que, para los liberales, daba en identificar *laissez faire* con progreso y bienestar. En este sentido, «la revolución de 1917 fue la primera de la historia empeñada en establecer la justicia social por medio de controles de la economía organizados por la acción política» (Carr, 1985, 39). Pero de manera más precisa el concepto de ingeniería social remite a la decisión de asumir, con evidente artificialidad, las funciones de un capitalismo cuya presencia seguía siendo marginal en la sociedad rusa, y de un proletariado que, pese a su innegable combatividad, apenas existía. En lo que al capitalismo atañe, no está de más recordar dos datos. En primer lugar, la inquebrantable adhesión que Lenin exhibió —antes lo hemos apuntado— hacia la idea de que ya era una realidad en la sociedad rusa. En segundo término, la ingenuidad que los bolcheviques mostraron en lo que respecta a los efectos —que no parecían pensar que pudieran ser negativos— de la incorporación de muchos de los gestores económicos que habían sido desplazados en 1917, o de la importación de las técnicas al uso en el capitalismo norteamericano, a sus ojos el más avanzado. Para Trotski, uno de los dirigentes bolcheviques, «el socialismo será el sistema soviético calzado con la técnica norteamericana», mientras que para Iosip Dyugashvili, Stalin, el leninismo era «el impulso revolucionario ruso más la eficiencia estadounidense».

Por lo que se refiere al otro gran problema, el de un proletariado casi inexistente, en una primera instancia se resolvió por medio de una retórica nada

aguda. El programa que los bolcheviques aprobaron en marzo de 1919 identificaba ya sin ambages el carácter de clase de la *dictadura del proletariado* que se estaba ejerciendo, retomando al efecto un concepto muy caro a Lenin pero bien poco utilizado, por cierto, por Marx. La disolución del Estado había sido reemplazada por su conversión en instrumento al servicio de una clase que era minoritaria en la sociedad rusa y que, por añadidura, y como ahora veremos, había sido privada de sus propias organizaciones y acallada de las más diversas formas. En los años siguientes, la progresiva, y lenta, creación de un numeroso proletariado fue inseparable de una activa militarización de toda la vida laboral —Trotski fue el responsable principal de esta reesclavización—, que a algunas de sus víctimas tal vez les hizo añorar tiempos pasados. Pretender que el proletariado estaba ejerciendo el poder era sustraerse por completo a la realidad.

Sin embargo, era inconcebible que, habiendo vencido en la revolución y en la guerra civil, los bolcheviques abandonasen y confesasen su fracaso apenas lograda la victoria. El Partido, que se había presentado siempre como la vanguardia de la clase obrera, tenía que seguir al frente. Pero sin representar, aunque ningún bolchevique lo admitiera ni aun para sus adentros, a un proletariado inexistente: sería el depositario del proletariado del futuro. La senda conducía al socialismo proletario a través de la industrialización.

Carr, 1985, 184

Las consecuencias políticas

Otro de los problemas que plantea la relación entre el pensamiento de Marx y el de Lenin es el que se refiere a las formas que debe adoptar la transformación revolucionaria. Al respecto, es difícil identificar disensiones notables del segundo para con el primero, y ello por una razón sencilla: Marx apenas prestó atención a estas cuestiones y se mostró ambiguo, cuando no abiertamente indiferente, en lo relativo a la disyuntiva reforma-revolución, supeditando la opción por la una o por la otra a cada situación concreta. Tras rechazar la

democracia formal que identificaba en varios países de la Europa de su tiempo, Marx solo se sintió inclinado a defender de manera inflexible la democracia cuando esta exhibía un carácter *real* y se desenvolvía en el marco de una sociedad en la que clases y Estado habían sido abolidos. El propio comportamiento de Marx en el seno de la Primera Internacional no fue, por lo demás, ilustrativo de un compromiso cabal con la democracia interna de una organización, y menos aún con una práctica antiautoritaria.

De todo lo anterior no debe deducirse que el proceso político abierto por los bolcheviques en octubre de 1917 se insertó sin fisuras en el marco de las ideas de Marx. En los hechos, resulta difícil imaginar que este hubiese aceptado de buen grado que su ambigüedad y su indiferencia ante cuestiones como las que nos ocupan se convirtiesen en justificación para el despliegue de una férrea dictadura ejercida en nombre de un supuesto proletariado, y ello aun cuando tomase en consideración las anomalías de un escenario como el de la subdesarrollada Rusia. «Si los fines podían ser descritos como socialistas, los medios utilizados para alcanzarlos eran a menudo la propia negación del socialismo» (Carr, 1981, 235). El proyecto de ingeniería social reclamaba un instrumento encargado de llevar a los hechos las grandes concepciones, y ese instrumento no fue otro que un Partido que, exhibiendo una férrea disciplina hacia dentro y hacia fuera, puso freno bien pronto a las veleidades democráticas que se hacían sentir en su interior y en el exterior. Los bolcheviques se limitaron a trasladar hasta el último rincón del nuevo Estado las estructuras jerárquicas que ellos mismos habían forjado, en su Partido, a lo largo de veinte años de clandestinidad.

Adelantando una conclusión general, parece que puede afirmarse que la sustitución del conjunto de la población por una minoría organizada, y la de esta por su cúpula directora, sesgó de manera poderosísima el proceso histórico abierto en 1917: durante varios decenios el sistema soviético acometió, con arreglo a lo previsto, una formidable aceleración en la acumulación de capital, pero en momento alguno —pese a la retórica de Jrushchov o de Brézhnev al respecto— dio el salto esperado hacia un orden social distinto que hiciera justicia a las ideas de Marx sobre lo que habían de ser el socialismo o el comunismo. En otras palabras, no se abrieron camino las condiciones que Lenin reclamaba para el futuro de su revolución, y que habían de permitir que el socialismo no fuera implantado por una minoría, y sí por decenas de millones de individuos que, despertada su «conciencia latente», habrían aprendido a

construirlo por ellos mismos. Sí se hicieron realidad, en cambio, las proféticas palabras pronunciadas por Trotski en 1904:

En primer lugar, la organización del Partido sustituye al Partido considerado como un todo; a continuación, el Comité Central sustituye a la organización para que, por fin, un dictador sustituya al Comité Central.

Wood, 1986, 71

Lo que acabamos de decir nos sitúa de lleno en una polémica que, de nuevo, remite a las singularísimas concepciones de Lenin, para algunos tributarias, una vez más, de Marx: en *Chto delat?* («¿Qué hacer?»), de 1902, Lenin asumió la kautskiana idea de que, por sí solos, los trabajadores —inconscientes de la «irreconciliable contradicción entre sus intereses y el conjunto del sistema político y social moderno»— se contentaban con luchar por reivindicaciones limitadas, fundamentalmente de carácter económico, y dejaban de lado, por tanto, cualquier proyecto de transformación revolucionaria. En consecuencia, era a «los representantes educados de las clases propietarias, esto es, a la *intelligentsia*», a quienes correspondía tomar nota de la realidad de las cosas, aun a costa de enfrentarse con las ideas comunes entre los trabajadores; es verdad, sin embargo, que la crudeza de este planteamiento se veía en alguna medida mitigada por cuanto Lenin se refería a la necesidad de sacar a la luz esa «conciencia latente» antes mencionada, que ya existía entre los proletarios, y sin la cual su emancipación era inimaginable. Fueran las cosas como fueran, se abría camino un procedimiento más de legitimación de un partido en el que un grupo de intelectuales, embebidos en una comprensión supuestamente cabal de la realidad —la que se derivaba del *socialismo científico* que manejaban—, asumía la tarea de conducir al proletariado hacia una gigantesca transformación social y, por añadidura, no dejaba lugar para el debate, el intercambio de ideas o la libre decisión de las gentes. La creación de un «hombre nuevo» socialista debía ser un rápido correlato del orden recién instaurado, el producto de la férrea acción modeladora acometida por las instituciones. «La innovación decisiva de Lenin consistió en relativizar la ley moral para someterla a las exigencias de la historia y, en último término, del Partido» (Carrère, 1988, 432).

Con tales antecedentes no es difícil explicar por qué los bolcheviques no

tuvieron problemas para ignorar los resultados de las elecciones que, el 12 de noviembre de 1917, se celebraron para designar a los representantes populares en la asamblea constituyente. Aunque perfectamente consciente de los riesgos que asumía, Lenin pareció llegar a la conclusión de que era preferible convocar esas elecciones a cargar con el peso de un nuevo, e injustificable, aplazamiento. En la consulta electoral se impusieron con claridad —hay algunas disputas leves con respecto a los datos— los socialistas revolucionarios de derecha, que obtuvieron 299 escaños, a los que debían sumarse los 81 conseguidos por sus homólogos ucranianos y los 39 de los socialistas revolucionarios de izquierda. Los bolcheviques hubieron de contentarse con el 24% de los votos y 168 escaños. Las distintas agrupaciones nacionales alcanzaron un total de 77 escaños, por 18 de los mencheviques y solo 15 de los kadetes. El 5 de enero de 1918 se reunió, por primera y única vez, la asamblea constituyente, que rechazó una resolución bolchevique en virtud de la cual se reconocía la autoridad del nuevo Gobierno y el vigor jurídico de las medidas adoptadas por este con anterioridad. Las sesiones fueron aplazadas cuando la asamblea empezaba a discutir una nueva ley de la tierra; al día siguiente era disuelta por el III Congreso de los soviets.

La respuesta de Lenin ante esta situación no pudo ser más sencilla: la asamblea constituyente recién elegida era una instancia que correspondía al mismo orden político que el Gobierno provisional y no merecía mayor respeto que este. La revolución de Octubre se había realizado precisamente para acabar con ese orden y traspasar el poder a una «institución democrática de rango superior», como eran los soviets. La decisión de ignorar los resultados de las elecciones a la asamblea constituyente, y de disolver, de hecho, esta, volvía a poner de relieve uno de los elementos decisivos de la actitud de Lenin:

Para él, los bolcheviques representaban, en un sentido en cierta medida místico, al pueblo, y una vez alcanzado el poder este se encontraría, *ipso facto*, en manos del pueblo.

Hosking, 1990, 49.

A finales de 1917 y principios de 1918 se verificó, por otra parte, una visible erosión de la independencia de los soviets, de los comités de fábrica y de los

sindicatos, acompañada de una actitud claramente restrictiva de las actividades de los diferentes partidos políticos, y de las propias disensiones en el seno del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia, como había pasado a llamarse, tras el VII Congreso, en marzo de 1918. Los sucesos de octubre no supusieron en forma alguna, muy al contrario, un reforzamiento de los poderes *regionales* y *locales*, de la misma manera que no implicaron una multiplicación de las organizaciones independientes y, con ellas, de una *sociedad civil* que encontraba, como había sucedido antes de 1917, un sinfín de obstáculos en su camino.

Las declaraciones de Lenin el 25 de octubre de 1917 dejaban bien a las claras cuál era el porvenir que correspondía a los soviets: cuando Lenin identificó el traspaso del poder a estos, se estaba refiriendo en realidad al traspaso del poder al Comité Militar Revolucionario controlado por los bolcheviques. En paralelo, la institución que estaba llamada a ejercer el gobierno, el Comité Ejecutivo de Todas las Rusias, en el que tomaban asiento representantes de diferentes formaciones políticas de izquierda, se vio reemplazada en su cometido por el Consejo de Comisarios del Pueblo, que ya señalamos que estaba compuesto en exclusiva por bolcheviques (aunque poco después, y durante tres efímeros meses, incorporase a algunos socialistas revolucionarios de izquierda). La supuesta transferencia del poder a los soviets se verificó también en muchos lugares fuera de Petrogrado. Allí donde los bolcheviques disponían de mayoría, el proceso no presentó ningún rasgo especial; donde esa situación no se daba, lo común fue que los bolcheviques creasen nuevos soviets o apelasen a la colaboración de los guardias rojos o de unidades militares simpatizantes. La resistencia frente a estos procedimientos solo fue efectiva, por lo que parece, en algunos lugares en los que el factor nacional hacía que los miembros de los soviets interpretasen que la política bolchevique era un remedo más de la conducta habitual de *rusos* y *moscovitas*; esto fue lo que sucedió, por ejemplo, en Kiev, donde los nacionalistas ucranianos conservaron la dirección de los soviets locales. De cualquier modo, quienes —y eran muchos— pensaban que el golpe bolchevique no tenía otro objetivo que derribar al Gobierno provisional para entregar el poder a los soviets y abrir el camino a una plural coalición de gobierno entre las distintas fuerzas socialistas estaban muy equivocados. A la luz de lo que después sucedió, también lo estaban, por cierto, quienes estimaban que los bolcheviques tenían por fuerza que ceder el poder en un plazo de tiempo muy breve.

En clave muy semejante a la que acabamos de identificar en relación con los

soviets —estos pervivieron como sojuzgadas formas de ficticio poder local—, las funciones de los comités de fábrica se reajustaron con arreglo al proyecto bolchevique: quedaron atrás así las veleidades anarquizantes que reclamaban para ellos un poder pleno de dirección y su conversión en agentes de autoorganización social, en beneficio de una absoluta subordinación a los criterios dictados desde la maquinaria estatal. En marzo de 1918, Lenin —visiblemente enfrentado en esto con la izquierda de su Partido y con los socialistas revolucionarios de izquierda— se inclinaba ya por el principio de la «dirección unipersonal», y había dejado en el olvido sus querencias autogestionarias de los meses anteriores; los viejos gestores de la época zarista podían retornar a sus trabajos, recibiendo a menudo sueldos muy altos. Soviets y comités de fábrica, que en algún momento parecía que iban a convertirse en las estructuras de base de la nueva sociedad, vieron cómo se les asignaba una función secundaria, al servicio siempre de otros centros de decisión (en un plano distinto, algo semejante sucedió con la Iglesia Ortodoxa, que, formalmente separada del Estado, en los hechos se encontró visiblemente subordinada a este).

Mejor suerte parecían llamados a correr los sindicatos, que a lo largo de 1917 habían estado dominados, sin embargo, por los mencheviques. El I Congreso Panruso de los Sindicatos, celebrado en enero de 1918, les otorgó un papel decisivo en la configuración del nuevo régimen, en la medida en que los convirtió en agentes a través de los cuales debía hacerse realidad la avanzada legislación laboral que se estaba procediendo a desplegar. Aunque —frente a lo ocurrido con los comités de fábrica— los sindicatos fueron objeto de un visible reforzamiento, perdieron también, sin embargo, su dimensión de organizaciones de resistencia. No podía ser de otra manera, dada la tónica general de los acontecimientos, que inspiraba la patética argumentación de Nikolai Bujarin y Yevgueni Preobrayenski:

El Estado proletario no puede explotar al proletariado, por la simple razón de que él mismo constituye una organización del proletariado.

Una persona no puede volverse contra sí. El proletariado no puede explotarse a sí mismo.

La situación de los partidos políticos era, entretanto, muy difícil. En línea con muchos de los conceptos que hemos barajado, Lenin justificaba su progresiva supresión con argumentos muy sencillos:

El marxismo nos enseña que únicamente el partido político de la clase trabajadora, esto es, el Partido Comunista, es capaz de unir, educar y organizar una vanguardia del proletariado y de las masas trabajadoras, y de resistir los inevitables devaneos pequeñoburgueses de esas masas (...) y sus prejuicios sindicalistas.

Hosking, 1990, 92

Durante los años siguientes a la revolución de Octubre, la política oficial en relación con los restantes partidos fue, de cualquier modo, ambigua. Con los mencheviques debilitados y divididos, y con los partidos *burgueses* fuera de la ley, las mayores inquietudes para los bolcheviques las suscitaban los socialistas revolucionarios, que seguían contando con gran fuerza en el campo y que, además, en su versión izquierdista difundían un mensaje atractivo que entraba en rápida competición con la propaganda oficial. La firma del tratado de Brest-Litovsk, en marzo de 1918, dio lugar a protestas, más o menos toleradas, de las formaciones políticas que todavía sobrevivían. De resultados del tratado, los socialistas revolucionarios de izquierda rompieron su alianza con los bolcheviques. En junio del mismo año se procedió a proscribir tanto a mencheviques como a socialistas revolucionarios de derecha, unos y otros acusados de «asociación con significados contrarrevolucionarios». Pese a ello, y no sin dificultades y continuos cambios de nombre en los periódicos, la prensa de estos partidos siguió apareciendo, como lo hizo, por lo demás, un periódico kadete. El hecho de que, con ocasión de la guerra civil, tanto los mencheviques como, en menor medida, los socialistas revolucionarios de derecha condenasen las acciones de los ejércitos blancos mejoró la situación para ambos partidos. Los mencheviques recuperaron la legalidad en noviembre de 1918, y otro tanto sucedió con los socialistas revolucionarios de derecha en febrero de 1919. Pese a ello, su margen de acción era escaso, y notorio el hostigamiento de las autoridades; como no podía ser menos dada la situación general, las bases sociales de estos partidos habían ido desapareciendo, algo que había sido

particularmente notorio en el caso de los socialistas revolucionarios de izquierda. Concluida la guerra civil, y en vísperas de la introducción de la NEP, la represión estatal, ahora sin ambigüedades, volvió a hacerse notar con crudeza: en mayo de 1922 —el año en que tanto los socialistas revolucionarios de derecha como los mencheviques fueron definitivamente ilegalizados— Lenin reclamaba la extensión de la pena de muerte a las actividades de unos y otros, e instaba a encontrar una formulación que vinculase esas actividades con las de la «burguesía internacional».

No era muy halagüeño, por lo demás, el futuro de las oposiciones que se manifestaban dentro del propio Partido Comunista (bolchevique), en el que la revolución de Octubre supuso una ratificación de atávicas tendencias hacia la jerarquización y la disciplina. Es cierto, sin embargo, que —al margen del *affaire* protagonizado por Zinóviev y Kámenev en 1917— la plasmación orgánica de esos síntomas jerarquizadores hubo de aguardar varios años, lo cual no libró de algunos sinsabores en el interregno, y es un ejemplo entre otros, a los comunistas de izquierda encabezados por Nikolai Bujarin y Karl Radek. En el X Congreso del Partido, en 1921, se calificó a uno de los grupos disidentes internos, la llamada oposición obrera, como una «desviación sindicalista y anarquista», al tiempo que se condenaba de manera radical la formación de facciones. Por aquel entonces, quien a partir de 1923 sería sobre el papel el principal adalid de la democracia interna en el Partido, Trotski, rechazaba una tras otra las observaciones que llamaban la atención sobre las consecuencias de la disolución de la asamblea constituyente, de la anulación del poder independiente de los soviets, de la militarización del trabajo o de la práctica desaparición de las libertades de prensa y asociación. A partir de 1922, Lenin se mostró, de cualquier modo, preocupado por las consecuencias de un proceso que, como este, restaba vivacidad a un partido evidentemente necesitado de ella.

Plasmación simbólica de todas las tendencias descritas lo había sido, en fecha tan temprana como diciembre de 1917, la creación de la *Vechecká* (*Vserossíiskaya Chrezbicháinaya Komíssiya*), la *Cheká*, una comisión extraordinaria encargada de la lucha contra «los enemigos de la revolución y los saboteadores». La pena de muerte, que había sido abolida en octubre de 1917, fue restaurada en junio de 1918; en este mismo año se creó, por cierto, el primer campo de concentración. En términos generales, y aunque es obligado reconocer que algunos de esos movimientos estaban forzados por el entorno internacional, las declaraciones, constantes, de Lenin no dejaban lugar a la duda sobre su

inspiración fundamental: la convicción de poseer una verdad absoluta y la disposición de llevarla a la práctica, sin componendas, negociaciones ni controles. Bien significativo es que las primeras medidas que apuntaban a la configuración de un partido único y monolítico se tomaran «no en función de la estrategia militar frente a los blancos, sino para frenar a los turbulentos soviets» (Malia, 1991, 227). El devenir de los acontecimientos conducía muy lejos de los deseos que en su momento había enunciado Rosa Luxemburg:

El fundamento de la sociedad socialista reside en el hecho de que la gran masa trabajadora deja de ser una masa regimentada, y lleva y regula ella misma toda la vida política y económica, de acuerdo con una libre y consciente autonomía (...). Para sus fines la revolución proletaria no necesita recurrir al terror y al odio (...). No es el desesperado intento de una minoría por amoldar el mundo a su propio ideal, sino la acción de la gran masa de millones de personas que está llamada a realizar su misión en la historia, a transformar la necesidad histórica en realidad.

Carr, 1985, 84

La burocracia

Consecuencia central del grueso de las políticas desplegadas por los bolcheviques fue la aparición, primero, y la consolidación, después, de una nueva *clase* directora. A ello coadyuvaron, es verdad, las precarias condiciones de nacimiento del Estado soviético, y la abierta desintegración social derivada de guerras y revoluciones. Comoquiera que la nobleza del antiguo régimen había abandonado el país, que la escuálida burguesía nacional había sido objeto de una abierta represión, que los campesinos se hallaban desorganizados y que el proletariado apenas existía, los bolcheviques recurrieron a un buen número de funcionarios y técnicos que habían trabajado al servicio del Gobierno y de las empresas antes de octubre de 1917. Además, al inclinarse por la desaparición del sector privado, y por la paralela expansión de las actividades económicas del Estado, hicieron que este asumiera nuevas funciones que antes no ejercía, de tal

forma que sus dimensiones, y las del aparato burocrático, no dejaron de ampliarse. La opción, en fin, en beneficio de una fórmula de dirección centralizada de la economía reclamó un reforzamiento más de las funciones de un grupo dirigente que pronto empezó a conocerse con el nombre de *burocracia*.

El proceso que nos ocupa se vio estimulado, con todo, por otros factores. Ya hemos subrayado la influencia de las formas organizativas, jerárquicas y propiciadoras de la disciplina interna, propias de un partido, el bolchevique, el grueso de cuya historia había transcurrido en la clandestinidad. Esas formas se transmitieron, como en un calco, al Estado nacido de la revolución de 1917. Aunque es cierto que con el paso del tiempo el poder de la burocracia se asentó ante todo en las funciones económicas por ella desempeñadas, no lo es menos que en un primer momento ese poder tuvo un origen estrictamente político. Las primeras armas de la burocracia

[...] fueron la concentración de la autoridad en manos de una minoría dirigente, la exclusión del pueblo, la jerarquización de las funciones y la diferenciación de los salarios, y la división estricta de las competencias; en pocas palabras, una organización científica de la desigualdad que se convirtió en una nueva opresión. La destrucción del poder político y económico de los antiguos propietarios, el hecho de que el Estado se encargara de sectores vitales de producción y de que la industria hubiera alcanzado en algunas áreas un grado de concentración importante, el ejemplo de los grandes países industriales capitalistas, fueron todos factores que preparaban una dominación de un tipo nuevo. Pero esa dominación solo consiguió abrirse camino mediante la acción de un Partido que, utilizando la ideología, el terror y los privilegios, fundió en un mismo molde elementos arrancados a todas las clases de la vieja sociedad rusa.

Lefort, 1970, 252-253

A todo lo anterior no fue ajeno, naturalmente, el régimen de propiedad que se instauró tras la revolución bolchevique. Lo que se abrió camino, un régimen de estatización o nacionalización de la riqueza, no puede identificarse en forma alguna con una genuina socialización, que es lo que se supone estaba llamada a

reivindicar una revolución socialista: la mayoría de la población no dispuso en momento alguno de un poder real de decisión sobre el destino que debía darse al aparato productivo (con excepción, acaso, de lo ocurrido en el campo en los primeros años del régimen bolchevique). Al Estado —o, lo que a los efectos es lo mismo, a la burocracia que lo dirigía— le correspondió adoptar todas las decisiones, y lo hizo, además, con un sentido muy concreto que daba cumplida satisfacción a la observación de Trotski: «Quien dispone de bienes para asignar nunca se olvida de sí mismo». Aunque en términos formales el Estado actuaba en nombre del conjunto de la sociedad —no era otra la pretensión que se ocultaba tras el concepto de «propiedad estatal de los medios de producción»—, en realidad estaba notoriamente al servicio de una minoría y, como tantas otras veces, las fórmulas jurídicas no tenían otro objeto que ocultar este hecho. El sistema soviético se hallaba, pues, muy lejos de la *socialización* entendida como

[...] una transformación efectiva de las relaciones económicas, con establecimiento de una propiedad colectiva-social en el sentido de un poder real de los productores inmediatos para decidir y disponer colectivamente las condiciones y los productos de su trabajo.

Fehér, Heller y Markus, 1984, 19

Las interpretaciones

Al igual que el Estado aparentaba ser algo que en la realidad no era, la burocracia que de él se servía procuraba ampararse en una imagen externa asentada en la maniaca repetición de lemas *socialistas*. Esta circunstancia es una de las varias que explica por qué han sido tan dispares las visiones que pretenden dar cuenta de la naturaleza del sistema soviético. Una manera de dar razón de algunas de esas visiones es relacionarlas con el momento de la historia de la URSS en que observan *desviaciones* con respecto al modelo original que preconizan. Socialdemócratas y liberales refieren como circunstancia decisiva la desaparición de las garantías democráticas y la instauración de un régimen dictatorial tras el golpe de Estado de octubre de 1917. Desde el punto de vista de

algunas corrientes marxistas y anarquistas, el dato fundamental no fue otro, en cambio, que la supresión o la subordinación de soviets, comités de fábrica, sindicatos y partidos en el período que medió entre 1917 y 1921. Los estudiosos que se remiten a Trotski como fuente de análisis ponen el acento en lo ocurrido, fundamentalmente, en la segunda mitad del decenio de 1920, cuando se produjo una cruda represión de la oposición de izquierda y la imposición del «socialismo en un solo país». Los escasos defensores con que cuenta en estas horas el régimen estaliniano consideran que la denuncia de este realizada por Jrushchov en 1956 abrió las puertas a una lamentable degradación del sistema consolidado en el decenio de 1930. Por último, en algunos partidos comunistas de la Europa occidental, la revisión doctrinal que a finales de la década de 1960 se conoció con el nombre de *eurocomunismo* asumió parcialmente algunas de las posiciones críticas anteriores, y tomó como uno de los puntos de partida de su análisis la intervención del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia en 1968.



Foto 4. Lev Trotski en los años treinta.

Más allá de lo anterior, y aun costa de simplificar mucho las cosas, daremos cuenta de tres grandes interpretaciones que ha merecido la naturaleza de la URSS: la versión oficial ofrecida por los propios textos soviéticos, los diferentes análisis que han visto la luz desde posiciones que se reclaman en un grado u otro del pensamiento de Marx, y los que, en fin, han identificado en la URSS una peculiar forma de totalitarismo. De acuerdo con la primera de esas visiones —la

contenida, por ejemplo, en los programas del PCUS—, el Estado soviético era la organización política y administrativa de la clase obrera o, en las formulaciones más recientes, de «toda la sociedad». El proletariado había tomado el poder y había acabado con sus rivales históricos, abriendo el camino a la instauración de un orden socialista que con el tiempo había de dejar paso a una forma más perfecta: el comunismo. El Partido siguió fielmente la línea trazada por Lenin, se encargó de que los medios de producción pasasen a manos del pueblo, impuso una propiedad colectiva socialista y un sistema económico planificado, y elevó sensiblemente el nivel de vida de los campesinos, en un marco de grandes avances en el terreno social. La democracia soviética se desarrolló de manera cabal, al tiempo que se fortalecía la legalidad socialista y entraban en vías de resolución los problemas originados por la existencia de distintas naciones. Por lo que a las relaciones exteriores se refiere, la URSS puso todos los medios para garantizar su seguridad, al tiempo que reforzaba —con el concurso de una alianza de Estados socialistas— la posición internacional del país en todos los planos.

Tres son, en sustancia, las interpretaciones que han visto luz en el marco de las diferentes corrientes del pensamiento marxista. Identifican a la URSS, respectivamente, con un *Estado obrero degenerado*, con una *forma burocrática de capitalismo* y con una manifestación del llamado «modo asiático de producción». La primera de ellas fue la tesis defendida por Trotski durante la mayor parte de sus años de exilio. Para Trotski, quien modificó su visión de los hechos en sus escritos postreros, la revolución de Octubre fue una auténtica revolución socialista, y ello pese a haber alumbrado con el tiempo a la burocracia; esta no era una clase, sino un estrato social que impulsó la *degeneración* del Estado nacido en 1917. Así las cosas, en la URSS se perfilaba una sociedad de transición en la que se combinaban rasgos capitalistas y socialistas. Su evolución hacia la definitiva imposición de estos últimos se vio temporalmente trabada por causas diversas, y entre ellas el atraso acumulado, la consolidación de un modelo de *socialismo en un solo país* y la presión exterior que el régimen revolucionario padeció. Trotski apreciaba en el sistema soviético rasgos inequívocamente socialistas, como es el caso de la ausencia de propiedad privada de los medios de producción, de la supresión del mercado de estos mismos bienes o de la presencia de la planificación centralizada.

Aun asentándose en un análisis inequívocamente lúcido del fenómeno burocrático, el grueso de los escritos de Trotski no acertó a identificar la

relación, que evidentemente existe, entre el triunfo de la burocracia y la imposición de un sistema de planificación centralizada. Y no es solo que las críticas de Trotski, sorprendentemente, no alcanzasen a esta última: es que en ocasiones el viejo dirigente bolchevique llegó a proclamar que el elemento socialista presente en el modelo soviético venía dado precisamente por la planificación centralizada. En último extremo, su argumentación vendría a señalar que los trabajadores, aunque alejados de cualquier poder de decisión, habrían gobernado de forma indirecta, toda vez que el Estado, a través de la planificación, se habría encargado de dar satisfacción a sus demandas. El carácter perfectamente ilusorio de esta pretensión no debe hacernos olvidar, sin embargo, que hay un elemento que puede justificar en cierto grado tal visión de los hechos: el Estado burocrático puso todos los medios a su alcance para evitar un renacimiento del capitalismo, entendido este en su sentido más convencional. De ello no hay que deducir, claro es, que debamos rendirnos ante la idea de que ese Estado fuera, por ello, un Estado *socialista*: discípulo del *Marx maduro*, Trotski parecía pensar que no existen formaciones sociales desarrolladas distintas del capitalismo y del socialismo, e inequívocamente creía que el Estado soviético era una formación social desarrollada.

Varias corrientes del pensamiento marxista y anarquista han visto en el sistema soviético una forma de capitalismo. De acuerdo con uno de estos enfoques, el modelo soviético habría sido ante todo el producto de una tendencia, ya existente en el capitalismo, hacia la concentración de las capacidades de decisión en unas pocas manos. La planificación centralizada constituiría una forma de *realización del mercado* en un marco de centralización extrema, mientras que el Estado no sería sino una especie de capitalista colectivo que habría monopolizado todos los medios de riqueza y que no se encontraría, por tanto, al servicio de los trabajadores. Los críticos de este tipo de análisis han sugerido que reflejan cierta incapacidad para contemplar el sistema soviético como lo que acaso ha sido: un fenómeno nuevo que se resiste a ser clasificado como capitalista o socialista, aun cuando reproduzca en su seno algunas de las características de estos sistemas. Han llamado la atención también sobre las innegables diferencias que existían entre el sistema soviético y los capitalismos vigentes en el mundo desarrollado: baste con recordar al respecto que el primero se asentaba en la propiedad estatal de los medios de producción y en una significativa reducción en el papel de los mecanismos de mercado, que exhibía una identificación muy clara entre Estado, Partido y sistema productivo —con

escasas posibilidades de acción para los agentes económicos que se hallasen al margen del aparato estatal— y que, en su esencia, se proponía poner fin a la «anarquía de la producción» nacida del libre mercado. La respuesta que comúnmente han recibido estas críticas entre quienes han identificado en la URSS —es un ejemplo entre otros— un *capitalismo burocrático de Estado* es sencilla: el recurso al término *capitalismo* para dar cuenta de lo que fue el sistema soviético no tiene otra pretensión que la de subrayar que este último formó parte del *universo sociohistórico* característico del capitalismo. Conviene recordar al respecto, en suma, que, pese a las apariencias, rasgos esenciales del sistema capitalista —la adoración del desarrollo de las fuerzas productivas, la explotación, la lucha de clases— han pervivido en sistemas que de socialistas tenían bien poco.

El de «modo asiático de producción» es un concepto del que Marx hizo uso frecuente. Aplicado al sistema soviético, permitiría identificar en él la huella de rasgos procedentes de una sociedad en la que en el pasado ya había adquirido peso un régimen de explotación burocrática sin propiedad privada. De ese régimen habrían quedado restos diversos, en presumible retroceso desde la etapa estaliniana: privilegios extrasalariales, trabajo forzado, restricción de los desplazamientos de la población... Rara vez utilizada como descripción global del sistema soviético, esta forma de ver las cosas ha sido empleada más bien con el objetivo de hallar una explicación para los rasgos más originales de aquel. Tan solo exhibió una importancia significativa en los análisis de pensadores de orientación marxista residentes en los propios países de la Europa central y oriental, como es el caso de Rudolf Bahro: para algunos de ellos, muchas de las aberraciones características de los regímenes de planificación burocrática obedecían a la pervivencia de estructuras anteriores al capitalismo y al socialismo. Bien es verdad que este tipo de reflexiones, inmersas por lo común en agudas polémicas, rara vez respondía al propósito de configurar análisis rigurosos de lo que fueron los sistemas de tipo soviético.

De manera no exenta de paradoja, la mayoría de los estudios realizados en su momento por los conservadores occidentales aceptaba de buen grado el grueso de la versión oficial soviética de los hechos: identificaba a la URSS con una genuina sociedad socialista en la que se habían plasmado los principios enunciados por Marx. Con arreglo a esta forma de ver las cosas, al asentarse en un rechazo de la iniciativa privada, de la libre competencia y de los demás rasgos característicos de las economías de mercado, la experiencia soviética no

podía por menos que abocar en un fracaso histórico. Es cierto, sin embargo, que al margen del pensamiento marxista vio la luz un cuerpo de conceptos más vertebrado, organizado en torno a la identificación del sistema soviético con una forma especial, y singularmente dura, de totalitarismo. Así, aunque todos los elementos que configuraban el régimen soviético habían hecho acto de presencia con anterioridad en la historia, a los ojos de Kostas Papaioannu había sido nueva, sin embargo, «la extraordinaria rapidez con la cual han podido resucitar, mezclados y perfeccionados». A los rasgos característicos de los despotismos burocráticos del pasado se agregaron, en el caso de la URSS, una voluntad de cambio y una ideología racionalista concretadas en el ya citado propósito de crear un «hombre nuevo». En la Unión Soviética se habrían empleado, por otra parte, instrumentos de los que no dispuso con anterioridad ningún sistema despótico: un control absoluto sobre medios de comunicación muy eficaces y un generalizado empleo de técnicas de coacción psicológica. Para Raymond Aron, en fin, el fenómeno totalitario soviético fue la consecuencia de la monopolización de la actividad política por un partido que, al disponer de todos los medios de represión y de persuasión, convirtió su ideología en verdad oficial.

En este tipo de reflexiones no fue habitual, con todo, que se estudiasen de forma pormenorizada las estructuras políticas, económicas y sociales: el objetivo estribaba, más bien, en establecer grandes conceptos que diesen cuenta, globalmente, de la naturaleza del régimen soviético. Las interpretaciones de carácter psicológico —centradas, en particular, en la figura de Stalin— fueron, por lo demás, habituales, y otro tanto puede decirse de la consideración del estalinismo como compendio de toda la historia de la URSS: antes y después de Stalin no hubo sino formas, más o menos remozadas, del propio estalinismo. Así las cosas, y como ya hemos señalado, las tesis que nos ocupan guardaron a menudo una evidente simetría con la versión simplista del socialismo difundida durante tantos años por las autoridades soviéticas. De la misma manera que para Stalin la revolución había permitido la plena liberación de un país empobrecido, para los estudiosos del totalitarismo el sistema soviético había resuelto todas las tareas de control social que él mismo se había fijado. Con este panorama, y dicho sea de paso, quienes no han dudado en identificar en el sistema soviético una forma señera de totalitarismo tienen muchas dificultades para explicar el grueso de los acontecimientos protagonizados por ese sistema tras la muerte de Stalin en 1953.

Una combinación inédita

Comoquiera que todas las interpretaciones que nos han atraído identifican, sin duda, aspectos de interés para comprender la realidad del sistema soviético, estamos en la obligación de singularizar algunos elementos configuradores de aquel. En primer lugar, es forzoso reseñar en el funcionamiento de ese sistema la existencia de relaciones que en un grado u otro, y en diversos estadios de evolución, se vinculan con el capitalismo. Ya hemos dejado constancia de la idea que apunta que la experiencia soviética se insertó, pese a todas las apariencias, en el mismo universo sociohistórico que el del capitalismo: la burocracia actuó a la manera de un capitalista colectivo y los trabajadores se encontraron, en relación con ella, en una situación globalmente semejante a la habitual en los países capitalistas. A ello hay que agregar las consecuencias del proyecto de «aceleración en la acumulación de capital» del que nos hemos ocupado en varias ocasiones.

En el modelo soviético pervivieron, en segundo término, relaciones cuyo origen debe rastrearse en las peculiaridades del escenario en que la revolución de Octubre tomó asiento: Rusia. Que para dar cuenta de este hecho recurramos o no al concepto de «modo asiático de producción» es poco importante. Aunque se antoja legítimo mantener dudas al respecto, parece razonable suponer que el influjo de la mayor parte de esas relaciones se fue reduciendo al compás del crecimiento económico, la industrialización y la urbanización.

En tercer lugar, en el sistema soviético se hizo sentir —sobre ello debemos detenernos un instante— la presencia de algunos elementos de difícil calificación derivados, en parte, del origen político, no directamente económico, de la burocracia, y acaso vinculados con lo que algunos autores han dado en llamar «sistemas tributarios». Los directores de las unidades de producción no eran *empresarios*, en la medida en que ni ostentaban la propiedad de aquellas, ni necesitaban hacer máximo el rendimiento de los trabajadores ni les correspondía tomar las decisiones clave en cuanto a las inversiones o la racionalización de la actividad. Su margen de maniobra era, pues, mucho menor que el característico en las empresas capitalistas. Globalmente, y al menos a partir del decenio de 1950, a la burocracia le bastaba con que la creación de riqueza diese satisfacción a sus necesidades y permitiese el mantenimiento del sistema. El ejercicio de una

presión constante sobre los trabajadores no era, por consiguiente, una exigencia, y ello por dos razones fundamentales: por un lado, los niveles de consumo de aquellos eran muy bajos, sus demandas apenas contaban con cauces para hacerse notar y, en fin, las previsiones de crecimiento no incorporaban de manera manifiesta la consideración de estos problemas; por el otro, las posibilidades de enriquecimiento privado se hallaban sujetas a significativas limitaciones, derivadas en buena medida del régimen de propiedad estatal de los medios de producción. Así las cosas, solo de forma parcial puede afirmarse que la economía soviética funcionaba con arreglo al principio de *maximización del rendimiento y del beneficio*. Conviene subrayar que esta circunstancia, que adquirió un mayor relieve una vez se mitigaron los mecanismos represivos propios de la era estaliniana, no fue el efecto de una crítica consecuente del *progreso*, de la degradación ambiental o de la explotación de los trabajadores.

Hay que hacer mención, por último, de la presencia de algunas formas jurídicas —*propiedad estatal de los medios de producción*— y de algunos sentimientos colectivos —igualitarismo, rechazo del lucro— que es difícil no relacionar con el impulso original de la revolución de Octubre, un impulso de carácter evidentemente socialista (los bolcheviques *querían* construir una sociedad socialista). Comparados con los elementos que hemos mencionado en las líneas anteriores, estos fueron con mucho los menos consistentes de cuantos contribuyeron a configurar el sistema soviético: como hemos apuntado en su momento, y por citar solo dos hechos, la propiedad estatal de los medios de producción no equivalía a una socialización efectiva de la riqueza y las desigualdades sociales se hacían notar de forma significativa. Si tomamos en consideración esta última circunstancia, es obligado concluir que el sistema soviético poco, o nada, tuvo que ver con el concepto de *socialismo* que se hizo sentir en la obra de Marx, o en la de otros muchos pensadores del siglo XIX. Comoquiera que hoy en día es habitual olvidarlo, no parece de más recordar que en la Unión Soviética nunca se abrió camino una genuina socialización de la propiedad, la planificación operó al servicio de unos pocos, los proletarios vieron reducidos a la nada sus teóricos derechos de dirección, la solidaridad se hizo notar como un valor entremezclado con concepciones estratégico/militares y el respeto por los derechos de las generaciones venideras brilló, dramáticamente, por su ausencia.

CAPÍTULO 3

EL COMUNISMO DE GUERRA Y LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA

Con independencia de cuáles fueran los designios de fondo de los dirigentes bolcheviques, y de cuál acabó por ser la deriva de los acontecimientos, es innegable que fueron muchas las gentes que vieron en la revolución de Octubre un amanecer de libertad y de justicia. Transcurridas las primeras jornadas revolucionarias, entre noviembre de 1917 y mediados de 1918 los bolcheviques adoptaron medidas diversas que dibujaban —a ello ya nos hemos referido— un fortalecimiento de las instituciones centrales, en línea con lo que poco después sería el comunismo de guerra. No faltaron medidas, sin embargo, que en un sentido contrario apuntaban a acrecentar el poder de trabajadores, campesinos y soldados. Entre ellas se contaron, en lugar singular, varios decretos que vieron la luz en los últimos meses de 1917. El primero, que se ocupaba de la tierra, abolía, sin compensaciones, la propiedad privada y se proponía crear comités encargados de distribuir las tierras confiscadas. El segundo concedía a los comités de fábrica la facultad de controlar el funcionamiento de las empresas. El tercero, configurado por dos decretos diferentes, suprimía jerarquías y símbolos

en las fuerzas armadas, cuya actividad quedaba subordinada a las decisiones de los comités de soldados. El cuarto, en fin, establecía tribunales populares que debían ser elegidos por los ciudadanos, y acababa, en consecuencia, con las viejas instituciones judiciales.

Los flujos centralizadores tenían, entretanto, su mejor demostración en la creación, en diciembre de 1917, de un Consejo Supremo de la Economía Nacional (*Visshii Soviet Naródnogo Joziaistva* o *Vesenja*), cuyo cometido era establecer normas generales y planificar la actividad económica. El contenido de algunos de los decretos que acabamos de reseñar se vio afectado por la aparición del *Vesenja*. Así, en enero de 1918 los comités de fábrica se vieron obligados a integrarse en la nueva estructura, con lo que perdieron buena parte de su formalmente reconocida autonomía. En el mismo plano, y como ya lo apuntarnos, en diciembre de 1917 se creaba la *Cheká* que, encargada de controlar las actividades de las diferentes formaciones políticas, pronto se benefició de una notoria libertad de actuación que abrió el camino a numerosas arbitrariedades.

La manifestación de tendencias de signo manifiestamente opuesto, como las descritas, no hizo sino acrecentar el caos que había visto la luz durante los tres atribulados años anteriores. Tal vez la mejor ilustración de la situación era la acción de los campesinos: de manera espontánea habían repartido la tierra en un sinnúmero de pequeñas explotaciones que a duras penas permitían satisfacer los niveles mínimos de subsistencia. Aunque la distribución de la tierra era claramente más igualitaria que en el pasado, no podía decirse lo mismo de los medios de producción correspondientes, en los que pervivían muchos de los términos de la estratificación tradicional. Estas circunstancias, consecuencia de las primeras medidas adoptadas tras la revolución, eran visiblemente contradictorias con la filosofía económica de los bolcheviques. En el ámbito de la industria, la situación descrita tenía un paralelo en la ocupación de las factorías por los trabajadores, cuyos comités de fábrica habían empezado a dirigir muchos procesos productivos. Las necesidades militares eran un estímulo, sin embargo, para los flujos centralizadores, en un marco general, de cualquier modo, de visible hundimiento de la producción, ante las dificultades extremas a la hora de garantizar los suministros de materias primas y tecnología.

Junto al proceso que nos ocupa se desarrollaba otro de inequívoca importancia. La esperanza de que fuerzas políticas afines a los bolcheviques tomaran el poder en Alemania se iba diluyendo, con lo que cada vez era más

claro que se imponía un acuerdo con la Alemania imperial. La ofensiva asestada por esta última en febrero de 1918 produjo un rápido hundimiento de los frentes, una no menos rápida ocupación de Estonia, Letonia y partes de Bielorrusia y de Ucrania, y una clara amenaza sobre Petrogrado. Aunque en la dirección bolchevique no faltaron voces contrarias a cualquier tipo de concesión —así, las de Bujarin y Radek, a las que se sumaron las de los socialistas revolucionarios de izquierda—, la mayoría, con Lenin a la cabeza, dio por buena la idea de que lo más importante era garantizar, a cualquier precio, la pervivencia de un gobierno *soviético* (en adelante, y por razones que no es preciso explicar, usaremos este adjetivo para calificar al nuevo poder, aun a sabiendas de la problemática relación de los bolcheviques con los soviets). Lenin era consciente, por lo demás, de la debilidad de las fuerzas armadas que estaba en condiciones de oponer al avance alemán.



Mapa 1. Territorios perdidos por Rusia en virtud del tratado de Brest-Litovsk.

El resultado no fue otro que la firma, el 3 de marzo, del tratado de Brest-Litovsk, en el que encontraban satisfacción la mayoría de las exigencias alemanas. En virtud del tratado, Polonia y las tres repúblicas bálticas quedaban

bajo control germano; Georgia, Finlandia y Ucrania adquirirían la independencia, pero claramente en la esfera de influencia de Alemania, y Rusia se veía obligada a entregar territorios a Finlandia, Turquía y Rumania (véase mapa 1). En conjunto, y según una estimación, Rusia renunciaba nada menos que a un 32% de la superficie cultivable, a un 33% de las instalaciones industriales, a un 73% de la riqueza minera y carbonífera, y a unos sesenta millones de habitantes. Los mayores problemas para el régimen soviético se derivaban de la pérdida de los recursos agrícolas y mineros de Ucrania, cuyo movimiento nacionalista había sido explotado por los alemanes con el visible designio de debilitar al gobierno radicado en Moscú, convertida en capital bolchevique en marzo de 1918.

Es verdad, de cualquier modo, que unos meses después la derrota definitiva de Alemania propició la retirada, por parte de esta, de muchos de los territorios que había incorporado en Brest-Litovsk. Pese a ello Rusia fue, con toda evidencia, una de las víctimas principales de los acuerdos alcanzados por las potencias vencedoras en la guerra mundial. La respuesta soviética adoptó en un primer momento la forma de una reivindicación, más o menos consecuente, de principios como los que reclamaban una revolución mundial o el derecho del autodeterminación de los pueblos. A ello había seguido, con el presumible objeto de reducir los efectos del cerco internacional que el país padecía, la celebración, en 1919, del I Congreso de la Tercera Internacional, Internacional Comunista o *Komintern*, uno de cuyos objetivos era poner freno al «chovinismo y a la hipocresía pacifista». Al margen de todo lo anterior, la vía adoptada por el Gobierno soviético al firmar el tratado de Brest-Litovsk tuvo, por lo demás, dos efectos de interés. El primero fue la creación de unas fuerzas armadas más o menos convencionales, y el abandono, por tanto, del espíritu partisano que había imperado en los meses siguientes a la revolución. El segundo, que se abría camino de manera más subterránea, y que implicaba políticas hasta entonces no experimentadas, apuntaba al despliegue de un comportamiento más moderado en lo que a las relaciones exteriores se refería. Tan es así que algunos especialistas interpretaron que en Brest-Litovsk se estaban sentando ya las bases de lo que con el tiempo acabaría siendo el «socialismo en un solo país».

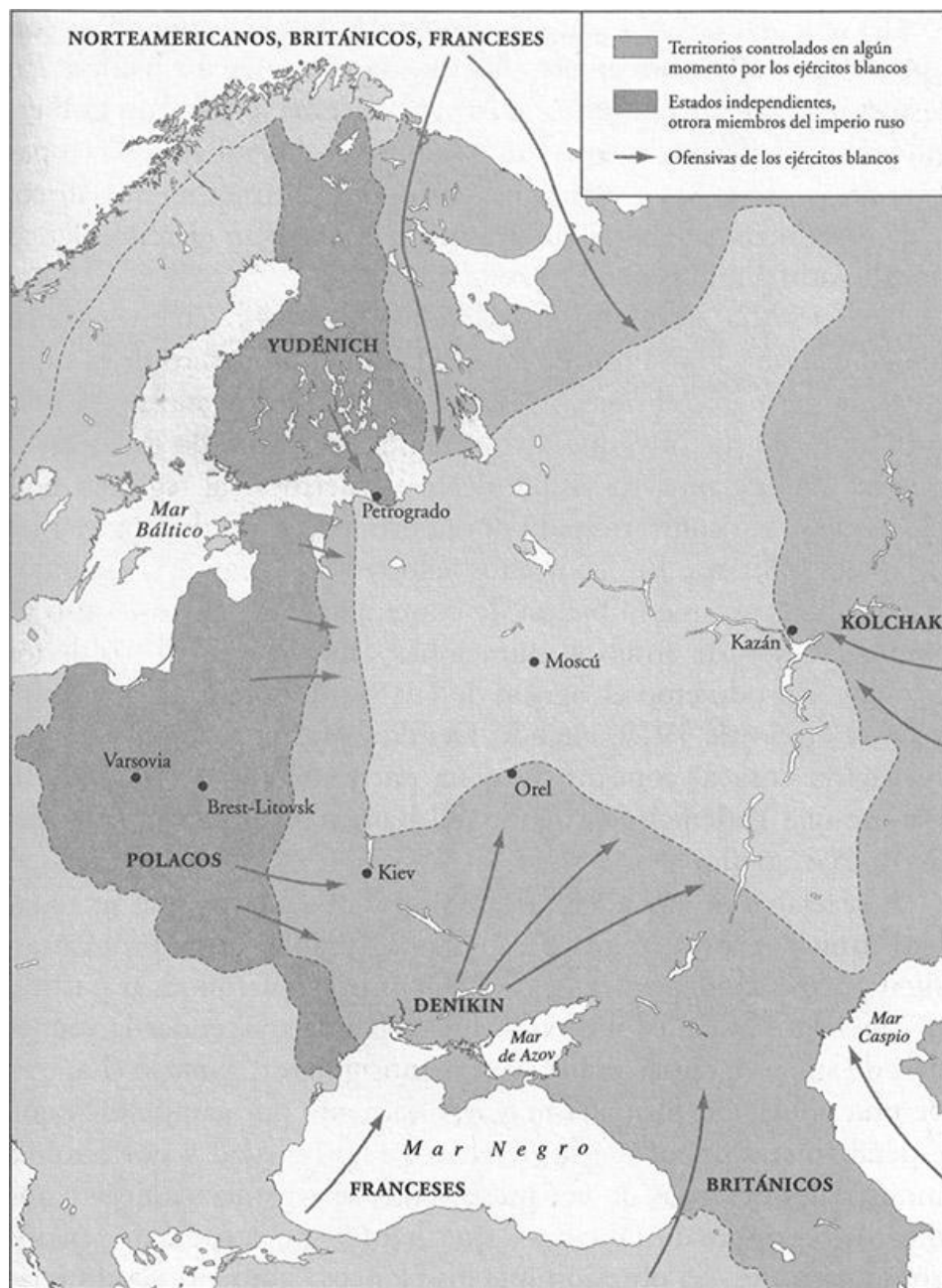
Más allá de estas circunstancias, los primeros años del nuevo régimen, que ahora nos ocuparán, lo fueron de

[...] una política de urgencias: primero, para conseguir sacar al país de

una guerra internacional, después, para concluir una guerra civil fomentada desde el exterior, y, finalmente, para conseguir la estabilidad social del campesinado como garantía imprescindible para la continuidad del régimen. Los tres ejes cardinales que determinaron la singladura soviética durante esos años fueron el reducido crecimiento en una estructura económica agrarizada, la debilidad política de un partido en el poder que no disponía de hegemonía cultural en la sociedad y el sistemático hostigamiento de las potencias internacionales contra el nuevo régimen.

Palazuelos, 1990, 47

La guerra civil



Mapa 2. La guerra civil.

La revolución de Octubre, la disolución de la asamblea constituyente y la inestabilidad en los frentes militares estuvieron en el origen del estallido, que pronto se hizo notar, de un sangriento conflicto civil. La oposición al régimen soviético se manifestó ante todo en la aparición de los llamados ejércitos blancos, que mostraron su apoyo al derrocado Gobierno provisional o a alguna de las formaciones políticas marginadas por el golpe bolchevique. Varios fueron

los núcleos principales de resistencia de los blancos (véase mapa 2). En el sur operaron fuerzas comandadas por el general Anton Denikin, respaldadas por cosacos y por un ejército francés que recibía suministros a través del mar Negro. Entre el Volga y el siberiano lago Baikal, con su centro principal en Omsk, se hallaba un ejército dirigido por el almirante Aleksandr Kolchak y respaldado por la llamada legión checa. En la misma región del Volga, socialistas revolucionarios y kadetes habían establecido un directorio conjunto que fue disuelto por las fuerzas de Kolchak, al parecer inquietas por el izquierdismo que rezumaban los proyectos en curso; de esta manera encontró un rápido freno la idea, fundamentalmente apoyada por los socialistas revolucionarios, de desplegar una *tercera vía* diferente de las preconizadas por bolcheviques y blancos. Más hacia el este, en la Siberia oriental, y con apoyo japonés y norteamericano, existía otro ejército blanco. En la región de Arcángel, junto al Ártico, operaba, en fin, un gobierno socialista revolucionario que permitió el desembarco de tropas británicas, francesas y estadounidenses. Por último, en el Báltico, y de nuevo con colaboración británica, existía otro ejército blanco encabezado por el general Nikolai Yudénich.

Como se ha apuntado, los ejércitos blancos recibieron cierto apoyo exterior. Hasta noviembre de 1918, el momento de la capitulación germana, el objetivo de potencias como Francia o el Reino Unido no fue otro que provocar una reentrada de Rusia en la guerra. En adelante, su visible deseo de derrocar al régimen bolchevique se vio contrarrestado por la firme decisión de repatriar las unidades militares. En los hechos, ello redujo los apoyos recibidos por los blancos, que hubieron de contentarse con envíos —eso sí, importantes— de armas y municiones. Los mayores éxitos de los blancos se produjeron en agosto de 1918, con la captura de Kazán, y en el otoño de 1919, cuando Denikin, tras aprovechar una sublevación cosaca, conquistó buena parte del sur de Ucrania, al tiempo que Yudénich, partiendo del Báltico, se situaba a las puertas de Petrogrado.

A la lejanía de los diferentes frentes de batalla en que se hallaban inmersos los ejércitos blancos se agregaban otros problemas. Bien poco avenidos entre sí, los blancos no supieron sacar partido de sus relativos éxitos militares. Incapaces de trascender la vaguedad de sus programas políticos, no consiguieron ganarse el apoyo de una población formada mayoritariamente por campesinos que esperaban se reconociese su derecho a la propiedad y por obreros industriales deseosos de ver preservadas las organizaciones —sindicatos, comités de fábrica— que habían puesto en pie en los años anteriores. La obsesión que los blancos

exhibieron en lo relativo a la necesidad de preservar una Rusia unida y la decisión de no reconocer la independencia de Finlandia, Estonia y Letonia hicieron, por lo demás, que sus propuestas encontrasen escaso eco en las naciones de la periferia del viejo imperio zarista. Tampoco se mostraron, en fin, más benignos que los bolcheviques en lo que al uso de la represión respecta: los excesos, los requisamientos y el pillaje fueron, por el contrario, el pan de cada día en las zonas controladas por los blancos.

Mientras, del lado bolchevique la guerra civil sirvió para que cobraran fuerza los ya mencionados proyectos que reclamaban la creación de un ejército en el sentido convencional. Trotski, para quien «en un Estado proletario la militarización es la autoorganización de la clase obrera», se hizo cargo de esa tarea y promovió la disolución de las milicias y de los guardias rojos; los cuadros de estas unidades militares —en su mayoría obreros de lealtad comprobada— se convirtieron, junto con un buen número de oficiales del viejo ejército zarista, en el núcleo de las nuevas fuerzas armadas, en las que, en un signo más de recentralización de las relaciones, los comités de soldados desaparecieron en beneficio de rigurosas formas de control ejercidas por *comisarios políticos*. Los resultados en el terreno estrictamente militar fueron excelentes, al tiempo que el Ejército Rojo —cuya tarea se vio facilitada por el carácter, más compacto, del territorio que debía defender— se convertía en uno de los más socorridos instrumentos de ascenso social. Conviene no olvidar, por lo demás, que no toda la oposición que encontraron los bolcheviques estaba configurada por los ejércitos blancos. En Ucrania operaba una activa guerrilla campesina de carácter anarquista que, dirigida por Néstor Majnó, mostró una enconada oposición a los requisamientos y, en general, a las medidas que reducían la independencia de las organizaciones de base. Tras un período de colaboración con la guerrilla de Majnó, el Ejército Rojo actuó con contundencia.

Siempre del lado bolchevique, el control sobre las diferentes oposiciones se vio facilitado por una sensible ampliación de las atribuciones de la *Cheká*, que se encargó de organizar una compleja red de campos de concentración. Son muy dispares, con todo, las evaluaciones del número de víctimas mortales derivadas de la represión política ejercida por el nuevo régimen. Al respecto, y para el período de 1917-1923, se ha hablado tanto de 50 000 como de 200 000 personas. Aunque estas cifras son bajas comparadas con las registradas en diferentes etapas de la era estaliniana —hay que recordar, por otra parte, que de por medio estaba una guerra civil en la que el otro bando no se caracterizaba tampoco por

la contención—, reflejan un hecho indiscutible: fue en tiempos de Lenin cuando cobró vigor por vez primera un sistema de terror organizado en el que no faltaban organizaciones específicas que campaban por sus respetos,

Con los ejércitos blancos desmoralizados y en desbandada, la guerra civil concluyó con una extensión del conflicto a Polonia, en un proceso que parecía desmentir la incipiente moderación exhibida por la política exterior soviética a partir de la firma del tratado de Brest-Litovsk. El Gobierno polaco había prestado apoyo a las fuerzas blancas que operaban en Ucrania, para más adelante anexionarse Lituania y partes de Bielorrusia. La ocupación polaca de Kiev, la capital ucraniana, en mayo de 1920, fue el desencadenante de una fulminante respuesta bolchevique. El Ejército Rojo alcanzó rápidamente las afueras de Varsovia, si bien los éxitos militares soviéticos no fueron más allá. En agosto se inició la retirada, que abrió el camino a la firma en Riga, ya en 1921, de un tratado de paz con Polonia. Acaso puede afirmarse que este episodio final, internacionalizado, de la guerra civil fue también el último estertor de una política exterior que, relativamente agresiva, había topado con una realidad diferente de la esperada: los trabajadores polacos no habían abrazado, como se esperaba, la causa de la revolución soviética, y habían preferido mantener sus adhesiones nacionales de siempre.

El comunismo de guerra

Entre mediados de 1918 y 1921 el sistema económico imperante fue lo que se dio en llamar comunismo de guerra. En su esencia, el comunismo de guerra — una respuesta a la situación de caos que el primer conflicto mundial y las revoluciones de 1917 habían producido en Rusia— acarreaba un esfuerzo de estatalización de toda la industria, muchas veces orientado a dar satisfacción a acuciantes necesidades militares. En paralelo, se hacía notar un intento de prohibición, no siempre efectiva, del comercio privado, acompañado del requisamiento de los excedentes agrarios. Se había verificado también la supresión parcial del dinero en las transacciones entre el Estado, sus propios organismos y los ciudadanos, todo ello en un marco caracterizado por el uso generalizado del terror y por la consolidación de un proyecto disciplinario en ámbitos tan diversos como los del requisamiento, las expropiaciones o el control

sobre los sindicatos.

Como es fácil suponer, los mayores obstáculos que encontró el comunismo de guerra fueron los planteados por los campesinos y, en menor medida, por los propietarios de pequeñas industrias. El requisamiento del excedente agrario creó inmediatos problemas, que se manifestaron a través de un debilitamiento de los estímulos a la producción, de la consiguiente reducción de esta última y de frecuentes agresiones a los responsables gubernamentales. En estos años se registraron también, por cierto, insurrecciones agrarias, de carácter más bien espontáneo, en la cuenca del Volga, en Siberia y en el norte del Cáucaso. El fracaso de estas insurrecciones se explica por la ausencia de conexiones efectivas entre unas y otras, y por las dificultades con que toparon a la hora de extender las demandas a sectores del proletariado industrial. Ninguna fuerza política —ni siquiera los socialistas revolucionarios— las apoyó, por lo demás, con decisión.

En las ciudades, entretanto, las posibilidades abiertas por la perspectiva de incorporación a los nuevos aparatos de gobierno apenas consiguieron frenar la huida de la población hacia el campo provocada fundamentalmente por el hambre: en los tres primeros años del proceso revolucionario Moscú y Petrogrado habían perdido, respectivamente, el 45% y el 57% de sus habitantes. Existía, de cualquier modo, cierta efervescencia política y laboral, en un marco de menguante actividad —ya nos hemos interesado por ella en el capítulo anterior— de mencheviques y socialistas revolucionarios. Pese a enormes restricciones en sus movimientos, mencheviques disidentes consiguieron reunir, en marzo de 1918, una asamblea de delegados de comités de fábrica que, tras rechazar el tratado de Brest-Litovsk, reclamó la dimisión del Gobierno y solicitó una nueva convocatoria de la asamblea constituyente. Mientras los mencheviques concentraban sus esfuerzos en preservar la legalidad en el ámbito de los soviets, los socialistas revolucionarios mantenían una actitud ambigua —unas veces resistente, otras colaboradora— con respecto a las nuevas autoridades.

En el verano de 1918 y al cabo de un triunfo bolchevique en las elecciones al soviet de Petrogrado, se abrió una etapa de represión más franca que condujo a la consolidación del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia como la única fuerza política de relieve existente en el país. Entre mediados de 1917 y 1921 el número de militantes del Partido se había multiplicado entre tres y cuatro veces, para alcanzar en el último de los años citados la cifra de 750 000; muchos de los

miembros del recién creado Ejército Rojo se habían integrado, por lo demás, en un Partido en el que se apreciaba también una reducción significativa en el peso porcentual de los obreros manuales, circunstancia que no había aminorado, sin embargo, los problemas derivados de la ausencia de profesionales especializados. Los jóvenes eran absoluta mayoría entre los bolcheviques, como lo demuestra el hecho de que durante la guerra civil más de la mitad de los miembros del Partido tuviese menos de 30 años, y un 90% no superase los 40. El control desde abajo había ido desapareciendo, al tiempo que se reforzaban los máximos órganos de dirección, y en particular el Politburó, constituido en marzo de 1919.

Entre los bolcheviques no faltaban, es cierto, marginales y acalladas voces disidentes. Era el caso de las que cobraron cuerpo en torno a los *centralistas democráticos*, partidarios de restaurar olvidadas formas de designación de los cuadros y de debate público de los problemas, o a la llamada «oposición obrera», a la que ya nos hemos referido, decidida a devolver a los trabajadores las capacidades de decisión y a reforzar el poder de sindicatos y comités de fábrica.

No hay que olvidar que fue durante el comunismo de guerra cuando se pusieron los cimientos del que posteriormente se convertiría en principio vertebrador de la organización laboral —la «dirección por un solo hombre»—, en un marco de renovado interés por las fórmulas de trabajo a destajo y por el taylorismo. Eran los mismos años en los que Trotski defendía una activa militarización del trabajo que estaba llamada a acelerar el crecimiento económico, y en los que la *carrera* dentro del Partido empezaba a presentarse como una interesante fórmula de promoción social.

Los primeros años del régimen bolchevique tuvieron, por otra parte, significativos efectos, en la forma de una extraordinaria efervescencia, en el terreno cultural. Junto a las manifestaciones múltiples de las vanguardias artísticas y literarias hay que dar cuenta, sin embargo, del paralelo exilio de una parte importante de la *intelligentsia*: abandonaron el país artistas, músicos y cineastas como Vladimir Dukelski, Dmitri Tiomkin, Liúbov Uspénskaya o Rouben Mamulian. De entre los escritores exiliados, solo uno de relieve, Alekséi Tolstoi, regresó poco tiempo después. La mayoría de los literatos no pareció contemplar con buenos ojos la instauración del nuevo orden, como tal vez lo demuestra el hecho de que a la reunión convocada por los bolcheviques en noviembre de 1917 apenas acudió media docena de escritores, entre ellos Aleksandr Blok y Vladimir Mayakovski. El propio Maksim Gorki denunció en

los primeros momentos los atentados contra la libertad de expresión. Es verdad, de cualquier modo, que los nuevos dirigentes políticos, y en particular Trotski, mostraron su rechazo de las formas más burdas de manifestación de una «cultura proletaria» y reclamaron un papel moderado, nada dirigista, del Partido en estos menesteres. Ello no impidió que los bolcheviques, para quienes «cultura popular» y «viejo régimen» eran casi sinónimos, emprendieran al poco una cruzada contra los «valores burgueses» presentes en canciones, novelas y películas. Al respecto, no dudaron en nacionalizar el grueso de las infraestructuras y empresas culturales, desde las cuales empezó a desplegarse, bien es verdad, una curiosa combinación de cultura vanguardista —ahí estaban futuristas y constructivistas— y utilitarios y simplistas mensajes políticos.

Otro elemento que formaba parte del imaginario popular, la Iglesia Ortodoxa, vio cómo desaparecían sus atávicos privilegios, al tiempo que muchas de sus propiedades eran confiscadas y se llevaba adelante una efectiva separación con respecto al Estado. La actitud del régimen bolchevique se endureció al hacerse evidente que buena parte del clero ortodoxo se le oponía virulentamente, cuando no apoyaba de manera abierta a los ejércitos blancos. Es cierto, sin embargo, que en el seno de la Iglesia Ortodoxa hicieron su aparición corrientes que reivindicaban un cristianismo de base popular, asentado en una lectura más o menos *progresista* de los evangelios y menos preocupado, en paralelo, por los ritos tradicionales. Los esfuerzos de estas corrientes innovadoras murieron, de cualquier modo, entre la indiferencia de los gobernantes y el plegamiento con que a la postre obsequiaron las jerarquías eclesiales al poder emergente.

No puede olvidarse, con todo, que, en condiciones muy difíciles, el régimen bolchevique había dado significativos pasos. La posición global de la mujer, a la que se reconocían iguales derechos que a los varones y a la que se abrían todas las salidas profesionales, había mejorado notablemente. La prostitución fue prohibida y el matrimonio, el divorcio y el aborto se vieron sometidos, por otra parte, a una legislación más permisiva, que en muchos sentidos acosaba a una institución, la familia, a la que se consideraba responsable directa de la explotación de la mujer y estrechamente vinculada a anquilosados conceptos de propiedad. Por lo que al sistema educativo respecta, penalizó de manera evidente a los miembros de las viejas clases pudientes. En un marco de supervisión ideológica más o menos estricta, los miembros del Partido y los propios trabajadores se vieron beneficiados por un sinnúmero de medidas. El carácter político de buena parte de la enseñanza impartida solo remitió unos años más tarde

cuando, al calor de la NEP, se abrió camino una mayor libertad de cátedra y se dispensó una atención expresa a las materias técnicas.

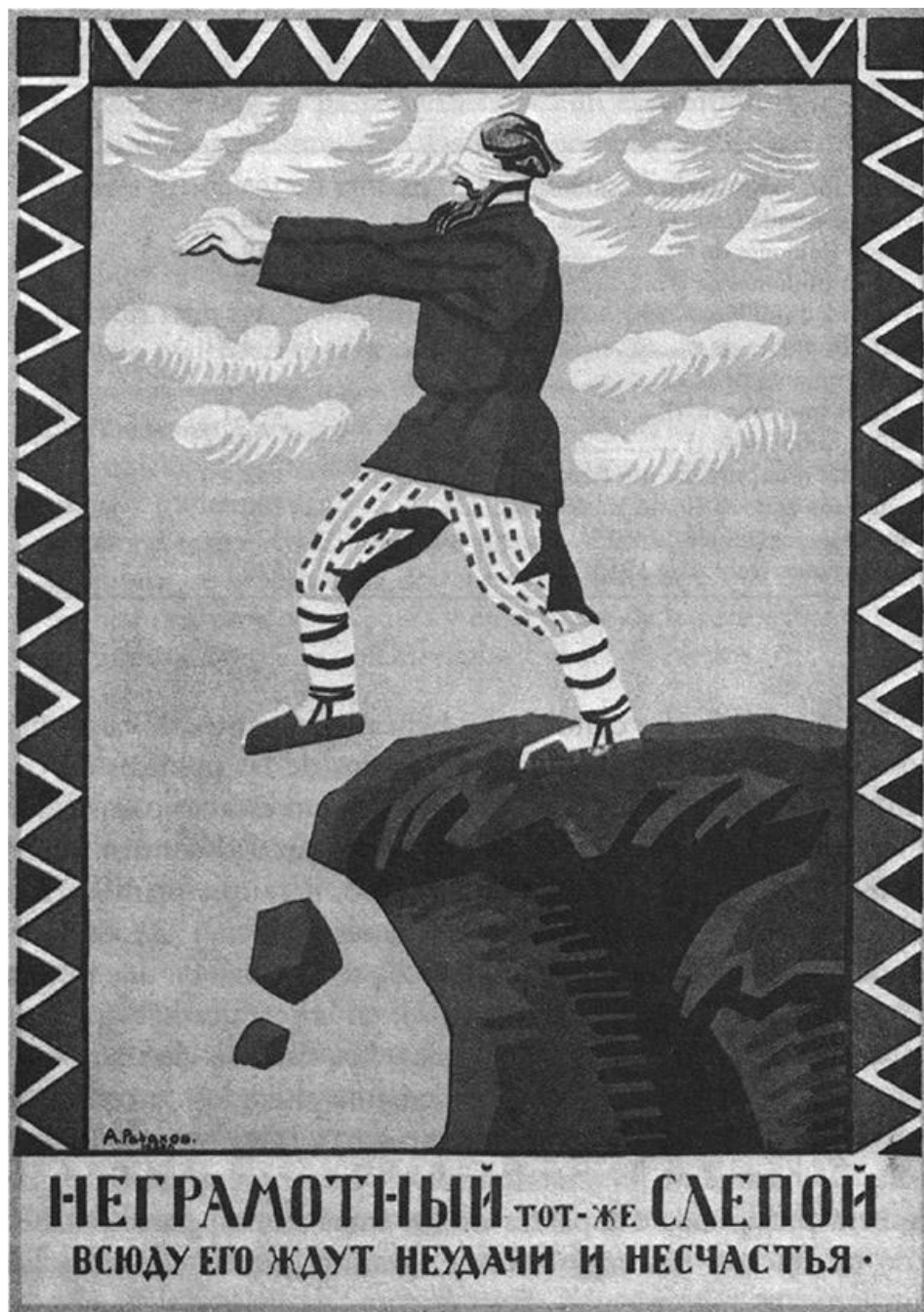


Foto 5. «El que es analfabeto es como un hombre ciego. Fracaso y desgracia le esperan por todas partes». Póster de alfabetización de Alekséi Radakov, 1920.

CUADRO 1. Niveles de producción en 1913 y 1921	

	1913	1921
Producción industrial bruta (índice)	100	31
Industria pesada (índice)	100	21
Carbón (millones de t)	29	9
Petróleo (millones de t)	9,2	3,8
Electricidad (millones kwh)	2039	520
Hierro (millones de t)	4,2	0,1
Acero (millones de t)	4,3	0,2
Ladrillos (millones de t)	2,1	0,01
Azúcar (millones de t)	1,3	0,05
Toneladas transportadas por ferrocarril (mill.)	132,4	39,4
Producción agrícola (índice)	100	60
Importaciones (rublos de 1913)	1374	208
Exportaciones (rublos de 1913)	1520	20
Fuente: Nove, 1980		

Aunque, dadas las condiciones bélicas imperantes, es cualquier cosa menos sencillo evaluar los resultados de las políticas de comunismo de guerra, lo cierto es que —en un escenario en el que no estaban dadas las condiciones para un efectivo control estatal de los procesos productivos o, en su caso, para una planificación eficiente— no fueron muy esperanzadores. Así, en 1921 los niveles de producción de la industria pesada se situaban en una quinta parte de los de 1913 (véase cuadro 1); en la práctica habían desaparecido algunos sectores industriales. Los sistemas de transporte y de distribución se hallaban visiblemente alterados, la comida y la gasolina eran escasas y el mercado negro y la especulación florecían. Técnicamente, la estatalización de las empresas, realizada de manera precipitada a espaldas de los trabajadores, parecía haber sido un fracaso. Las explotaciones agrarias, que en virtud de los constantes requisamientos mostraban un dramático descenso en la productividad, tenían que acoger, por añadidura, a un número importante de personas que habían abandonado las ciudades, circunstancia que hacía aún más grave la situación.

Alec Nove ha señalado que el comunismo de guerra fue, a la vez, una respuesta a una situación manifiestamente excepcional y un intento de dar un paso significativo en el camino de la «construcción del socialismo». En las opiniones de los dirigentes bolcheviques primaba, sin embargo, una u otra dimensión.

Algunos sintieron que los días de 1918-1920 fueron, no solamente heroicas jornadas de heroísmo y gloria, que condujeron a la victoria frente a poderosos rivales, sino también un paso hacia el socialismo o, incluso, el puente hacia el comunismo pleno. Algunos se sintieron profundamente afectados por la retirada posterior, en la que vieron una traición a la revolución. Otros apreciaron la necesidad de esa retirada y pusieron manos a la tarea de limitar sus consecuencias para recuperar terreno más adelante. Otros —entre ellos algunos de los miembros de la futura ala derecha— interpretaron que en el futuro se abría una prolongada pausa y en el mejor de los casos vieron en el comunismo de guerra una inevitable cadena de excesos.

Nove, 1980, 78-79

El relativo fracaso —no hay que olvidar los innegables éxitos militares de los bolcheviques— del comunismo de guerra tuvo claro reflejo, a principios de 1921, en un notable auge de los movimientos de resistencia. En febrero y marzo se produjeron, tanto en Moscú como en Petrogrado, huelgas y manifestaciones en las que, junto a las inevitables demandas económicas, se hacían sentir otras —libertad de expresión y de reunión, elecciones libres en sindicatos y soviets, amnistía— de carácter político. El más espectacular de los movimientos que nos ocupan fue, sin duda, el protagonizado por los marineros de la base naval de Kronshtadt, próxima a Petrogrado. En su opinión, y en vista de que los soviets habían dejado de expresar la voluntad de trabajadores y campesinos, lo suyo era celebrar nuevas elecciones tras una campaña en la que se garantizase la «plena libertad de agitación». Tal y como lo ha subrayado E. H. Carr, la revuelta de Kronshtadt fue un golpe desconcertante para un Partido que estaba obligado a concluir que las cosas no discurrían por el camino apetecido: la oposición ahora no procedía de los defensores del viejo orden o de los generales blancos, sino de algunos de los más granados héroes de las jornadas revolucionarias de 1917 (Carr, 1981, 45).

La configuración de una nueva entidad supranacional

Aunque Lenin no parecía creer en demasiada en el potencial revolucionario de los movimientos nacionalistas, era consciente de que estos constituían un poderoso aliado en la tarea de derrocar al imperio zarista. Esta dicotomía en su visión del fenómeno acaso explica la ambivalencia que el pensamiento de Lenin, y con él las políticas desplegadas por el nuevo régimen, exhibió a la postre.

Pocos días después de la revolución de Octubre, el Gobierno bolchevique emitió una «Declaración de los derechos de los pueblos de Rusia» en la que se reivindicaba una política de unión voluntaria de esos pueblos asentada en el reconocimiento de su igualdad, su soberanía y los derechos de autodeterminación y secesión. Este enunciado teórico —que poco después, en enero de 1918, se plasmó en la propuesta de una «federación de repúblicas soviéticas»— se veía acompañado, en los hechos, por una sensible restricción: los nuevos dirigentes parecían interpretar que los únicos portavoces posibles de las reivindicaciones nacionales de los diferentes pueblos eran los representantes de los trabajadores o, lo que era casi lo mismo en su lectura, los propios militantes bolcheviques. Pronto empezaron a hacerse notar los problemas. En Kiev, la capital de Ucrania, se proclamó una república popular que anunció su deseo de integrarse, en pie de igualdad, en una federación con Rusia. Esta decisión recibió como respuesta, del lado soviético, una invasión cuya consecuencia principal fue el establecimiento de otro gobierno, esta vez con sede en Járkov, en el este ucraniano. El enfrentamiento se saldó, en febrero de 1918, con una rápida ocupación de casi toda Ucrania por las tropas soviéticas que, en su mayoría compuestas por rusos, para ello contaron con el apoyo de los guardias rojos locales. Un proceso semejante se desarrollaba en Bielorrusia, en donde a la proclamación de la *autonomía* siguieron la disolución del Congreso Nacional bielorruso y el establecimiento de un gobierno soviético.

La firma del tratado de Brest-Litovsk colocó en una delicada situación a las fuerzas políticas que, tanto en Ucrania como en Bielorrusia, habían respaldado al régimen soviético, y ahora veían cómo el territorio de sus naciones respectivas pasaba a poder de los alemanes. Ya hemos señalado que en el propio año 1918, y de resultas de los acontecimientos internos en Alemania, esta última se vio obligada a abandonar, sin embargo, los territorios obtenidos en Brest-Litovsk. En buena medida, estos fueron ocupados por el Ejército Rojo. La secuela principal de este avance fue el establecimiento de repúblicas soviéticas soberanas en Ucrania, Bielorrusia —había perdido parte de su territorio en beneficio de Polonia—, Letonia y Lituania, realizado probablemente en la perspectiva de que

las formaciones políticas afines a los bolcheviques mejorasen su imagen *nacional*. En paralelo, se crearon unidades militares adscritas a las repúblicas recién nacidas, bien que subordinadas al comando supremo del Ejército Rojo — la fusión efectiva de estas unidades se produciría en abril de 1919—, en un marco general en el que la autonomía de decisión de los nuevos poderes era, de cualquier modo, reducida. En Crimea, entretanto, y al cabo de intervalos de dominación soviética, alemana y blanca, el poder bolchevique había sido restablecido en octubre de 1920; un año después quedaba configurada una república autónoma de Crimea.

El único lugar en el que la resistencia a la sovietización resultaba significativa lo constituía Estonia, de la que las tropas alemanas y soviéticas se habían retirado, dejando el camino expedito a una conferencia de paz y al reconocimiento de la independencia de la república. Este hecho tuvo pronto su eco en Lituania y Letonia, que accedieron a la independencia, respectivamente, en julio y agosto de 1920; en el caso de Lituania antes del proceso se registraron efímeros enfrentamientos armados con unidades soviéticas. Cerca, en Polonia, los sucesos del 1917 ruso habían permitido una incuestionada independencia del país. No fueron estos, por otra parte, malos años para los judíos, quienes en muchos casos participaron activamente en los movimientos revolucionarios; mientras los judíos residentes en las grandes ciudades, muy rusificados, se integraron sin excesivos problemas en el nuevo orden, no sucedió lo mismo, sin embargo, con quienes habitaban en zonas rurales de Ucrania, Bielorrusia y el oeste de Rusia, hablantes por lo general de yiddish y reacios a renunciar a sus costumbres. A finales del decenio de 1920 se hizo notar un no demasiado prometedor intento de creación de una región autónoma para los judíos, en torno a la ciudad de Birobidyán, en el lejano Oriente.

Al margen de estas excepciones, la política oficial, explícita en el VIII Congreso del Partido, no dejaba lugar a la retórica y subrayaba con claridad el carácter subordinado de los *comités regionales* correspondientes a las repúblicas. Es verdad, sin embargo, que entre los bolcheviques se hacían sentir divergencias con respecto al tratamiento de los problemas nacionales. Así, mientras Lenin apostaba con claridad por el derecho de autodeterminación, los sectores de izquierda, con Bujarin entonces a la cabeza, pretendían restringir ese derecho, una vez más, a «las clases trabajadoras de cada nacionalidad», en la confianza de que así se evitaría que la autodeterminación se tradujese en la entrega del poder a las viejas clases dirigentes; esta idea de Bujarin se manifestaba también a través

de la negación del derecho de autodeterminación a aquellas naciones que estaban «evolucionando desde la Edad Media hacia la democracia burguesa». La discusión se vio alterada, bien es cierto, por algunos hechos importantes, y en particular la ocupación de la mayor parte de Ucrania por los ejércitos blancos. Tal circunstancia provocó una alianza entre los bolcheviques rusos y los nacionalistas ucranianos —algunos de los cuales, comunistas, seguían defendiendo una república soviética independiente—, toda vez que el comportamiento de los blancos no era precisamente condescendiente hacia los intereses nacionales de Ucrania. De esa compleja situación se derivó, sin embargo, y ya en 1920, una nueva imposición del partido central sobre los periféricos. Lenin se encargó de fustigar a estos, acusándolos, eso sí, de «tendencias contrarrevolucionarias y pequeñoburguesas», y eludiendo, por consiguiente, cualquier crítica a sus reivindicaciones estrictamente nacionales.



Foto 6. Lenin hablando en una plaza pública; a la derecha, Trotski, Moscú, 5 de mayo de 1920.

A finales de 1917 y principios de 1918, y en un espacio geográfico en el que el Gobierno provisional había desoído las demandas de las organizaciones musulmanas, se habían proclamado gobiernos propios en Kazajistán, Kirguizistán, Bashkiria y Tatarstán (Tartaria). Tras actuar de forma represiva contra estos nuevos poderes, en abril de 1918 los bolcheviques reconocieron la autonomía del territorio tártaro-bashquirio, aun cuando su dominio sobre las áreas que nos ocupan se veía obstaculizado por la presencia, muy notable, de los ejércitos blancos. Eran los años en los que aparecía, por otra parte, un comunismo de raíces musulmanas, cuyo principal representante resultó ser

Mirza Said Sultán-Galíev. Pese a una inicial simpatía por el proyecto, la creación de un Partido de los Musulmanes Comunistas no fue bien recibida, sin embargo, en Moscú: las autoridades soviéticas, con Stalin a la cabeza del Comisariado de Asuntos Nacionales, se encargaron —al igual que había sucedido en Ucrania y en Bielorrusia— de poner las cosas en su sitio. Inmediatamente fue abandonado el proyecto de configuración de una república tártaro-bashquiria, que en algún momento se había planteado como instrumento idóneo para la difusión del nuevo régimen hacia el este, y se crearon, en el seno de la república rusa, sendas repúblicas autónomas en Tatarstán y Bashkiria. Las autoridades soviéticas frenaban así el impulso de constitución de entidades políticas importantes de marcado carácter panislámico. El resto de la región del Volga y del Ural se repartía, en fin, en pequeñas unidades administrativas.

Ya en Asia, en el Turquestán —que agrupaba territorios uzbekos, kazajos y tayikos— se produjo durante 1918 una disputa entre los nuevos órganos de poder soviético, en los que la población local no tenía presencia alguna, y las demandas planteadas por el *Congreso musulmán*, que reclamaba un gobierno de coalición. Los primeros, que a la postre salieron triunfantes de la mano de la creación de la república autónoma del Turquestán, se contaban entre los defensores de una «autodeterminación de los estratos trabajadores», que en los hechos ratificaba el dominio de la minoría de trabajadores rusos sobre la mayoría de la población local. Su política, que entre otras cosas incorporaba el cierre de mezquitas y escuelas coránicas, ocasionó una viva resistencia y eventuales alianzas entre musulmanes y blancos. Con centro en la zona de Ferganá surgió un importante ejército campesino que, finalmente, en enero de 1920 se rindió al poder soviético. La caída de los janatos de Jiva y Bujará, en 1920, provocó también la creación de un ejército de oposición formado por musulmanes; su presión permitió que se abrieran camino medidas liberalizadoras en lo que respecta, por ejemplo, al culto y a las mezquitas. La disidencia tampoco faltó en el interior de las propias organizaciones del Partido Comunista de Rusia presentes en el Turquestán, como lo demuestran las propuestas que en su seno reclamaban la creación de un ejército musulmán independiente y la retirada de todas las unidades militares foráneas; los disidentes pronto fueron reemplazados por musulmanes que, procedentes de las capas populares indígenas, parecían mostrar una mayor receptividad al discurso *internacionalista* de los dirigentes soviéticos.

En el Cáucaso septentrional, la «alianza de territorios montañoses unidos»

que había visto la luz en 1917 se autoconfiguró a finales de ese año como un «Estado autónomo» dentro de Rusia. Ello no lo libró, a principios de 1918, de una ofensiva militar bolchevique que provocó una declaración de independencia del Cáucaso septentrional. Tras una ocupación de la región por el ejército blanco de Denikin, en marzo de 1920 el Ejército Rojo se hizo con el control. Más al sur, las fuerzas políticas dominantes en Azerbaiyán, Armenia y Georgia habían creado, en noviembre de 1917, un gobierno conjunto en el que participaban mencheviques y socialistas revolucionarios; en abril del año siguiente proclamaron una república federativa independiente, que apenas tardó dos meses en disolverse, en beneficio de gobiernos para cada uno de los tres países. El georgiano recibió apoyos alemanes y británicos, el azerbaiyano se benefició de la ayuda turca, y el armenio consiguió el respaldo del ejército de Denikin. El régimen soviético, entre tanto, tan solo se había hecho notar en Bakú, la capital azerbaiyana, que había tenido que evacuar, sin embargo, por efecto del tratado de Brest-Litovsk. En noviembre de 1918, y con un visible interés por los pozos de petróleo del Caspio, las unidades militares bolcheviques volvieron a hacer acto de presencia, sin embargo, en el Cáucaso, al establecer, con el respaldo de un golpe de Estado local, una república soviética en Azerbaiyán. Armenia cayó en su poder en diciembre de 1920 mientras la resistencia era encarnizada, en cambio, en Georgia, cuyo Gobierno menchevique fue definitiva y sangrientamente derrocado a principios de 1921. El Cáucaso fue el escenario principal, por lo demás, de operaciones de artificialísimo trazado de fronteras cuyos efectos —piénsese en el caso de Nagorni-Karabaj— han llegado hasta nuestros días.

Transcurridas las turbulencias propias de la guerra civil, las protestas de la periferia volvieron a salir a la luz en 1922, cuando, y es un ejemplo entre otros, el Consejo de Comisarios del Pueblo ucraniano protestó contra la aplicación, en su república, de determinados impuestos sobre la maquinaria. El auge nacionalista de los primeros años revolucionarios había dejado un poderoso poso, que se hacía sentir incluso en el interior de las propias instituciones soviéticas. Stalin, que seguía siendo el responsable del tratamiento de los problemas nacionales, parecía apostar con claridad por la integración formal de Ucrania, Bielorrusia y las tres repúblicas caucasicas en la llamada República Socialista Federativa Soviética de Rusia: una notable autonomía debía sustituir a las veleidades independentistas. A esta tesis, Lenin opuso otra visión, en virtud de la cual las repúblicas mencionadas, junto con Rusia, debían configurar en

conjunto una Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia. Esta idea, que se acabaría concretando en la de una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), con mención expresa al derecho de secesión, se abrió camino definitivo el 30 de diciembre de 1922, en la forma de un Tratado de la Unión cuyos contenidos se incorporaron, en enero de 1924, a la futura Constitución de la URSS. El proceso se asentaba en una manifiesta ficción: la de que todas las repúblicas que conformaban la nueva Unión se habían incorporado a ella de manera voluntaria. En virtud de la Constitución, el poder central se reservaba enormes capacidades de decisión en el ámbito militar y diplomático, pero también —esto sería clave en el futuro— en el económico, circunstancia que no casaba a la perfección con las concepciones de Lenin. No hay que olvidar que el esquema de este tenía, por otra parte, una quiebra interna: aunque concesivo en lo que respecta a la organización nacional del Estado, no planteaba medidas paralelas en lo relativo a la organización del Partido, que seguía respondiendo a criterios hipercentralizadores.

El territorio del nuevo, y medianamente consolidado, país tenía su centro en la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, que aparecía acompañada de dos tipos de entidades (véase cuadro 2). Por un lado, estaban las «repúblicas federadas de la Unión», que habían disfrutado de cierto grado de independencia, y de una notable efervescencia nacional, en los años anteriores; entre ellas se contaban Ucrania, Bielorrusia, Georgia, Armenia y Azerbaiyán, que habían firmado con Rusia tratados que dibujaban una ambigua relación jurídica, a mitad de camino entre la independencia y una federación. La década de 1920 fue para todos esos países una etapa decisiva en la configuración de su conciencia nacional. Por el otro se hallaban las llamadas «repúblicas autónomas», que contaban con gobiernos propios, bien que claramente subordinados a las decisiones que se adoptaban en Moscú; Tatarstán y Bashkiria eran los ejemplos más notorios de esta segunda fórmula. El conjunto se caracterizaba por su extremo desequilibrio: Rusia incorporaba el 90% de la superficie y algo más del 70% de la población.

CUADRO 2. Las quince repúblicas federadas y las veinte repúblicas autónomas integrantes de la URSS

	<i>Fecha de creación</i>	<i>Superficie (miles km²)</i>	<i>Población (millones) 1985</i>	<i>Capital</i>
<i>Repúblicas federadas</i>				
Armenia	1920	29,8	3300	Yereván
Azerbaiyán	1920	86,6	6600	Bakú
Bielorrusia	1919	207,6	9940	Minsk
Estonia	1940	45,1	1530	Tallin
Georgia	1921	69,7	5200	Tbilissi
Kazajistán	1920	2717,3	15 860	Almá Atá
Kirguizistán	1926	198,5	3980	Frunze
Letonia	1940	63,7	2600	Riga
Lituania	1940	65,2	3570	Vilna
Moldavia	1940	33,7	4100	Kishiniov
Rusia	1917	17 075	143 080	Moscú
Tayikistán	1924	143,1	4500	Dushanbé
Turkmenistán	1924	488,1	3200	Ashjabad
Ucrania	1917	603,7	50 840	Kiev
Uzbekistán	1924	447,4	17 990	Tashkent
<i>Repúblicas autónomas</i>				
(En Rusia):				
Bashkiria	1919	143,6	3850	Ufá
Buriatia	1923	351,3	1000	Ulán-Udé

Carelia	1923	172,4	780	Petrozavodsk
Chechenia-Ingushetia	1936	19,3	1310	Cheboksari
Daguestán	1921	50,3	1730	Majachkalá
Kabardino-Balkaria	1936	12,5	710	Nalchik
Kalmukia	1935	75,9	320	Elista
Komi	1936	415,9	1210	Siktivkar
Man	1936	23,2	730	Ioshkar-Ola
Mordovia	1934	26,2	970	Saransk
Osetia del Norte	1936	8	610	Oryonikidze
Tatarstán	1920	68	3510	Kazán
Tuvá	1961	170,5	280	Kizil
Udmurtia	1934	87,9	1560	Ijvesk
Yakutia	1922	3103,2	980	Yakutsk
(En Georgia):				
Abjazia	1921	8,6	530	Sujumi
Adyaria	1921	3	380	Batumi
(En Azerbaiyán):				
Najicheván	1924	5,5	270	Najichevan
(En Uzbekistán):				
Karakalpak	1932	165,6	1080	Nukus
Fuente: Gosudárstvenni Komitet SSSR po Statístike, 1985				

Por lo demás, el número de habitantes de la entidad que acabó llamándose Unión Soviética se redujo significativamente en el período 1918-1922. Ello fue consecuencia, en primer lugar, de la pérdida de regiones densamente pobladas, como es el caso de las provincias polacas del Vístula, partes importantes de Bielorrusia y Ucrania, y las tres repúblicas del Báltico, territorios todos que a finales de siglo XIX reunían el 17% de la población del imperio ruso. A este factor se sumaron otras pérdidas, las ocasionadas por la guerra civil, evaluadas en unos dos millones de personas. Un número semejante de ciudadanos buscó la vía del exilio tras la revolución de Octubre o tras la derrota de los ejércitos blancos, mientras que fueron varios los millones de personas que perecieron como consecuencia de las epidemias que azotaron la región del Volga, y otras partes del país, en 1921. En conjunto, si la población total de la Rusia soviética era de 141 millones de personas en 1918, cuatro años después, en 1922, no alcanzaba los 134 millones de habitantes, para situarse en 147, sin embargo, en 1926. La Unión Soviética que nacía reproducía, de cualquier forma, muchos de los esquemas del imperio zarista que había conseguido derrocar.

La Nueva Política Económica (NEP)

En marzo de 1921, los delegados presentes en el X Congreso del Partido no dudaron en endurecer las medidas disciplinarias y en dar su visto bueno a la represión de la revuelta de Kronshtadt. Sin embargo, y en lo que era fácil que se interpretase como un intento de satisfacer muchas de las demandas de los revoltosos, procedieron a revisar las políticas económicas aplicadas durante el comunismo de guerra. Fueron varias las razones que aconsejaron este cambio de actitud. Por lo pronto, se habían multiplicado las quejas de los campesinos con respecto al sistema de requisamiento. La situación alimentaria en las ciudades era muy precaria y, además, la industria no parecía recuperar sus niveles de producción anteriores a la guerra mundial. Las perspectivas de nuevas revoluciones socialistas en Europa eran, en fin, muy escasas.

En consecuencia, y hasta 1928, se procedió a desplegar una Nueva Política Económica (*Nóvaya Ekonomicheskaya Polítika*, NEP) cuya primera característica no fue sino la supresión del sistema de requisamientos. El establecimiento paralelo de un impuesto en especie, mucho más benigno para la

mayoría de los campesinos, estaba llamado a acrecentar las perspectivas de intercambio de los excedentes agrarios y a permitir cierto grado de desarrollo capitalista, inicialmente reducido al ámbito comercial, en el campo: en la certeza de poder vender sus productos en los mercados que se abrían, los campesinos disfrutarían en adelante de un estímulo poderoso para acrecentar su productividad. Al mismo tiempo, y para que pudiesen dar algún destino a sus renovados beneficios, era necesario que la industria —en particular, y en las palabras de E. H. Carr, la «pequeña industria artesanal»— generase una oferta importante de bienes de consumo. Para ello el Estado debía renunciar a algunos de los cometidos que habían sido suyos en las etapas anteriores, y de manera singular a muchas de sus funciones monopolísticas y al empeño de desarrollar en un plazo de tiempo extremadamente breve una poderosa industria pesada. No hay que olvidar que, como ya hemos señalado, en 1921 la producción industrial pesada apenas alcanzaba una quinta parte de los niveles de 1913, la mano de obra empleada se había reducido en un 60% y los suministros de productos industriales eran extremadamente precarios. Un economista, Vladimir Bazárov, describió las industrias como

[...] museos históricos en los que se puede contemplar en funcionamiento toda la revolución industrial desde el siglo XVII hasta nuestros días y en los que existe una acusada desproporción: los siglos XVIII y XIX están mucho mejor representados que el XX.

Goehrke, 1980, 288

En la opinión de Bujarin —principal defensor de la NEP, primero en colaboración con Stalin frente a la izquierda representada por Trotski, y más adelante frente al propio Stalin—, no solo la industria, sino el conjunto todo de la economía, estaba necesitada de inversiones. Solo si la agricultura entraba en una vía expansiva se generarían los recursos que a la postre permitirían un posterior desarrollo industrial. La prioridad estaba, pues, clara: se trataba de que el sector agrícola generase, por un lado, los alimentos necesarios para satisfacer la demanda correspondiente en las ciudades, y, por el otro, las materias primas que, con destino a la industria y al exterior, permitiesen importar equipos industriales pesados cuya necesidad resultaba —nadie lo negaba— imperiosa.

Para Bujarin era un gran error exprimir a los campesinos, por cuanto se corría el grave riesgo de acabar con la gallina que producía los huevos de oro. En sus propuestas, y en otras palabras, una de las tareas prioritarias de la nueva política debía estribar en ganar pacíficamente para su causa al grueso de los campesinos, que de esta manera podrían «crecer en el socialismo».

Las medidas reseñadas se pusieron en funcionamiento a lo largo de 1921, no sin que el Estado retuviese —conviene recordarlo— muchas de sus potestades anteriores, y entre ellas el control sobre el sistema bancario, la industria pesada y el comercio exterior. Es verdad, con todo, que en el propio ámbito de la industria se introdujeron algunas novedades, que acaso daban cuenta de la voluntad, expresada por Bujarin, de combinar los objetivos de una planificación desde arriba con la iniciativa de *agencias* de rango inferior. Así, pronto se interrumpió el proceso de nacionalización iniciado antes de 1921, al tiempo que se adoptaron medidas orientadas a permitir un mayor grado de descentralización y racionalización, a fomentar el renacimiento de la pequeña industria privada y a atraer capitales foráneos. Las fórmulas organizativas también experimentaron cambios: la administración directa de las industrias fue reemplazada por *trusts* que, encargados de la gestión de grupos de empresas, dejaron de depender financieramente del Estado, disfrutando al tiempo de la posibilidad de vender sus productos en los mercados. Al amparo de todas estas novedades —y de algunas más, como el surgimiento de pequeños bancos de base mutualista o el reconocimiento de fórmulas de transmisión hereditaria de la riqueza— había hecho su reaparición la figura del empresario privado acaudalado, que empezó a ser conocido con el nombre de *nepman*. Muchos de estos *népmani* prosperaron al amparo del comercio y de una industria ligera que, necesitada de un menor volumen de recursos crediticios y generadora de rápidos beneficios, disfrutaba de una evidente prioridad financiera. Pese a todas estas innovaciones, el Estado seguía siendo, con mucho, el principal agente industrial, como lo indica el hecho de que a mediados de la década de 1920 corriese a cargo de nada menos que un 90% de la producción correspondiente.

Una de las primeras consecuencias de las nuevas políticas fue, como por lo demás era lógico, cierto empeoramiento del nivel de vida en las ciudades en comparación con el común en el campo. Si ya con anterioridad podía afirmarse que el desempleo urbano alcanzaba cotas alarmantes, que los salarios estaban prácticamente congelados y que las condiciones de vivienda no eran precisamente las mejores, ahora se avecinaba un nuevo problema: el

encarecimiento de los productos agrarios. Aparte lo anterior, las jornadas laborales de hasta doce horas no eran infrecuentes, las condiciones de salubridad resultaban dramáticamente deficientes y los accidentes laborales se multiplicaban. Pese a los sanos principios recogidos en el Código Laboral de 1922, las posibilidades de resistencia de los obreros industriales se hallaban, por otra parte, significativamente recortadas: ya hemos visto que, desvanecida cualquier perspectiva de *control obrero* y visiblemente instrumentalizados por el Estado los soviets, los comités de fábrica y los sindicatos, los dirigentes bolcheviques optaban, muy al contrario, por duras formas de gestión —entre ellas el ya citado taylorismo— importadas del mundo capitalista.

Si las relaciones entre el Partido, incluida la oposición que veía la luz en su interior, y el proletariado industrial eran malas, no mucho mejores resultaban, pese a las nuevas medidas, las mantenidas por el primero con los campesinos. Ello alguna relación guardaba, por cierto, con un alarmante crecimiento en el número de estos últimos, entre quienes se contaban muchos de los habitantes de las ciudades, que en los años de comunismo de guerra habían buscado una vida más desahogada en el campo. La parcelación de las actividades agrarias no congeniaba con los proyectos oficiales, y en más de un sentido dificultaba el despegue de la producción campesina. Aunque pronto se consiguió dejar atrás los niveles críticos de 1920-1921, los resultados eran cualquier cosa menos espectaculares. La cabaña ganadera hubo de aguardar a 1926 para recuperar los niveles prebélicos; poco después experimentó, sin embargo, una nueva reducción. En 1926 la producción agrícola superó por vez primera los niveles anteriores a la guerra mundial, y en 1927 sucedió otro tanto con la superficie agrícola sembrada. Las ganancias en productividad eran, de cualquier modo, nulas: si en 1914 se producían 584 kg de cereales por habitante, en 1928 la cifra correspondiente era, todavía, de 484 kg. Los esfuerzos por crear estructuras colectivas de producción no habían progresado, por otra parte, gran cosa. A ello no era ajena, a buen seguro, la debilidad de las organizaciones agrarias bolcheviques: en 1922 tan solo un 0,13% de la población rural —en su mayoría profesionales cualificados— formaba parte de aquellas. En los hechos, en 1927 menos del 2% de la superficie cultivada se hallaba en manos de las granjas colectivas y de las nuevas granjas estatales. El momento de mayor optimismo suscitado por la NEP se había producido, de cualquier modo, un poco antes: en 1924, y bien es verdad que de manera efímera, tanto la agricultura como la industria parecieron mostrar una sensible mejoría, al tiempo que se verificaba

una importante reforma monetaria y el comercio exterior recuperaba parte de su vitalidad perdida. A partir de entonces, y sin perfiles en exceso claros, la NEP y sus resultados se fueron desvaneciendo. Así lo atestiguaba, en particular, la pérdida de importancia del sector agrícola privado: si en 1925-1926 aportaba el 54% de la renta nacional, en 1928 debía contentarse con poco más del 47%. Bien es verdad que, a trancas y barrancas, entre 1925 y 1927 se habían recuperado, de cualquier forma, los niveles de producción prebélicos en la industria.

En el terreno cultural la NEP supuso cierta liberalización con respecto a los hábitos desplegados en los años anteriores, circunstancia que permitió, entre otras cosas, la reaparición de algunas formas de cultura popular que habían sido proscritas tras la revolución de Octubre. La *reconciliación* con los campesinos y con los restos de la burguesía abrió el camino a una relativa *despartidización* de la cultura, que acaso intentaba dar respuesta al problema reflejado por encuestas como la realizada en 1922 en una región de la Rusia central; de acuerdo con ella, el papel de los periódicos oficiales era utilizado para confeccionar cigarrillos por personas que en su mayoría no entendían el significado de complejos términos como *soviético* o *socialismo*. Las clases populares se inclinaban por las fórmulas tradicionales, y no parecían mirar con buenos ojos, por lo demás, las manifestaciones de una vanguardia en cuya cabeza se hallaban figuras como Blok o Mayakovski. Tampoco encontraban un mayor eco películas como *Bronenosets Potiomkin* (*El acorazado Potemkin*), de Serguéi Eisenstein. La idea de que los códigos culturales utilizados por el régimen no acertaban a satisfacer las demandas de capas enteras de la población alcanzó al propio Stalin, quien admitió que la literatura no tenía partido y que abarcaba un área más amplia que la de la política. En paralelo se hacían notar, de cualquier modo, deportaciones y procesos judiciales de los que eran víctimas literatos o filósofos que muchas veces tomaban el camino del exilio.

Claro es que los nuevos ricos que habían medrado al calor de la NEP, los citados *népmani*, no disfrutaban de gran admiración entre los intelectuales, que al menos en este ámbito poco más hacían que incorporar los contenidos tradicionales de una cultura popular que denigraba a comerciantes y hombres de negocios. «La mentalidad burguesa, con sus cálculos de pérdidas y ganancias, su desdén por el factor humano y su racionalidad, repugnaba intensamente a amplios círculos de la *intelligentsia*» (Kochan, 1968, 29). Aun así, si en 1922 y 1923 hicieron su aparición numerosas asociaciones de escritores y artistas que fueron más o menos toleradas por el poder —algunas, como *Proletkult* o la

Asociación Rusa de Músicos Proletarios, de marcado carácter radical—, la situación empeoró, sin embargo, a finales de 1927 tras la derrota de Trotski y el triunfo de quienes, en el XV Congreso del Partido, sostenían la «hegemonía del proletariado». Un año antes, en su *Moskauer Tagebuch (Diario de Moscú)*, Walter Benjamin había dejado constancia de las turbulencias de los medios intelectuales de Moscú, que están prácticamente ausentes, en cambio, en el relato —*Un notario español en Rusia*— que un madrileño, Diego Hidalgo, realizó de su visita a la capital rusa en septiembre de 1928.

En un plano más general hay que recordar que, si bien en un primer momento, y dadas las condiciones imperantes, muchos dirigentes bolcheviques parecieron entender la NEP como un repliegue inevitable, y no precisamente deseable, con el paso del tiempo parece que sus ideas al respecto cambiaron. Así, con mayor o menor intensidad acabaron por asumir lo que a sus ojos era el carácter *natural* de la NEP y su perfecta imbricación en un proceso, el de la transición hacia el socialismo, que exigía se dieran los pasos adecuados en el camino de la industrialización y del crecimiento de la producción. Desde esta perspectiva, el propio Lenin no dudaba en subrayar que lo que había sido anómalo, y producto de una situación de emergencia, era el comunismo de guerra antecedente, y no la NEP; para Lenin la nueva política estaba llamada a desplegarse durante un largo período de tiempo, que acaso no sería inferior a un cuarto de siglo.

Tanto si la NEP era un táctico y temporal repliegue como si reflejaba un retorno al cauce deseable de las cosas, parece haber motivos suficientes para concluir que su adopción acarreaba un reconocimiento implícito de anteriores fracasos. La fórmula de resolución de los problemas experimentaba, por lo demás, un sensible giro: si muchas de las políticas anteriores se habían asentado, de manera voluntaria o forzada, en la violencia, en adelante se procedía a reclamar de la población una colaboración que debía prestar, a ser posible, de buen grado. Es cierto, sin embargo, que la NEP acarreaba un significativo corrimiento en cuanto al motor de los cambios. Así, si en 1917 el nuevo régimen asentaba su hegemonía, al menos formalmente, en virtud del respaldo de los obreros industriales residentes en los grandes centros urbanos, la NEP desplazaba el protagonismo en beneficio de unos campesinos que cuatro años antes, en las jornadas revolucionarias, habían desempeñado un papel menor. Nada de lo anterior quería decir, sin embargo, que las estructuras de control y de represión que habían cobrado cuerpo antes de 1921 experimentasen mayores

retoques. Bien significativo es que la *Cheká*, que había nacido como una comisión extraordinaria, perdiera su carácter supuestamente transitorio en febrero de 1922, al ser sustituida por la GPU (*Gosudárstvennoye Politícheskoye Upravléniye*, «Dirección Política del Estado»), que el año siguiente pasaría a llamarse OGPU (*obiediniónnoye*, «unificada»). En el mismo año 1922 arreció, por otra parte, una campaña antirreligiosa que al parecer se tradujo en el asesinato de ocho mil clérigos. El propio Bujarin, quien había subrayado —eso sí— la necesidad de acabar con las arbitrariedades, no cuestionaba en modo alguno el monopolio de dirección política disfrutado por un Partido que lo ejercía de forma dictatorial. Así las cosas, es obligado concluir que la pervivencia de las estructuras que nos ocupan aportaba un argumento más para quienes sostenían que, pese a las opiniones vertidas por Lenin en diversos momentos, la NEP no era sino una pausa para recobrar aliento.

La política exterior y la polémica en torno al «socialismo en un solo país»

A finales de 1920 el panorama internacional era más benigno para el régimen soviético, cuyo aislamiento inicial —concluidas la guerra civil y la intervención de potencias foráneas— parecía mitigarse. Las repúblicas bálticas habían reconocido al nuevo Estado y las relaciones económicas con Alemania y con Suecia eran relativamente fluidas. En 1921 los reconocimientos diplomáticos se extendieron a vecinos importantes como Polonia —recuérdese el Tratado de Riga—, Turquía y Afganistán.

No todo fueron éxitos, sin embargo, para la diplomacia soviética, ante la cual se planteaba el arduo problema del reconocimiento de las deudas contraídas en el pasado y de la indemnización por los daños causados a intereses extranjeros. Las conferencias de Cannes y de La Haya, ambas celebradas en 1922, se saldaron con un fracaso, al negarse el régimen soviético a aceptar los criterios exigidos al respecto por las potencias capitalistas. Fue acaso la dificultad de avanzar en las relaciones con Francia y el Reino Unido lo que provocó un acercamiento de Moscú a Alemania, país que en 1922 reconoció *de iure* al Estado soviético. Una y otra parte firmaron en Rapallo, el mismo año 1922, un tratado que suscitó cierta inquietud en las potencias vencedoras de la guerra. La reacción final de estas, que hubo de aguardar a 1924, adoptó, sin embargo, la forma de un

reconocimiento diplomático al que se sumaron Francia, el Reino Unido, Italia, Austria y China. Japón reconoció a la URSS en 1925.

La firma de un pacto de no agresión con Alemania, realizada en Locarno en 1925, selló, pese a las apariencias, el principio de una nueva etapa de aislamiento para la URSS. Ello era en buena medida consecuencia de la creciente integración de Alemania en la Sociedad de Naciones, de la activa participación germana en diversas conferencias internacionales y del reconocimiento de las fronteras occidentales del Estado alemán, que no había sido seguido, sin embargo, de progreso alguno en lo relativo a la delimitación de las fronteras orientales. Las propuestas de Moscú en materia de desarme apenas encontraban eco en las potencias capitalistas en las que, por lo demás, se habían hecho notar algunos incidentes —acusaciones de financiación de los partidos comunistas locales, registros de edificios...— que, de manera ficticia o real, implicaban a los diplomáticos y a las autoridades soviéticas. La *Komintern* no dudaba en identificar una conspiración internacional que, urdida contra la URSS por Francia y el Reino Unido, tenía uno de sus núcleos fundamentales en la Sociedad de Naciones. La idea de que se estaba configurando un nuevo bloque occidental adquirió carta de naturaleza y, a su amparo, empezaron a manifestarse opiniones que reclamaban una apertura de las relaciones exteriores en provecho de otros horizontes.

El fugaz intento de mejorar los lazos en la Europa oriental chocó, sin embargo, con el ascenso al poder de Jozef Pilsudski en Polonia, país este último que había establecido una alianza con Rumania y empezaba a hostigar a la URSS. Más fructíferos fueron, en cambio, los movimientos soviéticos en Asia. La firme decisión de Moscú en el sentido de renunciar a las formas de comportamiento económico características de los países capitalistas permitió acrecentar sensiblemente el prestigio soviético en áreas de tradicional influencia británica, como Persia, Afganistán y Turquía. En los años de la NEP el comercio con estos países se vio, por otra parte, acrecentado. Lo mismo sucedía en el caso de Mongolia, en donde, proclamada una república popular en 1921, pronto se inició un activo proceso de nacionalización acompañado de la abolición de la propiedad privada. Mongolia y la región del Sinkiang eran, por añadidura, un núcleo importante de aproximación a los asuntos de China, que mantenía con el Gobierno soviético discrepancias en lo relativo al llamado ferrocarril de la China oriental, en los hechos en manos rusas, y al porvenir del territorio conocido como Mongolia Exterior. El mutuo reconocimiento diplomático en 1924 no

resolvió por completo estos problemas, en un marco en el que se hacían notar activas presiones de las potencias europeas —interesadas en frenar la consolidación oriental del régimen soviético— y los efectos de la división en las fuerzas políticas chinas. Se daba así la paradoja, no muy bien recibida en algunos círculos nacionalistas chinos, de que la URSS negociase fronteras y propiedades con el Gobierno conservador existente en el norte del país mientras formalmente apoyaba, en el sur, al *Kuomintang* de Sun Yat-sen. En una vía de relativa tranquilidad habían entrado, por su parte, las relaciones de la URSS con Japón, enturbiadas en los años anteriores como consecuencia de la intervención japonesa en la guerra civil.

La incertidumbre que rodeaba por todas partes a la política soviética acabó conduciendo a esta a un visible repliegue ideológico, pronto manifiesto a través, por un lado, del abandono de la propaganda encaminada a la reivindicación de una revolución mundial y, por el otro, de la búsqueda de unas relaciones comerciales más sólidas y estables. El Reino Unido y Francia acogieron positivamente semejante cambio de actitud y, de la mano de este reconocimiento, decidieron permitir —aunque luego las cosas se torcieran una vez más— la plena integración de la URSS en la comunidad internacional.

Este sinfín de avatares, junto a los derivados de las experiencias, en ocasiones traumáticas, del comunismo de guerra y de la NEP, tenía una de sus plasmaciones de mayor relieve en la forma de una encarnizada polémica interna: la del «socialismo en un solo país». En los primeros años del proceso revolucionario pareció extenderse la idea de que el triunfo de los bolcheviques se debía, en buena medida, a su demostrada capacidad para mantener unido un imperio, el ruso, gravemente amenazado de desintegración. La incorporación final a la Unión Soviética de algunas naciones de la periferia, la resurrección de las fórmulas tradicionales, de la mano de la NEP, y la construcción del Ejército Rojo con una masiva incorporación de oficiales procedentes del ejército zarista eran otros tantos elementos que remitían a la reaparición del viejo orden. Una parte de la dirección soviética propiciaba en alguna medida esta interpretación, toda vez que, llevada del afán de buscar fórmulas no perecederas, no le hacía ascos a una eventual fusión entre el nacionalismo ruso y el discurso de «construcción del socialismo». En este marco, una figura en claro ascenso, la de Stalin, pareció llegar en 1924 a la conclusión —que no se correspondía con los análisis realizados en los años anteriores— de que los compromisos internacionales de la URSS debían pasar a un segundo plano, en beneficio de la

construcción del «socialismo en un solo país». Aunque Stalin señalaba que en último término una revolución mundial era tan deseable como inevitable, su atención pareció concentrarse en exclusiva en un tiempo, el presente, en el que, en su opinión, había que desplazar a quienes no confiaban en las capacidades constructivas de la Rusia soviética. El objeto de sus invectivas era, visiblemente, Trotski, quien en 1905 había defendido ya una teoría, la de la «revolución permanente», en la que, en sustancia, apuntaba que una revolución en Rusia había de adquirir rápidamente un carácter socialista y anticapitalista, y ello aun a pesar de las condiciones de atraso del país; el proceso estaba abocado a convertirse, además, en el desencadenante de nuevas revoluciones en el mundo capitalista desarrollado. En abierta disputa con Trotski, Stalin consiguió que la XIV Conferencia del Partido, en 1925, aprobase un texto en el que se señalaba que «la victoria del socialismo es manifiestamente posible en un solo país», no sin aclarar que estas palabras no se referían a la victoria «final» (Hosking, 1990, 136). Paradójico es, en cualquier caso, que en diciembre de ese mismo año, y en un escenario cada vez más propicio para el auge del nacionalismo ruso, el Partido Comunista (bolchevique) de Rusia pasase a llamarse Partido Comunista (bolchevique) de la URSS.

Superpuesta con otras discusiones —la que empezaba a cobrar cuerpo en torno a la idoneidad de la NEP y la que emanaba de la sesgada lectura estaliniana de la teoría de la revolución permanente de Trotski—, la polémica sobre el «socialismo en un solo país» dividió al Partido, sin que sea fácil establecer claras líneas de delimitación entre unas y otras posturas. No hay que olvidar que en estos años se produjo un curioso cruce de opiniones. En líneas generales, y tal y como lo ha recordado A. Nove, los *industrialistas*, que dado el entorno internacional era fácil sintieran la tentación de defender un proyecto más o menos autárquico como el que se dibujaba de la mano del «socialismo en un solo país», se opusieron con radicalidad a este; tal fue el comportamiento de Trotski, quien por lo general puso el acento en la urgencia extrema de extender la revolución a otras áreas del planeta, y de Preobrayenski, en cuyos escritos la mayor prioridad parecía ser la necesidad de contar con los recursos materiales aportados por otras economías socialistas. Por el contrario, quienes en los primeros años de la NEP se inclinaban por vías más graduales y menos traumáticas mostraron pronto una inequívoca atracción por el «socialismo en un solo país»; esta fue la actitud de Stalin, pero también la de Bujarin quien, eso sí, no dejaba de alumbrar para el futuro un proceso largo y lento.



Foto 7. Oficiales blancos entrenándose en Inglaterra antes de regresar a Rusia para luchar contra los rojos.

La polémica se zanjó unos años después con el triunfo de los partidarios de la construcción del «socialismo en un solo país», quienes al efecto no dejaron de recordar algunas de las actitudes exhibidas por Lenin, en aras de la supervivencia del nuevo Estado, en los primeros años del proceso revolucionario: al respecto se mencionaban, en particular, el plegamiento a las exigencias alemanas en Brest-Litovsk y una genérica renuncia a hostigar a las potencias capitalistas. «Mientras Lenin simplemente se había acercado a la barrera, Stalin saltó por encima de ella» (Carr, 1985, 204). El proceso fue tanto más complejo cuanto que, como más adelante veremos, Stalin acabó por adoptar el grueso de los criterios económicos defendidos por los *industrialistas*. La imposición de las tesis estalinianas se vio facilitada por una realidad, la configurada por un entorno internacional hostil y por la debilidad de las fuerzas revolucionarias que operaban en los países capitalistas desarrollados, que desdibujaba, por otra parte, muchas de las posibilidades de plasmación del proyecto de extensión de la revolución a otros países. La posición triunfante

[...] prescindía de vagas expectativas de ayuda desde el exterior. Halagaba el orgullo nacional al presentar la revolución como un logro específicamente ruso y la construcción del socialismo como una sublime tarea en cuya realización el proletariado ruso ofrecería un ejemplo al mundo.

Quedaba cerrado, pues, un período, el iniciado en 1917, cuya característica fundamental era la posibilidad de que el proceso revolucionario ruso se viera secundado por otros en la Europa occidental, de tal manera que el primero se convirtiese en lo que el propio Carr llamó «una mera anomalía cronológica» y la historia retomase su rumbo con arreglo a las concepciones del *Marx maduro*. Diluidas, en particular, las expectativas de una revolución en Alemania, la consolidación del «socialismo en un solo país» remitía, sin embargo, a una paradoja más: a su amparo ganaban peso los movimientos que, fundamentalmente en el sur y en el este de Asia, reivindicaban revoluciones socialistas en escenarios que —en mayor medida aún que la propia Rusia— se situaban, geográfica, económica, social y políticamente en los antípodas del mundo capitalista desarrollado. Bien es verdad, en otro plano, que uno de los rasgos que se habían dibujado a principios del decenio de 1920 de la mano de la constitución de la *Komintern* pervivía incólume: con el «socialismo en un solo país», el movimiento internacional encabezado por Moscú, aunque recortado en sus ambiciones, no perdió un ápice de sus contenidos iniciales, que no eran otros que los de una fuerza visible y despóticamente controlada desde arriba. Su objetivo principal ya no era promover la revolución mundial, sino, simplemente, contribuir a la consolidación del Estado soviético.

La lucha por el poder en la década de 1920

La disputa sobre el «socialismo en un solo país» se insertaba en un contexto más general: el de una activa lucha por el poder. En más de un sentido, esa lucha se había iniciado en los dos últimos años de vida del propio Lenin, caracterizados por una prolongada enfermedad, en buena medida secuela de un atentado. En abril de 1922, Stalin, un dirigente bolchevique valorado por su eficiencia y lealtad, había sido nombrado secretario general del Partido. Por lo que parece, Lenin, relativamente alejado de la vida política, no vio con buenos ojos el ascenso de una figura como la de Stalin, en la que acaso apreciaba se daban cita todos los defectos de la burocratización que iba ganando terreno por momentos.

En sus escritos postreros, Lenin había acometido, por lo demás, una revisión de viejas concepciones que alguna semejanza guardaba con la protagonizada por Marx en los decenios de 1870 y 1880: más propenso a rebajar la importancia de la industrialización capitalista en Rusia, el dirigente bolchevique mostraba conciencia de las enormes dificultades del proceso de construcción del socialismo y asumía en los hechos una crítica, bien que rara vez verbalizada, de muchas de las decisiones adoptadas en los años anteriores. Incapaz, de cualquier modo, de contrarrestar de forma solvente las tendencias dominantes en el Partido y en el Estado, Lenin murió en enero de 1924, dejando pendiente, entre otros muchos problemas, el de su propia sucesión.

Privado del respaldo de Lenin, Trotski, quien era poco menos que un recién llegado al Partido, no estaba en condiciones de aspirar a la dirección de este, y ello pese a sus enormes capacidades intelectuales y políticas, demostradas en el proceso de construcción del Ejército Rojo o en su defensa, claramente precursora, del sistema de planificación. Esto aparte, tanto Stalin como Zinóviev y Kámenev, tres de los principales dirigentes bolcheviques, pusieron inmediatamente manos a la tarea de limitar las posibilidades de movimiento de Trotski. El comportamiento de Stalin se caracterizó, en particular, por un constante esfuerzo para mostrar la vinculación entre sus propuestas y las defendidas por Lenin; esta circunstancia permitió que en aquellos momentos Stalin hiciese suyas, de manera paradójica, observaciones —así, las realizadas sobre la burocracia o el chovinismo ruso— que Lenin había emitido precisamente con el propósito de criticar al propio Stalin.

Una carta redactada por Trotski en octubre de 1923, en la que reclamaba una «democracia de partido» que sustituyese a la burocracia en ascenso, sirvió a Stalin, Zinóviev y Kámenev para arrinconar a su principal opositor. Tras algunos devaneos y negociaciones, la respuesta de Stalin, en diciembre, iniciaba una larga campaña de denigración de la figura de Trotski. Este, titubeante, inoportunamente enfermo, incapaz de plantear un programa alternativo y escasamente apoyado dentro de un Partido en el que él mismo se había encargado de descabezar oposiciones y de imponer una militarizada línea de pensamiento, apenas consiguió que sus ideas se abriesen camino. Prefiriendo ignorar el innegable talento táctico, y la falta de principios, de Stalin —quien no dudó en incorporar al Partido, sin cautela alguna, a medio millón de trabajadores para así responder a las quejas por la *desproletarización* de aquel—, Trotski era tributario, además, de un peculiar sentido de la disciplina: en su opinión no se

podía tener la razón frente a un partido cuyas políticas, por consiguiente, no era saludable contestar. Durante mucho tiempo esta circunstancia le impidió entrar en oposición a sus compañeros de militancia, e hizo que dedicase escasa atención a la busca de alianzas y apoyos. Los escritos de Trotski tenían, por otra parte, una escasa difusión, toda vez que su autor prefería mantener su disensión en el estrecho círculo configurado por la dirección del Partido.

En enero de 1925, Trotski fue destituido de su puesto de comisario del pueblo para la Guerra. Eran momentos en los que Zinóviev y Kámenev, visiblemente preocupados por el reforzamiento del poder de Stalin y por las concesiones a los campesinos implícitas en la NEP, habían decidido pasar a la oposición. Sus apoyos respectivos en Leningrado —así había empezado a llamarse la vieja capital tras la muerte de Lenin, en 1924— y en Moscú se habían visto, sin embargo, notoriamente mermados y las perspectivas de una aproximación a Trotski, dados los antecedentes, no parecían muchas. En varios años era la primera vez, sin embargo, que existía una oposición clara en el interior del Partido.

Aunque fue perseguida y reprimida, estuvo —a causa de su pertenencia al partido gobernante, del renombre de sus dirigentes y, no en último término, de motivos que tenían que ver con la tradición partidaria— a cubierto de un ataque directo de la policía política; dentro de ciertos límites, supo preservarse un terreno de acción legal.

Reiman, 1982, 14-15

En el transfondo de este proceso se hallaba, como es fácil suponer, una agria polémica sobre la conveniencia de revisar la NEP. Un nutrido grupo de políticos y economistas, entre los que se contaban, bien que con matices distintos, los citados Trotski, Zinóviev y Kámenev, junto con Yevgueni Preobrayenski, Karl Radek o Ivar Smilga —la llamada oposición de izquierda—, apostaba con claridad por un rápido desarrollo industrial que era impensable en los términos en que la NEP se estaba desplegando. La oposición estimaba que el desarrollo industrial debía verificarse en virtud del trasvase de recursos del sector privado —en su mayor parte agrario— a la industria estatal, no sin remarcar que las principales perjudicadas habían de ser las clases más acomodadas, de tal forma

que los proletarios y los campesinos más pobres no debían experimentar ni presiones ni reducciones en su nivel de vida. A lo anterior había de agregarse el respeto a formas más democráticas de dirección política y económica.

Desde la dirección del Partido, Stalin, secundado por Nikolai Bujarin y por Alekséi Ríkov, defendía un proyecto diferente. La independencia con respecto a los avatares del mundo exterior era uno de sus elementos centrales, como lo era el mantenimiento de niveles más o menos moderados de inversiones en la industria. En su esencia, con anterioridad a 1928, Stalin respaldó el esquema teórico en el que se sustentaba la NEP. De su lado, los primeros signos de transformación en las concepciones afectaron, sin embargo, y en una paradoja más, a la actitud con respecto a las relaciones económicas externas. El avivamiento, a finales de 1926, de la polémica sobre las condiciones que habían de permitir un claro despegue industrial se tradujo en una pronta sugerencia de que era menester acrecentar los niveles de comercio exterior, para lo cual el propio

Stalin se avino a flexibilizar los monopolios imperantes. Esta actitud casaba a la perfección, de cualquier modo, con los nuevos contenidos de una política exterior cada vez más concesiva y menos amenazadora para las potencias capitalistas. Con todo, la luna de miel con Occidente, de la que antes hemos dado cuenta, se interrumpió de manera brusca. Al interpretar que la URSS seguía manteniendo una política exterior agresiva, demostrada por sus movimientos en el lejano Oriente, el gobierno británico, acaso guiado por razones de política interna, rompió las relaciones diplomáticas con Moscú en mayo de 1927 y provocó un inmediato hundimiento de las relaciones comerciales. El Reino Unido era el principal socio comercial de la URSS, y su actitud parece que arrastró también a Francia, a Alemania y, en menor medida, a otros países. El clima de entendimiento efímeramente alcanzado tocaba a su fin, tanto más cuanto que en la URSS se volvía a sentir la amenaza de una eventual intervención militar protagonizada por las potencias capitalistas o, en su defecto, por la Polonia de Pilsudski, que no ocultaba su interés por Bielorrusia. La efervescencia política alcanzaba también cotas importantes, por otra parte, en Ucrania y en Georgia.

Aunque todos estos factores parecían propiciar un giro represivo en las actuaciones gubernamentales en el verano de 1927, y a instancias del comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Gueorgui Chicherin, Stalin alentó un comportamiento más moderado en relación con el Reino Unido. Por añadidura,

no dejó de mostrarse condescendiente con una oposición cuyas capacidades, dada la crisis que atenazaba a la URSS, se habían incrementado —al menos así lo entendían los especialistas en política internacional— de manera sensible. La actividad opositora experimentó un notable auge en el otoño de 1927, extendiéndose a un buen número de ciudades y a las propias fuerzas armadas. Las críticas no solo afectaban a la política exterior oficial sino también, y de modo muy especial, a los términos en que se estaba desarrollando una NEP en declive y a sus nefastas consecuencias sobre las capas más pobres de la población. No faltaban tampoco sugerencias de introducción de fórmulas democráticas en el funcionamiento del Partido, de devolución a los soviets de las atribuciones que se les habían hurtado o de reconocimiento de los derechos de las naciones. La liberalidad exhibida por Stalin tocó a su fin, sin embargo, en el mismo otoño. Las actuaciones contra la oposición arreciaron, con acusaciones entre las que se contaban la de preparar un golpe de Estado y la de violentar la legalidad interna del Partido. El XV Congreso de este, celebrado en diciembre, se saldó con un nuevo revés para los opositores: incapaces de imponerse en las conferencias locales organizadas al efecto, todos sus miembros presentes en el Comité Central perdieron tal condición, al tiempo que Trotski y Zinóviev eran expulsados del Partido. Mientras Zinóviev y Kámenev se ocupaban, estérilmente, de denunciar el *trotskismo*, en la confianza acaso de recuperar el terreno perdido, Trotski era deportado al Asia central. En los hechos, el último acto público importante de la oposición de izquierda se desarrolló en Moscú el 19 de noviembre de 1927. A partir de entonces, y en las palabras de Michal Reiman, «toda oposición fue directamente un delito político penado con las más duras sanciones» (Reiman, 1982,71).

Como más adelante veremos, los moderados que habían apoyado a Stalin no salieron mucho mejor parados que la oposición de izquierda. Aunque conservaron durante un tiempo su condición de privilegio, el hombre al que acababan de encumbrar les pasó, a la postre, factura. Stalin —quien durante su posterior giro en beneficio de la colectivización forzosa y la aceleración industrial no pareció descartar un pacto con los restos de la oposición de izquierda para así desplazar a los sectores más moderados, en los que no había dudado antes en apoyarse— supo explotar a la perfección la debilidad, la división y la falta de proyecto político que, pese a todo, exhibieron sus detractores. La mayoría de estos últimos, recubiertos casi siempre de un renovado lenguaje obrerista, se hallaban separados de su eventual base social por

un Partido en el que su propio comportamiento —lo hemos señalado unas líneas antes en referencia a Trotski— había creado las condiciones para una formidable concentración de poder en la cúpula, además de propiciar la desaparición o el descabezamiento de todas las organizaciones populares independientes. El proceso que habían padecido los soviets, los comités de fábrica o las organizaciones mencheviques y socialistas revolucionarias se repetía ahora, dentro del propio Partido Comunista, en perjuicio de muchos de quienes habían sido los verdugos en los primeros años de la revolución.

CAPÍTULO 4

EL ESTALINISMO: COLECTIVIZACIÓN, INDUSTRIALIZACIÓN Y REPRESIÓN

Ni Stalin alcanzó de la noche a la mañana un poder indisputado ni le imprimió a su dirección un tono siempre uniforme durante casi tres largos decenios. Muy al contrario, hubo de acometer un paulatino ascenso hacia la cúpula de un poder que no fue suyo de manera plena hasta, al menos, los primeros años de la década de 1930. Con anterioridad, sus actitudes y las políticas por él defendidas — claramente sustentadoras, por ejemplo, de la NEP— fueron manifiestamente diferentes de las que, en esa década, se abrieron camino al amparo de dos gigantescos y trágicos procesos: una aceleradísima industrialización y una colectivización forzosa de la agricultura. Incluso en el decenio de 1930 es menester distinguir entre una etapa de convulsiones sociales (hasta 1933), un interregno de indecisiones (1934-1935) y el despliegue incontenido del terror (1936-1939). La tragedia creada por la invasión alemana de 1941 provocó también una significativa alteración en las políticas estalinianas, de tal manera que es obligado huir del tópico que nos dibuja un largo período de desarrollos lineales e inalterados. Lo anterior se pone de manifiesto cuando nos vemos

obligados a reseñar la variedad de procedimientos puestos en juego por Stalin: si durante la NEP, y con ocasión del propio esfuerzo industrializador, no desdeñó el recurso a la recompensa, a finales del decenio siguiente se sirvió de manera evidente de los más feroces procedimientos de coacción, y en todo momento echó mano de una ideología que unas veces adoptó la forma de una visible manipulación (Stalin «héroe del socialismo»), otras dibujó la imagen de un futuro venturoso (el «socialismo en un solo país») y siempre se asentó en un intenso uso de la propaganda.

Al margen de lo anterior, dos son los grandes problemas teóricos, no plenamente resueltos, que suscitan los años que nos van a ocupar. El primero, por el que ya nos hemos interesado, es el de la relación existente entre la realidad del orden estaliniano y la naturaleza del socialismo. Al efecto, resulta imposible establecer un indiscutible nexo causal entre las ideas socialistas tal y como vieron la luz en el siglo XIX, en diferentes modulaciones, y la trágica realidad del terror estaliniano. Y ello es así, en primer lugar, porque hay razones sobradas para dudar de que —tal y como en su momento lo apuntamos— el calificativo socialista sea el adecuado cuando lo que se trata es de describir el proceso iniciado en Rusia en 1917: de ello dan buena cuenta las condiciones, de atraso, del país y muchas de las peculiaridades exhibidas por los bolcheviques en sus concepciones y organizaciones. Mayores son aún, en segundo término, los problemas que encuentran quienes identifican la huella directa del pensamiento de Marx en fenómenos como la colectivización forzosa o la consolidación de un gigantesco aparato policial. En tercera instancia, en fin, no han faltado autores que, cargados de razón, han concluido que el grueso de las medidas adoptadas en los decenios de 1920 y 1930 —tanto por Lenin como por Stalin—, lejos de responder al despliegue, más o menos mecánico, de una teoría ya establecida, el socialismo, se ajustaban al mero designio de resolver, tal vez de manera en exceso pragmática, los problemas que se iban presentando.

La segunda cuestión, decisiva, que se plantea cuando se discute sobre el estalinismo es la de su relación —de estrecha vinculación o de dramática ruptura— con el *leninismo*. Al respecto, lo primero que hay que decir es que durante mucho tiempo la respuesta a esta cuestión permitía, por sí sola, identificar a quien la emitía en la medida en que lo ubicaba a la perfección en el mapa de las interpretaciones de la naturaleza del sistema soviético. De manera tan curiosa como significativa, los textos oficiales en la URSS y los más radicales

detractores del sistema coincidían una vez más en su interpretación: el fenómeno estaliniano no era sino la continuación inevitable y lógica del universo político creado por Lenin tras la revolución de Octubre, de tal forma que apenas tenía sentido buscar discordancias entre el antecedente y el consecuente. A esta tesis se apuntaron también, claro que con argumentos más sutiles y menos lineales, dos meticulosos analistas de la realidad soviética del decenio de 1920: E. H. Carr e Isaac Deutscher. Para el primero, de no haberse impuesto un régimen como el estaliniano, «la revolución de Lenin se hubiese hundido en la arena: en este sentido Stalin prosiguió con —y completó— el leninismo». Para el segundo, pese al rechazo que experimentaron algunos aspectos cardinales del pensamiento de Lenin, «la idea y la tradición bolcheviques siguieron siendo, en medio de las sucesivas reformulaciones pragmáticas y eclesiásticas, la idea directora y la tradición dominantes en la Unión Soviética» (Cohen, 1985, 45).



Foto 8. Trabajadores de la nueva ciudad industrial de Magnitogorsk ante una pizarra que muestra el plan de trabajo para septiembre de 1930.

Frente a opiniones como las reseñadas, muchos especialistas han subrayado que poco más debe hacerse que afirmar que sin el *leninismo* —sin su deriva autoritaria e iluminista, pero también sin sus decisiones tácticas de las primeras horas— no puede entenderse la aparición del fenómeno estaliniano, cuya integridad, sin embargo, es imposible explicar con esa simple, y en cierto sentido obvia, mención genealógica. El estalinismo no fue el producto lineal del

despliegue de un cuerpo de ideas, sino, antes bien, el retoño de un no demasiado afortunado proceso de unión entre ese cuerpo de ideas y una profunda crisis política y social que mermaba las posibilidades de manifestación de otras perspectivas. El *leninismo* —que, como bien lo ha subrayado Stephen Cohen, llevaba en su seno semillas que no conducían de manera inexorable al orden estaliniano— sirvió de sustento para el posterior desarrollo de un fenómeno en cuya configuración se aprecia, pese a ello y de manera poderosa, la influencia de decisiones singulares adoptadas en la perspectiva de resolver problemas concretos que se iban presentando. Resulta, por tanto, muy difícil describir los hechos como si se ajustasen a un programa claramente establecido desde el inicio: los fracasos económicos, el cerco exterior y los azares de la sucesión política abocaron en una fórmula que, digámoslo una vez más, exhibía unas características singulares aun cuando mucho le debiera a su antecesor leniniano.

En este trasiego de influencias y rupturas, buena parte de los elementos ideológicos fundadores del Estado soviético —entre ellos el internacionalismo y el igualitarismo— se vio sometida a una significativa convulsión en la era estaliniana, como tendremos ocasión de comprobar. De ello no debe deducirse, sin embargo, que es posible separar drásticamente dos entidades, el *leninismo* y el *estalinismo*, entre las cuales existe una inequívoca línea de comunicación. Al respecto, las tesis formuladas por Trotski a mediados de la década de 1930 —el estalinismo es una negación termidoriana o una traición a la revolución de Octubre— son, simplemente, difíciles de sustentar. Y sencillo resulta, en cambio, establecer un directo nexo ideológico entre muchas de las querencias exhibidas por Lenin en el período de comunismo de guerra y el conjunto de instrumentos desplegados a partir de 1929. Claro es que estas comparaciones se levantan, una vez más, en un terreno resbaladizo, como es —ya nos hemos ocupado de ello— el de la dificultad de determinar hasta qué punto el comunismo de guerra fue impuesto por el desarrollo de los acontecimientos o, por el contrario, respondió al libre despliegue de las ideas programáticas de los bolcheviques.

De manera sucinta, las características del régimen que se consolidó en el decenio de 1930 son las que siguen. En primer lugar, la centralización en la toma de decisiones se reforzó hasta alcanzar grados extremos. Su manifestación más clara fue una fórmula, la planificación centralizada, en la cual los agentes locales perdieron cualquier tipo de relieve, algo que sucedió también con los poderes republicanos. Su correlato político fue la consolidación de un régimen

omnicontrolador que, dicho sea de paso, no tuvo que acometer la tarea de suprimir estructuras u organizaciones que hubieran podido servir de contrapeso: esa tarea había sido acometida ya, con éxito, en tiempos de Lenin. Sí que fue novedosa, en cambio, la decisión de reducir a prácticamente la nada el debate interno en el seno del partido dirigente, por medio, en muchos casos, de la propia eliminación física de los eventuales rivales de Stalin, cuya figura fue objeto de un visible culto a la personalidad. La vida cultural e intelectual experimentó un dramático retroceso. En otro plano, la organización social pasó a incorporar muchas reglas que contestaban el impulso igualitario de los primeros años revolucionarios; este fenómeno se vio acompañado de otro, el configurado por una notoria movilidad social, que tanto tenía que ver con el terror de masas como con los procesos de industrialización y jerarquización. En términos generales, la sociedad soviética se vio sometida a un creciente influjo conservador, de cuya mano muchos de los valores que habían inspirado la revolución de Octubre experimentaron un claro retroceso.

En el orden estaliniano no es difícil apreciar, en fin, el renacimiento de muchos de los rasgos vigentes antes de 1917. El énfasis en la autoridad y en el poder del Estado, la idea de que la población es un mero y manipulable objeto al que todo puede exigirse, la acentuación de los desfases entre el medio urbano y el rural, el rechazo de la *intelligentsia* y de sus actividades, y el conservadurismo general que pasó a impregnar todas las relaciones no podían por menos que recordar a tiempos pasados. Una de las dimensiones, singularmente importante, de este fenómeno fue la desoccidentalización que el proceso revolucionario experimentó al amparo de Stalin: de buen grado, o forzado por los acontecimientos, lo cierto es que Stalin propició un repliegue de Rusia sobre sí misma. Con Lenin, era evidente que la mayoría de las miradas de los dirigentes bolcheviques se orientaban hacia el occidente europeo, de donde se esperaba que llegara otra revolución y en donde se identificaban muchas fórmulas que, pese a las diferencias, debían incorporarse al acervo político, económico y social de Rusia.

De lo anterior no debe deducirse, de cualquier modo, que no hubo en el impulso estaliniano un importante elemento modernizador. Es, por el contrario, innegable que con Stalin se realizó un gigantesco esfuerzo de transformación de la vieja y primitiva Rusia en una potencia industrial de primer orden, dispuesta a comer el terreno a los asentados emporios capitalistas. Esta combinación de elementos genuinamente modernizadores y de un nacionalismo ruso que por

fuerza contaba con muchos adeptos explica buena parte del éxito — entrecomillemos la palabra cuantas veces queramos— de la experiencia estaliniana, que acabó por suscitar admiración tanto entre las víctimas personales del dictador como entre muchos de quienes lo habían perdido todo en 1917. Si, en esta peculiarísima lógica de análisis, es posible entender por qué a los ojos de muchos de los rivales de Stalin parecía no tener excesiva importancia el precio que, en sufrimiento humano, hubo que pagar, no resulta tan sencillo comprender a quienes, varios decenios después, no han tomado todavía nota de los indelebles efectos políticos, sociales, económicos y medioambientales legados por la era estaliniana y su impulso modernizador.

Queda abierta para la disputa futura de los historiadores una cuestión crucial, que ya ha reclamado mucha tinta: la de en qué medida, y dados el escenario de los acontecimientos, el entorno internacional y el recorrido realizado por el sistema soviético en los años del comunismo de guerra y de la NEP, el estalinismo —o algo semejante— era inevitable. Los bien ordenados argumentos de E. H. Carr, poco preocupados, sin embargo, por evaluar otras opciones que acaso hubieran podido abrirse camino, resultan, en estas horas, escasamente convincentes. Más bien parece que, alejados de determinismos extremos, estamos obligados a concluir que la razón hubiera reclamado otros derroteros, y entre ellos el que conducía a colocar la libre decisión de la población en un lugar prominente. Sean las cosas como fueren, lo cierto es que también nosotros, con las ventajas que ofrece el paso del tiempo, tenemos que recordar las palabras de Shakespeare: «Si pudiésemos penetrar en las semillas del tiempo e identificar qué grano crecerá y cuál no...».

La colectivización de la agricultura

Al referirnos a la NEP ya llamamos la atención sobre las reacciones enfrentadas que esta suscitaba. Sus defensores, con Bujarin a la cabeza, estimaban que cualquier proyecto que reclamase una rápida e indiscriminada industrialización estaba abocado al fracaso. El sector agrario podía atender, sin excesivos problemas, necesidades diversas, proporcionando alimentos a las ciudades, generando materias primas que la industria demandaba y produciendo bienes que, exportados, debían permitir la obtención de divisas. Por lo que a la industria

se refería, buena parte de los esfuerzos habían de concentrarse en los segmentos vinculados con la agricultura. Para los opositores a la NEP, en cambio, el sector privado agrario había incrementado en exceso sus beneficios, que escapaban al control, y a las posibilidades de reasignación, del Estado. La carencia de recursos de capital en la industria contrastaba con la riqueza creciente en poder de los *kulakí* o campesinos ricos. Comoquiera que los capitales exteriores no llegaban y que la industria apenas generaba excedentes, las únicas posibilidades de desarrollo de esta última eran las que nacían de una supeditación de la agricultura a sus necesidades. Aparte de todo lo anterior, los resultados económicos no eran precisamente espectaculares, sino que dibujaban una situación de inestabilidad política y presumible estancamiento económico.

Las cosas como fueren, la producción objeto de una comercialización efectiva era sensiblemente menor que la común en los años prebélicos. Entre las consecuencias de este hecho que venían a apoyar las tesis de la oposición estaban los graves problemas de alimentación que se hacían notar en las ciudades y la escasa capacidad de exportación. De esta situación pronto se hizo responsables a los *kulakí*, quienes, aun cuando tan solo poseían el 3-4% de la tierra, tenían a su disposición el 13% de la superficie agraria útil y del orden de la tercera parte de la maquinaria. Un 20% de la producción de trigo y un 15% de la de la mayoría de los restantes productos agrícolas corría a cargo de los campesinos acomodados. La NEP había acrecentado las diferencias de riqueza en el campo y había contribuido a reforzar la condición de asalariados de una parte de los campesinos, empobreciendo a la mayoría. Aunque el nivel de ingresos de estos seguía siendo muy bajo, su situación no era, sin embargo, extrema: apenas se hallaban sometidos a presión fiscal alguna y disfrutaban de la posibilidad de consumir los productos agrarios que ellos mismos generaban. Al tiempo, y como ya señalamos, las granjas colectivas y estatales apenas se habían abierto camino en el panorama agrario.

A partir de 1925 el Estado, llevado del deseo de limitar el papel, creciente, que los *kulakí* y los *népmani* habían asumido en las relaciones económicas, decidió aumentar el volumen de sus compras directas a los campesinos; sobre el papel, sin alterar el esquema fundamentador de la NEP iba a ser posible imprimir un impulso decisivo a la actividad industrial. Tres años después, en 1928, el Estado controlaba nada menos que las tres cuartas partes del comercio de productos agrarios y estaba en condiciones de presionar para que los precios se redujesen y la producción se acrecentase. Las presiones suscitaron una pronta

respuesta campesina, que de nuevo se tradujo en problemas de abastecimiento en las ciudades y en reducciones en el volumen de productos objeto de exportación. Aunque los niveles de producción correspondientes a 1928 fueron aceptables, los requisamientos estatales no consiguieron incrementar la oferta de productos agrarios. Fue entonces cuando la dirección estaliniana —lejos de reaccionar, como había sucedido unos años antes, en beneficio de los campesinos— decidió emplear resueltamente la fuerza y acometió un gigantesco y doloroso proceso de colectivización agraria. El debate al respecto se prolongaba ya durante varios años —en más de un sentido tenía su origen en la propia obra de Marx—, y al igual que sucedió en otras ocasiones, Stalin había aguantado, para tomar posición, a que las conclusiones de las disputas entre las diferentes facciones estuviesen más o menos clarificadas. Aunque en 1927 se había opuesto a la adopción de medidas administrativas contra los *kulakí*, poco después cambió de opinión, en lo que en cierta forma era una respuesta a las demandas que sectores más o menos amplios de la dirección política habían realizado en las etapas precedentes. Es bien cierto, sin embargo, y para decirlo todo, que el grado de violencia que al final se desplegó no formaba parte de ninguno de los proyectos que había defendido, y es el caso más notorio, la oposición de izquierda.

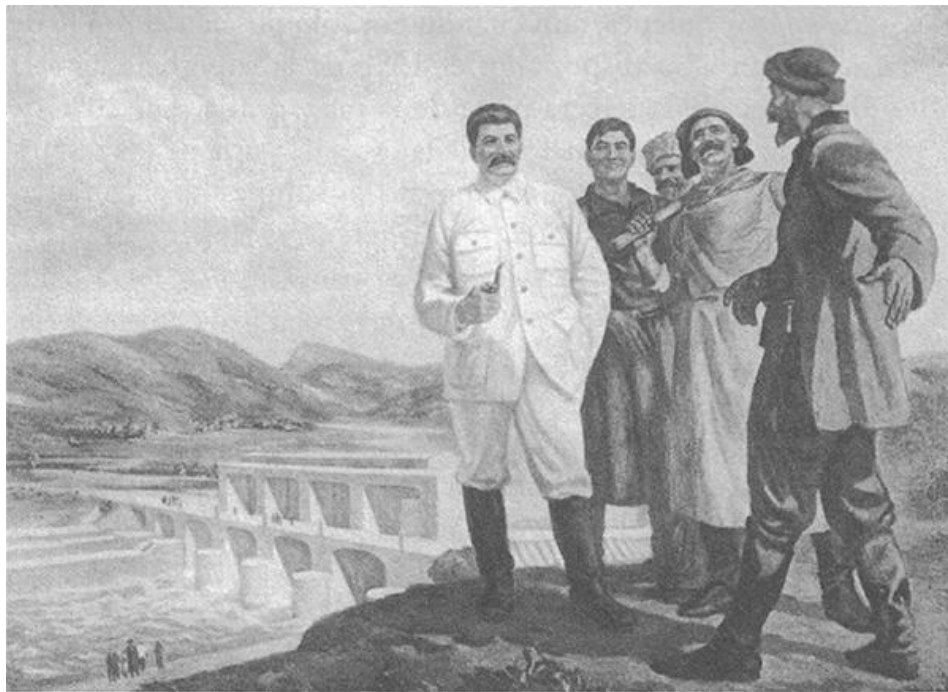


Foto 9. Cartel oficial soviético que muestra a Stalin con los trabajadores ante una presa hidroeléctrica nueva, década de 1930.

Los mercados campesinos fueron clausurados al tiempo que se instauraba, como había sucedido durante el comunismo de guerra, una formidable operación de requisamiento de productos agrarios, con objeto de atender a las urgentes necesidades de abastecimiento de las ciudades. El XV Congreso del Partido, celebrado a finales de 1927, había resuelto, por otra parte, que «la tarea de unir y transformar las pequeñas propiedades campesinas en grandes explotaciones colectivas debe convertirse en el principal objetivo en el campo». En enero de 1930 una resolución del Comité Central del Partido fijaba para la primavera de 1932 la consecución de una *colectivización total*, si bien aplazaba esta hasta 1933 en dos casos: el de la cuenca del Volga y el del norte del Cáucaso. Desde el último año mencionado operaba, por añadidura, un sistema en virtud del cual el Estado fijaba con antelación las cantidades y los precios de los productos agrarios que las granjas debían entregar, de tal manera que era muy reducido el volumen de los productos que podían venderse libremente. La consecuencia inmediata no fue otra que lo que abiertamente se empezó a llamar «deskulakización»; entre sus afectados se contaron, naturalmente, los *kulakí*, pero también todos aquellos campesinos que se resistieron a los requisamientos o que mostraron escasa inclinación a incorporarse a las granjas colectivas. Muchos de unos y de otros —su número ha sido evaluado en un mínimo de cinco millones de personas— fueron enviados a campos de trabajo ubicados en Siberia o en las frías regiones septentrionales.

La traumática introducción de la fórmula colectivizadora ocasionó un enorme caos. Los campesinos optaban por sacrificar la cabaña ganadera, las disputas con las granjas colectivas eran frecuentes y no faltaban tampoco los abusos de los funcionarios locales. En términos generales, el nivel de vida en el campo se redujo sensiblemente; el relato que Arthur Koestler realizó de su viaje a la URSS en 1932-1933 —en *The Invisible Writing (La escritura invisible)*— es suficientemente gráfico al respecto. Pese a todo ello, el proceso siguió adelante. Si en el verano de 1931 más de la mitad de las unidades familiares estaban integradas ya en las granjas colectivas, en 1936 el porcentaje correspondiente ascendía al 90%. Los resultados no fueron, por lo demás, buenos. Aunque en términos absolutos la producción de cereales no se vio afectada —los niveles se situaron muy lejos, de cualquier modo, de las expectativas oficiales, que aspiraban a doblar los precedentes—, el sistema de requisamientos colocó en una posición crítica a muchos campesinos. Esto aparte, la producción de carne y de leche se vino abajo de manera dramática: los niveles previos a la colectivización

no se recuperarían hasta mediado el decenio de 1950. Por detrás de estos resultados se hallaban la resistencia campesina y, en estrecha relación con ella, una bajísima productividad, que remitía a otros problemas: tamaño excesivo de muchas explotaciones, hipercentralización, debilidad de los estímulos económicos... Comoquiera que los requisamientos se convirtieron en un procedimiento común, el abastecimiento de las ciudades no empeoró, aun cuando la abundancia no fuese precisamente el tono habitual; también se mantuvieron en niveles significativos, por cierto, las exportaciones de cereales.

Por lo que a las granjas colectivas respecta, solo empezaron a producir resultados más o menos aceptables a mediados del decenio de 1930. Los esfuerzos de mecanización realizados no fueron suficientes y en repetidas ocasiones se hizo notar la falta de personal cualificado para dirigir las nuevas granjas. Los *koljozi* eran unidades económicas que, aunque estrechamente dependientes de las decisiones estatales, en el plano formal tenían sus propios presupuestos, pagaban impuestos, establecían las correspondientes reservas y dividían los ingresos con arreglo a la cantidad y a la calidad del trabajo formalmente realizado por cada uno de sus miembros. Los medios de producción eran de su propiedad y la tierra que empleaban les había sido entregada, sin coste alguno, en usufructo y a perpetuidad. En la concepción oficial configuraban, de tal modo, una especie de fórmula de transición hacia otra estructura, los *sovjozi*, reproductora de los usos organizativos de las empresas industriales, plenamente estatalizada, de dimensiones mucho mayores y con un desarrollo marginal en la década de 1930. Parece que muchos de los campesinos recién incorporados a los *koljozi* percibieron el trabajo en ellos como una especie de castigo que remitía a olvidadas formas de esclavitud. Este sentimiento se vio fortalecido cuando, en 1932, el Estado negó los pasaportes necesarios para permitir el libre movimiento de la población, y obligó por tanto a los campesinos a permanecer ligados, casi de por vida, a las explotaciones a las que se hallaban vinculados. Es verdad, sin embargo, que en 1935 se reconoció a los miembros de los *koljozi* el derecho a cultivar pequeñas parcelas de tierra —a ellas dedicaban sus esfuerzos más granados—, que se sumó al que, desde 1932, permitía disponer de algunos animales. También es cierto que los cuidados médicos y el acceso a la enseñanza mejoraron sensiblemente al amparo de la extensión de las granjas colectivas.

En términos generales, la colectivización forzosa, con sus dramáticos excesos, acabó con las estructuras tradicionales de la vida campesina en Rusia. Se llevó por delante también algunas zonas de producción agraria de alto

rendimiento y generó una rémora —la provocada por una manifiesta desatención hacia los problemas del campo— que el sistema soviético nunca conseguiría superar. Fue el producto de una decisión política adoptada por la dirección del país, y en modo alguno respondió, como había sucedido con los cambios que se hicieron notar en el campo en 1917 y 1918, a una genuina revuelta popular: la «revolución desde arriba» que Stalin preconizaba no se vio apoyada, como eran sus deseos, desde abajo. Algún especialista ha subrayado incluso que los campesinos pobres, lejos de sentirse satisfechos por los sufrimientos de los *kulakí*, mostraban un inequívoco temor a que las mismas penas recayesen sobre ellos. En la opinión de Geoffrey Hosking la colectivización fue, por añadidura,

[...] un trauma para el Partido, en la medida en que reavivó la psicosis de tiempo de guerra, bien que en condiciones de paz, e hizo que los funcionarios del PCUS se contemplasen a sí mismos como una fuerza de ocupación en un país hostil.

Hosking, 1990, 168



Foto 10. Granja colectiva en el distrito de Yazhkov durante la siega, agosto de 1933. © Cordon Press.

La colectivización permitió acrecentar, por otra parte, el grado de control político ejercido sobre los campesinos y acabar con aquellos que mostraban —o al menos así lo interpretaban las autoridades— querencias por viejas fórmulas económicas, circunstancias ambas que a buen seguro no tenían una importancia menor en los proyectos de Stalin. A su amparo cobraron alas, en particular, muchos de los prejuicios con respecto a los «enemigos de clase»: los campesinos ricos y los empresarios que habían prosperado con la NEP. Gracias a la colectivización, en fin, un sector —la agricultura— que había permanecido relativamente alejado del control oficial durante el decenio de 1920 se integró plenamente en las estructuras políticas y económicas imperantes. Pese a los magros resultados, ese sector proporcionó el grueso de los recursos que en la década de 1930 permitieron un extraordinario, aunque no por ello menos irracional, despegue industrial. Vistas las cosas en perspectiva, y aunque es obligado recordar que los problemas eran muchos y que todas las soluciones resultaban imperfectas, hay que convenir en que la colectivización forzosa no fue una necesidad histórica, de la misma manera que no lo fueron el proceso al que inexorablemente se vinculó —la citada industrialización— y, menos aún, el recurso generalizado a la violencia y al terror.

La industrialización y los planes quinquenales

En 1928, en un marco caracterizado por la inestabilidad internacional, se acometió en la URSS la discusión de un plan quinquenal de desarrollo. La idea de planificación —a la que tan pronto como, acaso, innecesariamente se asoció la de centralización— no había sido ajena a Lenin, quien ya señalamos había mostrado su admiración por una economía, la alemana de guerra, que incorporaba dosis importantes de medidas planificadoras. A principios del decenio de 1920 se habían acometido, por lo demás, algunos esfuerzos de planificación sectorial, como el vinculado a la electrificación, y se había creado, con el nombre de *Gosplan*, una comisión estatal que, encargada de estos menesteres, no había asumido, sin embargo, excesivo protagonismo.

Como hemos visto, sin rechazar frontalmente la NEP —de hecho, la denuncia formal de esta no fue evidente hasta 1936, nada menos—, Stalin había ido adoptando muchos de los criterios que en los años anteriores había defendido

la llamada oposición de izquierda. A principios de la década de 1930 las reflexiones del máximo dirigente soviético subrayaban reiteradamente dos ideas: por un lado, la necesidad de alcanzar, en el ámbito económico y en el tecnológico, a los países capitalistas desarrollados; por el otro, la urgencia de desviar recursos y atenciones en beneficio de una industria pesada que, generadora ante todo de medios de producción, debía convertirse en motor principal del proceso anterior. Así las cosas, la planificación pasó a desempeñar un papel crucial en un esquema en el que, afinados entre 1925 y 1929 los métodos correspondientes, su cometido no estribaba tanto en predecir lo que los resultados económicos estaban llamados a ser, como en identificar los objetivos que por fuerza tenían que satisfacerse (en la jerga soviética de la época se hablaba, al respecto, de una planificación *genética* y de una planificación *teleológica*). La fórmula elegida implicaba, por otra parte, un visible menoscabo del papel del mercado, en adelante reemplazado en la mayoría de sus funciones por órganos centrales de decisión que se encargaban de fijar administrativamente los precios de bienes y servicios, en la suposición de que de esta manera se garantizaba una asignación más eficiente de los recursos. El modelo adoptado en los dos últimos años del decenio de 1920 —cuando el Partido se había convertido en una estructura mucho más sólida que en la etapa posrevolucionaria— pervivió, casi inalterado, hasta la desaparición del propio sistema soviético, circunstancia que invalida, por cierto, muchas de las críticas que, en la década de 1980, identificaban la causa de casi todos los males de la economía de la URSS en decisiones adoptadas en tiempos de Jrushchov o de Brézhnev.

En otro terreno, la nueva forma de dirección económica —asentada en una hipercentralizada estructura ministerial— exigía el «sobrecumplimiento» del plan, circunstancia que tenía una inequívoca consecuencia negativa: todos los aspectos de la vida económica, y en particular los relacionados con la satisfacción de las necesidades más urgentes de la población, quedaban visiblemente supeditados a la tarea principal. El sistema soviético ratificaba así un notorio déficit social que se hizo sentir a través de niveles de consumo muy bajos, de estructuras sanitarias poco adaptadas a las necesidades y de una significativa carencia en lo que a viviendas se refiere. El esquema de dirección que acabó por imponerse significaba, por añadidura, el olvido de algunas de las concepciones que había defendido el grueso de la oposición de derecha. Ríkov, en particular, había postulado un modelo de planificación entre cuyos propósitos se contaba liberar a los órganos centrales de un sinfín de tareas y dejar en manos

de las estructuras locales y de las propias empresas la decisión con respecto a cuáles debían ser los procedimientos para satisfacer los objetivos económicos prefijados. Siempre que en la historia soviética posterior se planteó la perspectiva de una reforma del sistema de planificación centralizada se manejaron ideas semejantes a las de Ríkov, quien no había dudado en subrayar también, por cierto, la necesidad de reducir el tamaño de unos aparatos administrativos cada vez más engrosados.

El punto de partida del primer plan quinquenal lo fue, como es lógico, la situación industrial característica de los años postreros de la NEP. Pese a la recuperación de los niveles de producción prebélicos, la industria —que junto con la construcción, las comunicaciones y los transportes daba trabajo tan solo a una décima parte de la población activa— exhibía numerosos problemas. Estos apenas habían remitido con la introducción de diversas medidas correctoras (mayor disciplina, reducción del absentismo, primas y otros estímulos...) que, sin embargo, habían permitido rebajar los costes de producción. Al mismo tiempo se verificaba un notorio incremento en las dimensiones del gasto público, que pronto se convirtió —frente a lo preconizado en los años anteriores— en la fuente principal de financiación de la actividad de las empresas. En los últimos años de la NEP, y sin abandonar esta, se registró, por otra parte, un esfuerzo encaminado a desviar hacia la industria pesada una buena parte de los recursos de inversión: en 1928-1929 recibía nada menos que dos tercios de las inversiones estatales, circunstancia que no podía por menos que acelerar sensiblemente sus niveles de crecimiento, mucho más altos que los registrados en las ramas industriales ligeras; un porcentaje importante de esos recursos se destinaba a configurar una industria de defensa que en los años anteriores había tenido, para inquietud de muchos de los dirigentes bolcheviques, una importancia marginal. En ninguno de los programas efectivamente desplegados parecía haber concesiones con respecto a un proyecto que había adquirido cierto predicamento en los debates teóricos: el del desarrollo de empresas de tamaño medio que incorporasen también un esfuerzo de producción de bienes de consumo. Fueran las cosas como fueran, a finales de la década de 1920 la industria, en conjunto, no aportaba más del 30% de la renta nacional y ocupaba, por consiguiente, un papel de importancia menor que el desempeñado por la agricultura. Aun a expensas de que nuestro conocimiento sobre la veracidad de los datos estadísticos correspondientes no es total, hay que convenir en que el primer plan quinquenal permitió un notabilísimo desarrollo de la industria

pesada, la cimentación de nuevos sectores industriales y el acometimiento de un esfuerzo de inversión en zonas hasta entonces poco desarrolladas, como era el caso de Siberia. La renta nacional se acrecentó en nada menos que un 86%, con un notable auge de las industrias mecánica, siderúrgica y de generación de electricidad, acompañado de un crecimiento también importante en la construcción y en la química pesada. Es verdad, sin embargo, que el primer plan dejó secuelas cuyos efectos se hicieron sentir durante decenios. Así, algunos sectores industriales experimentaron una relativa marginación al tiempo que se ahondaban los problemas de la industria textil o de la alimentaria. Tampoco recibió la atención que merecía la red ferroviaria, de importancia vital para el conjunto de la economía.

Aunque en su diseño teórico el segundo plan prestaba una mayor atención a la industria ligera, los avatares del momento —muy en particular una situación internacional inestable, que obstaculizó la obtención de créditos, dificultó las exportaciones y aconsejó un reforzamiento de la industria de defensa— impidieron que el esfuerzo correspondiente se hiciese realidad; baste con recordar al respecto que, al compás del rearme alemán, el gasto militar soviético multiplicó por diez su cuantía entre 1933 y 1940. Iniciado en 1934, el segundo plan hizo posible un crecimiento de la renta nacional de un 110%. Sumado este incremento al verificado en los cinco años anteriores, los resultados no podían ser más espectaculares: en un decenio la renta nacional se había cuadruplicado. En los tres primeros años del truncado tercer plan quinquenal —que fue interrumpido en 1941 al producirse la invasión alemana— la renta nacional parecía haberse acrecentado, en fin, en una tercera parte. De acuerdo con otra estimación, muy ilustrativa de la deriva de la economía soviética, el volumen de producción de la industria pesada se multiplicó nada menos que por catorce en el período que media entre 1928 y 1940; en la misma etapa la generación de bienes de consumo creció cuatro veces, en tanto la producción agraria ni siquiera llegaba a duplicarse (véanse los datos incluidos en el cuadro 3).

CUADRO 3. Crecimiento económico, 1928-1940 (en miles de millones de rublos de 1926-1927).									
	1927/1928	1932/1933	1932	1937	1937	1942	1938	1940	1940
	<i>real</i>	<i>plan</i>	<i>real</i>	<i>plan</i>	<i>real</i>	<i>plan</i>	<i>real</i>	<i>plan</i>	<i>real</i>
Renta nacional	24,4	49,7	45,5	100	96	174	105	137	128
Prod. Ind. Bruta	18,3	43,2	43,4	93	95	184	106	141	139
— Bienes producidos	6,0	18,1	23,1	46	55	114	62	85	85
— Bienes consumo	12,3	25,1	20,2	47	40	70	44	56	54
Prod. Agr. Bruta	13,1	25,8	16,6	26	20	30	19	26	23
FUENTES: Nove, 1980; Palazuelos, 1990.									

Como consecuencia de todo lo anterior se alteró bruscamente la configuración estructural de la economía soviética: la agricultura, claramente dominante antes del primer plan quinquenal, pasó a generar tan solo una cuarta parte de la riqueza total, y ello a pesar de dar trabajo, en 1940, a más de la mitad de la población activa; en ese mismo año la industria corría a cargo ya del 63% de la producción, aun cuando solo emplease a algo menos del 30% de la fuerza de trabajo. En otras palabras, la importancia relativa de uno y otro sector se había invertido en poco más de un decenio, creando las condiciones para una formidable transformación ocupacional bien identificable con un solo dato: si a mediados del decenio de 1920 las tres cuartas partes de la población eran campesinos, en la década de 1950 el porcentaje correspondiente había quedado reducido a una tercera parte, con un incremento sustancial en el número de «cuellos blancos»: un 4,5% en el primer momento, por un 18% en el segundo.

El espectacular despegue industrial no debe inducir a pensar que el proceso correspondiente estaba exento de problemas. La abusiva centralización en que la industrialización se apoyó y los propios caprichos de Stalin no eran el procedimiento más adecuado para atender las demandas de una economía cuya complejidad iba en ascenso; la nueva dirección económica demostró, en particular, que su conocimiento de la realidad era fragmentario, lo cual no impidió que —con un sinfín de recursos a su alcance y una población sometida a

una rígida disciplina— diera satisfacción a muchos de sus objetivos. Los equipos productivos no eran utilizados con la eficiencia requerida, las redes de suministros exhibían notables imperfecciones, apenas se habían registrado inversiones de relieve en los sistemas de transporte y, en general, la cualificación profesional de los nuevos gestores dejaba mucho que desear. Más allá de estos datos, las decisiones económicas no tomaron en consideración tres aspectos decisivos: el ya citado desfase entre una industria pesada que crecía espectacularmente y los restantes sectores económicos, y en especial los relacionados con el bienestar de la población; el visible agotamiento de recursos —fundamentalmente materias primas— que con el paso del tiempo demostraron ser manifiestamente escasos y reclamaron inversiones crecientes, y, por último, la puesta en marcha de gigantescas agresiones medioambientales cuyos efectos han llegado hasta nuestros días. Estos tres procesos se agregaron a un cuarto, tanto más traumático, que ha ocupado nuestra atención unas páginas atrás: la colectivización forzosa de la agricultura. El precio de la industrialización fue, en una sola palabra, exorbitante, y el nombre que el sistema resultante mereció parece perfectamente impugnable: en las palabras de M. Malia, «crearon un sistema para aplicar toda la riqueza a la producción de bienes de equipo y lo llamaron socialismo» (Malia, 1991, 285).

Los procesos de Moscú y las purgas

Tal y como vimos en su momento, la derrota física de la oposición de izquierda dentro del Partido coincidió con la asunción de muchas de sus ideas por parte de la dirección de aquel, con Stalin a la cabeza. El énfasis en la necesidad de acelerar el crecimiento industrial y la firme decisión de acosar a las capas pudientes de la población que se habían visto beneficiadas por la NEP pasaron a formar parte de las políticas oficiales. Es bien cierto, sin embargo, que los criterios triunfantes no incorporaban todo el acervo de ideas característico de la oposición de izquierda. Así, la reivindicación de mejoras sustanciales en la situación material de los campesinos y de los trabajadores pobres había caído en el olvido, y otro tanto podía decirse de las demandas, tan sólidas como frecuentes, de una mayor democracia interna.

El auge, bien que relativo, de muchas de las viejas ideas de la oposición de

izquierda tenía por fuerza que inquietar a los sectores más moderados del Partido, encabezados por figuras como Nikolai Bujarin, Alekséi Ríkov, Mijaíl Kalinin o Mijaíl Tolski. Para estos, las nuevas medidas que se estaban poniendo en práctica no resolvían los problemas, que eran consecuencia de meros errores en la aplicación de una política, la NEP, necesitada únicamente de algunos reajustes. No faltaban moderados que estimaban que las medidas extraordinarias desplegadas por Stalin tenían un carácter pasajero y merecían, por tanto, un respaldo condicionado a que, una vez rectificadas algunas situaciones, la política general recobrase el curso marcado por la NEP. Algunos de los movimientos protagonizados por Stalin suscitaban, de cualquier modo, una notoria inquietud entre los miembros de la oposición de derecha, para quienes no era en modo alguno impensable un acercamiento entre la dirección del Partido y una oposición de izquierda cuyas ideas adquirirían un renovado predicamento.

Aunque la represión del decenio de 1930 no dejó al margen a sector alguno de la vida soviética, algunas de entre sus víctimas más significadas fueron los opositores de derecha. No hay que olvidar al respecto que durante varios años, y pese a la timidez y ambigüedad de su contestación, configuraron los únicos elementos de disensión de alguna entidad, y lo hicieron además cuestionando los cimientos de las políticas económicas que Stalin desplegaba con mano férrea. La fortaleza de la oposición de derecha fue, de cualquier manera, mucho menor que la que bien poco antes habían protagonizado los Trotski, los Zinóviev y los Kámenev. De hecho, aunque muchos de los opositores que nos ocupan conservaron sus puestos hasta bien entrada la década de 1930, puede afirmarse que al concluir 1929 Stalin se hallaba ya cómodamente asentado en el poder. Ello no quiere decir que su inclinación hacia la represión no encontrase, en un primer momento, obstáculos. Así, y por citar los ejemplos más significativos, en 1930 el castigo recibido por dos opositores de derecha —el primer ministro de la República de Rusia, Serguéi Sirtsov, y el secretario del Partido en el Cáucaso, Beso Lominadze—, que en conversaciones privadas habían mostrado su discrepancia con respecto a las políticas agrarias, consistió en una simple degradación de funciones; la dirección del Partido impidió que fuese ejecutado, por otra parte, un miembro del Comité Central, Mijaíl Riutin, que había elaborado un programa contestatario de las políticas oficiales. No está de más recordar, en fin, que en el XVII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, en 1934, algo más de un 20% de los delegados pudo votar contra Stalin en la elección del nuevo Comité Central. En ese mismo año, por cierto, la

OGPU había sido reemplazada por una nueva organización político-policial, llamada Narodni Komitet Vnutrennij Del (NKVD, Comité del Pueblo para Asuntos Internos).

La relativa moderación de la acción represiva algo tenía que ver con el prestigio de una figura, la de Serguéi Kírov, cuyo asesinato en Leningrado, en diciembre de 1934, pudo ser organizado, de acuerdo con interpretaciones no exentas de argumentos, por el propio Stalin. Fueren las cosas como fueren, lo cierto es que este último aprovechó la oportunidad para actuar por enésima vez, y en esta ocasión sin contención alguna, contra los restos de las oposiciones de izquierda y de derecha. Así, setenta opositores de izquierda, con los preteridos Zinóviev y Kámenev a la cabeza —Trotski ya había marchado al exilio—, fueron inmediatamente detenidos, con acusaciones entre las que se contaba la de conspirar para derrocar el sistema soviético y restablecer el capitalismo en la URSS. Aunque algún antecedente hay de un comportamiento semejante —así, el proceso Shajti, de 1928—, acaso fue en ese momento cuando se hizo notar de manera manifiesta el tipo de comportamiento policial-legal común, poco después, en los llamados «procesos de Moscú». En la primera ronda de esos procesos, en agosto de 1936, Zinóviev, Kámenev y algunos miembros más de la vieja guardia bolchevique fueron condenados a muerte y ejecutados tras *confesar* sus relaciones con Trotski y su participación en una conspiración para atentar contra Stalin y otros dirigentes del momento. En la segunda, en enero y febrero de 1937, acusaciones semejantes recayeron sobre Gueorgui Piatakov —comisario del pueblo para la Industria Pesada— y Karl Radek; el primero fue ejecutado y el segundo murió en un campo de concentración. El tercer proceso, celebrado en marzo de 1938, condujo a la muerte a Bujarin y a Ríkov, quienes, además de reconocer su supuesta pertenencia a un «bloque trotskista de derecha», admitieron su participación en una conspiración internacional para derrocar al régimen soviético. En el transcurso de estos procesos, muchos de los que en su momento habían colaborado o simpatizado con Trotski rechazaron virulentamente su figura, de la misma forma que quienes se habían opuesto, con mayor o menor energía, a Stalin confesaron su admiración por este.

No debe olvidarse el procedimiento *legal* seguido en esos años, apoyado en una campaña de reuniones públicas en las que se exhortaba a los opositores a confesar sus errores y a denunciar a sus compañeros. Se introdujo una ley extraordinaria en virtud de la cual las personas acusadas de *terrorismo* perdían todo derecho de protección al tiempo que se aceleraban extraordinariamente las

causas. La condición de miembro del Partido, en la que muchos se habían resguardado con anterioridad, perdió toda importancia.

El testimonio verbal y escrito de los procesados —obtenido, como es fácil suponer, a través de torturas, interrogatorios inacabables, amenazas a los familiares más allegados y presiones de distinto orden— era fundamental, toda vez que difícilmente podían existir pruebas materiales de la veracidad de las acusaciones. Al respecto fue también decisiva —lo acabamos de señalar— la delación. La propia aceptación del poder omnímodo del Partido que muchos acusados exhibían facilitó, por cierto, estas tareas y justificó una interpretación muy común: la que, obviando la importancia de unos aparatos policiales que alcanzaban todos los rincones, presentaba al Partido, sin dobleces, como una entidad inmune a turbulencias sociales y cambios internacionales, situada al margen de la historia y portadora de una sabiduría incontestable. En las palabras de Koestler,

[...] tanto tú como yo podemos cometer un error, pero el Partido no. El Partido es la encarnación de la idea revolucionaria en la historia, que no conoce escrúpulos ni vacilaciones. Aquel que no tenga fe en absoluto en la historia no puede pertenecer a las filas del Partido. El curso del Partido, como el estrecho paso de los montes, está agudamente marcado. El más ligero paso que se dé en falso, ya hacia la izquierda, ya hacia la derecha, hará que uno se precipite en el abismo.

Koestler, 1974, 30

El Partido, que a finales del decenio de 1920 contaba ya con más de un millón de afiliados, se había dotado, por añadidura, de un complejo aparato administrativo bien alejado de la improvisación característica de los primeros años revolucionarios. Era el responsable, también, de una doble tarea. Por un lado acometía una singular revisión de la historia que conducía a encumbrar sin restricciones la figura de Stalin; a los proscritos después de 1917 —entre ellos mencheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas— se agregaban ahora las figuras de Trotski y de muchos de los viejos bolcheviques, que solo aparecían en los manuales cuando se trataba de subrayar sus diferencias, reales o ficticias con Lenin. Por el otro, se encargaba de refrenar cualquier tipo de contestación

internacional: el movimiento comunista permanecía callado y aquiescente, mientras las potencias extranjeras, ignorantes, se mantenían en la línea de no inmiscuirse en los asuntos internos de otro Estado.

El resultado de la campaña represiva asestada contra opositores, y contra dirigentes del Partido sin mayor connotación, fue un dramático descabezamiento de este. A las ejecuciones reseñadas se agregaron las «muertes accidentales» y los suicidios protagonizados por figuras como Tomski, presidente de los sindicatos, Valerian Kúibishev, responsable del máximo organismo de planificación, y el comisario del pueblo Grigori Oryonikidze. El exilio no permitió a Trotski escapar a la misma suerte de tantos otros: fue asesinado, en México, en agosto de 1940. De acuerdo con una estimación, de los 139 miembros del Comité Central del Partido elegidos en 1934, 110 fueron detenidos, y 98 de ellos ejecutados, con anterioridad a 1939. Solo 58 de los 1966 delegados presentes en el XVII Congreso, en 1934, asistieron al siguiente evento congresual, en 1939; 1108 delegados fueron ejecutados. La purga se extendió también, no hay que olvidarlo, a la cúpula de las propias fuerzas armadas, como lo demuestra la ejecución de su representante más renombrado: el mariscal Mijaíl Tujachevski. En 1940 el 75% de los mariscales, todos los primeros responsables y vicerresponsables de ejército, el 91% de los comandantes de cuerpo, el 70% de los de división y de regimiento, y más del 60% de los comisarios políticos habían sido arrestados. Toda la vieja guardia bolchevique fue, por lo demás, purgada, como lo demuestra el hecho de que a finales del decenio de 1930 ya no se encontrasen con vida la mayoría de los miembros de los comités centrales del Partido designados entre 1917 y 1923, y los tres secretarios de aquel que se sucedieron entre 1917 y 1919. En los hechos, «Stalin consiguió superar los más salvajes de los sueños de los responsables de la policía zarista en lo que respecta a la destrucción del movimiento revolucionario en Rusia» (Hosking, 1990, 193).

Pero no solo los diferentes aparatos de poder padecieron la represión. Esta alcanzó, muy al contrario, a toda la población, sometida a una enorme tensión y sin garantía alguna de defensa frente a las arbitrariedades policiales. Muchas eran las personas que, en previsión de lo que podía ocurrir, se hacían acompañar siempre de una pequeña maleta con los enseres más indispensables; estos últimos no mitigaban, sin embargo, el hambre y las enfermedades que eran datos comunes en todos los campos de trabajo. De acuerdo con diferentes estimaciones, entre tres y quince millones de personas visitaron los campos

estalinianos en la década de 1930. Sin incluir a los condenados por delitos comunes, Robert Conquest ha evaluado en doce millones las víctimas mortales de la represión desplegada entre 1936 y 1950. La agregación de las víctimas de la colectivización forzosa de la agricultura bien podría elevar el cómputo a los quince o los veinte millones de personas. Ilustrativo es que Beria, nombrado responsable de los aparatos policiales en 1938, apostase por la liberación de un buen número de los detenidos aduciendo al respecto que, de lo contrario, apenas habría nadie a quien encarcelar.

Mucha atención han prestado los historiadores, en fin, a las razones que, en su caso, pueden explicar la ferocidad de la represión desatada en el decenio de 1930. La delimitación de un claro objetivo económico —el que se abrió camino de la mano de la colectivización y la aceleración industrial— a cuya satisfacción se supeditaban todos los demás aspectos de la vida es una de ellas. El Partido reforzó de manera visible los mecanismos jerárquicos que siempre habían estado en su seno, y asumió con rotundidad la perspectiva de una dirección única y omnisciente que, sin controles desde la base y sin disputas en la cúpula, daba solución a todos los problemas. La desaparición de las facciones internas propició la consolidación de un complejo sistema de redes de influencia en el que las identificaciones lo eran con personas concretas, y nunca con proyectos políticos o, menos aún, con opciones en las que encontrase reflejo la voluntad de oponerse a las medidas adoptadas desde la cúpula. El fortalecimiento de una figura, la de Stalin, abocó, por lo demás, en una personalización del poder acompañada de un manifiesto culto. Stalin aprovechó esta circunstancia para acabar con todos aquellos que en el pasado habían mostrado, con respecto a él, algún tipo de diferencia: la expresión de opiniones contrarias, que Lenin había tolerado en los primeros años revolucionarios, no tenía cabida en un régimen que exigía adhesiones absolutas. El lenguaje, al mismo tiempo, experimentó un progresivo agostamiento:

Había una o dos docenas de adjetivos cuyo empleo era seguro y hasta obligatorio: decadente, hipócrita y morboso (aplicados a la burguesía capitalista); heroico, disciplinado y portador de conciencia de clase (para el proletariado revolucionario); pequeñoburgués, romántico y sentimental (para los escrúpulos humanitarios); oportunista y sectario (para las desviaciones hacia la derecha y hacia la izquierda, respectivamente);

mecanicista, metafísico y místico (para las concepciones intelectuales erradas); dialéctico y concreto (para las concepciones correctas)...

Koestler, 1974, 31

Nada sería más equivocado, sin embargo, que pensar que las políticas estalinianas no encontraron beneficiarios en capas importantes de la población: la permanencia de Stalin en el poder habría sido entonces poco menos que inexplicable. En la década de 1930 las purgas permitieron un notabilísimo incremento de la movilidad social, que algo le debía también, es cierto, a la creación de un sinfín de puestos de dirección y al crecimiento del número de «cuellos blancos» que nacían al compás de los procesos de industrialización y colectivización. Gracias a la renovada movilidad, pudieron acceder a puestos de relieve muchos jóvenes ambiciosos, los llamados *vídviyentsi*, que de otra manera hubieran debido aguardar el paso del tiempo; en relación con ello las delaciones desempeñaron también un activo papel. Algunos de entre quienes dirigieron la URSS tras la muerte de Stalin —así, Nikita Jrushchov, Leonid Brézhnev o el eterno ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Gromiko— se beneficiaron de esa movilidad social que nos ocupa, toda vez que, desde los centros directivos de la industria, desde el Partido o desde las estructuras de gobierno, realizaron meteóricas carreras en estos años.

Tampoco debe olvidarse que, en la última etapa de un proceso iniciado a principios de la década de 1920, muchos de los representantes de las clases sociales derrotadas en octubre de 1917 mostraron indicios claros de integración en el nuevo régimen. Aunque no faltaron casos de actuaciones represivas contra esos grupos humanos —así, el mencionado proceso Shajti—, muchos profesionales veían con buenos ojos la restauración de la ley y del orden, y el acento en la industrialización y la tecnificación impulsados por Stalin. Algunos estimaban que el régimen soviético estaba acometiendo con éxito, por otra parte, la tarea de construcción de un Estado gran ruso en la que el imperio zarista había fracasado. Es difícil calibrar, de cualquier modo, en qué medida sucumbieron a la dramática extensión del terror. La principal secuela de esta última fue una sociedad no menos dramáticamente uniformizada, como lo certifican las palabras de Arkadi Rosengoltz, una de las atribuladas víctimas de los procesos de Moscú:

Por primera vez la vida está en su apogeo, desbordante de alegría y de colorido. Millones, decenas de millones de hombres, los niños y los ciudadanos de la URSS, incluidos mis propios hijos, cantan: «Qué hermosa es mi patria querida, no existe en el mundo otra en que el mundo pueda sentirse tan libre». Y estas palabras las repito yo, que estoy prisionero: no existe país en el mundo en el que el entusiasmo por el trabajo sea tan grande, en el que la risa suene con tanta alegría y júbilo, en el que las canciones broten con tanta soltura, en el que los bailes sean tan animados, en el que el amor sea tan hermoso.

Broué, 1988, 215

Sociedad y cultura en la década de 1930

El devenir de los acontecimientos en la década de 1930 levantó las interpretaciones más dispares. Por cifrarlas en un solo criterio del que ya hemos hecho alguna mención, el de la modernización, hay elementos suficientes para recordar que claros signos modernizadores se hicieron sentir en el seno de la vida soviética. S. Cohen ha mencionado entre ellos la industrialización, el desarrollo tecnológico, la urbanización creciente y la extensión, incontestable, de la alfabetización. El propio Cohen ha recordado, sin embargo, que otros muchos factores operaban en sentido contrario y remitían a fórmulas tradicionales, cuando no abiertamente reaccionarias. Difícilmente podía calificarse de otra forma la consolidación de un sistema político autocrático —que traía a la memoria muchas de las características del zarismo—, el énfasis en el culto a la personalidad, la semiservidumbre que atenazaba a los campesinos o el retroceso general que experimentaron las normas que garantizaban derechos para las mujeres, los trabajadores o las minorías (Cohen, 1985, 66).

La realidad social de la Unión Soviética de la década de 1930 era mucho más compleja que la descrita por los textos oficiales. Estos identificaban una *sociedad socialista* en la que existían dos *clases* y un *estrato social*. Junto con la clase obrera —no se utilizaba el término *proletariado*, por cuanto en las teorizaciones oficiales había desaparecido la explotación al desaparecer los

propietarios de los medios de producción— estaba la integrada por los trabajadores de las granjas colectivas. La *intelligentsia*, alejada del trabajo manual, configuraba el estrato social que mencionamos. Esta aparente homogeneización contrastaba de manera abierta con un proceso, característico de la década de 1930, de visible acoso a los principios igualitarios defendidos, mal que bien, en el decenio anterior. En los hechos,

[...] la sociedad exhibió una mayor estratificación como consecuencia de políticas estatales que afectaban a sueldos, salarios, acumulación de riqueza y *status* en la forma de escalafones civiles y militares. Los valores burgueses y materialistas del *meshchanstvo* [las clases medias] de la era imperial habían adquirido consistencia legal al mismo tiempo que la URSS declaraba ser un Estado socialista.

Bater, 1989, 88

Cuando hemos descrito en sus rasgos más generales la industrialización acometida en la década de 1930 apenas hemos prestado atención al nuevo marco laboral que veía la luz a su amparo. Por lo pronto, el número de trabajadores en la industria creció de manera sensible —de cuatro millones y medio en 1928 pasó a doce millones y medio en 1940— al tiempo que el fenómeno del desempleo remitía en las ciudades y eran muchas las personas que, desde el campo y con bajísimos niveles de instrucción, se trasladaban a estas en busca de un futuro mejor. La población urbana, que era de 29 millones de personas en 1929 (un 19% de la total), se elevó a 56 millones en 1939 (un 33% de los ciudadanos soviéticos). La situación en las ciudades, pese a la desaparición del desempleo y las mejoras experimentadas por los servicios sociales, era difícil, y la escasez de viviendas constituía al respecto el problema principal. A él se agregaban los derivados de una oferta de bienes de consumo que, incapaz de satisfacer las demandas de la población urbana, reflejaba también los efectos de importantes subidas de precios, en un marco general de pérdida de poder adquisitivo de la población; el fenómeno de las colas se convirtió en habitual. En el campo las cosas no discurrían por mejores derroteros, como lo ilustra el hecho de que en 1937, el mejor año de la década, casi una tercera parte de los *koljozi* distribuyesen menos de la mitad de la cantidad de grano prevista, ya de por sí

notoriamente baja. Hay que recordar, sin embargo, que la posibilidad de labrar pequeñas parcelas y de disponer de algunos animales mitigó, al menos en el período cubierto por el segundo plan quinquenal, los problemas alimentarios en las zonas rurales; la emigración hacia las ciudades se redujo también, acaso por efecto de los progresos realizados en la mecanización agrícola, del conocimiento de las penosas condiciones de vivienda comunes en los núcleos urbanos y de los bajos salarios que percibían los trabajadores no cualificados.

La industrialización supuso, como es fácil colegir de lo que hemos dicho unas líneas más arriba, una creciente diferenciación salarial. Administradores, directores de empresa e ingenieros ganaban entre ocho y veinte veces más que los trabajadores sin formación especializada, además de disfrutar de privilegios extrasalariales —vivienda, acceso a tiendas especiales, facilidades de transporte...— diversos y de hallarse en disposición, por vez primera, de utilizar algunas fórmulas que permitían la transmisión hereditaria de bienes; en el caso del campo, donde las diferencias de ingresos eran menores, un dato diferenciador lo configuraban las ganancias derivadas del varias veces citado cultivo de pequeñas parcelas privadas.

La presión disciplinaria sobre los trabajadores no dejaba, por otra parte, de aumentar. Mientras el absentismo estaba duramente castigado y los desplazamientos de la población se hallaban no menos duramente restringidos, habían visto la luz distintas formas de presión cuyo objeto prioritario era incrementar la productividad laboral. Los *udárniki*, trabajadores que cumplían con creces las exigencias del plan, recibían un salario sensiblemente más alto, además de beneficiarse de mejores condiciones de vida y de un sinfín de condecoraciones y premios. Esta fórmula de estímulo alcanzó su máxima expresión en la figura de Alekséi Stajánov, un minero de la cuenca del Donbass cuyo increíble rendimiento laboral, exagerado a efectos propagandísticos, ha sido cuestionado, con pruebas convincentes, en tiempos recientes. El fenómeno de los *udárniki* tenía alguna semejanza con otro, que nos ha ocupado unas páginas más atrás: el de quienes, en la dirección política y económica, se beneficiaban, y al mismo tiempo eran víctimas, de la movilidad social auspiciada por las purgas. En las palabras de N. Mandelshtam,

[...] el nuevo Moscú está siendo construido y se está adaptando a los usos del mundo: gentes que abren sus primeras cuentas bancarias, que

compran sus muebles y que escriben novelas. Todos esperan una rápida mejora, porque no hay día en el que alguien no desaparezca de en medio y tenga que ser sustituido.

Hosking, 1990, 209-210

No era sino el mismo mundo de desapariciones misteriosas, poderes arbitrarios y mercados negros retratado por Bulgákov en su *Master i Margarita* (*El maestro y Margarita*).

Aunque en la era estaliniana no desaparecieron por completo las conquistas alcanzadas en los años siguientes a la revolución de Octubre, la irrupción de fórmulas represivas se hizo notar de manera evidente. Así lo atestiguan el reforzamiento del principio de dirección unipersonal, la reducción del papel de los sindicatos, la escasa entidad de la legislación sobre accidentes laborales —el número de estos creció de manera espectacular— o el propio endurecimiento del sistema legal, que acabó por restringir poderosamente las protestas por despidos o sanciones. La jornada laboral era, por añadidura, significativamente larga; en 1940 se trabajaba seis días a la semana, con una media diaria de ocho horas de dedicación. Como es fácil comprender, la situación era mucho peor en el caso de los campos de trabajo, cuya importancia en los proyectos económicos en curso —dado el respetable número de personas a ellos trasladados— no parecía, por cierto, en absoluto desdeñable.

Las políticas oficiales apuntaban, por otra parte, a un fortalecimiento del papel de la familia que contrarrestaba muchos de los esfuerzos realizados, en sentido distinto, en los primeros años del régimen soviético. Datos económicos y demográficos se invocaron para reclamar la restitución a la familia de un papel fundamental en la vertebración del Estado. La moderada vitalidad demográfica —entre 1927 y 1937 la población había crecido desde 147 hasta 164 millones de personas— se vinculaba con la menor permisividad de la legislación en materia de divorcio y aborto, que en su caso contrarrestaba los efectos de la colectivización y de las purgas. Al mismo tiempo que el aborto —de acuerdo con una estimación el número de embarazos artificialmente interrumpidos llegó a superar en un 50% al de nacimientos— quedaba regulado por una normativa restrictora muy rígida, desaparecían las facilidades que en los años anteriores habían permitido un rápido crecimiento en el número de divorcios y se endurecía la legislación, antes permisiva, en lo que respecta a las «uniones libres». Las

familias numerosas empezaron a recibir, en suma, recompensas económicas y exenciones fiscales. Claro es que la incorporación masiva de la mujer al trabajo —por lo general, y lamentablemente, en los escalafones inferiores de la pirámide laboral—, una secuela del proceso de industrialización, generaba tensiones de sentido contrario al apuntado.



Foto 11. Una arquitectura para el pueblo. El metro de Moscú, una muestra de la URSS de Stalin. Fue construido en poco tiempo y en condiciones peligrosas, en gran parte por prisioneros políticos.

En el ámbito educativo, en la década de 1930 se procedió a incrementar el número de años de escolaridad obligatoria, se acrecentó —al menos al principio

de ese decenio— la presencia de estudiantes de origen obrero (eran un 30% en 1928 y un 58% cinco años después) y se acometió una ambiciosa campaña de alfabetización, a la que se incorporaron también visibles elementos de propaganda política. La ampliación de las dimensiones del sistema educativo fue espectacular. Por citar dos datos, el número de estudiantes en los centros de enseñanza secundaria ascendió, desde 1 835 000 en 1926-1927, hasta 5 940 000 en 1933-1934, mientras el de los matriculados en centros de enseñanza superior lo hacía desde 160 000 en 1927-1928 hasta 470 000 en 1932-1933. Los alumnos con expedientes brillantes que no eran, sin embargo, militantes del Partido consiguieron, pese a ello, un acceso relativamente fácil a las instituciones de enseñanza superior. Aunque en estas siguieron predominando las facultades de carácter técnico —que por lo general se vinculaban a centros fabriles y empresas—, hicieron su reaparición algunos de los estudios tradicionales que habían sido marginados tras la revolución de Octubre. Es verdad, de cualquier modo, que los ribetes autoritarios, la disciplina más férrea y el adoctrinamiento ideológico, muchas veces con significativos aditamentos en clave nacionalista rusa, recuperaron terreno a partir de 1936, un año en el que —es un símbolo entre otros— se restablecieron los uniformes escolares. Las propias purgas afectaron a un número importante de profesores, y generaron en buena parte de la población la necesidad de mantener una doble vida: mientras la pública se ajustaba a las exigencias de un medio enrarecido y cargado de sospechas, en la privada se mantenían otros pensamientos y convicciones. Los medios de comunicación, objeto de un cerrado monopolio estatal, permanecían en absoluto silencio.

Es fácil comprender, en fin, que la década de 1930 no fue precisamente un período de efervescencia cultural *legal*. Ya en los años postreros de la NEP se había hecho notar la creciente influencia de lo que se dio en llamar «realismo socialista». Esta corriente artístico-literaria, que acabaría por adquirir un absoluto predominio, se proponía resolver el arduo problema —antes nos hemos ocupado de él— del escaso aprecio que la cultura de vanguardia encontraba entre las masas populares y se autoconsideraba la culminación de las corrientes estéticas más consistentes. Al respecto, combinaba un mensaje claro y comprensible —el derivado de su *realismo*— con una voluntad de proporcionar una orientación moral sobre la base, las más de las veces, de la incorporación de valores tradicionales; en adelante, toda obra artística debía proponerse la conversión del lector en un esforzado constructor del socialismo. *Kak zakalialas stal* («Cómo se templó el acero»), de Nikolai Ostrovski, ejemplificaba a la

perfección, en el plano literario, los nuevos criterios. Al compás de estos cambios se alteraban algunos de los estereotipos utilizados con profusión en la década de 1920. Así, la imagen tópica del proletario era ahora la de una figura más joven, mientras la representación estilizada de las mujeres revolucionarias había cedido en beneficio de la de madres que, más bien gruesas, aparecían rodeadas de sus muchos hijos. Se mantenía en pie, de cualquier modo, una de las imágenes tradicionales: la que identificaba a la mujer con la patria.

El auge del realismo socialista se combinó, al menos en 1933 y 1934, con una ofensiva contra el reduccionismo de los movimientos proletarizantes y de su cultura de vanguardia. De la mano de esta ofensiva se hicieron notar, no sin paradoja, una nueva reivindicación de valores tradicionales y una mayor tolerancia hacia las manifestaciones culturales —así, el jazz— procedentes del exterior, en un momento en el que los resultados del primer plan quinquenal generaban un visible optimismo. El freno que inmediatamente padeció esta efímera liberalización no impidió, sin embargo, que bajo su cobijo reaparecieran figuras artísticas que es forzoso vincular con una forma de *star system* inédita en los años anteriores del sistema soviético; es el caso de cantantes y músicos como Irakli Tsereteli, Vadim Kozin o Lidia Ruslánova, que sin duda se beneficiaron del repentino auge adquirido, en la década de 1930, por la radiodifusión. Esta última, que expandió las imágenes de Stajánov, de los modernos rompehielos o de los nuevos héroes de la aviación, fue uno más de los instrumentos empleados por Stalin para enaltecer su propia figura. Era el tiempo de la construcción del metro de Moscú y de algunos enormes y barrocos edificios en los que se encarnaba con fortaleza el espíritu de la burocracia, muy permeable, por cierto, a los símbolos de la vida aristocrática y burguesa.

La curiosa síntesis de propaganda, en el más moderno de los sentidos, y valores tradicionales característica de la segunda mitad del decenio de 1930 tuvo acaso su mejor muestra en una película —*Aleksandr Nevski*, de Eisenstein— en la que aparecía claramente satanizado, por cierto, el enemigo teutón, con un pueblo ruso envuelto en un halo de fantasía. A medida que la amenaza alemana se hacía presente, ganaba terreno un nacionalismo ruso que hasta entonces había permanecido en un segundo plano. Ese nacionalismo dejó sentir una clara impronta en todo el mundo cultural, y tuvo una de sus manifestaciones señeras en la voluntad —que se intuye también en la película de Eisenstein— de establecer una relación entre la figura de Stalin y los grandes héroes nacionales del pasado, y en particular Iván el Terrible y Pedro el Grande. El mismo tono

épico inspiraba algunas de las obras literarias más representativas de esta época, como es el caso de *Tiji Don (El Don apacible)*, de Mijaíl Shólojov.

En paralelo con todas estas circunstancias hay que recordar —sin duda este es un dato principal— que fueron muchos los escritores y artistas que se vieron privados de la posibilidad de expresarse, cuando no tuvieron que abandonar el país, acabaron en los campos de trabajo o encontraron la muerte. Los nombres de Mijaíl Bulgákov, Isaac Bábel, Osip Mandelshtam, Boris Pilniak, Marina Tsvetáyeva, Yevgueni Zamiatin o Anna Ajmátova son suficientemente ilustrativos al respecto. Los problemas afectaban también a los investigadores científicos, incapacitados para desarrollar su trabajo con libertad. La censura, que no se vio interrumpida siquiera durante la NEP, recobró todo su vigor en la década de 1930. Su efecto fue una atmósfera de inseguridad que marcó profundamente a muchos creadores, como lo demuestra de manera fehaciente el contenido de las ingenuas cartas enviadas por Bulgákov a Stalin, insertas, bien es cierto, en una tradición cultural de correspondencia entre escritores y gobernantes. En los círculos intelectuales era inevitable que imperasen el pesimismo y la impotencia. «Ante una tristeza así las montañas se inclinan y no fluye el gran río; pero no se rompen los poderosos cerrojos de las celdas de la prisión, agujeros repletos de una angustia mortal», escribía Anna Ajmátova en 1940. Es verdad, de cualquier modo, que otra cultura, la del submundo urbano ruso, empezaba a adquirir una forma singular en los campos de trabajo.

La cuestión nacional en la era de Stalin

La Constitución soviética de 1924 había sentado las bases de lo que en el plano nacional estaba llamada a ser la URSS. En su momento identificamos, en particular, dos fenómenos: la concesión, en beneficio del *centro*, de omnímodas capacidades de decisión en los terrenos más diversos, y la configuración en Rusia de un núcleo manifiestamente preponderante. En los años siguientes, un elemento importante en las políticas desplegadas fue la *indigenización* de los poderes republicanos: aunque controladas desde el centro moscovita, las diversas instancias de gobierno incorporaron a su trabajo a un buen número de nativos, en un visible esfuerzo de legitimación de los nuevos poderes y en teórico contrapeso del chovinismo de gran potencia que se adivinaba emergía de la

mano del nacionalismo ruso.

El respeto de las diferencias culturales y lingüísticas se abrió camino, entretanto, al amparo de la creación de comisariados encargados de estos menesteres en cada una de las repúblicas, sin que el Gobierno de la Unión tuviese atribuciones visibles al respecto. Significativo es, por ejemplo, que a finales de la década de 1920 más de un 80% de las escuelas existentes en Ucrania impartiesen la enseñanza en ucraniano, o que existiesen, en esa misma república, escuelas específicas para la población judía. En el Asia central, los procesos en curso eran más complejos. El alfabeto arábigo había sido reemplazado por varios alfabetos de origen latino que habían ejercido un doble efecto: si por un lado contribuían a singularizar las culturas de los pueblos respectivos, por el otro rompían la relativa uniformidad de un espacio cultural común. En términos generales, de cualquier modo, las publicaciones en lenguas diferentes del ruso experimentaron un notorio auge. En otro ámbito, el militar, las concesiones eran, en cambio, nulas: las repúblicas se vieron privadas en los hechos de sus teóricas atribuciones en lo relativo a la creación de fuerzas armadas propias y las fórmulas organizativas asentadas en el principio territorial entraron en decadencia.

La relativa bonanza que, mal que bien, caracterizó las relaciones nacionales en la segunda mitad de la década de 1920 tocó a su fin cuando la colectivización forzosa, la industrialización y la represión ganaron terreno. Esta última afectó, no solo a los eventuales restos de los movimientos nacionalistas —miembros de los gobiernos republicanos en los primeros años de la revolución, militantes de otras formaciones políticas, *intelligentsia*—, sino también, y ya en 1928-1929, a los segmentos del propio Partido que se habían mostrado proclives a respaldar la defensa de los derechos nacionales. La colectivización supuso el asestamiento de un duro golpe contra los *kulakí* en su calidad de personas económicamente pudientes, pero también en su condición de portadores de conciencia nacional. No es casual que zonas nacionalmente conflictivas como Ucrania o el norte del Cáucaso fueran escenario de algunas de las más salvajes operaciones colectivizadoras, que tuvieron también, por cierto, una dimensión de represión religiosa. El endurecimiento de las políticas alguna relación guardó, en fin, con la reaparición, en Tayikistán o Turkmenistán, de algunas de las guerrillas musulmanas que habían operado a principios del decenio de 1920.

El propio impulso industrializador, y con él los planes quinquenales, ejercieron sus efectos en el terreno nacional. Fueron muy notorios en el caso del

Asia central, en donde introdujeron visibles elementos coloniales. En adelante el grueso de la actividad productiva de esa región fue víctima del monocultivo; las repúblicas afectadas pasaron a proporcionar, en gran escala, bienes cuyo destinatario era la parte europea de la URSS. Bien es verdad que la industrialización, y la movilidad social consiguiente, depararon algunas ventajas a comunidades que, como la judía, exhibían un notable grado de preparación intelectual; a mediados de la década de 1930 un 16% de los médicos y un 10% de los profesores universitarios eran judíos. No faltaban, de cualquier modo, incluso en los discursos oficiales, incipientes manifestaciones de antisemitismo.

Unos años después del impulso de colectivización e industrialización, a finales de la década de 1930, las purgas se cebaron también en las estructuras en las que el sentimiento nacionalista permanecía más o menos vivo. Baste con recordar que solo tres del centenar de miembros del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania consiguieron sobrevivir y estar presentes en el siguiente congreso del mismo, celebrado en 1938, o que más de la mitad de los miembros del Partido bielorruso fueron expulsados de este.

El terror, que fue particularmente notable en las tres repúblicas del Cáucaso, se extendió también al Asia central. Tres presidentes sucesivos del Consejo de Comisarios del Pueblo de Kirguizistán y tres secretarios sucesivos del Partido Comunista de esa misma república fueron ejecutados, al tiempo que se exterminaba al grueso de las direcciones políticas, y también de las capas intelectuales, en Tayikistán, Kazajistán, Tatarstán o Bashkiria. El porcentaje de rusos presentes en la dirección de esas repúblicas se acrecentaba, por otra parte, de manera visible: si en 1933 los rusos eran el 39% de los dirigentes en Uzbekistán, el 47% en Tayikistán y el 41% en Kirguizistán, ocho años después los porcentajes correspondientes eran del 50, el 55 y el 56%, respectivamente. La represión tenía de nuevo un evidente carácter religioso, como lo demuestra la masiva clausura de mezquitas en toda el Asia central. La *intelligentsia* fue, por lo demás, uno de los objetos principales de las purgas, como lo atestigua de manera fidedigna que de un total de 259 escritores ucranianos que habían publicado obras en 1930 solo 36 siguiesen en activo ocho años después. No faltaron, en fin, casos de deportación y aniquilación de pueblos como los que, antes de la Segunda Guerra Mundial, afectaron a los armenios y griegos presentes en Ucrania, a los kurdos o a los habitantes de Chechenia-Ingushetia.

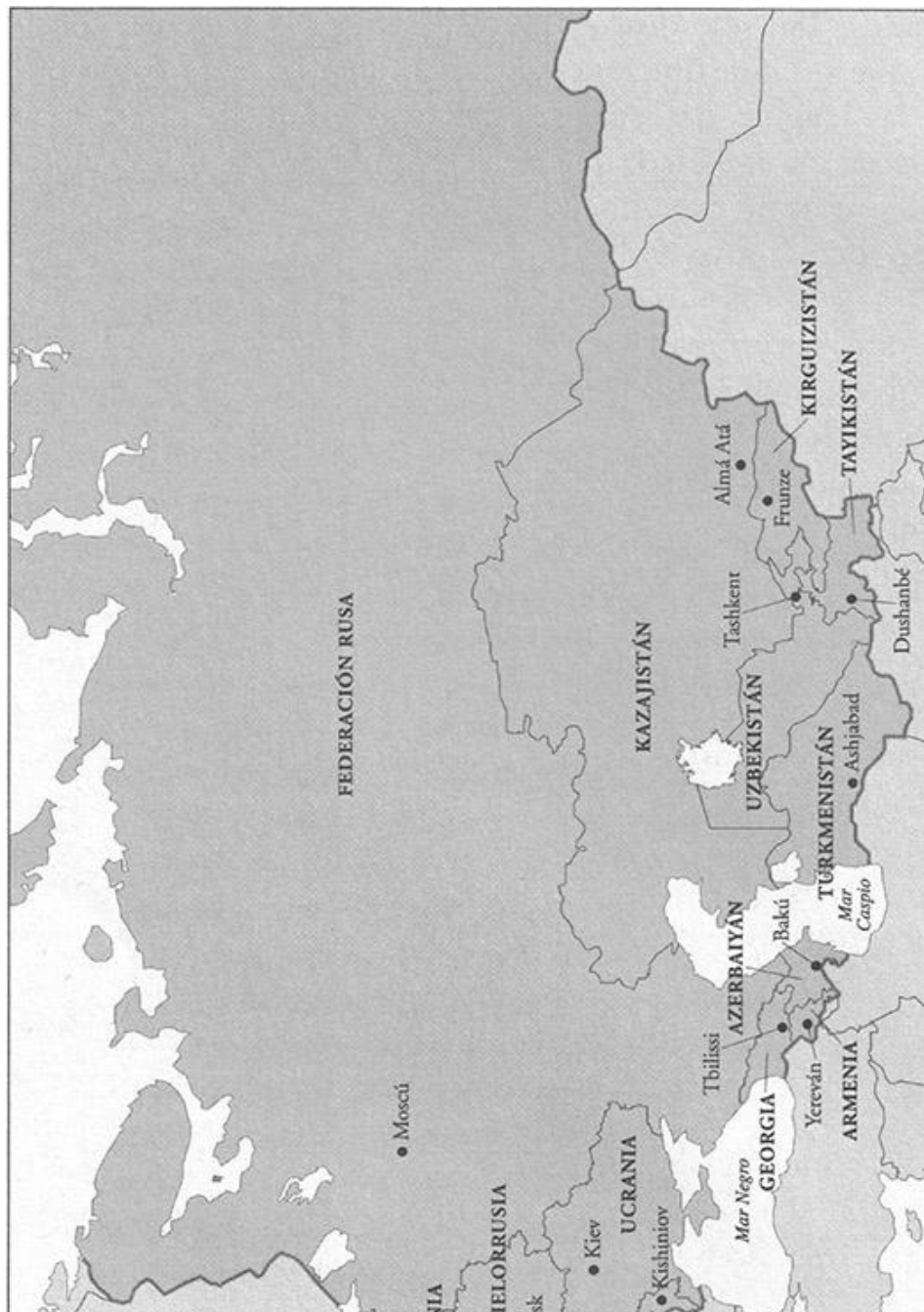
En paralelo con los hechos reseñados, y tal y como ya lo hemos apuntado de manera marginal, la rusificación ganaba terreno por momentos. Junto con una

interpretación más benigna del pasado zarista, una de sus consecuencias fue el abandono de la mencionada política de indigenización y la presencia creciente de rusos en todos los puestos de responsabilidad. Este proceso adquiriría particular consistencia en el ámbito de las fuerzas armadas. El número de publicaciones editadas en lenguas diferentes de la rusa descendió significativamente, al tiempo que en el sistema educativo se hacía obligatorio, en todos los lugares, el estudio del ruso y que se realizaba un consciente esfuerzo para mitigar la presencia de elementos —así las palabras de origen polaco en el caso del bielorruso, o las de origen árabe en las de las lenguas del Asia central— no deseados. Tan solo dos repúblicas, Georgia y Armenia, consiguieron que sus constituciones siguiesen identificando como oficiales a las lenguas nacionales respectivas. Todo lo anterior no quiere decir, sin embargo, que en el decenio de 1930 los valores nacionales rusos no experimentasen ningún menoscabo. La colectivización forzosa tuvo en la propia Rusia consecuencias evidentemente negativas sobre muchos de los asientos tradicionales de la cultura local, en un marco en el que era inevitable que se abriese una discusión, que en los hechos se ha prolongado hasta nuestros días, sobre si los rusos eran víctimas o beneficiarios de las políticas desplegadas por el Estado soviético.

Hay que dejar constancia, en fin, de algunos cambios en la organización institucional y territorial operados de la mano de la Constitución aprobada en 1936. Además de reconocer la existencia de una veintena de regiones autónomas, el texto en cuestión identificaba once repúblicas federadas miembros de la Unión: Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Georgia, Kazajistán, Kirguizistán, Rusia —que seguía llamándose República Socialista Federativa Soviética de Rusia—, Tayikistán, Turkmenistán, Ucrania y Uzbekistán. Esta condición de las once repúblicas mencionadas pervivió hasta 1991; a ellas se agregaron en la década de 1940, y en virtud de un nuevo proceso de expansión, las tres repúblicas bálticas y Moldavia (véase mapa 3). La incorporación de estos territorios, y de algunos más situados al oeste de Ucrania y de Bielorrusia, permitió que la cifra total de los habitantes se aproximase, al iniciarse la década mencionada, a 191 millones, veinte más que los 171 identificados en el censo de 1936. No se olvide que diez años antes, en 1926, la población de la URSS ascendía a 147 millones de personas.

La política exterior antes de la Segunda Guerra Mundial

Los años centrales de la dirección estaliniana respondieron a un esfuerzo principal en materia de relaciones exteriores: el de garantizar, por medio de la firma de diferentes acuerdos, la seguridad del Estado soviético. Esta exigencia se hizo tanto más imperiosa cuanto que en la década de 1930 se fue consolidando el poder de potencias que, como Alemania, Italia o Japón, mostraban de muy variadas formas su enemistad hacia la URSS.





Mapa 3. Las quince repúblicas federadas soviéticas.

En febrero de 1929 la Unión Soviética suscribió, junto con Polonia, Estonia, Letonia y Rumania —más adelante se sumarían también Turquía y Persia— un acuerdo que, conocido con el nombre de «Locarno oriental», descartaba la guerra como forma para hacer valer los intereses de los firmantes y abría el camino a sucesivos pactos de no agresión. La normalización de relaciones con las potencias occidentales era, por lo demás, un hecho. En 1929 se reanudaron los lazos con el Reino Unido y se firmó un nuevo tratado de amistad con Alemania, y en 1932 se suscribió un pacto de no agresión, esta vez con Francia. Dos años antes se había verificado la sustitución de Gueorgui Chicherin por Maksim Litvinov a la cabeza del Comisariado del Pueblo encargado de Asuntos Exteriores. Es verdad, de cualquier forma, que las relaciones externas pasaron a ocupar un papel secundario una vez los planes quinquenales y la estrategia industrializadora se hicieron realidad. Por otra parte, habida cuenta de la crisis que atenazaba a los Estados capitalistas punteros, eran reducidas en aquellos años las posibilidades de una cooperación económica exterior. Las circunstancias empezaron a cambiar, sin embargo, una vez que Hitler se hizo con el poder en Alemania en 1933. Es verdad que en un primer momento el nuevo Gobierno germano no alteró su política con respecto a la URSS: las relaciones económicas se mantuvieron aun cuando arreciaron en Alemania las manifestaciones oficiales condenatorias del *comunismo*. En un principio, los únicos movimientos de algún relieve del lado soviético fueron los conducentes a estrechar las relaciones con Francia y el Reino Unido, pronto acompañados, en 1933, de un buen regalo para Moscú: el reconocimiento norteamericano de la URSS. Al mismo tiempo, la política soviética en diversos foros internacionales se tornó más concesiva, circunstancia que acaso facilitó la incorporación de la URSS, en 1934, a la Sociedad de Naciones; en el trasfondo se hacía notar una voluntad de romper atávicos aislamientos y de propiciar acuerdos de seguridad colectiva con los países capitalistas. El panorama era más negativo en lo referente a las fronteras

meridionales, toda vez que la crisis económica internacional había hecho que las relaciones comerciales con Turquía e Irán se deteriorasen. No llegaban mejores noticias del lejano Oriente, donde Japón había pasado a intervenir activamente en China y se había convertido en una notable amenaza militar. Además de reforzar sus dispositivos bélicos en la región, la URSS, probablemente con objeto de mitigar las tensiones, se avino a venderle a Japón, en 1936, su participación en el conflictivo ferrocarril de la China oriental.

La tensión con la Alemania nacionalsocialista, que desde el punto de vista de Moscú estaba violando, con su rearme, el tratado de Versalles, se acrecentó en 1935. Las aproximaciones soviéticas a Francia, el Reino Unido y Checoslovaquia prosperaron, aun cuando era evidente que bebían sin más de la existencia de un enemigo común y en modo alguno reflejaban una sólida comunidad de intereses y criterios. En los hechos, las relaciones de la URSS con países como los mencionados se veían enturbiadas por la activa campaña de propaganda que la primera estaba desplegando con su apoyo a los gobiernos de *frente popular* en la Europa occidental; a ello se sumaba el desarrollo de una poderosa industria de armamentos en la propia Unión Soviética. De relaciones enrarecidas, y medianamente conflictivas, como estas, y de la paralela necesidad de poner un freno diplomático a la amenaza germana, se derivó una paradoja: la URSS volvió los ojos hacia la Alemania de Hitler a la que, y por ejemplo, Moscú invitó a adherirse al pacto firmado con Francia unos años antes. Las aproximaciones a Alemania se vieron dificultadas, no obstante, por la aparición de nuevos escenarios de enfrentamiento. Uno de ellos fue España, en cuya guerra civil la URSS ayudó al gobierno republicano frente a las fuerzas *nacionales* apoyadas por Alemania, y otro el lejano Oriente, en donde la tensión militar con Japón había vuelto a crecer. A este panorama se agregó en noviembre de 1936 la firma, por este último país y Alemania —al año siguiente se sumaría Italia—, del llamado «pacto anti -*Komintern*», que amenazaba a la URSS en el oeste y en el este de su territorio. Como consecuencia se intensificaron una vez más los esfuerzos soviéticos encaminados a romper el aislamiento. En esta ocasión tuvieron como destinatarios, entre otros, a China, Suecia y Turquía, pero también se desarrollaron en el foro internacional que ofrecía la Sociedad de Naciones.

La posición de Moscú alcanzó, sin embargo, un grado extremo de debilidad en 1938, cuando, tras la ocupación germana de Austria, tanto el Reino Unido como Francia —temerosos de entrar en un conflicto abierto con Hitler— dieron

su visto bueno a la partición de Checoslovaquia, de nuevo en beneficio de Alemania, y desoyeron así todos sus compromisos anteriores con la URSS. En la interpretación soviética, no exenta de argumentos, las potencias occidentales nada estaban llamadas a hacer en caso de un ataque alemán contra la URSS o, lo que es casi lo mismo, no mostraban inclinación alguna a dar la cara por un país y por un sistema económico que siempre habían considerado enemigos; en alguna visión extrema, la política de Francia y del Reino Unido consistía, muy al contrario, en incitar de manera abierta a Alemania para que actuase enérgicamente contra la URSS.

A una efímera aproximación entre Moscú, Londres y París, provocada por la anexión germana del resto de Checoslovaquia, siguió una vez más, y en un formidable giro de los acontecimientos, la puesta en marcha de negociaciones secretas entre Alemania y la Unión Soviética. A la cabeza de la diplomacia de esta última, Mólotov había reemplazado, en 1939, a Litvinov. El resultado de las negociaciones fue la firma, en agosto del mismo año, de un pacto de no agresión: el llamado pacto Von Ribbentrop-Mólotov precedió en unos días a la invasión alemana de Polonia, y al consiguiente inicio de la Segunda Guerra Mundial. Consecuencia de la ocupación germana de buena parte de Polonia fue que el Ejército Rojo ocupó, a su vez, un espacio de unos 200 000 km² correspondiente fundamentalmente a la mentada Polonia —una de las secuelas de esta operación fue la matanza de 4000 oficiales polacos en el bosque de Katyn—, pero también tierras ucranianas y bielorrusas, tras lo cual se firmó un nuevo acuerdo germano-soviético de delimitación de fronteras. Secuelas del pacto Von Ribbentrop-Mólotov fueron, ya en 1940, la ocupación y la conversión de Estonia, Letonia y Lituania en repúblicas soviéticas y, en el sur, la anexión por la URSS de las provincias de Besarabia y Bukovina. A finales de 1939 la Unión Soviética, deseosa de alejar de Leningrado la frontera y dispuesta a hacerse con el control de algunas bases navales, atacó, por otra parte, a Finlandia, circunstancia que le valió su expulsión de la Sociedad de Naciones; al cabo de un sangriento conflicto, que puso de relieve las limitaciones del Ejército Rojo, la URSS ocupó la península de Rybach, el istmo de Carelia y algunos territorios más en el sureste finés. En 1938 y 1939 no faltaron, en fin, enfrentamientos armados, entre fuerzas soviéticas y japonesas, en las proximidades de Corea y en Mongolia.

Aunque las relaciones de la URSS estaliniana con las potencias capitalistas eran cualquier cosa menos buenas, ninguno de los movimientos internacionales

de Moscú desmentía la conclusión a la que había llegado Trotsky:

La degeneración del estrato dirigente en la Unión Soviética no puede por menos que acompañarse del cambio correspondiente en los objetivos y en los métodos de la diplomacia soviética. La teoría del «socialismo en un solo país» ya señalaba un esfuerzo para liberar a la política exterior soviética del programa de una revolución internacional.

Lane, 1985, 102

CAPÍTULO 5

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y LOS ÚLTIMOS AÑOS DE STALIN

En el caso de la URSS el segundo conflicto bélico mundial dejó una huella mucho más poderosa que en cualquier otra parte del planeta, de tal manera que solo un país, Polonia, experimentó un grado de sufrimiento y destrucción parangonable. Baste con recordar al respecto que el número de pérdidas de vidas humanas que la guerra ocasionó en la Unión Soviética fue nada menos que unas cuarenta veces superior al registrado en el Reino Unido y unas setenta veces mayor que el contabilizado en los EE UU.

Es evidente, por otra parte, que la invasión alemana de 1941 sorprendió a la dirección política, y al alto mando militar, de la URSS. Este hecho guarda, por cierto, una directa relación con una disputa que retrotrae a las ventajas y a los defectos de la industrialización estaliniana. Con arreglo a una tesis muy extendida, si la Unión Soviética consiguió salir victoriosa de la guerra, ello fue debido al esfuerzo de consolidación de una industria pesada realizado en el decenio anterior. Esta tesis, que no carece, claro es, de fundamento, debe ser contrapesada con datos que reducen sensiblemente su vigor. Por lo pronto, el

tipo de ordenación *regional* de la actividad industrial desarrollado en el decenio de 1930 no parecía el más adecuado para hacer frente a una invasión como la que a la postre se produjo: una de las tareas prioritarias de las autoridades soviéticas en los años de guerra consistió precisamente en trasladar hacia el este un sinnúmero de complejos fabriles que se habían levantado en el pasado sin tomar en consideración eventuales riesgos militares. En segundo lugar, hay que recordar que la importante purga operada en las fuerzas armadas mermó de manera notoria su capacidad de combate, factor que no debe olvidarse a la hora de evaluar las presuntas virtudes de la política de Stalin frente al invasor nacionalsocialista. Por último, la política de pactos desplegada por la URSS —concretada en el pacto Von Ribbentrop-Mólotov de 1939— exhibió una evidente ingenuidad y tuvo por efecto fundamental una imperdonable falta de preparación para un conflicto que muy probablemente se estimaba no iba a estallar en momento alguno. La URSS disponía, sin embargo, de información solvente que daba cuenta de los inmediatos movimientos alemanes, lo cual acaso vuelve a demostrar «un defecto característico de los sistemas totalitarios: su incapacidad para asimilar y evaluar información que no es bienvenida por sus dirigentes» (Hosking, 1990, 269). Hay quien, por añadidura, se ha ocupado de subrayar que Stalin, innegablemente afable con sus interlocutores germanos, mostraba una secreta admiración —tal vez correspondida— por la Alemania de Hitler, circunstancia que acaso explica su incapacidad para tomar nota de cuáles eran los movimientos reales de aquella.

Al margen de lo anterior, en su momento hemos subrayado ya un dato fundamental: el período de dirección estaliniana no fue una etapa lineal sino que, muy al contrario, exhibió significativas alteraciones que obligan a singularizar diferentes momentos. El rasgo definitorio de aquel que ahora nos va a ocupar es el hecho de que en este caso fueron agentes externos —en particular uno de ellos: la invasión alemana de la Unión Soviética, en 1941— los que motivaron cambios sensibles en las actitudes y en las políticas desplegadas por Stalin. Es verdad, sin embargo, que en más de un sentido la conclusión de la Segunda Guerra Mundial devolvió las cosas a su situación de origen, y que la industrialización, la colectivización y la represión recuperaron, bien que con algunas diferencias, su ímpetu de la década de 1930. Los años que mediaron entre el final de la guerra, en 1945, y la muerte de Stalin, en 1953, reflejaron, con todo, una importantísima novedad: por primera vez en la historia, la URSS pasó a disponer de un relativo margen de maniobra en el ámbito internacional,

derivado ante todo del reparto de «esferas de influencia» que las potencias vencedoras en el conflicto mundial establecieron en las conferencias de Yalta y de Potsdam.

La Segunda Guerra Mundial

El ejército alemán invadió por sorpresa la URSS el 22 de junio de 1941. En los primeros meses el avance germano, que encontró escasos obstáculos, fue fulgurante. Por lo común las autoridades soviéticas abandonaron a su destino a la población, que en algunos casos recibió con los brazos abiertos a los alemanes: así parece que sucedió entre muchos campesinos de Ucrania, Bielorrusia y el Báltico, que acaso esperaban del invasor —tardarían poco en darse cuenta de su error— beneficios tan dispares como la disolución de las granjas colectivas y una rápida privatización, la restauración del culto religioso y una mayor permisividad en lo que respecta al ejercicio de sus derechos nacionales.

A mediados de julio, los alemanes habían ocupado Smolensk, a mitad de camino entre la frontera y Moscú, y a finales de agosto se hallaban ya a las puertas de Leningrado. Pese a que la resistencia fue mayor en Ucrania, el avance de los invasores se reveló también espectacular; así lo atestigua el hecho de que, de nuevo a finales de agosto, la *Wehrmacht* ocupase Kiev. Algunos especialistas estiman que, dadas estas rápidas conquistas iniciales, Hitler cometió el error de dejar para más adelante la ocupación de dos ciudades con inequívoca carga simbólica para los rusos: Moscú y Leningrado. Los alemanes centraron, en cambio, sus esfuerzos en hacerse con los principales núcleos industriales de Ucrania para, a renglón seguido, aproximarse a los yacimientos de petróleo del Caspio (véase mapa 4).



Mapa 4. La Segunda Guerra Mundial en la URSS europea.

La llegada del invierno y la acelerada reestructuración del Ejército Rojo, en el que el mariscal Yúkov empezó a asumir un papel protagonista, frenaron el avance germano. En ningún momento posterior consiguieron los alemanes tan contundentes y tan rápidos éxitos militares como en los dos meses que siguieron a la invasión. Así lo demuestran, en primer lugar, las dificultades que encontraron al reanudar su ofensiva en la primavera de 1942. Pese a ocupar Járkov, Rostov-na-Donú y la península de Crimea, toparon con un escollo decisivo en su empeño por instalarse en una ciudad cuyo nombre estaba cargado, también, de simbolismo: Stalingrado (desde 1961, Volgogrado). En noviembre de 1942 el Ejército Rojo asestó una grave derrota al sexto ejército alemán, que se vio obligado a capitular a las puertas de Stalingrado. A este triunfo no era ajeno el hecho de que la industria soviética de armamentos había recuperado su vigor y estaba en condiciones de producir importantes cantidades de equipos y

municiones; había empezado a contar también, por cierto, con la colaboración británica y norteamericana. La creciente superioridad del Ejército Rojo, que fue incorporando un gran número de tanques y de aviones, se puso de manifiesto con claridad, en julio de 1943, en la batalla de Kursk.

El propio cambio de actitud asumido por Stalin fue, sin duda, decisivo. Su lenguaje adoptó viejas y desterradas formas que, en una situación extremadamente difícil, calaron muy hondo entre la población. Las coletillas de «camaradas» y «ciudadanos» se vieron sustituidas por otras que hablaban de «hermanos», «hermanas» y «amigos». La cálida «madre patria» pasó a reemplazar a la más bien fría Unión de Repúblicas Socialistas, mientras el PCUS asumía un papel menor —pese a acrecentar sensiblemente el número de sus miembros— y se desempolvaban una vez más las hazañas de los viejos héroes que, en el pasado, habían luchado contra los alemanes. El imponente auge de los valores nacionales rusos no fue óbice, sin embargo, para que se admitiese la constitución de unidades militares formadas por miembros de otras naciones. Tampoco lo fue para que la URSS estrechase sus lazos con las potencias aliadas, se aviniese a disolver la *Komintern* y participase activamente en la conferencia de Bretton Woods y en el proceso de creación de Naciones Unidas.

La cohesión de una sociedad que hizo una pifia en torno a su —esta vez sí— carismático dirigente se vio facilitada, en fin, por la extrema brutalidad demostrada por los invasores. Una vez que la deriva de la guerra se inclinó en beneficio de la potencia invadida, los avances soviéticos fueron lentos pero constantes, y ello aun cuando los alemanes consiguieron efímeros éxitos. El Ejército Rojo concentró sus esfuerzos en la preparación de tramadas ofensivas en zonas en las que las unidades rivales se hallaban en precaria situación. Dispuestos a asumir grandes pérdidas si de ello se derivaban avances importantes, los generales soviéticos se hallaban en mejor situación que sus rivales, desprovistos estos de reservas e insertos en una rígida cadena de mando que impedía reaccionar con flexibilidad ante las nuevas situaciones. Los movimientos del Ejército Rojo exhibieron, por lo demás, algunas peculiaridades. En enero de 1944, Leningrado fue liberada de un durísimo asedio que se prolongaba ya durante treinta meses; de algunos de sus pormenores se ocupa *L'agulla daurada (La aguja dorada)*, de Montserrat Roig. En el verano del mismo año las unidades soviéticas, a las puertas de Varsovia y rumbo a Berlín, se encaminaron hacia el sur, en dirección a los Balcanes, donde obtuvieron rápidos triunfos. Hubo que aguardar hasta enero de 1945 para que se reanudase

la ofensiva en Polonia, en donde un ejército insurgente polaco había sido aniquilado, entretanto, por los alemanes sin que las unidades soviéticas acudiesen en su socorro. A finales de abril, el Ejército Rojo ocupaba Berlín, y pocos días después, ya en mayo, se firmaba la capitulación de la Alemania de Hitler. El triunfo tuvo como secuela un reconocimiento social, al que acompañó otro tipo de ventajas, del papel desempeñado por los militares profesionales, que habían visto cómo su prestigio y sus funciones se acrecentaban en detrimento de los comisarios políticos que operaban en las fuerzas armadas.



Foto 12. Segunda Guerra Mundial. Supervivientes soviéticos buscan a sus familiares muertos en la península de Kerch, enero de 1942. Foto de Dmitri Baltermants (SOVFOTO).

El principal de los efectos de la guerra, en lo que a la URSS se refiere, fue el elevadísimo número de víctimas que produjo: probablemente murieron siete millones y medio de miembros de las fuerzas armadas, y entre seis y ocho millones de civiles. De los casi seis millones de prisioneros hechos por los alemanes, algo más de la mitad falleció en su cautiverio. El conflicto ocasionó también, sin embargo, daños extremos en la infraestructura económica del país. Como se señaló en su momento, muchas factorías, unas mil quinientas, fueron desmontadas y trasladadas a lugares más seguros, en los Urales, en la región del Volga y en Siberia. Este hecho, junto con el movimiento de unos diez millones

de personas, provocó un desplazamiento hacia el este de los principales ejes económicos, con efectos que se harían notar en los decenios siguientes. La movilización de la población originó, por otra parte, una gran escasez de mano de obra, que se compensó con una masiva incorporación —la segunda, toda vez que la primera se había verificado en el decenio de 1930— de la mujer al trabajo; si en 1940 las mujeres configuraban el 38% de la población empleada, dos años después el porcentaje correspondiente era de un 53%. Los trabajadores cualificados, muy solicitados, experimentaron, por lo demás, una mejora sensible en sus salarios y acabaron constituyendo una auténtica aristocracia obrera. Todo ello no consiguió poner freno a la reducción de la producción de materias primas, que lo fue de un 33% en lo referente al hierro y al petróleo. La producción de cemento reculó un 68% y la de productos textiles, por citar otro dato, un 55%.

Los niveles de abastecimiento de alimentos descendieron de manera dramática, como no podía ser menos: los alemanes habían ocupado algunas de las regiones agrícolas más fértiles del país, de tal manera que en sus manos estaban tierras que antes de 1941 generaban el 38% de los cereales, la mitad de los cultivos industriales y casi toda la remolacha azucarera. Por añadidura, la escasez de maquinaria y la ausencia de técnicos especializados se hicieron crónicas. De resultas, y es un dato entre otros, la cosecha de cereales se redujo a una tercera parte en 1942 en comparación con el nivel de dos años antes. La reacción del Estado adoptó dos formas: una fue el requisamiento y la introducción de medidas coactivas, y la otra la ampliación de las facilidades de las que, desde un decenio antes, disfrutaban los campesinos para cultivar, a título individual, la tierra. Como consecuencia de esta última circunstancia floreció un activo mercado negro de productos agrícolas, que mitigó algunos de los efectos de la situación general.

Durante la guerra y después de ella se procedió a deportar, en fin, a pueblos enteros. Si las primeras víctimas fueron, en 1941 y por razones fáciles de comprender, los alemanes que vivían en la URSS —en su mayoría residentes en las proximidades del Volga—, pronto les siguieron, en 1943, calmucos, carachais y balcares, que fueron deportados en masa. En 1944 le tocó el turno a chechenos, ingushetios, tártaros de Crimea y turcos mesjetas de Georgia. Aunque en la mayoría de los casos la acusación, visiblemente infundada, que pesaba sobre estos pueblos era la de colaborar con el enemigo alemán, en alguna circunstancia eran otros los intereses del Gobierno soviético. Así, en particular, la deportación

de los turcos mesjetas más bien parecía obedecer a los objetivos de Stalin en lo que respecta al futuro del nordeste de Turquía. Víctimas centrales del conflicto mundial lo fueron también, como es fácil suponer, los judíos, y muy en particular los residentes en las zonas rurales de Ucrania y Bielorrusia. Si en 1940 eran 4 800 000 los judíos residentes en la Unión Soviética, en 1959 su número había quedado reducido a 2 300 000, tras matanzas masivas —como la de Babi Yar, en las proximidades de Kiev— y traslados no menos masivos a campos de concentración en la Polonia ocupada, unas y otros acometidas por los nazis.



Foto 13. Stalin, Roosevelt y Churchill en la reunión de Teherán en 1943.



Foto 14. Un soldado soviético victorioso levanta la bandera sobre el Reichstag en Berlín, mayo de 1945. © Cordon Press.

Yalta y la política de bloques

En noviembre de 1943 se celebró en Teherán una conferencia a la que asistieron los máximos representantes del Reino Unido, los EE UU y la URSS. Además de obtener garantías de ayuda militar y de apertura de nuevos frentes contra Alemania, la Unión Soviética consiguió que se sentasen las bases de futuras ganancias territoriales tanto en Europa como en el lejano Oriente. En febrero y en julio de 1945 se celebraron otras dos conferencias en la cumbre, esta vez en Yalta y en Potsdam. En su transcurso, Stalin obtuvo de las potencias occidentales concesiones diversas que a la postre permitieron la configuración de una «esfera de influencia» para la URSS en la Europa central y oriental. A cambio de una inmediata declaración de guerra contra Japón, la Unión Soviética logró que en Yalta se reconociesen sus derechos sobre una parte del territorio polaco — Polonia recibiría, como compensación, tierras otrora alemanas— y sobre la región de Königsberg/Kaliningrado. Además, a la URSS le debía corresponder la ocupación de la parte oriental de Alemania y una suma importante en concepto de reparaciones de guerra. Pese a la presencia británica, Yalta y Potsdam sellaron la decadencia internacional del Reino Unido, en beneficio de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, que en los hechos se consolidaron como los dos países más poderosos del planeta.



Mapa 5. La Europa central y oriental después de la Segunda Guerra Mundial.

Consecuencia, claramente beneficiosa para la URSS, de los acuerdos concluidos en la fase final de la Segunda Guerra Mundial fue el reconocimiento,

de facto, de la incorporación de nuevas regiones a su territorio. Así sucedió en particular con las repúblicas bálticas, con Carelia, con la Ucrania subcarpática, con Moldavia y —ya en el lejano Oriente— con la parte meridional de la isla de Sajalín y con el archipiélago de las Kuriles. En virtud de este proceso —hay que agregar las mencionadas ganancias realizadas en detrimento de Polonia y la configurada por Königsberg y la zona aledaña— perdieron partes de su territorio Finlandia, Polonia, Checoslovaquia, Rumania y Japón, como perdieron su independencia Estonia, Letonia y Lituania.

Junto a las ganancias territoriales reseñadas, la Segunda Guerra Mundial se saldó, como hemos visto, con la delimitación de «esferas de influencia» en provecho de las potencias vencedoras. Dentro de la esfera de influencia soviética, y al amparo de la presencia militar del Ejército Rojo, se encontraban la parte oriental de Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria (véase mapa 5). Durante un período breve de tiempo fueron también objeto de ocupación el norte de Corea y el de Irán, junto con Manchuria. Dentro de la esfera de intereses de la URSS se insertaban también dos países que habían sido liberados por las guerrillas locales: Yugoslavia y Albania. Dos últimos Estados, Finlandia y Austria, gozaban de independencia aun cuando en términos internacionales sus movimientos estuviesen limitados por los intereses de la URSS.

El primer objetivo de la Unión Soviética en relación con los países en los que su presencia militar era sólida no fue otro que convertirlos en una especie de «parachoques de seguridad». Se trataba, en esencia, de evitar que pudiesen repetirse situaciones como la de 1941, y de garantizar en lo posible la defensa de la URSS. Al efecto, se establecieron fórmulas de control muy férreo, y tanto en la Alemania del Este como en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria se reprodujo, bien es cierto que con algunos matices, el modelo de partido único, industrialización y colectivización de la agricultura imperante en la metrópoli. Entre 1946 y 1948 se había verificado el acceso al poder, no sin violencia, y en muchos casos con fraudulentas operaciones electorales —la excepción fue Checoslovaquia—, de los *partidos comunistas* locales, cuyo tono eventualmente nacionalista provocó del lado de la URSS el despliegue de más de una purga en sus direcciones. Los problemas de estos golpes de Estado —no eran otra cosa— fueron mayores en el caso de Polonia, en donde, aparte de una historia secular de enfrentamientos con Rusia, se hacían notar contenciosos recientes: la revisión de fronteras operada, la matanza de oficiales polacos en

Katyn, el nulo apoyo que el Ejército Rojo había dispensado, durante la guerra, a la insurrección antialemana en Varsovia y la existencia de un gobierno polaco en el exilio. Tan solo Yugoslavia y Albania —países en los que, recordémoslo una vez más, la liberación no había corrido a cargo del ejército soviético— mantenían posiciones relativamente independientes.



Foto 15. La rendición alemana. La plaza Roja, Moscú, junio de 1945.

Las relaciones comerciales entre la URSS y sus nuevos aliados se caracterizaron, entre 1945 y 1953, por una visible discriminación para con estos últimos. Decidida a recuperar el terreno perdido, la Unión Soviética acometió un auténtico expolio de los recursos de esos países, trasladando plantas industriales enteras y expropiando sin rebozo las materias primas locales; Alemania del Este y Rumania fueron acaso las víctimas más evidentes. En enero de 1949 vio la luz, sin embargo, el Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM o Comecon), que, fallecido Stalin, permitiría el despliegue de relaciones comerciales más equilibradas. La propia discusión sobre el plan Marshall, que los EE UU se proponían desarrollar en Europa, provocó algunos atisbos de generosidad por parte de la URSS, que —en compensación por el rechazo de la ayuda norteamericana— ofreció créditos a varios de sus socios y permitió una rebaja sustancial en las reparaciones de guerra que debía pagar la Alemania del Este. Los únicos problemas de entidad que hubo de encarar la URSS en la Europa central y oriental en el período que nos ocupa fueron los relativos a Yugoslavia,

que en 1948, y con Tito a la cabeza, mostró de manera activa su rechazo de las injerencias soviéticas en su política interna. Con un panorama internacional muy convulso, y en una posición geográfica relativamente marginal, Yugoslavia consiguió esquivar el riesgo de una intervención militar de la URSS, que probablemente temía por igual una eventual resistencia local —no se olvide la tradición partisana durante la Segunda Guerra Mundial— y una posible respuesta occidental. Aunque, muerto Stalin, las relaciones soviético-yugoslavas se normalizaron, la ruptura de 1948 abrió el camino en Yugoslavia a un modelo diferente asentado en una peculiar combinación de autoritarismo y autogestión, y en el despliegue de una política exterior de no alineamiento con los bloques. Yugoslavia protagonizó, en fin, el primer cisma de relieve padecido por el movimiento internacional liderado por la Unión Soviética.

Bien es verdad que la esfera de influencia de la URSS, aunque concentrada en la Europa central y oriental, ganaba terreno, de manera más difusa, en el continente asiático. Al respecto, fue decisivo el triunfo de una revolución en China, país que, con Mao Zedong a la cabeza, firmó en 1950 un acuerdo de amistad y asistencia mutua con la Unión Soviética. Se abrió así un decenio en el que esta última no dudó en otorgar un trato comercial de privilegio a China, a cuyo territorio se trasladaron numerosos especialistas soviéticos. A lo largo de los primeros años de la década de 1950 China mostró ya, sin embargo, cierto descontento con respecto a la magnitud de la ayuda de la URSS, circunstancia a la que se agregaba la lentitud de esta última a la hora de devolver territorios incorporados al concluir la guerra mundial; hubo que aguardar a 1955 para que la Unión Soviética retornase Port Arthur a la soberanía china. De cualquier modo, la incorporación de China al núcleo de sus aliados constituyó un claro refuerzo para la imagen de poderío externo de la URSS, que de esta forma podía presentarse como la cabeza de un poderoso movimiento internacional. El designio de Moscú en lo que respecta a abrirse camino en otros espacios geográficos se puso de manifiesto, siquiera fuese de manera marginal, con el rápido reconocimiento soviético del Estado de Israel, en 1948. La URSS, que no ocultaba sus simpatías por un movimiento, el sionismo, con notables raíces socialistas, proporcionó armas al ejército israelí, a través de Checoslovaquia, durante la guerra que se disputó el mismo año 1948. Pese a los datos anteriores, y en términos generales, en los últimos años de la era estaliniana la Unión Soviética mostró un escaso grado de vinculación con la oleada descolonizadora que se había abierto camino al concluir la Segunda Guerra Mundial.

Una parte de los acontecimientos que se desarrollaban en la Europa central y oriental reflejaba, en cualquier caso, un creciente enfrentamiento entre la URSS y las potencias occidentales. En la medida en que confirmaba viejos temores y sospechas, el lanzamiento de dos bombas nucleares norteamericanas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, en 1945, había sido legítimamente interpretado por la Unión Soviética como un claro aviso de lo que los acontecimientos estaban llamados a ser en el futuro inmediato. En la lectura soviética, el objetivo de las bombas no era, simplemente, acelerar la rendición de Japón, sino, por encima de todo, recordar a la URSS lo limitadas que eran sus capacidades y lo precaria que resultaba ser su situación. Si en cierto sentido el lanzamiento de las bombas de Hiroshima y Nagasaki cerraba la Segunda Guerra Mundial, en otro abría una competición, la carrera de armamentos, visiblemente inaugurada por los Estados Unidos, aunque pronto seguida, sin demasiados recelos, por la Unión Soviética. Reflejo de esa competición lo fue, por cierto, el rápido acceso de la URSS, en 1949, a una bomba nuclear, y la consiguiente pérdida del monopolio norteamericano al respecto.

De manera general, cabe hablar de una ruptura de las armónicas relaciones existentes en la inmediata posguerra. Al efecto tuvo una gran importancia la negativa norteamericana a satisfacer las demandas de créditos que, en 1945, y en un gesto que a buen seguro violentaba el orgullo de Stalin, realizó la Unión Soviética. En los hechos, las ayudas norteamericanas quedaron canceladas una vez concluido el conflicto bélico mundial, al tiempo que no se alcanzaban acuerdos sobre las reparaciones de guerra que debía recibir la URSS. Esta última tampoco se benefició del plan Marshall y, tal y como lo hemos apuntado, prohibió que sus nuevos aliados en la Europa central y oriental acogiesen la ayuda estadounidense. No debe olvidarse la dramática diferencia en las situaciones respectivas de la Unión Soviética y los Estados Unidos. Estos apenas se habían visto afectados por la guerra, algo que no podía decirse de la URSS, cuyo producto nacional bruto en 1945 era, según una estimación, un 30% del norteamericano (por lo que parece el producto nacional bruto estadounidense había crecido nada menos que un 60% en la primera mitad de la década de 1940).

Del lado estadounidense la justificación de una política más dura con respecto a la URSS se asentaba en la idea de que esta última, en las palabras del presidente norteamericano Harry Truman, estaba «planeando la conquista del mundo». Al respecto se citaba, por ejemplo, la creación, en 1947, de un

organismo internacional que, encargado de coordinar las actividades de los distintos partidos comunistas europeos, al parecer se proponía extender el *comunismo* a todo el viejo continente. Lo que estaba ocurriendo en las *democracias populares* de la Europa central y oriental no podía ocultar, sin embargo, que la Unión Soviética había asumido comportamientos más equilibrados en otros escenarios. Así, el ejército soviético —en 1946 había perdido su histórico nombre de Ejército Rojo— se había desmovilizado rápidamente: de once millones y medio de efectivos en 1945 había pasado a disponer de algo menos de tres millones en 1948. Sus unidades desplegadas en las proximidades de lo que se dio en llamar el *telón de acero* no presentaban, por otra parte, signos de vocación ofensiva. Tras significativas presiones de Moscú, los partidos comunistas de Italia y de Francia habían asumido, en fin, una conducta extremadamente moderada, calificativo que merecía también la política de la URSS a la hora de dirimir sus contenciosos con Turquía —sobre la circulación en el Bósforo y los Dardanelos, y sobre el porvenir de varias aldeas armenias ocupadas por Ankara en 1921— o de negarle apoyo a las guerrillas comunistas que operaban en Grecia.

Esto al margen, por parte estadounidense se manifestaba un significativo olvido de un dato fundamental: en la lógica de Stalin la preservación del régimen exigía un nuevo repliegue, acompañado de una voluntad de cerrar el camino a la penetración de capitales y de valores culturales y políticos foráneos. En la visión del dirigente soviético, las únicas posibilidades de sacar adelante el sueño de una URSS convertida en indiscutible potencia planetaria eran las que se derivaban de un aislamiento que hiciese al país impermeable a presiones externas. Por añadidura, la URSS contaba con datos suficientes para concluir que los intereses occidentales no eran meramente altruistas. Así lo atestiguaban la amenaza nuclear, el mantenimiento de la presencia militar norteamericana en Europa y la creación, en 1949, de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

La tensión característica de los primeros años de posguerra tuvo su reflejo principal en dos conflictos, el de Berlín y el de Corea, que se insertaron dentro de lo que por vez primera se llamó *guerra fría*. La URSS había mostrado su temor ante dos eventuales proyectos: el que pretendía incorporar la parte oriental de Alemania a un Estado supeditado a los intereses de las potencias occidentales y el que se disponía a crear las condiciones de un nuevo renacimiento nacional germano. A la postre, y de resultas de la división establecida al concluir la Guerra Mundial, la República Federal de Alemania nació por efecto de la suma

de las zonas correspondientes a los EE UU, Francia y el Reino Unido, mientras en la zona restante, la soviética, se proclamaba en 1949 la República Democrática Alemana (RDA). Antes de verificarse esta división, en marzo de 1948, la URSS había procedido a bloquear Berlín, que —también dividida en cuatro sectores— fue objeto de un puente aéreo por parte de las potencias occidentales. El bloqueo concluyó en mayo de 1949, una vez que había visto la luz la República Federal de Alemania y que los EE UU se habían comprometido estrechamente en la defensa de la Europa occidental a través de la recién creada OTAN.

El otro foco de enfrentamiento fue Corea que, con presencia, en el norte del país, de fuerzas soviéticas y, en el sur, de unidades norteamericanas, también había sido dividida, en este caso en dos zonas. La retirada de las fuerzas extranjeras abrió el camino, en 1950, a un ataque norcoreano sobre el sur. La agresión fue atribuida de manera inmediata —por lo que parece con no excesivos argumentos— a la presión de una Unión Soviética que, constreñida en sus movimientos europeos, buscaría ganar terreno en otros escenarios. Un cuerpo expedicionario de Naciones Unidas, compuesto mayoritariamente, eso sí, por estadounidenses, intervino como respuesta. Las fuerzas de Naciones Unidas penetraron en China, circunstancia que ocasionó una rápida respuesta por parte de esta, y un pronto repliegue de las unidades multinacionales. El conflicto coreano tocó a su fin en 1953, pocos meses después de la muerte de Stalin, sin que militarmente la URSS hubiese intervenido de manera directa en momento alguno.

Los cambios operados en el planeta de la mano de la Segunda Guerra Mundial otorgaron a la URSS un nuevo y relevante papel exterior, que, de rebote, contribuyó a acrecentar la legitimación interna del régimen soviético. Alteraron, por añadidura, la imagen imperante, en el seno de este último, en lo que respecta a la naturaleza de los conflictos internacionales. A la idea, común antes de 1941, de un cerco capitalista que rodeaba a la URSS se sumó la de un enfrentamiento de dos campos o bloques, uno capitalista y el otro socialista, en una visión de los hechos que pervivió durante los cuatro decenios siguientes.

La posguerra: los últimos años de Stalin

En el plano interno, los últimos años de la égida de Stalin se vieron sensiblemente marcados por los efectos de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de la incorporación de nuevos territorios, la población de la URSS se había reducido de manera significativa: el número de sus habitantes, que era de 191 millones al iniciarse el decenio de 1940, había descendido a poco más de 178 en 1950. De acuerdo con una estimación, las muertes prematuras acaecidas entre 1941 y 1945 —a las ya reseñadas habría que agregar las registradas en los campos de trabajo— pueden situarse entre 20 y 25 millones de personas, un vacío demográfico cuyos efectos se han hecho sentir cíclicamente en los sucesivos períodos de historia de la URSS. Por lo demás, la guerra provocó la destrucción, o produjo daños significativos, en setenta mil localidades, cien mil *koljozi* y dos mil *sovjozi*. Más de un millón de edificios fueron demolidos en las ciudades, mientras quedaban inutilizados 65 000 km de líneas de ferrocarril.



Foto 16. Stalin y sus jerarcas en 1946. De izquierda a derecha: Bulganin (con banda en el brazo), Mikoyan, Beria, Malenkov, Stalin, Mólotov, Kaganóvich y Zhdánov.

Concluido el conflicto mundial, uno de los primeros objetivos tenía que ser, por fuerza, recuperar los niveles de producción prebélicos. Esa fue la meta que se fijó, en 1946, el cuarto plan quinquenal, en cuyo transcurso se aprovecharon las draconianas normas laborales que habían imperado durante la guerra. El bajo rendimiento, el absentismo y el alcoholismo eran castigados con graves sanciones, al tiempo que existía la posibilidad de desplazar a uno u otro lugar, según lo dictasen las necesidades, a los trabajadores. La industria pesada consiguió recuperarse con extraordinaria rapidez: en 1950 se habían alcanzado los niveles prebélicos en lo que respecta a la producción de acero, hierro, carbón, electricidad, petróleo y cemento. La destrucción operada en el aparato

productivo y los nuevos procedimientos experimentados durante la guerra no sirvieron, sin embargo, para que se acometiese una auténtica revolución tecnológica que muy probablemente habría ahorrado muchos sinsabores posteriores: la reconstrucción del tejido industrial se desarrolló, por el contrario, echando mano de las mismas claves e instrumentos utilizados en el pasado.

Más lentos fueron los progresos en lo que atañe a la producción de bienes de consumo, a la agricultura y a la prestación de servicios. En el campo pronto se desvanecieron las esperanzas de que algunas de las formas transitorias que habían sido toleradas durante la guerra, y que en más de un sentido remitían a la NEP, adquiriesen carta de naturaleza. Muy al contrario, el sistema de granjas colectivas, y la aplicación de rígidos planes de producción, se vieron rápidamente reforzados, con lo que las cosas fueron devueltas a la situación imperante antes de 1941. En las recién incorporadas repúblicas del Báltico se procedió, por otra parte, a una rápida colectivización. En términos generales se realizó, eso sí, un formidable esfuerzo en lo relativo a la producción de tractores. La reducción que se verificó en el precio del pan fue un aspecto más que permitió cierta mejora en las condiciones de vida características de las ciudades, en donde los salarios reales pronto recuperaron su nivel perdido. Medidas como la reseñada tenían, sin embargo, un correlato negativo: contribuían a empeorar aún más la situación en los *koljozi*.

En el ámbito político la situación presentaba también sus singularidades. El esfuerzo bélico había reclamado un cambio fundamental en las reglas del juego. Por un lado, y como señalamos, el Partido había perdido peso decisivo (en 1952, en su XIX Congreso, pasó a llamarse, por cierto, Partido Comunista de la Unión Soviética, PCUS). Al mismo tiempo, algunos grupos habían visto acrecentado su prestigio y disfrutaban de un relativo poder; tal era el caso de las fuerzas armadas y del aparato policial (en lo que a este respecta, en 1946 los ministerios de Seguridad del Estado y de Asuntos Internos habían absorbido a la NKVD, situación que se mantendría durante casi un decenio). Las mujeres habían adquirido, por otra parte, un peso singular en los años de guerra. La propia conformación ideológica se había visto alterada, al incorporar un sinfín de elementos que, en su mayoría vinculados con el nacionalismo ruso, rompían con la imagen de la construcción socialista. Frente a estos hechos, la reacción de Stalin no fue otra que devolver las cosas, una vez más, al lugar que ocupaban con anterioridad a la guerra. Significativo fue, por ejemplo, que el héroe militar

del momento, el mariscal Yúkov, recibiese un destino de escaso relieve. Las mujeres recuperaron su tradicional y secundario papel, y en modo alguno pasaron a desempeñar puestos de responsabilidad en el conjunto de la vida política y social. Los valores igualitarios no reaparecieron, y los medios de comunicación se encargaron de ofrecer una imagen positiva de la desigualdad, asentada, eso sí, en el mérito personal y el pundonor. Se procedió a endurecer, por otra parte, las reglas que determinaban el acceso al Partido y el ascenso en sus escalafones, con el visible objetivo de reforzar la disciplina interna y de sentar las bases para un tramado proceso de reproducción de la elite. Al respecto, en 1946 se creó una ambiciosa red de escuelas que, junto con los aspectos ideológicos, ponían el acento en la necesidad de formar militantes técnica y profesionalmente cualificados.

En la visión de Stalin era evidente que el resultado final de la guerra había dejado bien a las claras la vitalidad del sistema soviético y que, por consiguiente, no era menester alterar en su esencia el funcionamiento adquirido por este en la década de 1930. Hay que convenir, sin embargo, en que al menos una de las novedades —bien es verdad que no lo era del todo— aportadas por la guerra conservó su vigor. El nacionalismo ruso siguió inspirando los discursos gubernamentales, como lo atestiguan las palabras de Stalin una vez concluido el conflicto bélico: «Siendo como es la más notable de las naciones de la Unión Soviética, bebo a la salud del pueblo ruso, no solo porque es el pueblo dirigente, sino también por su clara inteligencia y su firme carácter» (Mooney, 1982, 10). En paralelo se ejercía una visible censura en lo que atañe a la historia de las naciones no rusas que configuraban la URSS y se desarrollaba un curioso esfuerzo para demostrar que todos los adelantos de la humanidad se debían a los rusos.

En otro plano, los soldados soviéticos que habían sido capturados por el enemigo, considerados políticamente sospechosos, cuando no abiertamente traidores, fueron víctimas postreras de la guerra. Al trágico destino de los pueblos deportados se sumaron los efectos de la colectivización —de la deportación de medio millón de ucranianos, unos seiscientos mil bálticos y un número indeterminado de moldavos— en los territorios recién incorporados a la URSS. Una significativa resistencia armada se registró tanto en el Báltico como en Ucrania; en los confines occidentales de esta última la represión consiguiente alcanzó a la Iglesia Uniata, duramente castigada. También cobró aliento un antisemitismo que tuvo su mayor manifestación simbólica en el proceso incoado

contra un grupo de médicos judíos a finales de 1952. La muy relativa liberalización cultural que se produjo durante los años de la guerra tocó a su fin, por lo demás, de la mano de una figura, la de Andréi Zhdánov, que hizo revivir viejos conceptos: a los contenidos tradicionales del realismo socialista se sumó entonces una nueva mitología heroica, la vinculada con la «gran guerra patriótica», cuyos efectos perduraron con fuerza en los decenios siguientes. El jazz, Dmitri Shostakóvich y Serguéi Prokofiev —víctimas de la cruzada contra el modernismo musical iniciada por un Zhdánov claramente inclinado a la defensa de la música tradicional—, los escritores Anna Ajmátova y Mijaíl Zoshchenko, y el propio Serguéi Eisenstein, padecieron el nuevo espíritu inquisitorial, que se extendió también a todo aquello que, en el ámbito filosófico como en el científico, ponía en cuestión, siquiera fuese levemente, la escolástica imperante. Las aberraciones defendidas, con visible apoyo oficial, por Trofim Lissenko, que supusieron un retraso de años para la genética soviética, dan buena cuenta del espíritu de la época. Había cobrado vigor, en suma, «una cruda, reduccionista y paranoica visión del mundo, de adhesión obligatoria para artistas, científicos y profesores, y para todo aquel que quisiese ver sus textos publicados» (Hosking, 1990, 312).



Foto 17. Símbolo de la victoria sobre el nazismo, Stalin, nombrado mariscal, adopta el uniforme militar desde 1943. El «generalísimo» en 1951.

Esto no quiere decir, de cualquier modo, que a finales de la década de 1940 hiciesen su resurrección, con la misma intensidad que en el pasado, las purgas registradas un decenio antes, y ello por mucho que no desapareciesen las arbitrariedades del pasado, como lo ponen de manifiesto las ya mencionadas deportaciones de pueblos enteros. La muerte de Zhdánov, acaecida en 1948, permitió, por otra parte, el ascenso político de Beria, quien había adquirido

cierto predicamento en el decenio de 1930. Con la aquiescencia de Beria se procedió, y es un ejemplo entre otros, a la depuración del zhdanoviano aparato del PCUS en Leningrado, en 1949-1950. Por añadidura, y en lugar central, la posguerra señaló el punto culminante del culto a la personalidad en la figura de Stalin, recordado en un sinfín de monumentos —y en los nombres de varias ciudades— desplegados por todo el territorio de la URSS y ahora, y también, por los Estados aliados existentes en la Europa central y oriental. Dos términos mágicos daban cuenta, en fin, de los objetivos de la cultura oficial —no había otra— de estos años: *bezkonfliktnost*, o ausencia de conflictos, *ylakirovka*, o embellecimiento de la realidad. El aparato cultural encargado de llevarlos a la práctica había tomado a su cargo una tarea más: hacer frente a los valores y a la propaganda que procedían de los Estados Unidos, que en aquellos años ya se presentaban como la gran potencial rival.

CAPÍTULO 6

EL DESHIELO JRUSHCHOVIANO

Con el fallecimiento de Stalin, el 5 de marzo de 1953, se abrió un interregno caracterizado por una subterránea disputa por el poder. El escenario principal de esa disputa era un órgano, el Presidium —en 1966 pasaría a recuperar su viejo nombre de Politburó—, en el que tomaba asiento una veintena de altos dirigentes del Partido, del Gobierno y de las fuerzas armadas. Los más poderosos de entre ellos eran Gueorgui Malenkov, que encabezaba el Consejo de Ministros; Lázar Kaganóvich, que corría a cargo de la industria pesada; Viácheslav Mólotov, responsable de la política exterior; Nikita Jrushchov, máximo dirigente del Partido, y Lavrenti Beria, jefe de los servicios de seguridad. Comoquiera que todos los contendientes se cuidaron mucho de ejercer un estricto control sobre el aparato policial, en la perspectiva de evitar nuevas purgas en la cúpula, Beria fue el primer objeto de sus muchas invectivas; detenido en julio de 1953, en virtud de un acuerdo del Presidium y con colaboración militar, por lo que parece fue ejecutado unos meses más tarde. Al poco, en 1954, el *Komitet Gosudártsvennoi Bezopásnosti* (KGB, Comité de Seguridad del Estado) nacía de la fusión de dos ministerios: el de Seguridad del Estado y el de Asuntos Internos.

La neutralización de los servicios de seguridad supuso una significativa

alteración en las tradicionales reglas del juego, asentadas en la arbitrariedad y en el empleo indiscriminado del terror. Pero no fue esta la única alteración de relieve, por cuanto por primera vez en muchos años se registró en el sistema soviético una abierta competición entre personajes que se disputaban los apoyos institucionales, asumían la necesidad de desarrollar campañas de prensa en defensa de sus causas y planteaban proyectos políticos eventualmente diferentes. Así, mientras Malenkov reclamaba se prestase un mayor interés a la producción de bienes de consumo duradero, Jrushchov depositaba el grueso de su atención en la agricultura y Mólotov se oponía a lo que se dio en llamar *coexistencia pacífica* y a la reconciliación con la Yugoslavia de Tito. En febrero de 1955, antes pues del célebre discurso de Jrushchov durante el XX Congreso del PCUS —un discurso que también suscitó reacciones enfrentadas—, Gueorgui Malenkov había sido sustituido por Nikolái Bulganin en su condición de presidente del Consejo de Ministros, en una medida que no solo reforzaba el poder personal de Jrushchov, sino que permitía, por añadidura, que el Partido recuperase protagonismo en detrimento del Gobierno. La estrategia de Jrushchov, tendente a la configuración de alianzas en el Presidium y a la incorporación de sus partidarios al Comité Central del PCUS, demostró ser la más inteligente. En 1956 Jrushchov era, de hecho, el sucesor de Stalin en la dirección del Estado soviético.

La década de Jrushchov reflejó un precario equilibrio entre dos grandes objetivos. Si, por un lado, el temor a una pérdida de poderío aconsejó el mantenimiento de muchas estructuras, y de muchos y anquilosados principios, por el otro la certificación de que una sociedad compleja y exigente se abría camino reclamó cambios fundamentales y creó una situación inédita. Se hizo valer así un complejo proceso de elaboración de políticas en el que participaban «facciones enfrentadas, grupos de interés, redes burocráticas y elites» (Cohen, 1985, 30). De por medio, los signos de identidad de conservadores y reformistas se hacían notar de la mano de la actitud de unos y otros con respecto a la figura y a la obra de Stalin. Mientras los primeros acataban sin mayores problemas la configuración de un Estado monolítico e hipercontrolador, apostaban con decisión por el desarrollo de la industria pesada y por una agricultura colectivizada o reivindicaban posiciones duras en la arena internacional, los segundos se mostraban más proclives a adoptar posiciones flexibles, bien que dentro de un orden, en relación con estos y otros problemas.

Nada sería más equivocado, sin embargo, que interpretar que los reformistas

del decenio de 1950, con Jrushchov a la cabeza, estaban dispuestos a tirar por la borda todo un orden, el estaliniano, a cuya sombra ellos mismos habían prosperado en los decenios anteriores. Las disputas que caracterizaron el período 1953-1964 se desarrollaron en un escenario cuyos límites estaban claramente marcados, al menos en lo que respecta a los problemas internos. Bien es verdad que esos fueron años en los que, en cambio, el panorama del movimiento internacional encabezado por la URSS experimentó alteraciones sensibles que escaparon —esta vez sí— al control y a los intereses de los dirigentes soviéticos: Yugoslavia y China emprendieron, o prosiguieron, caminos que rompían de manera manifiesta muchas de las reglas del juego que Moscú hubiera deseado imponer, aun cuando este menoscabo de poderío se vio compensado por la exaltación de la URSS al papel, bien que compartido, de primera potencia planetaria. De estas diferencias entre lo que sucedía *dentro* y lo que ocurría *fuera* no debe deducirse, de cualquier modo, que los enfrentamientos internos —por contenidos que estuvieran sus perfiles— no alcanzasen una gran intensidad. En los hechos, el derrocamiento de Jrushchov fue la consecuencia final de su decisión de oponerse, con las armas más diversas y en los teatros más dispares, a grupos de presión tan poderosos como los que habían surgido en el aparato funcionarial y en las fuerzas armadas. Fue, en otras palabras, la respuesta a su decisión de llevar adelante una reforma que contemplaba

[...] el final del terror, la sustitución de una dictadura unipersonal por una dirección colectiva o por coaliciones cambiantes, la introducción de nuevas políticas acompañada de una discusión pública —aunque limitada— de opciones, y la reaparición del Partido como autoridad política dominante.

Mcauley, 1986, 168

Evaluar, de todas formas, la política de Jrushchov es cualquier cosa menos sencillo. En su decenio de gobierno quedaron definitivamente atrás, por lo pronto, muchos de los traumas de la guerra. Se acometió, en segundo lugar, una crítica del pasado que era a la vez fácil —las purgas no tenían, por lógica, muchos partidarios, ni siquiera entre los conservadores a los que antes nos hemos referido— y delicada —por cuanto podía poner de manifiesto la falta de

legitimidad de los nuevos gobernantes—. Llegado el momento, sin embargo, la dirección jrushchoviana se mostró incapaz de superar los obstáculos que se presentaban, o no hizo gala de la valentía requerida para ello. Más allá de los datos anteriores, y a tenor de lo sucedido en las décadas de 1970 y 1980, Jrushchov exhibió una manifiesta imprevisión en lo que respecta a procesos clave como el agotamiento de recursos o el despliegue de formidables agresiones ambientales. Apenas apostó, en otro plano, por cambios genuinamente estructurales en las formas de gestión económica, y a los efectos no alteró en su esencia el mecanismo de dirección política —de poder— heredado de la era estaliniana. Comparado con lo que vino después es obligado recordar, aun así, que el período de Jrushchov fue una etapa de experimentación y liberalización que suscitó esperanzas inéditas en una sociedad cuyo vuelo había sido recortado treinta años atrás.

La desestalinización: el XX Congreso

La ruptura con muchos de los términos del estalinismo tuvo su jalón principal en febrero de 1956, cuando, con ocasión del XX Congreso del PCUS, Jrushchov pronunció un sorprendente discurso en el que se incluía una denuncia del culto a la personalidad y se revelaban por vez primera detalles sobre las purgas de la segunda mitad del decenio de 1930. Las razones que indujeron a Jrushchov a afrontar este delicado movimiento fueron acaso dos. Se trataba, por un lado, de ofrecer garantías de que, en el futuro, la represión no se cebaría con los miembros del Partido o con los dirigentes gubernamentales, de tal suerte que unos y otros iban a disfrutar, en consecuencia, de una incontestada seguridad. Por otra parte, lo que se dio en llamar *desestalinización* deparaba a Jrushchov algunos activos en su lucha por el poder, toda vez que era inevitable que se recordase que algunos de sus rivales —así, Mólotov, Kaganóvich o Malenkov— habían sido estrechos colaboradores de Stalin. Aunque, como ahora veremos, la desestalinización exhibía limitaciones evidentes, no hay que olvidar que en su momento generó una auténtica convulsión en la sociedad soviética —hasta entonces la figura de Stalin era, literalmente, sagrada— y en el propio movimiento internacional encabezado por la URSS, con efectos en los más diversos órdenes.

Las críticas de Jrushchov tenían, como acabamos de recordar, sus limitaciones. Así, en primer lugar, no conducían, ni a una delimitación expresa de responsabilidades que hubiera colocado en el banquillo a algunos de los dirigentes del PCUS en 1956, ni a un cuestionamiento genérico del Partido o del sistema soviético; en la opinión de Jrushchov las purgas eran atribuibles a Stalin y a un reducido grupo de cómplices. Por otra parte, el secretario del PCUS criticaba abiertamente la represión desplegada contra los miembros del Partido en la segunda mitad del decenio de 1930, pero no iba más allá: al tiempo que no ponía de manifiesto preocupación alguna por otras víctimas de la represión estaliniana, ensalzaba sin cautelas las políticas de colectivización e industrialización desarrolladas en 1929-1933, y ello pese a sus sangrientos resultados y a su evidente relación con las purgas posteriores. No debe olvidarse al respecto que el sistema económico vigente en 1956 no era otro que el forjado por Stalin en esos primeros años de la década de 1930, y que una crítica radical de la colectivización y de la industrialización acelerada hubiera puesto de relieve la precariedad de muchas de las posiciones de Jrushchov, quien bien se cuidaba de llamar la atención sobre su propia responsabilidad en los acontecimientos pasados.

La debilidad de la explicación propuesta por Jrushchov en el XX Congreso no estriba solo en haberse mantenido en un terreno psicológico —muy insuficiente para alguien que se declara marxista—, en atribuir los excesos —el baño de sangre— a la *personalidad* de Stalin, a su autoritarismo y a su mórbida desconfianza, a su sed de poder y a su carácter vengativo, sino en no haber explicado cómo semejante hombre pudo conquistar y conservar un poder absoluto en el Partido y en el Estado soviético.

Broué, 1988, 256

La desestalinización tuvo, pues, desde su origen, un carácter contenido, y reflejó un evidente temor a que los hechos pudiesen escapar al control de los dirigentes soviéticos del momento. Quizá era más sincero Jrushchov cuando, en el mismo año 1956, afirmaba que «los historiadores son gentes peligrosas que, capaces de ponerlo todo patas arriba, deben ser dirigidas».

CUADRO 4. Los congresos del PCUS.			
	<i>Nombre del Partido</i>	<i>Año</i>	<i>Lugar</i>
I	Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia - POSDR	1898	Minsk
II		1903	Bruselas-Londres
III		1905	Londres
IV		1906	Estocolmo
V		1907	Londres
VI		1917	Petrogrado
VII	Partido Comunista (bolchevique) de Rusia - PC(b)R	1918	Petrogrado
VIII		1919	Moscú
IX		1920	Moscú
X		1921	Moscú
XI		1922	Moscú
XII		1923	Moscú
XIII		1924	Moscú
XIV	Partido Comunista (bolchevique) de la URSS	1925	Moscú
XV		1927	Moscú
XVI		1930	Moscú
XVII		1934	Moscú
XVIII		1939	Moscú
XIX	Partido Comunista de la Unión Soviética - PCUS	1952	Moscú
XX		1956	Moscú
XXI		1959	Moscú
XXII		1961	Moscú
XXIII		1966	Moscú
XXIV		1971	Moscú
XXV		1976	Moscú
XXVI		1981	Moscú
XXVII		1986	Moscú
XXVIII		1990	Moscú
FUENTE: Gélard, 1982.			

Las limitaciones de la crítica jrushchoviana se hicieron evidentes también cuando, en los años siguientes, se procedió a la rehabilitación de varios millares de militantes del Partido, de funcionarios gubernamentales o de miembros de la *intelligentsia* que habían sido purgados en tiempos de Stalin. Resulta significativo que entre los rehabilitados no se contasen los más notables de los dirigentes bolcheviques desplazados por el dictador, y entre ellos Trotski, Bujarin, Ríkov, Zinóviev o Kámenev, críticos —desde puntos de vista diversos— de las políticas desplegadas a principios de la década de 1930. Los procesos

de Moscú estaban visiblemente ausentes, entre tanto, de la revisión acometida por Jrushchov. Del lado de este ningún atisbo hubo, en suma, de rehabilitación de los miembros de las formaciones políticas reprimidas y colocadas en la ilegalidad en el decenio de 1920. Aun así, es verdad que los contenidos desestalinizadores tuvieron una fugaz continuación en 1961 cuando, en el transcurso del XXII Congreso del PCUS, Jrushchov consiguió imponer dos simbólicas decisiones: la de retirar el cuerpo de Stalin del mausoleo en el que reposaba, en la plaza Roja de Moscú, Lenin, y la de cambiar el nombre de la ciudad de Stalingrado, en beneficio del de Volgogrado.

Más allá de estos efectos, y aunque los medios de comunicación fueron cualquier cosa menos libres en la era de Jrushchov —nada semejante a la *glásnost* de tres decenios después—, las huellas de la desestalinización se hicieron notar con fuerza en el ámbito cultural. Pese a que el realismo socialista siguió dominando, la llamada «generación de 1960» buscó otras formas de expresión. A ella, o a su simbología, pertenecían poetas como Yevgueni Yevtushenko o Andréi Voznesenski, los novelistas Vasili Grossman y Vasili Aksiónov, el cineasta Andréi Tarkovski, los cantautores Bulat Okudjava, Vladimir Visotski y Aleksandr Galich, o el escultor Ernst Neizvestni. Escritores más veteranos que habían salido con vida de las purgas estalinianas, como Iliá Ehrenburg y Aleksandr Solzenitsin, contestaron también a su manera el realismo socialista y pudieron publicar algunas de sus obras. *Ottépel* («El deshielo»), de Ehrenburg, y *Odin den Ivana Denísovicha* («Un día en la vida de Iván Denisovich»), de Solzenitsin, se convirtieron para muchos en símbolos de la nueva y alcanzada libertad. Konstantin Paustovski consiguió editar entre 1955 y 1963, por otra parte, el grueso de su *Povest o yizni* (*Historia de una vida*). Significativo fue también que una proscrita de siempre, Anna Ajmátova, pudiese viajar al exterior. La revista *Novi mir*, dirigida por Aleksandr Tvardovski, fue la punta de lanza, por lo demás, de la liberalización literaria. Bien es verdad que, para que no faltaran paradojas, este fue también el tiempo en que se prohibió la publicación de *Doktor Yivago*, la novela que catapultó a Boris Pasternak a la obtención del premio Nobel de literatura en 1958. La liberalización consentida por Jrushchov permitió, por otra parte, que las subculturas que empezaban a manifestarse en el seno de la sociedad soviética adquirieran una repentina consistencia, y ganaran aliento para resistir, años después, la obvia represión cultural característica de los tiempos de Brézhnev. Los cantautores fueron uno de los principales sustentos de estas subculturas, en las que la ironía y la búsqueda

de una expresión personal, frente a la artificialidad de los cánones oficiales, eran datos fundamentales. También salieron a flote otras manifestaciones artísticas — las variedades, el circo, la comedia picante...— que la era estaliniana, con sus rigores, había contribuido a acallar.

Naturalmente que estas nuevas tendencias no ilustraban el arte que Jrushchov admiraba, asentado en tres inamovibles principios —la dirección por el Partido, la madurez ideológica y el carácter popular— y libre de «influencias burguesas». La cultura oficial, aunque más tolerante y acaso menos politizada, seguía prefiriendo una mezcla de exaltación patriótica, valores tradicionales y utilitarismo economicista. Este último queda bien reflejado en el ingenioso comentario sobre los «bailes modernos» que al parecer realizó, en 1956, un ilustrado policía: «Toda esa energía debería dedicarse a la construcción de una estación hidroeléctrica, en vez de malgastarse en una sala de baile» (Stites, 1992, 133). Las hazañas de la carrera espacial —de ellas nos ocuparemos más adelante— abrieron el camino, por otra parte, a un caudal de literatura científica o pseudocientífica y proporcionaron nuevos héroes de consumo popular. La figura de Lenin experimentó un renovado culto, por lo general asociada con una identidad supranacional y con un resurgir de la mitología revolucionaria. La denigración del rival norteamericano fue, por lo demás, un lugar común en buena parte de la producción literaria y artística de la era de Jrushchov. Es cierto que no faltaba quien, en las descripciones que se hacían de las sociedades occidentales, apreciaba también una crítica subterránea de la propia sociedad soviética.

Cambios políticos y disensiones en la cúpula

El decenio en el que Jrushchov ocupó la máxima dirección del PCUS se caracterizó por la manifestación de constantes discrepancias, en la propia cúpula de poder, con respecto a su política. Al efecto se aducían las razones más diversas: el carácter personal de Jrushchov y su propensión a la demagogia, la naturaleza de sus decisiones en el ámbito organizativo, la desestalinización y sus consecuencias, o los efectos —sobre ellos llamaremos más adelante la atención— de la política de «coexistencia pacífica». Las estructuras del Partido fueron por lo común el apoyo en que Jrushchov orquestó su defensa. Si por un lado él

había sido quien había designado a muchos de los miembros del Comité Central de aquel, por el otro existía, entre la militancia del PCUS, cierta desconfianza en relación con figuras que, como los Malenkov o los Mólotov, se asociaban con un renacimiento de la represión y de la más estrecha supervisión desde arriba.

Al margen de las disputas anteriores al XX Congreso, el primer choque de relieve entre Jrushchov y sus rivales se produjo en 1957. Se saldó con una depuración de los miembros —Gueorgui Malenkov, Viacheslav Mólotov, Lazar Kaganóvich, Nikolái Bulganin, Kliment Voroshilov...— del llamado «grupo anti-Partido», que perdieron sus puestos en la cúpula del PCUS. El éxito de Jrushchov, quien recabó y consiguió el apoyo del Comité Central, se asoció con la colaboración que le dispensó el mariscal Yúkov (merced a ella este se convirtió en miembro del Presidium). De resultas de lo ocurrido, recayeron sobre la figura de Jrushchov tanto el puesto de primer secretario del PCUS como la condición de primer ministro. Es cierto, sin embargo, que el conflicto concluyó de manera no habitual en la Unión Soviética: los derrotados no fueron objeto de vejaciones, sino que pasaron a desempeñar cargos públicos de algún relieve. El triunfo de Jrushchov mucho tenía que ver, por lo demás, con su capacidad para explotar las diferencias existentes entre sus rivales, que en modo alguno consiguieron sacar adelante un proyecto común. Eran años en los que —antes lo hemos avanzado— las diferentes facciones se hallaban muy divididas en relación con aspectos cruciales que dibujaban oposiciones muy claras: la industria frente a la agricultura, la industria pesada frente a la ligera, una efectiva desestalinización frente a la preservación de la seguridad interna, políticas exteriores innovadoras frente al mantenimiento de la seguridad externa del país...

El provisional éxito de Jrushchov le dio alas para acometer lo que llamó un «regreso a las normas leninistas», que se manifestaba —bien es verdad que con tonos difusos— a través de una conducta personal mucho más preocupada por el contacto con las gentes, de cierta confusión entre los conceptos de *partido* y de *pueblo*, o, en último extremo, de un formal renacimiento de tesis que Lenin había defendido en su libertarizante *Gosudarstvo i revoliútsiya* (*El Estado y la revolución*). De acuerdo con la versión oficial imperante en estos años, los antagonismos de clase habían desaparecido al tiempo que se había hecho notar un «Estado de todo el pueblo». Los ciudadanos estaban llamados a participar, sin excepciones, en los procesos de dirección y a controlar, por añadidura, las actividades del Estado. Aunque al respecto se crearon, por ejemplo, patrullas de

voluntarios encargadas de mantener el orden en las calles, y tribunales de trabajadores que establecían sanciones por las faltas laborales, lo cierto es que en modo alguno se cuestionaron fórmulas básicas, no precisamente democráticas, características del sistema soviético. Así, los nombramientos de cargos seguían siendo competencia exclusiva del Partido, que, además, garantizaba la presentación de un solo candidato en las consultas electorales. En sustancia,

correspondía al Partido identificar quiénes eran los mejores para actuar como diputados, responsables de los sindicatos o jueces, y a continuación era cometido de los electores dar su aprobación.

Mcauley, 1992, 71

Aunque la distancia entre los enunciados teóricos y las políticas reales era muy grande, no puede dejar de reconocerse que Jrushchov realizó un inconmensurable esfuerzo para que Partido y Estado mostrasen una mayor sensibilidad con respecto a los intereses de los militantes del primero, y de la población en general. De la mano de Jrushchov se incorporó a tareas de dirección, por otra parte, un buen número de técnicos especializados que pasaron a desempeñar un papel de primer orden, y que reforzaron, sin duda, la eficacia de la maquinaria estatal. Jrushchov reclamó también, y es un ejemplo entre otros, la introducción de medidas que apuntaban a la rotación de personas en los cargos públicos. En términos generales, la protección legal de los ciudadanos mejoró sensiblemente y desaparecieron muchas de las arbitrariedades que habían caracterizado la era estaliniana.

Si bien es innegable —digámoslo de nuevo— que las políticas de Jrushchov presentaron siempre un carácter contenido, y que en momento alguno se cuestionó, por ejemplo, el papel central que correspondía ejercer al Partido, hay que dejar constancia de una paradoja: aunque buena parte de las medidas adoptadas tenía por destinatario a los miembros de los aparatos directivos, a quienes se ofrecía una estabilidad y unas garantías profesionales de las que habían carecido en el pasado, las propias políticas desplegadas resquebrajaban este esquema. De la mano de Jrushchov se produjo una auténtica convulsión organizativa, con un sinfín de destituciones, nombramientos, traslados, fusiones, red denominaciones y desapariciones de organismos. Esta circunstancia —que en

algunos casos, como el de las fuerzas armadas, tenía un claro efecto de reducción del número de puestos de trabajo— no podía por menos que inquietar a una burocracia que contaba con motivos suficientes para pensar que su estabilidad profesional, pese a todo, no estaba garantizada. También es verdad, sin embargo, que las políticas de Jrushchov difícilmente podían salir adelante si no se introducían transformaciones sustanciales en un aparato en el que se habían desdibujado muchas de las líneas de mando, diferentes instituciones competían abiertamente entre sí, los «cuellos blancos» habían asumido un excesivo protagonismo y la apatía, la rutina y el conservadurismo imperaban por encima de todo. Claro que el esquema de Jrushchov —una dirección inteligente respaldada por un aparato eficiente en el marco de una estructura de poder muy simple, que en muchos sentidos tenía que recordar, cómo no, al denostado estalinismo— no era acaso el más ajustado para una sociedad cada vez más compleja y en la que veían la luz las demandas más dispares.

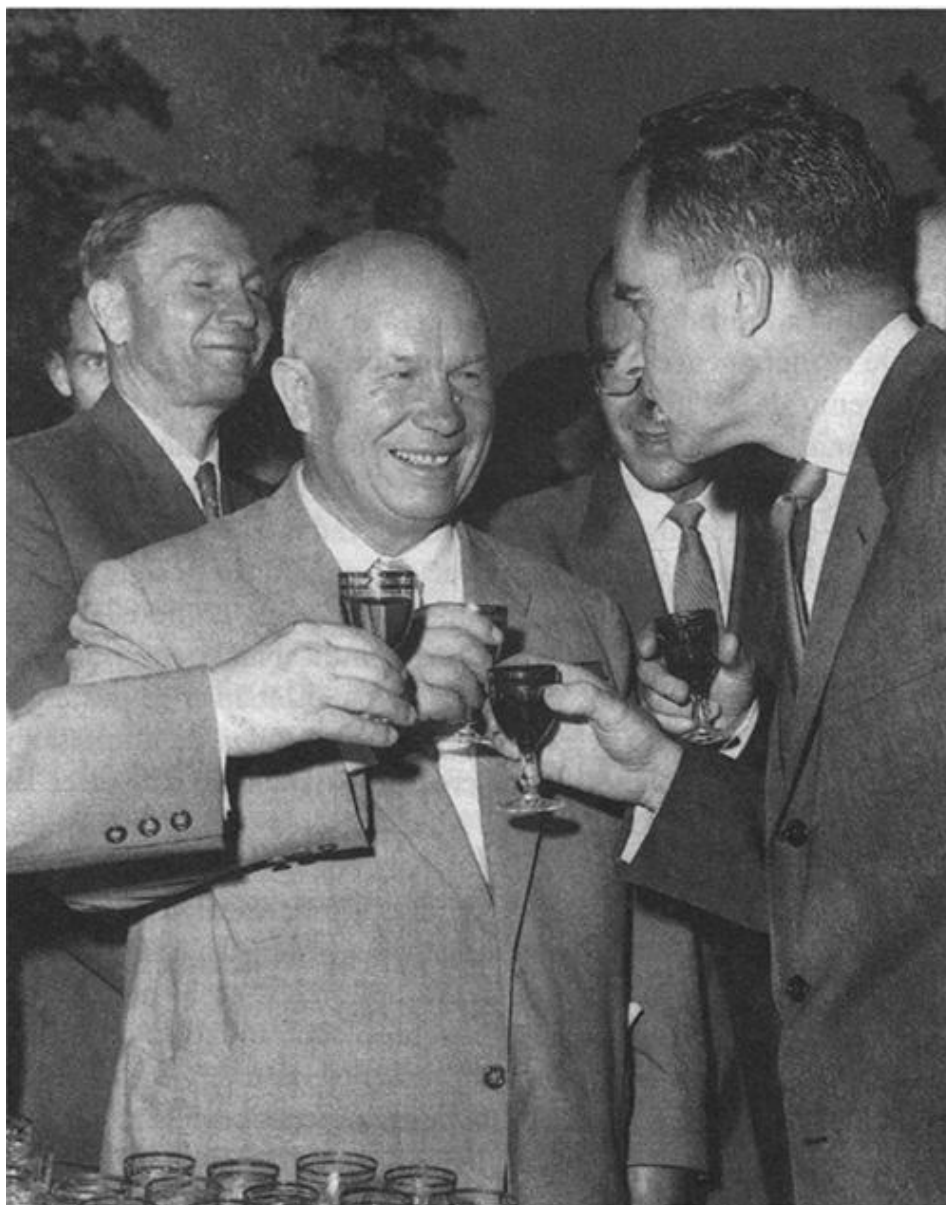


Foto 18. Nikita Jrushchov y Richard Nixon brindan después de su «Kitchen Debate» el 24 de junio de 1959. (UPI/CORBI-NETTMAN).

Un nuevo curso económico

En 1959, el año del primer censo de la era de Jrushchov, la Unión Soviética contaba ya con 209 millones de habitantes, una cifra un 10% superior a la registrada veinte años antes. Muchos de los desastres de la guerra habían

quedado atrás y, desaparecido Stalin, parecían dadas las condiciones para revisar el esquema económico que había adquirido carta de naturaleza en la década de 1930.

De manera genérica, las medidas impulsadas por Jrushchov en el decenio de 1950 se propusieron hacer frente a algunos de los problemas suscitados por la planificación estaliniana. Con una precaria información sobre lo que sucedía en la economía, la planificación centralizada instaurada dos décadas antes no permitía adoptar el sinfín de decisiones necesarias para hacer posible un desarrollo armónico, de tal suerte que los «cuellos de botella» eran una realidad cotidiana. Los precios nada indicaban, los suministros no llegaban a tiempo, los proyectos se paralizaban o se postergaban, los productos no respondían a las demandas de empresas y consumidores, los planes financieros no acertaban a satisfacer las necesidades de cada momento... Muchas veces se han subrayado, por ejemplo, las consecuencias de un plan que, al fijar en toneladas brutas los niveles requeridos de producción de camiones, incitaba a fabricar unidades singularmente pesadas y obligaba a los destinatarios a aceptarlas; ni siquiera la multiplicación en el número de los indicadores permitía sortear este problema, toda vez que el resultado no era otro que el incumplimiento de todos o casi todos ellos. En este contexto, y por añadidura, apenas se abrían camino la innovación tecnológica y los nuevos procedimientos de gestión, que alteraban sensiblemente las rígidas reglas del plan. En la era estaliniana todos estos factores no parecían excesivamente graves por cuanto el énfasis absoluto depositado en el desarrollo de la industria pesada y la disponibilidad de una mano de obra que podía moverse a capricho de los gobernantes facilitaban el olvido de muchos desequilibrios. Irrumpieron de manera poderosísima, sin embargo, en el momento en que los sucesores de Stalin empezaron a prestar atención a los consumidores, a la agricultura o a la industria ligera. Fue entonces cuando se hizo evidente que

[...] el sistema no había sido diseñado para responder a la demanda, de los consumidores o de las empresas [...]. Había sido construido para responder a las órdenes que llegaban de arriba, para llevar a su fin proyectos de inversión en gran escala y para incrementar el volumen de producción.

Si uno de los elementos centrales del proyecto de Jrushchov era la plena recuperación de las capacidades de dirección y control del Partido, su concreción principal en el ámbito económico fue un peculiar intento de descentralización y *repartidización* —en detrimento de la maquinaria del Estado— en la mecánica planificatoria. En 1954-1956 eran once mil las empresas que, desde el *centro* moscovita, habían sido traspasadas a la jurisdicción de las repúblicas. En manos de estas, que empezaron a asumir buena parte de las decisiones de planificación y financiación, recayó también, en 1956, la dirección de las unidades económicas dependientes de doce de los ministerios centrales. En el año siguiente fueron abolidos, en fin, nada menos que sesenta ministerios —entre ellos no se incluían los vinculados a la industria de defensa—, al tiempo que en más de un centenar de regiones se establecían consejos económicos o *sovnarjozi*, cuyo cometido estribaba en dirigir, por separado, la actividad industrial y la agrícola. De esta manera se esperaba que los dirigentes locales del PCUS pudiesen hacer valer su opinión al respecto de los problemas económicos, estimularan la introducción de nuevas tecnologías y se ocupasen de imponer un uso más racional de los recursos. Los inevitables problemas de coordinación se intentaron atajar, entre tanto, mediante la creación de algunos comités estatales encargados de aunar, por ejemplo, los programas de investigación en curso en una determinada área industrial.

La política en proceso de aplicación creaba, con todo, una situación delicada, toda vez que alteraba la tradicional cadena vertical de decisiones. La separación de las funciones de gestión correspondientes a la industria y a la agricultura reducía los poderes de determinadas instancias, ocasionaba eventualmente traslados obligados de funcionarios y en algunos casos convertía en forzados responsables económicos a personas que con anterioridad habían desempeñado tareas de formación o de propaganda ideológica. La falta de coordinación ratificó, por su parte, viejos problemas de innovación tecnológica, de calidad en la producción y de uso eficiente de recursos escasos. Al margen de los *sovnarjozi* apenas se hizo nada por introducir otras novedades en la gestión industrial; la planificación con arreglo a indicadores brutos siguió perviviendo, los controles de calidad brillaron por su ausencia y, por encima de todo, el conservadurismo mantuvo su presencia tradicional.



Foto 19. Nuevos edificios de viviendas en la década de 1960.



Foto 20. Póster con Yuri Gagarin, primer astronauta que dio la vuelta a la Tierra, el 12 de abril de 1961.

En el terreno de los hechos concretos, en 1957 se interrumpió la aplicación del VI plan quinquenal, iniciado el año anterior, y se empezó a trabajar en un plan de siete años que, para el período 1959-1965, poco más hizo que reproducir las reglas del anterior. Objetivo prioritario del plan septenal lo fue la industria química, lo cual significó que el teórico decantamiento de Jrushchov en beneficio de la industria ligera —era otro de los lugares comunes a los que recurría— no encontraba demasiado apoyo en la realidad; bien es cierto, sin embargo, que Jrushchov concebía la industria química como un complejo

productor de fertilizantes, fibras textiles y plásticos de uso cotidiano, y que accedió de buen grado, y esto sí que era un auténtico acoso a los privilegios de la industria pesada, a asumir reducciones en el gasto militar. Los mayores éxitos se produjeron en ámbitos como el del petróleo —se inauguró una etapa de exportaciones en gran escala— y el acero —los niveles de producción empezaron a preocupar tanto a los Estados Unidos como a la recién creada Comunidad Económica Europea—. El despliegue del plan coincidió con la introducción de medidas varias —automatización de procesos, incentivos salariales, cierta libertad de fijación de precios— que intentaban mejorar la gestión empresarial. El plan septenal se solapó cronológicamente, por lo demás, con un formidable avance en el programa espacial soviético, que había tenido su primer antecedente en octubre de 1957, de la mano del lanzamiento de un satélite artificial situado en órbita terrestre. En abril de 1961 se produjo la primera salida al espacio exterior de un cosmonauta: Yuri Gagarin.

En otro plano, y en la opinión de G. Hosking, las políticas de Jrushchov encararon con entereza uno de los grandes problemas de la agricultura soviética —la escasa importancia que hasta entonces se le había dispensado—, pero apenas hicieron nada por modificar el estado de cosas en un aspecto crucial: el derivado del lamentable autoritarismo que inspiraba toda la organización agraria (Hosking, 1990, 356). Tempranísima iniciativa de Jrushchov en este ámbito fue la llamada campaña de las «tierras vírgenes», cuyo objetivo era transformar en zonas productoras de cereales espacios hasta entonces no cultivados —trece millones de hectáreas— en la región sudoriental de la Rusia europea, el Kazajistán septentrional y el suroeste de Siberia. Ucrania, que tradicionalmente había corrido a cargo de la producción de cereales, debía reorientar su actividad agrícola hacia el maíz destinado al consumo animal, con el propósito de que de esta forma se desarrollase la producción ganadera. En la cabeza de Jrushchov la prosperidad de su país debía medirse, ante todo, a través de su capacidad para mejorar la dieta alimentaria de una población que, acostumbrada al *borshch*, una sopa que a menudo solo incorporaba remolacha, merecía un buen *gulasch*, con carne y abundantes verduras. En un primer momento la campaña de las tierras vírgenes fue un éxito: en solo tres años, entre 1954 y 1956, la producción se triplicó. En 1956 ya eran evidentes, sin embargo, las limitaciones del proyecto: en la mayoría de las tierras en cuestión apenas llovía y las sequías se presentaban con regular periodicidad, circunstancias ambas que, aparte de provocar una notable erosión de la superficie, reclamaban un inabordable riego permanente.

En la primera mitad del decenio de 1960, tras dilapidar ingentes recursos, aproximadamente el 50% de las tierras vírgenes originarias quedó inutilizado, y remitió el optimismo de los primeros momentos. No faltaron tampoco, por cierto, críticas que llamaban la atención sobre el subterráneo propósito rusificador que exhibían muchos de los programas de roturación, por lo general en régimen de monocultivo, de nuevas tierras.

Al margen de lo anterior, Jrushchov procuró mejorar las condiciones de vida comunes en los *koljozi* que en muchos casos fueron instigados a convertirse en *sovjozi*. Al efecto, elevó los precios de los productos agrarios, promovió un mayor esfuerzo de inversión —los recursos se multiplicaron por cuatro entre 1953 y 1964— en la agricultura, propició las agrupaciones de granjas colectivas e intentó que los cuadros del Partido dedicasen una mayor atención a estos menesteres. Además, permitió que los *koljozi*, que empezaron a disfrutar de cierta autonomía, adquiriesen por su cuenta la maquinaria que necesitaban y escapasen, por tanto, al control que sobre ellos ejercían las llamadas «estaciones de transporte motorizado»; este hecho tuvo, no obstante, algún efecto negativo, como lo fueron las enormes dificultades para obtener repuestos con destino a la maquinaria utilizada. De manera general, los cambios organizativos alejaron a las instancias gubernamentales de la gestión de la agricultura, que cayó de lleno en manos del PCUS, no sin que en algunos casos se permitiese, incluso, la elección de los responsables de las uniones de granjas colectivas.

La excesiva propensión que las políticas oficiales mostraron en lo que respecta al despliegue de espectaculares campañas, en detrimento de medidas más tramadas y más incardinadas en el conjunto del aparato productivo, hizo que, a la postre, los resultados estuviesen lejos de los deseados, y que en el ámbito agrario —como en otros muchos— los últimos años de la era de Jrushchov acarreasen la reaparición de tendencias centralizadoras. Hay que recordar al respecto que a principios de la década de 1960 se redujeron los precios que los campesinos recibían por sus productos, aun cuando aumentaron los precios de estos en los *mercados* estatales, circunstancia que provocó desórdenes en algunas ciudades; en una de ellas, Novocherkassk, se saldaron en 1962 con setenta muertos tras una violenta represión. La sequía hizo, por otra parte, que la cosecha de 1963 fuera muy mala, y que las colas para comprar pan se hicieran comunes incluso en Ucrania, el granero del país. Como consecuencia, y por primera vez, la URSS se avino a comprar cereales en el exterior, lo cual da cuenta del fracaso —bien que relativo, ya que los niveles de producción se

habían elevado sensiblemente— de la política agrícola de Jrushchov (algo tuvo que ver con ello también la decisión de reducir las posibilidades de uso de las parcelas privadas que estaban a disposición de los campesinos). Los primeros de la década de 1960 fueron también años en los que se puso de manifiesto una clara reducción en la capacidad de inversión, que tuvo un rápido eco, en 1963 y 1964, en los niveles de crecimiento industrial más bajos registrados desde 1933. Los grandes beneficiarios de la reaparición de flujos centralizadores fueron en este caso algunos ministerios industriales, que a duras penas consiguieron sustraerse, sin embargo, al caos que nacía de la ausencia de genuinas instancias de coordinación.

Pese a todo lo anterior, y aunque cualquier juicio al respecto debe tomar en consideración lo que sucedió en los decenios posteriores —está obligado a llamar la atención sobre las responsabilidades consiguientes de la dirección jrushchoviana—, lo cierto es que en términos generales el período 1953-1964 fue de relativa bonanza económica, y ello pese a que los últimos años reflejasen ya una crisis aguda. Por citar algunos datos, y de acuerdo con las propias estadísticas soviéticas, entre 1958 y 1965 —durante el séptimo plan quinquenal— la renta nacional creció en un 58% y el producto industrial bruto en un 84%. Las producciones de hierro, acero, petróleo, gas, electricidad, fertilizantes y cemento se incrementaron, respectivamente, en un 73, un 65, un 115, un 332, un 116, un 163 y un 117%. Ilustrativo de la nula efectividad de algunas políticas fue, de cualquier modo, que la cosecha de cereales de 1965 fuese un 10% inferior a la de 1958. El número de trabajadores pasó de 56 millones en 1958 a 77 en 1965.

Tan espectaculares como algunos de esos datos lo son los referidos a las condiciones laborales y sociales imperantes. Las duras sanciones por absentismo fueron levantadas, las posibilidades de una libre elección de trabajo crecieron notablemente, se creó una especie de salario mínimo y las pensiones experimentaron varias subidas. Las prestaciones sociales mejoraron, el número de médicos y de camas de hospital se incrementó de forma notoria, y se realizó un gran esfuerzo para mitigar el grave problema planteado por la escasez de viviendas; entre 1955 y 1964 se duplicó el número de metros cuadrados de viviendas construidas. El propio sistema educativo, que se expandió de forma consistente por las repúblicas menos desarrolladas, ganó en igualdad cuando se suprimieron muchas de las tasas que era menester pagar y se multiplicó la oferta de plazas; por citar un solo dato, entre 1951 y 1961 el número de estudiantes que

cursaban la enseñanza superior pasó de 1 250 000 a 2 400 000. Todos estos avances eran producto de la *generosidad* oficial, toda vez que los sindicatos, plenamente integrados en la maquinaria estatal, seguían desempeñando sus tradicionales funciones de control sobre los trabajadores.

En el decenio de dirección jrushchoviana las posibilidades de expansión de la economía soviética todavía eran grandes y acaso permitieron el postrer salto adelante del que acabamos de dar cuenta. Hicieron también, por cierto, que no resultase en exceso fantasiosa la idea, tan cara a Jrushchov, de que la Unión Soviética dejaría económicamente atrás a los EE UU en un par de decenios. En términos más estrictos, sin embargo, las políticas aplicadas por Jrushchov mostraron preocupantes quiebras, en buena medida relacionadas con el despliegue de medidas inconexas que daban cuenta de la inexistencia de una visión global de las reformas. Si por un lado las tendencias centralizadoras reaparecieron en diversos momentos —los comités estatales que surgieron poco más hacían que reproducir viejas lógicas supuestamente abandonadas—, por el otro el sistema de *sovnarjozi* propició la configuración de auténticos reinos de taifas en los que los funcionarios locales del PCUS, alejados de cualquier visión general de los problemas económicos, privilegiaban de manera manifiesta intereses particularistas. Ya hemos apuntado que la falta de coordinación no hizo sino ratificar, en fin, viejos problemas y que no fueron muchas las novedades en la gestión industrial. La propensión a imponer ideas simples —el desarrollo de la industria química o la campaña de las tierras vírgenes— no era, con toda seguridad, la fórmula más adecuada para romper los círculos viciosos en los que se hallaba inmersa la economía soviética.

Ida y vuelta en la cuestión nacional

A finales de 1953, bien poco después del fallecimiento de Stalin, se hizo sentir lo que parecía una mayor sensibilidad en lo relativo a los problemas de las naciones no rusas. Ucrania fue la principal beneficiarla de esta actitud, simbólicamente ilustrada en la decisión de celebrar con singular fasto el trescientos aniversario del tratado de Pereyáslav, que para unos simbolizaba la independencia pasada de la república aun cuando para otros reflejaba su sumisión con respecto a Rusia. Como regalo por el aniversario, Ucrania —en relación con la cual Jrushchov

parecía estimar que él mismo había contraído una deuda como representante de Stalin en la década de 1930— recibió, por cierto, la península de Crimea, materia de espinosa negociación a partir de 1991, cuando la URSS se desmembró.

En la etapa de consolidación del poder de Jrushchov no faltaron las novedades en relación con los problemas nacionales. Por lo pronto, la rápida decisión de poner en marcha la campaña de las tierras vírgenes tuvo efectos claros sobre una república, Kazajistán, en la que los intereses económicos del *centro europeo*, a los que se prestaba una inequívoca atención, parecían exigir la implantación de gigantescas superficies de monocultivo. Por otra parte, de la mano de la incipiente liberalización que cobraba cuerpo, muchos chechenos e ingushetios procuraron regresar, con escaso éxito, a sus tierras; en las instancias oficiales parecía prestarse una mayor atención, con todo, al problema de los alemanes del Volga. La relativa tolerancia religiosa que se hizo notar en 1953-1954 permitió, en fin, la liberación de cierto número de sacerdotes católicos lituanos y ucranianos.

En su discurso ante el XX Congreso del PCUS, a principios de 1956, Jrushchov denunció, como características de la política estaliniana, lo que calificó de «graves violaciones de los principios leninistas básicos relativos a la política de nacionalidades», y puso el acento, en particular, en las deportaciones de pueblos enteros. Tras rechazar las políticas tendentes a borrar las diferencias nacionales, identificó el socialismo con el florecimiento de las culturas de los pueblos no rusos. En un terreno más concreto, se pronunció por un mitigamiento de la estrecha tutela que el *centro* había ejercido sobre las instancias republicanas y por una ampliación del poder —ya nos hemos ocupado de ello— de estas últimas. El primer beneficiario de los nuevos criterios aplicados fue, no sin paradoja, la propia Rusia, que en el pasado había carecido de muchas de las instituciones y prerrogativas que, al menos formalmente, existían en las restantes repúblicas.

A partir de 1956 empezaron a hacerse frecuentes, por lo demás, los artículos de prensa en los que se llamaba la atención sobre los problemas de las naciones no rusas y se rechazaba la rusificación imperante en los decenios anteriores. En este caldo de cultivo, colmado por un sinfín de reivindicaciones lingüísticas y culturales, a finales de 1956 y principios de 1957 se procedió a la rehabilitación, y a la restauración de los territorios autónomos, de chechenos, ingushetios, calmucos, carachais y balcares. En muchos casos el reasentamiento no estuvo

exento de problemas, planteados por las poblaciones que, durante la guerra mundial o en los años siguientes, habían ocupado el lugar de los pueblos deportados. En el mismo año 1956 otra fuente de agitación nacionalista lo fueron los movimientos que se registraban en Polonia y, en particular, en Hungría. Los ecos de esos movimientos se hicieron sentir ante todo en el Báltico y en la Ucrania occidental; por lo que parece, suscitaron una honda preocupación en Moscú. El discurso oficial asumió entonces posiciones más duras, asentado en una idea fundamental: aunque, con arreglo a la resolución del *cisma* yugoslavo —de la que nos ocuparemos más adelante—, los Estados de la Europa central y oriental podían hacer valer diferentes caminos hacia el socialismo, esta posibilidad estaba vedada a las naciones que conformaban la Unión Soviética. El temor a una desintegración de la URSS y la creencia de que los progresos económicos acabarían por eliminar muchas de las diferencias nacionales estaban a buen seguro en el origen del cambio de línea operado.

Las cosas así, a finales de la década de 1950 el discurso oficial, que de manera efímera había defendido el florecimiento de las culturas nacionales, apostaba ya por una fusión de los pueblos, rechazaba eventualmente la «idealización del pasado» que se revelaba en muchas reivindicaciones nacionalistas y reclamaba que el Partido asumiese una férrea dirección en el ámbito cultural, literario y artístico. Ese mismo discurso se ocupaba en subrayar que la descentralización que se estaba acometiendo tenía un único y económico objetivo —acrecentar la eficacia y la racionalidad de la gestión— y no obedecía, por tanto, a criterios *nacionales*; la acentuación de las tendencias centrífugas no se hallaba, en particular, entre sus metas. Eran tiempos, por lo demás, en los que otros rasgos de las políticas oficiales ganaban terreno: si, por un lado, el silencio con respecto a los problemas nacionales se imponía paulatinamente, por el otro empezaban a publicarse trabajos que reclamaban la acuñación de un nuevo concepto, el de *pueblo soviético*, que adquirió singular predicamento en el decenio siguiente. El programa del Partido aprobado por el XXII Congreso, en 1961, anunciaba el avance hacia «un nuevo estadio en el desarrollo de las relaciones nacionales en la URSS, en el cual las naciones se irían acercando hasta alcanzar una completa unidad». Aunque el programa reivindicaba la igualdad para todas las lenguas nacionales, no dudaba en otorgar un papel de privilegio al ruso, cuya reconocida primacía en las reformas educativas de 1959 había suscitado vivas protestas en el Báltico y en el Cáucaso. Había desaparecido, entretanto, toda referencia crítica al chovinismo que, en los años

anteriores, se había asociado a menudo con el nacionalismo ruso. Significativo es que el único progreso en la resolución de los conflictos nacionales que puede atribuirse a los últimos años de gobierno de Jrushchov fuese la rehabilitación formal, en el verano de 1964, de los alemanes, producto, sin duda, de numerosas presiones externas; no tuvieron la misma suerte, en cambio, quienes, como los turcos mesjetas o los tártaros de Crimea, no disfrutaban en el exterior de apoyos semejantes.

Esta marcha atrás en el reconocimiento de las diferencias y de los derechos nacionales coincidió, por otra parte, con una renovada campaña antirreligiosa. En 1961 la Iglesia Ortodoxa perdió, en beneficio del Estado, las atribuciones administrativas sobre edificios y propiedades que le habían sido reconocidas durante la Segunda Guerra Mundial. En los tres o cuatro años siguientes se cerraron unas diez mil iglesias ortodoxas, así como un número significativo de mezquitas y sinagogas. La relación entre esta política y las reivindicaciones nacionales era particularmente clara, una vez más, en los casos del Báltico y de la Ucrania occidental.

Coexistencia pacífica y penetración en el Tercer Mundo

Después de la muerte de Stalin, y antes de que, en 1955-1956, Jrushchov se hiciese de manera manifiesta con las riendas del poder, la política exterior soviética había seguido unos derroteros que reflejaban por igual la pervivencia de determinadas formas de comportamiento y la voluntad de mejorar las relaciones con el mundo externo. Así, y por citar algunos datos de relieve, en un conflicto en el que la implicación de la URSS era reducida, el de Corea, se alcanzó, en julio de 1953, un armisticio. Sin embargo, un mes antes las tropas soviéticas habían reprimido con dureza, en Berlín, una revuelta popular, y en agosto la URSS, ya claramente implicada en la carrera de armamentos, probaba su primera bomba de hidrógeno. La normalización de relaciones avanzaba, por otra parte, con vigor, como lo demostraban los casos de Yugoslavia, de Grecia y de la República Federal de Alemania, la firma de un tratado de paz con Austria o la renuncia de la URSS a las reivindicaciones territoriales que en los años anteriores había realizado a Turquía. A finales de 1955 Jrushchov visitaba la India y Birmania, en un movimiento precursor de lo que luego sería una activa

presencia en distintos lugares del Tercer Mundo. En términos generales, las relaciones de la URSS con un buen número de países que se hallaban fuera de su «esfera de influencia» se normalizaron, como al poco lo empezaron a demostrar las visitas a Moscú de muchos jefes de Estado, correspondidas por frecuentes desplazamientos de Jrushchov al exterior.

La primera transformación de peso operada por la política exterior soviética en los años posteriores a la muerte de Stalin fue la derivada de la introducción de un nuevo concepto: el de «coexistencia pacífica». Enunciada por Malenkov en 1953, respaldada por Jrushchov en 1956 y ratificada, en los hechos, por Brézhnev en los decenios de 1960 y 1970, de acuerdo con una declaración suscrita en noviembre de 1960 por una treintena de partidos comunistas

[...] la coexistencia pacífica de países con diferentes sistemas sociales no significa la conciliación de las ideologías socialista y burguesa. Muy al contrario, remite a la intensificación de la lucha de la clase trabajadora, de todos los partidos comunistas, por el triunfo de las ideas socialistas. Pero las disputas ideológicas y políticas entre los Estados no deben resolverse por medio de la guerra.

Mooney, 1982, 102

Elementos fundamentales de la nueva concepción eran el rechazo de la inevitabilidad de la guerra, la convicción de que la diplomacia podía dar satisfacción a todos y cada uno de los objetivos de la política soviética y, en fin, la certificación de que, pese a lo anterior, el enfrentamiento entre bloques tan solo llegaría a su fin una vez el bloque socialista, inherentemente superior, se hubiese impuesto en todo el planeta.

En estrecha relación con lo anterior, un elemento importante en la política de Jrushchov lo fueron los recortes efectuados en el gasto militar, iniciados ya en 1953 y 1954. Jrushchov respaldó también una reducción en el número de efectivos de las fuerzas armadas, que entre 1955 y 1958 descendió desde 5 763 000 hasta tan solo 3 623 000. Las nuevas reducciones anunciadas en 1960 —esta vez de 1 200 000 efectivos— se vieron frenadas cuando se hicieron notar la perspectiva de un enfrentamiento con China y las crisis de Berlín y Cuba. De resultas de estos nuevos datos, y por lo que parece, el gasto militar subió de

manera espectacular y contribuyó a acelerar la manifestación de un sinfín de problemas económicos. En el transfondo de estos avatares, Jrushchov había apostado con claridad por las unidades de misiles estratégicos —configuraron un servicio separado a finales de 1959— en menoscabo de las fuerzas convencionales. Esta apuesta, que suscitó quejas en la cúpula militar, se acompañaba de otras que dibujaban la precipitación de una política que entre otras cosas, y siempre en opinión de la cúpula mencionada, no incorporaba medidas que permitiesen la integración, en la economía civil, de los militares licenciados. Los conflictos con la cúpula militar fueron, en fin, muchos durante la era jrushchoviana, en la que encontraron su manifestación más espectacular en la destitución del mariscal Yúkov, quien poco antes —lo señalamos en su momento— había respaldado a Jrushchov frente al «grupo anti-Partido».

Por lo que respecta a la Europa central y oriental, el mencionado tratado de paz suscrito en 1955 entre la URSS y Austria, que reconocía la condición libre y neutral de esta última, parecía abrir el camino a una política más abierta. Otro tanto podía decirse de la devolución, a Finlandia, de la base naval de Porkkala a principios de 1956. Desde el punto de vista occidental, un dato desmentía, sin embargo, tal forma de ver las cosas: no era otro que la creación, también en 1955, del Pacto de Varsovia, una alianza militar que, claramente encabezada por la URSS, contaba como miembros a Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, la RDA y Rumania. De por medio se abría camino una situación compleja: al tiempo que la URSS acometía una liberalización interna —la vinculada con el fenómeno de la desestalinización— y desplegaba una política exterior menos agresiva —la relacionada con el principio de la coexistencia pacífica—, actuaba de manera extremadamente dura para poner freno a las disensiones que se hacían notar en su «parachoques de seguridad» en la Europa central y oriental. Así, en junio de 1956 la protesta de los trabajadores de la ciudad polaca de Poznan fue expeditivamente reprimida por tropas de seguridad interior que causaron una cincuentena de muertos. Mayor entidad, y un directo protagonismo soviético en la represión, la tuvo la revuelta húngara de octubre del mismo año, un masivo ejercicio de protesta —realizada desde posturas tan diferentes como la defensora de un sistema de consejos obreros y la que reclamaba la reintegración de Hungría al mundo occidental— contra el régimen, prosoviético, de Matyas Rakosi. Aunque los acontecimientos de Hungría provocaron una visible indignación en las cancillerías occidentales, pusieron de manifiesto el inequívoco vigor de las esferas de influencia pactadas

en Yalta: Occidente nada hizo por poner freno a la actuación soviética.

Lo anterior no impidió que se realizaran claros progresos en lo que respecta a las relaciones con Yugoslavia, país que Jrushchov había visitado en 1955. Las disculpas soviéticas por comportamientos anteriores abrieron el camino, en 1956, a la firma de una declaración conjunta en la que los partidos comunistas respectivos reconocían la existencia de «diferentes caminos hacia el socialismo». El monopolio ideológico que la URSS había intentado asumir quedaba así roto, bien que de manera consensuada. Pocos años después de esta normalización de relaciones, y en el marco del enfrentamiento entre la Unión Soviética y China, Albania inició un progresivo alejamiento de Moscú. En 1961 la URSS se vio obligada a abandonar la base naval de Vlorë, y en ese mismo año Albania dejó de pertenecer *de facto* al Pacto de Varsovia, que abandonó *de iure* en 1968. La relativa tolerancia que la URSS exhibió en relación con las *deserciones* yugoslava y albanesa, y, en otro plano —ahora lo veremos—, con las veleidades de independencia mostradas por Rumania, se explicaba por el menor interés estratégico y militar que el *flanco sur* del Pacto de Varsovia exhibía. No hay que olvidar que el choque europeo entre los dos bloques se producía en el *flanco norte* del Pacto —la RDA, Polonia, Checoslovaquia y, en menor medida, Hungría—, en donde la URSS no mostraba, en cambio, propensión alguna a tolerar actuaciones independientes por parte de sus aliados.



Foto 21. El Muro de Berlín se levantó en 1961.

Es cierto, sin embargo, que las actuaciones represivas en Alemania, Polonia y Hungría tuvieron a la postre un efecto paradójico: consciente de la erosión de su prestigio, la URSS procuró mitigar tensiones en todos esos países. Así, la posición de la URSS en el Pacto de Varsovia, de clara preeminencia, se modificó en beneficio de unas reglas del juego relativamente más equilibradas, que en 1958 sirvieron a Rumania para conseguir la retirada de las unidades militares de la URSS y la prohibición de desarrollo, en su territorio, de maniobras del Pacto. Mayor importancia tuvieron, si cabe, los cambios experimentados por las viejas relaciones económicas: el esquema metrópoli-colonias que, mal que bien, había imperado desde 1945, se invirtió en beneficio de los países de la Europa central y oriental, en adelante receptores netos de ayuda soviética. Por lo general, esta última asumió la forma de suministros de materias primas energéticas, proporcionadas con precios visiblemente inferiores a los de los mercados internacionales (lo anterior no quiere decir, naturalmente, que las nuevas ayudas soviéticas compensasen la desaparición de los flujos económicos, hacia el oeste, en los que algunos de esos países habían encontrado cierta prosperidad en el pasado). El CAEM se vio sometido a algunas reformas que le dieron mayor contenido, emprendió proyectos conjuntos entre los Estados miembros y acabó propiciando cierta división interna del trabajo que encomendó a Rumania y

Bulgaria, por ejemplo, buena parte de la producción agrícola. De manera global, el comercio de la URSS con sus aliados se incrementó espectacularmente, algo que por lo demás también sucedió con el mantenido con los países capitalistas desarrollados, en lo que no era sino el reflejo de una creciente apertura económica. Entre 1950 y 1958, por citar un dato, las importaciones totales soviéticas crecieron un 172%, mientras las exportaciones lo hacían un 130%.

Las relaciones con la gran potencia rival, los EE UU, se vieron marcadas por la prosecución de la carrera de armamentos y por la manifestación de eventuales y graves tensiones, como las que tuvieron por escenario Berlín y la isla de Cuba. Aunque la URSS de Jrushchov gustaba de presentarse a sí misma como una potencia militar que se hallaba a la cabeza de un bloque, el socialista, y que, por tanto, merecía respeto y atención, los movimientos acometidos no fueron precisamente afortunados. La URSS acudió, en 1960, en ayuda del gobierno que había nacido, un año antes, de una revolución nacionalista en Cuba. El acoso con que los Estados Unidos obsequiaron al nuevo régimen cubano permitió un rápido acrecentamiento de la presencia económica y de la influencia soviéticas. En 1962 Jrushchov anunció que la URSS procedería a instalar misiles nucleares en suelo cubano con objeto de defender a la isla de un eventual ataque estadounidense (se había producido ya un fallido desembarco, apoyado por los EE UU, en Bahía de Cochinos). La reacción norteamericana no se hizo esperar: los EE UU no tolerarían la presencia de misiles con cargas nucleares en un lugar tan próximo a sus costas. La amenaza de un ataque estadounidense hizo que Jrushchov, quien probablemente improvisó durante toda la crisis, diera marcha atrás, circunstancia que a efectos de la lucha interna por el poder en Moscú supuso un activo para sus detractores.

Bien poco después de la crisis cubana, la división entre los bloques y sus dramáticas consecuencias se hicieron patentes de nuevo cuando, en agosto de 1961, se construyó en la ciudad de Berlín un muro cuyo objetivo fundamental era evitar la masiva emigración de ciudadanos germanoorientales hacia Occidente. Tres años antes, en 1958, se habían cerrado las fronteras interalemanas, circunstancia que había permitido cierta estabilización de la economía de la RDA. Los enormes riesgos que se hicieron notar durante las crisis cubana y berlinesa tuvieron, con todo, un efecto saludable: tanto en los EE UU como en la URSS se tomó conciencia de la necesidad de mejorar los mecanismos de información y de resolución de conflictos. En este mismo espíritu las dos grandes potencias firmaron un tratado de prohibición parcial de

pruebas nucleares, suscribieron un acuerdo para facilitar la comunicación en casos de crisis (el *Hot-line Agreement*) y llegaron a la conclusión de que tareas como las desempeñadas en el pasado por los llamados aviones-espía —el derribo de uno de ellos, un U-2 norteamericano, por la URSS había provocado una grave crisis en 1960—, al acrecentar la información de las partes, tenían una importancia vital.

Es cierto que, en otro plano, una de las lecciones que las autoridades soviéticas extrajeron de los acontecimientos de principios del decenio de 1960 fue la que apuntaba la urgente necesidad de acrecentar el poderío militar, con objeto de evitar en el futuro situaciones de desequilibrio como la registrada en Cuba. Ello supuso, por ejemplo, un notable acelerón en el programa de modernización de las fuerzas navales de la URSS, que pronto accedieron a las aguas del Atlántico y del Mediterráneo. Implicó también un nuevo esfuerzo encaminado a reducir la ventaja norteamericana en misiles balísticos intercontinentales y en bombarderos transportadores, e impulsos adicionales a una carrera espacial en la que los EE UU parecían hallarse por detrás, sin embargo, de la Unión Soviética.

Un último elemento, claro que sustantivo, de la política exterior jrushchoviana fue —lo hemos apuntado ya antes— la puesta en marcha de una notoria actividad de la URSS en distintas partes del Tercer Mundo. Al respecto, la Unión Soviética acometió una primera desideologización en sus relaciones, toda vez que asumió la conveniencia de apoyar a formaciones políticas no afines, de acrecentar los vínculos económicos con Estados que presentaban los regímenes más dispares y de ganar terreno, en su enfrentamiento con los Estados Unidos, también en la mitad meridional del planeta. La ruptura del cerco que desde 1917 se había perfilado en torno al Estado soviético empezaba a ser una realidad. El hito más espectacular de esta nueva forma de entender las relaciones con los países más pobres fue el apoyo dispensado a Egipto, que en 1955 adquirió —a través de Checoslovaquia— armas soviéticas y poco después, pese a las presiones norteamericanas y británicas, permitió que fuera la ayuda de la URSS la que pusiese en marcha el ambicioso proyecto de la presa de Asuán. La actitud soviética ante la crisis de Suez de 1956, con una abierta oposición a la operación militar desarrollada por británicos, franceses e israelíes, contribuyó, por otra parte, a mejorar la imagen de Moscú en el mundo árabe.

La presencia de la URSS se hacía sentir también, de cualquier modo, en otros lugares del Tercer Mundo. Dejando aparte el caso, del que ya nos hemos

ocupado, de Cuba, baste con recordar al respecto las aproximaciones soviéticas a varios países árabes; el apoyo de Moscú al gobierno de Patrice Lumumba en el Congo; la estrecha, aunque intermitente, relación con Afganistán; las ayudas recibidas por el Partido Comunista de Indonesia, el *Vietcong* norvietnamita o el *Pathet Lao* laosiano, y la sólida relación que la URSS pasó a desarrollar con la India. Aunque algunas de estas relaciones tenían un evidente carácter militar, la URSS empezó a sacar partido también a las oportunidades económicas que para su desarrollo industrial ofrecían algunos países del Tercer Mundo. Los casos de la India y de Egipto fueron los más ilustrativos al respecto.

La mejora de las relaciones de la URSS con los países que acababan de alcanzar su independencia no tenía correlato en los vínculos con China. Las relaciones chino-soviéticas exhibieron un momento álgido en 1957 cuando Jrushchov visitó Pekín y firmó diversos acuerdos de colaboración económica y militar. Las autoridades chinas no miraban con buenos ojos, sin embargo, la política de desestalinización, y parecían considerar que la ayuda soviética no alcanzaba los niveles requeridos; el compromiso de entrega de armas nucleares contraído por Jrushchov no fue, por otra parte, satisfecho. El principio de coexistencia pacífica y las relativas aproximaciones de la URSS a los Estados Unidos —con una secuela: la sensación de que la primera no acudiría en defensa de China en caso de un ataque norteamericano— suscitaron también recelos, que se incrementaron cuando la Unión Soviética no se puso manifiestamente del lado de Pekín en los enfrentamientos de China con Taiwán y con la India. En 1960 la tensión condujo a una visible ruptura, cuyos efectos se hicieron notar en la forma de un nuevo cisma entre partidos comunistas. Los técnicos y los consejeros soviéticos que trabajaban en China regresaron a su país. Fueran las cosas como fueran, lo cierto es que en el momento de la caída de Jrushchov, en 1964, el monopolio ideológico que Moscú había ostentado en tiempos de Stalin se había roto en beneficio de la aparición de nuevos polos de atracción como los que tenían su sede en Pekín, Belgrado o, con intensidad diferente, La Habana y Hanoi.

CAPÍTULO 7

EL ESTANCAMIENTO BREZHNEVIANO

Las constantes y contradictorias medidas introducidas por Jrushchov acabaron por provocar el descontento de muchos de sus colegas y de buena parte de la población. Aunque la inseguridad que atenazaba a los miembros del Partido y a los funcionarios estatales tenía ahora un carácter mucho más benigno que el común en las décadas de 1930 y 1940, lo cierto es que Jrushchov no había conseguido granjearse apoyos sólidos en sector alguno de la vida del país. Si unos recordaban los pésimos resultados de algunas de las operaciones agrícolas acometidas, otros tenían presente el fracaso derivado de la crisis cubana. Si unos estimaban que la desestalinización había ido demasiado lejos, otros no olvidaban las secuelas, en ocasiones dramáticas, de la política de reducciones de efectivos en las fuerzas armadas.

Así las cosas, y en un movimiento que no fue particularmente sorprendente, Jrushchov fue relevado de sus funciones tras una reunión del Comité Central del PCUS celebrada en octubre de 1964. Sobre sus espaldas recayeron varias acusaciones expresas: culto a la personalidad, intromisión en el trabajo de los especialistas, propensión a la puesta en práctica de injustificables reformas administrativas y comportamiento imprudente en el ámbito de la política

exterior. El diario *Pravda* señaló en aquellos días que Jrushchov era responsable de «subjetivismo y falta de dirección en la construcción comunista... esquemas volubles, decisiones precipitadas, acciones en abierto divorcio con la realidad, excesos verbales y dirigismo» (Mooney, 1982, 32).

Vistas las cosas con varias décadas de distancia, es sencillo apuntarse a una tesis: la que sostiene que la defenestración de Jrushchov —quien murió, marginado de toda actividad política, en 1971— puso fin a las últimas esperanzas de una transformación *a tiempo* de un sistema que había entrado ya en una peligrosa crisis. Aunque algo hay de verdad en esa forma de ver las cosas, no conviene exagerar el compromiso de Jrushchov con unas reformas que en los hechos habían errado en sus objetivos y habían mostrado inequívocas limitaciones. Al respecto, y comoquiera que la imagen de Jrushchov en sus últimos años de dirección no era precisamente la de un dirigente comprometido con vertebradas políticas de cambio, y sí la de un político precipitado que había perdido el rumbo, no puede sorprender que la primera visión que se tuvo de sus sucesores no fuese manifiestamente negativa. De hecho, la idea de que un ciclo reformista había llegado a su fin tardó varios años en consolidarse, y no fixe en modo alguno la interpretación inmediata suscitada por la caída de Jrushchov; en 1965 y 1966, por ejemplo, prosiguieron las rehabilitaciones de víctimas de Stalin, de la misma manera que se acometió un aparente esfuerzo de aplicación de un programa económico de cariz reformista. Acaso la gran diferencia entre los cambios auspiciados por Jrushchov en las décadas de 1950 y 1960, y los que acaecieron, de la mano de Gorbachov, un cuarto de siglo después, estriba en que a través de estos últimos la población pudo recuperar, mal que bien, una parte de la palabra que le había sido substraída antes y después de 1917. Nada de esto ocurrió —ninguna *glásnost* se abrió camino— en los tiempos de Jrushchov.

Aparte de lo anterior, y en lo que se refiere ahora a los sucesores de Jrushchov, el rasgo con el que comúnmente se les asocia es el *estancamiento* al que condujeron a la economía y a la sociedad soviéticas. La ignorancia de una crisis cuyos síntomas externos eran manifiestos fue una característica de toda la era brezhneviana, indisociable de una visible desidia en lo que respecta a la introducción de reformas que intentasen poner freno a la degradación de todos los procesos. Aun así, parece que en los últimos años del período que nos ocupa —finales de la década de 1970 y principios de la de 1980— incluso la dirección brezhneviana se vio obligada a tomar nota de la hondura de la crisis en curso, como acaso lo refleja la postrera decisión de poner coto al crecimiento,

desmesurado, del gasto militar. En paralelo, y de manera subterránea, era evidente una vez más que en la sociedad soviética se estaban verificando importantes cambios que mucho tenían que ver, por ejemplo, con la urbanización y con la extensión del aparato educativo.

Otro de los rasgos vertebradores de este período fue lo que se antoja cierto grado de retorno a la era estaliniana. Es verdad, sin embargo, que la afirmación anterior merece mayor precisión, por cuanto no puede afirmarse en sentido estricto que, pese a la desestalinización, el orden creado en la década de 1930 se hubiese venido abajo de la mano de Jrushchov. Tanto con este como con sus sucesores pervivieron las instituciones políticas que habían quedado plasmadas en la Constitución de 1936, y otro tanto sucedió con el armazón de la planificación centralizada y de la colectivización del campo. Lo que sí es cierto es que los elementos de revisión del pasado y de «rectificación de los abusos» que se habían hecho sentir al amparo de las políticas de Jrushchov remitieron, unas veces en beneficio de la exaltación de Stalin como caudillo militar durante la guerra, otras en provecho de un silencio que no dejaba espacio a la crítica del estalinismo y de sus aberraciones. En términos generales, acaso la dirección brezhneviana fue más coherente en este ámbito que su predecesora: esquivó la falta de lógica de una actitud, la de Jrushchov, que, al mismo tiempo que denostaba a Stalin, no ponía en cuestión la esencia del *statu quo* legado por el dictador. *El terror de masas*, que fue sin duda uno de los rasgos identificatorios del decenio de 1930, no hizo su reaparición, en cualquier caso, ni con Nikita Jrushchov ni con Leonid Brézhnev.

En el plano de la política exterior, sí que parece innegable que los sucesores de Jrushchov asumieron —con notable coherencia, por cierto— un proyecto con perfiles bien acotados. Entre sus objetivos se contó, en lugar privilegiado, la consolidación del bloque socialista, asentada siempre en un férreo control ejercido sobre los Estados aliados. Moscú puso todo lo que estaba de su parte para reforzar —frente a unos y otros competidores— su imagen de cabeza mundial del movimiento comunista, y no le hizo ascos a eventuales expansiones en el Tercer Mundo; en el caso de estas últimas, los dirigentes soviéticos fueron muy cautelosos, sin embargo, a la hora de asumir riesgos. Por lo demás, propiciaron un entendimiento con los Estados Unidos, sobre la doble base de un control mutuo en lo que se refiere a las dimensiones y prestaciones de los arsenales militares, y de un reconocimiento de las respectivas «esferas de influencia» en las distintas partes del globo.

Nomenclaturistas, gerontócratas y disidentes

El interregno que siguió a la destitución de Jrushchov tocó parcialmente a su fin con ocasión de la celebración del XXIII Congreso del PCUS, en marzo-abril de 1966. En su transcurso se produjo la ratificación de una singular división de atribuciones: Leonid Brézhnev fue confirmado como secretario general del Partido, Alekséi Kosiguin lo fue en su calidad de primer ministro y jefe del Gobierno, mientras Nikolai Podgorni conservó sus funciones como jefe del Estado. El Congreso se adaptó a la perfección, por lo demás, a la nueva etapa que se abría: en sus sesiones se obvió por completo la discusión de materias conflictivas, como en su caso lo hubieran sido las relativas al estalinismo o a las políticas de Jrushchov. Sobre el papel, y con Podgorni en un segundo plano, Brézhnev quedó a cargo de los asuntos relativos al Partido y a la política interna, mientras Kosiguin asumía la dirección de la política exterior, y uno y otro compartían responsabilidades en lo que a la economía se refiere. En los hechos, sin embargo, pronto fue evidente que Brézhnev gustaba de hacerse presente en los eventos internacionales más diversos y que Kosiguin iba quedando cada vez más relegado. El nombramiento del mariscal Andréi Grechko como ministro de Defensa, en 1967, puso de manifiesto, por otra parte, el apoyo que Brézhnev estaba empezando a recibir de las fuerzas armadas. Figura en claro ascenso, Brézhnev fue, a la postre, el arquitecto soviético de la distensión con los Estados Unidos.

En los años de dirección brezhneviana todas las instituciones políticas experimentaron un claro anquilosamiento. La relativa vitalidad que habían exhibido en tiempo de Jrushchov remitió en beneficio de un sistema en el que el Soviet Supremo, que se reunía durante unos pocos días un par de veces al año, y cuyos miembros eran designados por los votos de la población en elecciones en las que se presentaba un solo candidato, se limitaba a ratificar las *propuestas* de ley realizadas por el poder ejecutivo. Este se encarnaba en dos instancias, el Politburó y el Secretariado del Comité Central del PCUS, cuyos miembros eran cooptados. Aunque existía formalmente un Gobierno con un complejo aparato ministerial, en los hechos la tarea de gobernar correspondía al Politburó. Un significativo rasgo adicional lo era la escasa rotación de las personas en los

puestos, que pronto tuvo como consecuencia un notable envejecimiento de la clase política, y la afloración de una auténtica gerontocracia. Entre 1964 y 1979 la rotación de los dirigentes locales del PCUS fue un 50% inferior a la registrada entre 1953 y 1964. De las 58 personas que en 1966 tenían la condición de ministro o de viceministro, únicamente 12 la habían perdido en 1978, y ello pese a que un año después el promedio de edad del grupo correspondiente era de 70 años. Entre los miembros del Politburó la edad promedio había ascendido desde 62 años en 1972 hasta 69 en 1979, mientras que entre los del Comité Central del PCUS se había elevado desde 56, en 1966, hasta 63, en 1982; para estos dos últimos años, las cifras correspondientes al Consejo de Ministros eran de 58 y 65.

En el origen de casi todos los problemas estaba, de cualquier modo, otra circunstancia:

Se trataba de una organización dominada por la dirección y en la cual se confiaba en que todas las políticas procedieran de esta. No existía, por tanto, la expectativa de que los agentes actuaran por su propia iniciativa. Si la dirección no era dinámica, o no se mostraba capaz de llamar a la tropa cuando había que batallar, ninguna acción emanaría del aparato del Partido: simplemente mantendría en vigor las prácticas habituales, preservaría el *statu quo* y defendería su posición frente a los ataques que llegasen de arriba o de abajo.

Mcauley, 1992, 82

Dada la inmovilidad de la dirección del PCUS, y la ausencia, histórica, de controles desde la base, las cosas discurrían por el mejor de los cauces para la burocracia que, con medios de comunicación tan poderosos como amordazados, no podía ser cuestionada desde ángulo alguno. Así las cosas, la extensión de los casos de corrupción, que hoy sabemos fueron numerosísimos en la década de 1970, pasó inadvertida para la mayoría de los soviéticos.

Tal vez el dato fundamental para entender la naturaleza de las políticas desplegadas por Brézhnev es el que identifica un deseo de otorgar a la burocracia una estabilidad que, como hemos visto, se había resentido en las etapas anteriores. Al respecto, se hizo un notable esfuerzo para mejorar la condición de

vida, y el prestigio, de la *nomenklatura*, término este que designaba las listas de puestos que, en el Estado y en el Partido, requerían del visto bueno de este último, y que empezó a hacerse común a la hora de identificar a los estamentos burocráticos. Hay quien, con visible exageración, e ignorando la influencia de otros muchos aspectos, ha concluido que fue precisamente esta *concesión* de Brézhnev la que, al suprimir algunos de los instrumentos de presión que en el pasado habían operado sobre la burocracia, sentó las bases para el estancamiento en todas sus formas. Sean como sean las cosas, de la mano de Brézhnev las diferencias de nivel de vida entre los nomenclaturistas y el resto de la población se hicieron cada vez más evidentes. La utilización con fines privados, y no siempre ajustada a las leyes, de los bienes del Estado se convirtió en regla y los privilegios —viviendas, tiendas especiales, viajes...— de esta minoría de la población alcanzaron cotas insospechadas, tanto más notorias cuanto que el país avanzaba con rapidez por el camino de la crisis.

Brézhnev fue, por lo demás, un dirigente de consenso, empeñado en reducir a la nada, aun a costa de adoptar políticas extremadamente ambiguas y vacías, los enfrentamientos entre facciones. Con una enorme paciencia desarrolló un complejo sistema clientelar que acabó por hacer de él, en el marco del proceso que antes describíamos, el dirigente indiscutido del país; en 1977 acumuló en su persona la secretaría general del PCUS y la condición de jefe del Estado. El asiento formal del poder brezhneviano lo fue la mencionada *nomenklatura*, conformada, según las estimaciones, por uno o dos millones de personas que dirigían los aparatos del Partido y del Estado. El número de miembros del PCUS, entretanto, no dejó de crecer: si en 1964 era de once millones, en 1973 se situaba próximo a los quince, esto es, del orden del 9% de la población adulta. Difícilmente puede sorprender que entre los militantes del Partido predominasen los «cuellos blancos», y que el nivel medio de formación de aquellos fuese sensiblemente superior al característico del conjunto de la sociedad soviética: el PCUS era, con mucho, el principal medio de promoción social. En su seno los varones estaban manifiestamente mejor representados —solo un 22% de los miembros del Partido eran mujeres—, como lo estaban, por lo demás, los rusos.

La Constitución de 1977, la Constitución brezhneviana, colocaba al PCUS en el núcleo de todo el sistema político y le otorgaba el máximo papel dirigente. Aunque reconocía un sinfín de derechos y libertades, especificaba que su ejercicio no debía lesionar los intereses de la sociedad y del Estado. Semejante recordatorio no era trivial, por cuanto la era brezhneviana fue también, y no sin

paradoja, la de la consolidación de un fenómeno que apenas contaba con antecedentes en la URSS: el de la *disidencia*. Científicos y escritores llenaron las filas de los escasos, pero ruidosos, movimientos disidentes, que —echando mano casi siempre de publicaciones clandestinas, la llamada literatura de *samizdat*— pusieron manos a la tarea de denunciar las violaciones de los derechos humanos y los mecanismos de poder vigentes, cuando no se ocuparon de los efectos de la represión nacional y religiosa. Los primeros disidentes en el sentido en que con posterioridad se utilizó esta palabra fueron dos escritores, Yuri Daniel y Andréi Siniavski, procesados en 1966 por publicar en Occidente algunos textos satíricos. Más adelante, y ya en la década de 1970, el exilio del escritor Aleksandr Solzenitsin permitió que Andréi Sájarov, un físico que había trabajado en el diseño de la bomba de hidrógeno soviética, se convirtiese en la referencia obligada de los movimientos disidentes; galardonado con el premio Nobel de la Paz en 1975, Sájarov fue desterrado a la ciudad de Gorki cinco años después. La principal tarea de Sájarov fue el compromiso con la defensa de los derechos humanos, en un marco en el que la firma de la llamada Acta de Helsinki por la URSS, también en 1975, había obligado formalmente a las autoridades a acatar determinadas normas internacionales; aunque el respeto de estas siguió dejando mucho que desear, el Acta permitió que hiciesen su aparición varios grupos encargados de vigilar su cumplimiento. Otras formas de disidencia tenían un carácter más estrechamente político, y remitían a la reivindicación de un leninismo no adulterado —este era el caso del historiador Roy Medvédev y del general Piotr Grigorenko—, o a un renacimiento del nacionalismo ruso —bien reflejado en la obra del ya citado Solzenitsin—. Aunque innegablemente apreciados por una parte de la población, los disidentes del decenio de 1970, siempre hostigados por los aparatos policiales, tuvieron más eco fuera de su país que en la Unión Soviética.

Por lo demás, la era brezhneviana fue un período de monumentalismo, rituales y manifiestos excesos oratorios, difundidos a los cuatro vientos por un nuevo medio, la televisión, que había visto multiplicar por doce el número de sus receptores entre 1958 y 1968. Esa parafernalia provocó tensiones adicionales entre el poder y quienes se ocupaban de problemas reales —la crisis social, la falta de adecuación de las instituciones políticas, la ausencia de libertad— o se dejaban llevar por el influjo de valores, ideas y prácticas procedentes del mundo occidental. En el ámbito literario el desmesurado crecimiento de las ciudades tuvo varias secuelas: una fue la aparición de una *cultura de masas*, con la

paralela difusión de la ciencia ficción o de la novela policiaca; la otra consistió en un significativo, y reactivo, auge de la literatura ruralista que, de la mano de escritores como Valentín Rasputin o Vasili Bíkov, procuraba preservar valores que se estaban perdiendo y servía de fermento ideológico para lo que unos años después sería una eclosión nacionalista en Rusia. El *ruralismo*, aceptado sin excesivos problemas en los círculos oficiales, acarreaba, sin embargo, una ruptura con los códigos del realismo socialista. Este pervivía, con todo, en el sinfín de relatos que seguían ocupándose de la *gran guerra patria* y en buena parte de la restante literatura de pretensiones históricas. Junto a la *cultura de masas* mencionada, no faltaba tampoco una literatura urbana, que contaba entre sus representantes a Yevgueni Popov, Vladimir Voinóvich, Venedikt Yeroféyev y Yuri Trifonov.

La década de 1970 fue también el período de estallido de algunas manifestaciones culturales que, muy próximas a la estética de la disidencia, fueron tratadas con alguna tolerancia, en lo que invita a llegar a una conclusión: el *deshiello* jrushchoviano no fue objeto de una radical inversión en los años de Brézhnev. Las canciones de Bulat Okudjava, las de Aleksandr Galich y, en particular, las de Vladimir Visotski así lo atestiguan. Al amparo de la distensión que imperaba en las relaciones internacionales, los productos musicales occidentales —en particular el rock y el jazz— pudieron difundirse, por otra parte, sin apenas cortapisas oficiales, al tiempo que en algunas ciudades surgía un marginal, pero real, remedo de la cultura *hippy*. Las propias producciones cinematográficas, tan numerosas como difundidas, ofrecían a menudo una visión de la vida soviética que, cargada de sutileza, de humor o de ironía, no siempre se ajustaba a los cánones; así lo certificaban *Osenni marafón* (*Maratón de otoño*), de Gueorgui Daniéliya, o *Rabá liubvi* (*Esclava de amor*), de Nikita Mijalkov. Al igual que sucedió en tiempos de Jrushchov, esta relativa tolerancia en modo alguno ilustraba un cambio en los tradicionalísimos gustos artísticos o literarios de la dirección soviética, más próximos a la estética del realismo socialista y de una música popular adobada, una vez más, de valores nacionales, muchas veces cargada de nostalgia y eventualmente interpretada entre marchas militares. Con el concurso de la televisión, el deporte —más en su versión contemplativa que en la participativa— había pasado a ser, en fin, un elemento central de la nueva *cultura de masas*.

El estancamiento económico y sus causas

En el capítulo anterior, al referirnos a la era de Jrushchov, hemos tenido ya la oportunidad de retomar el contacto con algunos de los problemas de siempre de la economía soviética. Esos problemas se ahondaron, hasta alcanzar dimensiones inesperadas, de la mano de Brézhnev, bajo cuya égida pronto quedaron olvidados los optimistas pronósticos que, en tiempos de su antecesor, auguraban para la década de 1970 el establecimiento de las bases de una sociedad comunista y para el decenio siguiente la realización plena de esta última. De mediar estadísticas más fiables, se hubiera hecho evidente que la caída en el ritmo de crecimiento que empezó a percibirse con claridad ocultaba lo que sin duda era ya una situación de alarmante estancamiento económico.

A la hora de describir los problemas de la economía había que hablar de nuevo, en primer lugar, de la ausencia, o en su caso de la debilidad, de estímulos, de carácter económico o extraeconómico.

Muchos mecanismos represivos habían desaparecido y, por otra parte, no existía una dirección política capaz de generar en la población una ilusión colectiva que actuase como revulsivo de conciencias adormecidas. En el capítulo segundo identificamos ya los problemas derivados de un hecho: los directores de las empresas no ostentaban la propiedad de estas, ni necesitaban hacer máximo el rendimiento de los trabajadores. Con un margen de maniobra menor al existente en el mundo capitalista y con limitadas posibilidades de enriquecimiento privado, a la burocracia le bastaba con satisfacer sus necesidades y garantizar la reproducción del sistema. Así las cosas, y al menos desde el final de la era estaliniana, la dirección de las empresas se vio poco menos que obligada a aceptar la falta de disciplina y el bajo rendimiento de los trabajadores. El lema «yo hago que trabajo y tú haces que me pagas» describe de manera gráfica una situación en la que existía un equilibrio entre el escaso rendimiento laboral y los bajos niveles de consumo de la población.

Por lo que parece, una buena parte de los trabajadores se sentían relativamente satisfechos con esta situación o, al menos, no estaban dispuestos a introducir cambios en su comportamiento. El Estado garantizaba el pleno empleo, y los asalariados encontraban en el cambio frecuente de puesto de

trabajo un resorte para hacer frente a muchos de los problemas de presión laboral que pudieran presentarse. Al mismo tiempo, el Estado proporcionaba servicios —sanidad, educación...— gratuitos y universales, subvencionaba un buen número de bienes de primera necesidad y, por añadidura, alentaba sucesivas reducciones en la jornada de trabajo (de las 48 horas semanales de 1955 se había pasado a 41 en 1971). Esta situación de relativo privilegio —la calidad de esos servicios dejaba mucho que desear y la oferta de la mayoría de los bienes era escasa— se veía contrapesada por la inexistencia de derechos de carácter político y sindical. Los trabajadores no contaban con organizaciones que defendiesen sus intereses y los sindicatos, como vimos en su momento, eran ante todo instrumentos de control y garantes de que la actividad productiva discurría por los cauces previstos. Todo lo anterior era un efecto no deseado del caos y del conservadurismo burocráticos, y no respondía en forma alguna a la libre decisión de la población, que de haber mediado a buen seguro hubiera dado lugar a otro contrato social en el que, lejos de los mastodónticos complejos industriales, hubiesen ganado terreno la industria ligera, la agricultura o los servicios.

En segundo lugar, es menester hacer mención de los problemas generales derivados del sistema de planificación centralizada. Una característica fundamental de su funcionamiento lo era el control excesivo, y al mismo tiempo ineficaz, que el *centro* ejercía sobre el conjunto de la economía. El *centro* carecía de la información y de los instrumentos necesarios para actuar, y al mismo tiempo mantenía un sinfín de reglas que trababan el libre funcionamiento de los agentes económicos. Ilustraba a la perfección, en otras palabras, el buen sentido de la descripción de la burocracia realizada por Marx en su momento:

Su jerarquía es una jerarquía de conocimientos. La parte superior confía a los niveles inferiores la comprensión de los detalles, mientras que los niveles inferiores creen en el conocimiento que la parte superior tiene de lo general, por lo que todos son engañados.

Así las cosas, los organismos directores de la economía —en lugar privilegiado el *Gosplan*, encargado de la planificación— fijaban los planes en torno a unas grandes y en exceso genéricas prioridades, más o menos satisfechas, siempre sobre la base de decisiones administrativas y con arreglo a precios que ignoraban los costos reales y la relación oferta-demanda. Usaban y abusaban de índices

cuantitativos, que para nada tomaban en consideración la calidad de los bienes producidos y de los servicios proporcionados. No ponían cortapisas al esquilmamiento de recursos manifiestamente escasos, al tiempo que alentaban sistemáticos desequilibrios estructurales, casi siempre en beneficio de la industria pesada y del sector militar.

Las empresas, por su parte, dependían de forma muy estrecha de los organismos directores, de los que recibían instrucciones y recursos. En los hechos, carecían por completo de iniciativa y de incentivos, y la producción de nuevos bienes y la innovación tecnológica eran prácticamente desechadas, por cuanto podían alterar el funcionamiento habitual y provocar el incumplimiento del plan. Previendo tiempos peores, acumulaban más reservas de las necesarias y utilizaban más recursos de los precisos. Generalmente, proporcionaban datos estadísticos retocados y procuraban que su producción no fuese excesiva, con objeto de evitar así exigencias futuras de los organismos directores. Sin contactos con usuarios y proveedores, se veían obligadas a participar, mal que bien, en una *economía complementaria* en la que se verificaban —de manera más o menos tolerada— acuerdos informales de trueque o de concesión de créditos entre empresas, en la que se adquirían, fuera de los conductos oficiales, materias primas y bienes de equipo, y en la que, en suma, con frecuencia se canalizaban hacia otros ámbitos bienes manifiestamente escasos (procedimientos semejantes eran puestos en práctica por los ciudadanos para hacer frente a la escasez y a las deficiencias en los servicios); esta economía complementaria, en ocasiones manifiestamente *subterránea*, parecía alcanzar cotas especiales en las repúblicas del Asia central y en el Cáucaso. La perspectiva de cierre o de quiebra de una empresa, en fin, no existía: la prosecución de actividad estaba garantizada por las ayudas y los subsidios estatales. En las palabras de Otto Latsis, «el sistema es como una persona que no siente dolor. En términos médicos esto es muy peligroso y constituye una enfermedad, que puede ser fatal por cuanto las señales de dolor son fundamentales».

Un tercer, y grave, problema de carácter general era el configurado por las dificultades que encontraba la innovación tecnológica. Con recursos escasos dedicados a la registrada en la economía civil, el relativo progreso técnico se concentraba en el sector de bienes de producción y apenas alcanzaba al de bienes de consumo. Ya hemos apuntado que la innovación perturbaba el proceso normal de producción y podía llegar a comprometer la satisfacción de los objetivos planificados. El absoluto predominio de índices cuantitativos y la rigidez del

sistema de precios —que impedía que las empresas se beneficiasen directamente de los incrementos en la productividad— eran otras tantas trabas para la innovación. Existía, además, una clara separación entre el trabajo en investigación y desarrollo, por una parte, y la producción, por la otra, de tal suerte que era frecuente que los centros de investigación ignorasen quiénes eran los destinatarios de los nuevos dispositivos, siempre en el marco de un proceso de difusión de tecnologías, y de recepción de tecnologías foráneas, extremadamente lento. Consecuencias de todo lo anterior eran la notoria caducidad de muchos de los dispositivos en uso —en 1984 un 60% de las tecnologías empleadas tenía más de diez años de antigüedad y la vida activa de una máquina era entre tres y cuatro veces superior a la registrada en los EE UU — y la paralela existencia de enormes equipos destinados exclusivamente a tareas de reparación. Por lo demás, los niveles de desarrollo tecnológico eran muy dispares. Mientras en algunos sectores —el militar y el de producción de electricidad, en particular— resultaban ser globalmente equiparables a los occidentales, había industrias tradicionales que, como las del hierro y el acero, habían alcanzado un nivel de desarrollo aceptable y capacidades de innovación ciertas, pese a lo cual mostraban un rendimiento desigual y deficiencias significativas en cuanto a la calidad de sus productos. Fuera de estos ámbitos, el desfase tecnológico de la URSS era evidente, tal y como lo demostraban de manera fehaciente la industria química, la del automóvil o la informática.

Un cuarto factor estructural del que hay que hacer mención es el derivado de las dimensiones y de las singularidades exhibidas por el sector militar de la economía. Por lo que a las primeras respecta, y aun siendo muchas y muy dispares las evaluaciones del gasto militar soviético, hay acuerdo general en un hecho: suponía, en términos porcentuales, una detracción de recursos muy superior a la común en el mundo occidental y ello, por añadidura, en una economía en visible crisis. Las distintas estimaciones manejadas sitúan el gasto militar del decenio de 1970 en torno a un 15% del producto interior bruto (el porcentaje correspondiente en los EE UU era del orden del 6%). La naturaleza económica de la industria de defensa suscitaba, entretanto, dos interpretaciones. De acuerdo con la primera, el funcionamiento relativamente aceptable de aquella era consecuencia de la absoluta prioridad de que gozaba en la asignación de recursos, lo cual dibujaba una situación de despilfarro extremo:

El aparato militar es cualquier cosa menos un islote de eficiencia en un mar de incompetencia: reproduce las características de la sociedad que lo dio a luz. Se encuentran en él la competición entre instituciones y agentes, y sus consecuencias, en forma de producción por la producción, desespecialización, redundancia de actividades...

Sapir, 1987, 302

Con arreglo a otra lectura, relativamente desacreditada en los últimos años, la industria de defensa desarrollaba sistemas de control de calidad, disponía de centros de investigación estrechamente ligados al aparato productivo, podía fijar prioridades a largo plazo y se beneficiaba de la competencia del complejo industrial-militar norteamericano, circunstancias todas que le permitían exhibir un notable grado de eficiencia, hasta el punto de reclamar una extensión de sus métodos de gestión a la economía civil.

Fueren las cosas como fueren, el grado de permeabilidad entre los sectores civil y militar de la economía soviética resultó ser siempre muy escaso: aunque, espoleado por la competencia externa, el sector militar fue el principal núcleo de innovación, los efectos de las capacidades adquiridas apenas se hicieron notar en una economía civil claramente postergada. Este hecho no debe hacer olvidar, sin embargo, que una parte de la producción de la industria de defensa se destinaba a satisfacer demandas procedentes de la economía civil. Con ocasión del XXIV Congreso del PCUS, Brézhnev señaló que esta última era el destinatario del 42% de los bienes generados por aquella. Esto al margen, las fuerzas armadas desarrollaban algunas tareas de importancia en ámbitos como la ampliación de la red ferroviaria, la asistencia en caso de catástrofes naturales, la construcción o las faenas agrícolas. Claro que, como contraprestación, la industria de defensa detraía recursos ingentes: entre un 23 y un 39% del presupuesto global destinado a investigación y desarrollo, una tercera parte de la producción del sector de fabricación de maquinaria, una quinta de la del metalúrgico, una sexta de la industria química y un porcentaje similar del sector energético... Estas circunstancias explican acaso por qué en la segunda mitad de la década de 1970 —cuando los signos de la crisis económica eran cada vez más agudos— se produjeron significativas disensiones entre un poder civil decidido a frenar el crecimiento del gasto militar y una cúpula de las fuerzas armadas que, encabezada por el mariscal Nikolái Ogárvov, seguía viendo en la industria de

defensa un eventual motor tecnológico de la economía civil y un baluarte en la defensa del país.

Hay que hablar de un último problema de base de la economía soviética: la relación que la planificación centralizada exhibía con gravísimas agresiones medioambientales. En su esfuerzo por emular a las potencias capitalistas desarrolladas, la URSS reforzó las tendencias centralizadoras, privilegió un desmesurado y despilfarrador desarrollo industrial y, a la postre, alentó algunas de las más crudas fórmulas de producción por la producción que ha conocido el planeta. La irracionalidad de los planes permitió el acometimiento de gigantescos proyectos que eran cancelados, con sangrantes efectos económicos y ecológicos, mucho después. Las normativas legales apenas servían para nada en un escenario en el que los recursos destinados a remediar las agresiones que nos ocupan eran exiguos. Los obstáculos con que topaban la innovación y la difusión de tecnologías eran apreciables también en el ámbito del instrumental técnico de prevención y de control, mientras un secretismo extremo rodeaba a los problemas ecológicos.

Las cosas así, pocos espacios físicos escapaban a las agresiones medioambientales. Más de un centenar de ciudades mostraban tasas de contaminación diez veces superiores a las legalmente permitidas. Ríos (Volga, Moskvá, Ob, Don, Angará), lagos (Baikal, Caspio, Aral) y franjas litorales (Azov, Báltico, Negro) se vieron sometidos a continuas agresiones que afectaron también a grandes superficies de cultivo en las que se verificaba un empleo indiscriminado de pesticidas y otras sustancias tóxicas. En la década de 1980, las lluvias ácidas llegaron a afectar, entretanto, a cerca de un millón de kilómetros cuadrados de superficie. Inmensos complejos extractores de materias primas destrozaron regiones enteras en la Ucrania oriental, en los Urales y en la Siberia occidental, al tiempo que los problemas ecológicos se extendían a áreas hasta entonces más o menos vírgenes, como es el caso del Ártico. En la URSS europea se hacían sentir los efectos de un ambicioso programa nuclear, mientras en el conjunto de la Unión era visible la libertad con que las fuerzas armadas podían utilizar grandes superficies. Las agresiones que nos ocupan afectaban, como no podía ser menos, a la calidad de vida y a la salud de los ciudadanos. El número de cánceres, enfermedades alérgicas y malformaciones no dejaba de crecer, muchas veces de la mano del consumo de alimentos que contenían pesticidas en dosis peligrosas para la salud. La planificación centralizada demostraba de manera palmaria, entre tanto, su ineptitud como mecanismo previsor de la

escasez y de las agresiones ambientales. El formidable crecimiento económico que se había verificado en la Unión Soviética desde el decenio de 1930 tenía, pues, una lamentabilísima, y en algunos casos irreversible, secuela.

Las tímidas reformas brezhnevianas

Ya hemos avanzado en su momento que, frente al sinfín de problemas económicos que se planteaban, la reacción del equipo dirigente fue escasa. Es verdad que, a manera de legado de la era de Jrushchov, en la segunda mitad del decenio de 1960 se hicieron notar algunos proyectos de reforma económica que respondían al por entonces minoritario diagnóstico que había realizado el Instituto de Economía de Novosibirsk. A principios de esa década, los economistas del instituto en cuestión habían detectado ya un descenso en la tasa de crecimiento, auguraban una ampliación de las diferencias de desarrollo con respecto a los EE UU y referían deficiencias de relieve en sectores básicos como la agricultura, la vivienda, los servicios y la distribución comercial. Las causas de tanto desajuste estaban en el centralismo, la opacidad y la falta de democracia en la dirección de los asuntos económicos y en un gasto en defensa desmesurado. Estos economistas, anticipándose a la manifestación de síntomas mucho más graves, reclamaban, una vez más, un esfuerzo de reasignación de recursos en beneficio de los sectores vinculados con el consumo y el bienestar de la población.

Tras la abolición de los *sovnarjozi* y el restablecimiento de los ministerios tradicionales, de las propuestas de los economistas de Novosibirsk se hizo eco parcial lo que se dio en llamar la *reforma Kosiguin*: en clave no muy diferente a la de muchas de las medidas introducidas después en los primeros años de *perestroika*, el propósito mayor fue reducir los indicadores de planificación de obligado cumplimiento y evaluar la gestión sobre la base de datos como las ventas, los beneficios y la calidad de los bienes producidos. Se introducían también algunas medidas destinadas a evitar el despilfarro de recursos por las empresas, mientras a los directores de estas se les concedía un margen de maniobra algo mayor; entre sus nuevas atribuciones estaba el ensayo de incentivos económicos diversos. El aparato de dirección económica engulló la *reforma Kosiguin* de tal manera que, aunque formalmente esta fue llevada a la

práctica, en la realidad apenas se hizo notar. Junto con la atávica desidia de la mayoría de funcionarios y directores de empresas, la reforma no supo sortear los problemas que se planteaban en aquellos momentos. Maniatados por el sistema de precios, los responsables de las empresas apenas disfrutaban de capacidad de movimiento alguno. Ningún mecanismo de relanzamiento de la innovación tecnológica hizo su aparición al tiempo que las prioridades de siempre —la industria pesada, el sector militar— se imponían una vez más. La dirección política, con Kosiguin en posición cada vez más marginal, hizo todo lo que estaba de su mano para evitar que saliera adelante cualquier proyecto que pudiese minar su autoridad. En algún caso, los economistas responsables de la *reforma Kosiguin* tuvieron que defenderse de acusaciones que identificaban en sus proyectos una reconstrucción del capitalismo.

En los hechos las cosas apenas cambiaron, aunque se siguiese llamando la atención sobre la necesidad de producir bienes de mayor calidad y de racionalizar la actividad de las empresas, y aunque el plan quinquenal inaugurado en 1971 contemplase, por vez primera en la historia soviética, un mayor crecimiento en el sector productor de bienes de consumo que en la industria pesada. La tradicional *emulación socialista* —este era el nombre bajo el que se cobijaban las campañas destinadas a provocar la competición entre empresas o entre brigadas agrícolas— apenas ofreció resultados, se realizó algún baldío esfuerzo para desarrollar *asociaciones* de empresas y evitar innecesarias duplicaciones de actividad, y se puso en marcha, con éxitos muy localizados, el llamado *sistema Schekino*; este último facultaba para despedir a una parte de los trabajadores y, con los recursos ahorrados, acrecentar los estímulos a la productividad.

Solo tres iniciativas de algún relieve se abrieron, entretanto, camino. En primer lugar, la informatización de muchos procesos de planificación permitió reducir el riesgo de situaciones imprevistas. En segundo término, al calor de la distensión con EE UU se procedió a importar, por vías legales y no legales, y hasta donde ello fue posible, tecnologías occidentales. En tercer lugar, en fin, Brézhnev propició una política agrícola que acarreaba un notable incremento en las asignaciones presupuestarias, subidas en los precios de los productos, la puesta en práctica de *contratos de brigadas* —preveían arrendamientos de tierras, y la concesión de algunos beneficios de su explotación, a grupos de media docena de trabajadores— y una creciente libertad para hacer uso de las parcelas privadas. La agricultura empezó a llevarse hasta un 20-25% de los

recursos de inversión, en lo que A. Nove identificó como «el más gigantesco subsidio agrícola conocido en la historia de la humanidad» (Hosking, 1990, 393). Las consiguientes mejoras en el nivel de vida no evitaron, sin embargo, que los más jóvenes y los mejor preparados de entre los habitantes del campo emigrasen hacia las ciudades. Con una población envejecida y escasamente preparada para la introducción de tecnologías avanzadas, la productividad del sector agrícola colectivizado apenas se incrementó: en 1981 era un 12% de la norteamericana, y mientras un agricultor soviético abastecía a 8 personas, uno estadounidense hacía lo propio con 65. La situación era visiblemente diferente, en cambio, en lo que respecta a las parcelas privadas, circunstancia que no hacía difícil identificar el problema número uno de la agricultura soviética: la precariedad de los incentivos. A finales de 1981, las parcelas privadas eran responsables de nada menos que de un 26% de la producción agrícola, y ello pese a ocupar únicamente un 3% de la superficie cultivable y hallarse sujetas a numerosas trabas; de acuerdo con una estimación, resultaban ser ocho veces más productivas que las granjas colectivas y estatales.

Aunque en términos generales la producción agrícola y la cabaña ganadera crecieron, lo hicieron al precio de unos costes desmesuradamente altos, y sin que los incrementos de producción se tradujesen, por ejemplo, en una mayor calidad de los productos. La distribución seguía resintiéndose del pésimo estado de las comunicaciones, de las deficiencias en las instalaciones de almacenamiento y de la crónica ausencia de repuestos. En 1982, y de acuerdo con la información manejada por el primer ministro soviético, Nikolai Tijonov, se perdía «una quinta parte de los cereales, vegetales, frutas y bayas durante la cosecha, el transporte, el almacenamiento y el procesado industrial» (Cracraft, 1983, 203). En este contexto nada es más ilustrativo que un dato: pese a las ingentes inversiones realizadas, y pese a los tributos políticos que tenía la operación, la importación de grandes cantidades de cereales siguió siendo la norma durante los decenios de 1970 y 1980. Vista desde un ángulo, esta política de importaciones ponía de manifiesto una creciente apertura hacia el exterior, completada, del lado exportador, por un incremento en las ventas soviéticas de petróleo, gas natural, minerales y maquinaria. Bien es verdad que el grueso del comercio exterior seguía desarrollándose con los países del propio bloque soviético.

El propagandístico optimismo que rodeó en su momento a la puesta en marcha del gigantesco subsidio agrícola tuvo su repetición, cómo no, en el

ámbito de la industria. Con grandes alharacas se anunció que la URSS había sobrepasado a los EE UU en la producción de acero, petróleo, cemento, carbón y otros bienes. Se llamó la atención también sobre la explotación de nuevos yacimientos en Siberia, la construcción de oleoductos y las perspectivas que se abrían de la mano del gas natural. La crisis del petróleo que atenazó a Occidente en 1973 apenas tuvo efecto alguno en la URSS, como no fuera el derivado de los beneficios obtenidos de la mano del incremento en los precios internacionales del crudo. Los gobernantes soviéticos seguían ajenos, sin embargo, a la realidad: todos esos desarrollos no acarreaban —muy al contrario— mejoras en el nivel de vida de las gentes, al tiempo que implicaban un dramático agotamiento de recursos cada vez más escasos. Baste con recordar al respecto que, por efecto del empleo de anticuadas tecnologías y de decenios de explotación irracional, en el plan 1981-1985 las inversiones necesarias para extraer una tonelada de petróleo hubieron de multiplicarse nada menos que por nueve en comparación con el quinquenio anterior. Más allá de ello se hacían notar los efectos del tamaño, desmesurado, de la mayoría de las unidades económicas que, ante los enormes problemas de abastecimiento que se presentaban, muchas veces optaban por producir en su interior todo aquello que necesitaban.

Los signos de la crisis: la extensión de los problemas sociales

G. Hosking ha señalado que a mediados de la década de 1960 la sociedad que Stalin había creado en embrión tres decenios atrás se hallaba ya plenamente formada. Sus características fundamentales eran la jerarquización, la estabilidad y el conservadurismo. Desaparecidos ya por completo los restos del viejo orden —burguesía, terratenientes, campesinos que trabajaban por su cuenta—, la composición de clase de la población (véase cuadro 5) exhibió algunos cambios sensibles: mientras el porcentaje de obreros manuales y de «cuellos blancos» se acrecentó de manera notable en las décadas de 1960 y 1970, el correspondiente a los campesinos, que en el caso de la URSS trabajaban siempre en *sovjozi* o *koljozi*, se redujo de forma significativa.

CUADRO 5. Composición de clase de la población (de acuerdo con las clasificaciones oficiales soviéticas).

<i>Año</i>	<i>Obreros manuales</i>	<i>Campesinos que trabajan por su cuenta</i>	<i>Campesinos en granjas colectivas</i>	<i>Cuellos blancos</i>	<i>Burguesía, terratenientes</i>
1913	14,6	66,7	—	2,4	16,3
1924	10,4	75,4	1,3	4,4	8,5
1928	12,4	74,9	2,9	5,2	4,6
1939	33,7	2,6	47,2	16,5	—
1959	50,2	0,3	31,4	18,1	—
1970	57,4	—	20,5	22,1	—
1979	60,0	—	14,9	25,1	—
1987	61,8	—	12,0	26,2	—

FUENTE: Gosudárstvenni Komitet SSSR po Statistike, 1980; Gosudárstvenni Komitet SSSR po Statistike, 1987; Hosking, 1990, 506.

Los problemas asociados con un bajo crecimiento demográfico se hicieron, por otra parte, presentes. Si a finales de la década de 1950 la población crecía con arreglo a un ritmo del 1,8% anual, a principios de la de 1980 el porcentaje correspondiente se situaba en un 0,8%, con tendencia al descenso. Todas las previsiones de crecimiento de la población hubieron de revisarse a la baja. Así, si en la segunda mitad del decenio de 1950 se estimaba que la población alcanzaría los 250 millones de habitantes en 1970, la realidad colocó la cifra en tan solo 242 millones de personas (en 1979 el número de habitantes se situaba en poco más de 262 millones). Algo tenía que ver con todo lo anterior la extensión de la urbanización —que afectaba ante todo a la URSS europea—, del trabajo femenino, del aborto y del divorcio. A finales de la década de 1970 este último, muy simplificado en sus trámites a partir de 1965, afectaba a nada menos que al 34% de las parejas (frente a un 10% en 1965). Otro dato de relieve era el incremento de la mortalidad entre los varones con edades comprendidas entre los 25 y los 44 años, consecuencia por igual del extendido abuso en el consumo de alcohol —entre 1970 y 1980 la venta de este creció en un 77%; de acuerdo con una estimación, un 37% de la fuerza de trabajo masculina bebía alcohol en exceso— y de las deficiencias del sistema sanitario. En un marco en el que se seguían haciendo notar los sucesivos ecos del vacío demográfico derivado de la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento de la fuerza de trabajo era muy reducido, circunstancia que no dejaba de plantear graves problemas para los

planificadores.

No debe dejarse en el olvido, sin embargo, que en el plano demográfico, como en tantos otros, existían notables diferencias regionales. El crecimiento vegetativo era significativamente más alto en las repúblicas del Asia central que en la parte europea de la Unión, con los índices más bajos de esta última en Ucrania. Si en 1970 el número medio de hijos por familia era de dos en el Báltico, Rusia y Ucrania, ascendía a cinco o seis, según las repúblicas, en el Asia central. Ya entrada la década de 1980, por cada mil habitantes nacían entre 25 y 42 niños, de nuevo según las repúblicas, en el Asia central, y entre 15 y 17 en la URSS europea. Estos datos, aparte de apuntar a un peso cada vez menor de los eslavos, y de los rusos, en el conjunto de la población, y de tener a largo plazo consecuencias obvias sobre la configuración —siempre conflictiva— de las fuerzas armadas, ejercían también sus efectos económicos: como quiera que el mayor crecimiento vegetativo se daba en las zonas más subdesarrolladas del país, lo suyo era que los planificadores concentrasen en ellas un esfuerzo industrializador que hasta entonces se había desplegado, casi en exclusiva, en la parte más occidental de la URSS.

Otro rasgo identificador de la era brezhneviana lo fue la significativa reducción operada, pese al asentamiento de la *nomenklatura*, en las diferencias de ingresos. Si en 1956 el 10% mejor remunerado de la población ganaba ocho veces más que el 10% peor pagado, el cociente se había reducido a cinco en 1968 y a cuatro en 1975. El salario mínimo no había dejado de crecer y otro tanto había sucedido con los emolumentos de los campesinos que trabajaban en las granjas colectivas, acaso el sector peor pagado de la población. Las propias diferencias de nivel de vida entre el medio urbano y el rural se estaban reduciendo de forma evidente; pese a ello, una conquista histórica de los trabajadores industriales, la libertad para cambiar de puesto de trabajo y de lugar de residencia —no sin algunas restricciones, es cierto—, se postergó hasta 1981 en lo que respecta a los campesinos. A la hora de dar cuenta de esta reducción de las diferencias salariales, y no sin reconocer que las desigualdades, en términos de riqueza y de oportunidades, eran menores en la URSS que en cualquier país capitalista, conviene no olvidar dos hechos. Por un lado, la sociedad soviética se definía a sí misma como igualitaria, lo cual no dejaba de suscitar alarmantes problemas de identidad que no eran tan evidentes en otros lugares. Por el otro, la escasez de bienes de consumo y las deficiencias en los servicios dispensados por el Estado hacían que la posibilidad de acceder a los primeros y de beneficiarse

en condiciones de privilegio de los segundos ilustrase diferencias de nivel de vida tanto o más significativas que las existentes en otras partes del globo. En los hechos, y aun con la reducción operada en esas diferencias, estas seguían existiendo: de acuerdo con una estimación referida a principios de la década de 1980, el 10% más rico de la población detentaba del orden del 40% de la riqueza.

También merece mención, por cierto, la situación de las mujeres en el sistema soviético tal y como quedó conformado en el decenio de 1960. En la URSS solo se hizo notar, y de manera precaria, el primero de los dos grandes cambios que, en la visión de Engels, debían propiciar la emancipación de la mujer: la imbricación en la producción y la socialización del trabajo doméstico. Mientras en 1973 el 51% de la población activa soviética —la tasa más alta del planeta, en un país en el que la Segunda Guerra Mundial había desequilibrado en beneficio de las mujeres, eso sí, el balance demográfico entre los sexos— estaba constituido por mujeres, diez años más tarde trabajaba nada menos que un 90% de la población femenina con edades comprendidas entre los 30 y los 49 años. La presencia de la mujer era particularmente fuerte en los ámbitos de la salud, los servicios sociales, la banca, las comunicaciones, las tareas administrativas y la docencia. Bien es verdad que a medida que se ascendía en la pirámide de empleo la presencia femenina se reducía: al igual que en tantos otros lugares, las mujeres ocupaban los escalafones inferiores de la jerarquía laboral, recibían por lo común salarios más bajos y realizaban jornadas de trabajo más prolongadas. A mediados de la década de 1980 solo un 12% de los directores de empresa y de los ingenieros jefe eran mujeres. Por añadidura, la necesidad de dedicar una gran cantidad de tiempo a la búsqueda de bienes de consumo agudizaba aún más la penosa situación de las mujeres, por cuanto agregaba un tercer elemento a la *doble jornada* laboral —doméstica y empresarial— que muchas mujeres se veían obligadas a encarar. No hay que olvidar, en fin, que la manifestación de algunos signos de una crisis económica que luego se haría omnipresente —descenso de la natalidad, incremento de la mortalidad infantil, extensión del divorcio— provocó como reacción un reforzamiento de la institución familiar; así las cosas, a una trágica competición natalista se sumó pronto la revitalización de una imagen de la mujer caracterizada por la feminidad y la defensa inequívoca de la tradición.

CUADRO 6. Mortalidad infantil de cumplir un año por repúblicas (fallecimientos antes de edad, por cada mil nacimientos).			
	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1985</i>
<i>Eslavas</i>			
Bielorrusia	18,8	16,3	14,5
Rusia	23,0	22,1	20,7
Ucrania	17,2	16,6	15,7
<i>Bálticas</i>			
Estonia.	17,8	17,1	14,0
Letonia.	17,9	15,4	13,0
Lituania	19,4	14,5	14,2
<i>Caucasianas</i>			
Armenia	25,3	26,2	24,8
Azerbaiyán	34,8	30,4	29,4
Georgia	25,3	25,4	24,0
<i>Centroasiáticas</i>			
Kazajistán	25,9	32,7	30,1
Kirguizistán	45,4	43,3	41,9
Tayikistán	45,9	58,1	46,8
Turkmenistán	46,1	53,6	52,4
Uzbekistán.	31,0	47,0	45,3
Moldavia.	23,3	35,0	30,9
URSS	24,7	27,3	26,0
FUENTE: Gosudarstvennyi komitet SSSR po statistike, 1987.			

CUADRO 7. Esperanza de vida por repúblicas.			
	<i>1969-1970</i>	<i>1979-1980</i>	<i>1985-1986</i>
<i>Eslavas</i>			
Bielorrusia	72,4	71,1	71,4
Rusia	68,8	67,5	69,3
Ucrania	70,9	69,7	70,5
<i>Bálticas</i>			
Estonia	70,4	69,4	70,4
Letonia	70,2	68,9	70,2
Lituania	71,1	70,5	71,5
<i>Caucasianas</i>			
Armenia	72,9	72,8	73,3
Azerbaiyán	69,2	68,1	69,9
Georgia	71,9	71,2	71,6
<i>Centroasiáticas</i>			
Kazajistán	70,1	67,0	68,9
Kirguizistán	67,9	66,0	67,9

Tayikistán	69,9	66,3	69,7
Turkmenistán	68,4	64,6	64,8
Uzbekistán	71,8	67,6	68,2
Moldavia	69,1	65,6	66,4
URSS	69,3	67,7	69,0

FUENTE: Gosudarstvennyi komitet SSSR po statistike, 1987.

Como es fácil suponer, el estancamiento económico pronto hizo notar sus efectos sobre el nivel de vida de la población. El choque fue tanto más duro cuanto que en los decenios anteriores —fundamentalmente en la era de Jrushchov— se habían creado expectativas de mejoras sustanciales en lo relativo a la disposición de bienes de consumo y al disfrute de los servicios estatales. La extensión de los problemas se vio acompañada de eventuales respuestas populares, con protestas por las deficiencias del sistema de vivienda —así, en Kiev en 1969—, la escasez de alimentos —Sverdlovsk en 1969, o Gorki en 1980—, los bajos salarios —Dnepropetrovsk en 1972— o las abusivas normas laborales —Kiev, de nuevo, en 1981—. Son dos datos demográficos los que, una vez más, ilustran la entidad de los problemas. En pocos lugares del planeta que no se hayan visto sometidos a conflictos bélicos de entidad o a catástrofes naturales parece haberse verificado en el siglo xx un doble fenómeno que tuvo por escenario, en los decenios de 1970 y 1980, tanto a la URSS como a la mayoría de sus aliados en la Europa central y oriental: un incremento en la tasa de mortalidad infantil y una reducción en la esperanza de vida al nacer (véanse los cuadros 6 y 7). A tenor de los silencios estadísticos, la tasa de mortalidad infantil ascendió a partir de 1974, y acaso hasta la desaparición del sistema soviético (con dudosas excepciones en la parte europea de la Unión y con un breve período de recuperación en los primeros años de la *perestroika*). Por lo que a la esperanza de vida al nacer se refiere, tras reducirse entre 1970 y 1980 (de 69,3 a 67,7 años), pareció recuperarse también en los primeros años de la *perestroika*, aun cuando con posterioridad algunas fuentes identificasen un nuevo descenso.

Si los datos anteriores son ilustrativos de una crisis social muy honda, lo mismo puede decirse de otros muchos. Así, el crecimiento del consumo per cápita no dejó de reducirse a partir de la década de 1970. Si en el período 1966-1970 fue de un 5,1% anual, en el quinquenio siguiente se situó en un 2,8%, en 1975-1980 en un 2,4% y en niveles próximos a cero en la primera mitad del

decenio siguiente. Junto a un consumo irracional de bienes subvencionados se registraba otro fenómeno: la escasa calidad de muchos productos hacía que el volumen de mercancías no vendidas e invendibles creciese de manera significativa, en un marco de diferencias notorias, por lo demás, entre las repúblicas (baste con mencionar al respecto que el consumo de carne en Uzbekistán, una de las repúblicas del Asia central, se situaba en el decenio de 1980 tres veces por debajo del de Estonia). La calidad de los bienes *industriales* de consumo doméstico era, entretanto, particularmente deficiente, y las listas de espera habituales (de ocho años para adquirir un automóvil). En 1977 había en la Unión Soviética 15 000 ordenadores y 17 millones de teléfonos, cifras ambas muy alejadas de las correspondientes a los EE UU: 170 000 y 138 millones. En el decenio posterior solo una cuarta parte de las viviendas urbanas, y un porcentaje sensiblemente inferior de las rurales, disponía de teléfono. Las inversiones estatales en construcción de viviendas se habían ido reduciendo año tras año, y ello pese a que la demanda insatisfecha iba en ascenso y el hacinamiento seguía siendo un dato tan habitual en las grandes ciudades como la ausencia de servicios higiénicos en los núcleos rurales. Ya hemos apuntado que el sistema de suministros presentaba, en fin, muchas deficiencias: las redes de distribución eran muy precarias, el número de puestos de venta muy reducido y las operaciones de empaquetado y cobro se hallaban escasamente automatizadas. Consecuencia de todo lo anterior, y de la escasez imperante, lo fue el aumento del tiempo dedicado a la adquisición de bienes. A mediados de la década de 1980 se perdían cada año en estos menesteres nada menos que 37 000 millones de horas o, lo que es lo mismo, unas 190 horas por adulto y año.

Por lo que se refiere al sistema educativo, las cifras arrojaban, sin embargo, resultados aparentemente espectaculares. A tenor de los datos disponibles, y dejando de lado el problema de la calidad y libertad de la docencia impartida, la extensión de la enseñanza universitaria fue formidable: si en 1959 un 3,3% de la población activa había realizado estudios superiores, el porcentaje se situaba en un 10% veinte años después. Un 40% de la población activa había cursado estudios secundarios en 1959, por un 70,5% en 1979. Al igual que en tantos otros lugares, sin embargo, la posesión de un título universitario ya no era una garantía de acceso fácil a un puesto de trabajo codiciado. También la espectacularidad de muchos de los resultados alcanzados en lo que se refiere al sistema sanitario puede ser engañosa. La desidia de los funcionarios, la falta de condiciones de la mayoría de los hospitales —excluidos, eso sí, los

correspondientes a la *nomenklatura*—, las bajas cifras de producción de fármacos y de bienes sanitarios básicos, y las listas de espera eran datos consustanciales de la era brezhneviana, como lo eran los bajos salarios percibidos por los médicos (circunstancia que guardaba alguna relación con la presencia masiva de mujeres en la profesión). Ello no puede ser óbice para reconocer que se habían verificado importantes avances. Por citar algunos datos, el número de médicos, que era de poco más de 150 000 en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, se situó próximo al millón en 1980, mientras el número de camas en los hospitales creció, en ese mismo período, desde 800 000 a 3 300 000; si en 1940 había 8 médicos por cada 10 000 habitantes, en 1980 la cifra se situaba ya en 38. La sanidad era ilustrativa, de cualquier modo, de una situación más global: comoquiera que el esfuerzo inversor no se mantuvo, servicios que en su momento exhibieron cierta calidad se fueron degradando sin freno.

La extensión de los problemas sociales dibujó, a la postre, una situación inédita: la población empezó a perder la apatía de tiempos pasados y, en paralelo, se aprestó a mostrar un descontento que hasta entonces se había topado con contrapesos represivos y económicos. La relativa aceptación del sistema social que exhibían incluso las encuestas realizadas entre ciudadanos soviéticos que habían abandonado su país pasó a convertirse en un dato poco común, en un marco en el que el régimen encontraba una contestación cada vez mayor.

El pueblo soviético

Entre los argumentos utilizados para deponer a Jrushchov ninguno hacía referencia expresa a sus políticas en el plano nacional. En la confusa situación creada por el golpe palaciego de 1964 pronto se hizo evidente, sin embargo, que el acceso al poder de Brézhnev, Kosiguin y Podgorni no iba a suponer una nueva dulcificación de esas políticas. El primer signo al respecto lo fue la abolición de las estructuras de dirección económica, más o menos descentralizadas y adaptadas a las instituciones republicanas, que habían visto la luz en tiempos de Jrushchov. En septiembre de 1965 ya habían sido abolidos los consejos económicos regionales, con la consiguiente restauración de los ministerios centrales. En la concepción de Brézhnev, verbalizada en 1972, era evidente que

una economía centralizada en gran escala ofrecía un sinfín de ventajas en comparación con una economía fragmentada. Las cosas así, no es difícil entender por qué un estudio realizado a principios del decenio de 1970 apuntaba que, de los 203 pasos necesarios para llevar a la práctica el plan de un ministerio, el nivel *regional* solo hacía su aparición en el paso número 179, una vez, por consiguiente, que todas las decisiones de alguna entidad habían sido adoptadas, con anterioridad, por los órganos centrales.

Algunos signos apuntaban, por otra parte, a cierto reforzamiento de los contenidos del nacionalismo ruso. Tal era el caso, por ejemplo, de la aprobación que mereció, a mediados de 1965, una «sociedad para la preservación de los monumentos históricos y culturales» —aunque en origen relativamente neutra, en 1972 contaba ya con siete millones de afiliados y sus connotaciones eran explícitas—, como lo era del discurso eslavófilo y virulentamente antioccidentalista que a finales del decenio de 1960 se hizo notar en publicaciones como *Molódaya gvardiya*, *Literatúrnaya Rossiya* u *Ogoniok*. Algún especialista empezó a hablar de *nacionalbolchevismo* para dar cuenta de las concepciones que identificaban en el Estado soviético al heredero, con todas las consecuencias, del viejo imperio zarista. La defensa del ruso como lengua oficial se puso de evidencia, en fecha tan temprana como agosto de 1965, cuando Moscú reaccionó rápidamente ante un intento de generalización del ucraniano en la enseñanza superior avalado por la dirección del propio Partido Comunista de Ucrania. En un magma de relativa confusión parecía claro, en fin, que, pese a algunos gestos conciliadores, los tártaros de Crimea no iban a encontrar pronta satisfacción para sus demandas. Aun con todo lo anterior, las intervenciones de Brézhnev en el XXIII Congreso del PCUS, inaugurado a finales de marzo de 1966, rehuyeron el empleo de la expresión «fusión de los pueblos» y tampoco reseñaron que entre los objetivos del Partido se contase la desaparición de las naciones que integraban la URSS. Tal vez la conciencia de que los avatares económicos no respondían a las optimistas expectativas diseñadas por Jrushchov obligó a los dirigentes soviéticos a ser cautelosos en lo que respecta a un proceso, el de «fusión», que en buena medida se estimaba debía ser una consecuencia de los progresos en la construcción del socialismo.

En 1967 las cosas seguían sin perfilarse. A la rehabilitación, por fin, de los tártaros de Crimea había seguido, sin embargo, una efectiva prohibición de regreso a su territorio de origen. Eran tiempos en los que se desplegaba, por otra parte, una campaña antisionista, reacción oficial frente a los movimientos que se

habían producido entre los judíos soviéticos con ocasión de la *de los seis días*. La invasión de Checoslovaquia por el Pacto de Varsovia, en 1968, había provocado una acentuación de la represión sobre los movimientos disidentes, que de acuerdo con algunas fuentes fue particularmente intensa, acaso por proximidades geográficas, en Ucrania.

Hubo que aguardar siete años, desde 1964 hasta 1971, para que se clarificasen, al menos en alguna medida, las concepciones de Brézhnev y de sus colaboradores en relación con los problemas nacionales. Aprovechando un nuevo Congreso del Partido, el XXIV, Brézhnev anunció la aparición de «una nueva comunidad histórica de pueblos: el pueblo soviético», que estaba llamada a ocupar un primer plano y a colocar entre bastidores a los que, a lo largo de los cincuenta años anteriores, habían sido los pueblos integrantes de la URSS. El surgimiento de este concepto coincidía, y acaso ello no era casualidad, con la publicación de los resultados del censo de 1970. Estos ponían de manifiesto un leve descenso en el peso porcentual de los rusos con respecto al conjunto de la Unión —si en 1959 eran un 54,5% del total de los ciudadanos soviéticos, en 1970 su presencia se había reducido a un 53,4%—, pero revelaban ya bien a las claras un dato de gran importancia: en las regiones de predominio islámico el crecimiento de la población era entre tres y cinco veces superior al registrado en Rusia. El censo permitía identificar, por otra parte, una innegable pervivencia de valores nacionales: con excepción de Ucrania, de Bielorrusia y, naturalmente, de la propia Rusia, en todas las demás repúblicas más de un 90% de los ciudadanos estimaba que sus lenguas nativas debían ser tratadas como únicas lenguas oficiales, en un escenario en el que el desconocimiento del ruso afectaba a una parte importante de la población y en el que las literaturas y los medios de comunicación en lengua vernácula estaban adquiriendo un visible auge.

Los primeros signos de la nueva línea abierta por el XXIV Congreso llegaron de Ucrania, la dirección de cuyo Partido Comunista, con Petro Shelest a la cabeza, fue públicamente denunciada en 1973 por idealizar el pasado de la república y condescender con un nacionalismo en ascenso. Las medidas adoptadas en Ucrania no eran, de cualquier modo, universales, toda vez que la política nacional presentaba una escasa uniformidad en lo que atañe a su aplicación en los diferentes grupos de repúblicas.

Así, en el caso del Asia central se había alcanzado un implícito *modus*

vivendi. A cambio de su lealtad política, a las elites locales se les reconoció una considerable capacidad de maniobra en el terreno cultural y se les permitió alentar el papel de los cuadros nativos a través de políticas de afirmación. Por el contrario, se realizó un esfuerzo para detener e invertir las tendencias que, en Ucrania, habían propiciado un renacimiento de la vida pública y cultural de la nación y habían conducido a la facción de Shelest a afirmar la individualidad e importancia de la república.

Nahaylo y Swoboda, 1990, 179

Práctica común durante la década de 1970 fue, por lo demás, la consistente en nombrar en cada república un primer secretario de la nacionalidad local, y un segundo secretario y un responsable del KGB de nacionalidad rusa o, en su defecto, ucraniana. El segundo secretario tenía por lo común a su cargo una tarea decisiva: la selección de los cuadros.

Un signo más de la diversificación de políticas lo fue la relativa tolerancia exhibida con respecto al movimiento de protesta que, al calor de la distensión y en la primera mitad de la década de 1970, protagonizaron de nuevo grupos de judíos que deseaban emigrar. En este caso la presión occidental fue, a buen seguro, decisiva para permitir que en 1974 pudiesen abandonar la URSS unos 100 000 judíos. La brecha abierta fue aprovechada también por los alemanes soviéticos, quienes, ante la imposibilidad de reconstruir su república autónoma —en 1979, y ante las protestas kazajas, se vino abajo un proyecto de acotar en Kazajistán un territorio para los alemanes—, empezaron a dejar la URSS; algo más de 20 000 lo hicieron entre 1974 y 1976.

CUADRO 8. Población de las principales nacionalidades (en miles de personas).						
	1959	%	1979	%	1989	%
Rusos	114 114	54,5	137 397	52,5	145 072	50,6
Ucranianos	37 253	17,8	42 347	16,2	44 136	15,4
Bielorrusos	7913	3,8	9436	3,6	10 030	3,5
Uzbekos	6015	2,9	12 456	4,8	16 686	5,8
Tártaros	4968	2,4	6317	2,4		
Kazajos	3622	1,7	6556	2,5	8138	2,8
Azerbaiyanos	2940	1,4	5477	2,1	6791	2,4
Armenios	2787	1,3	4151	1,6	4627	1,6

Georgianos	2692	1,3	3571	1,4	3983	1,4
Lituanos	2326	1,1	2851	1,1	3068	1,1
Moldavos	2214	1,1	2968	1,1	3355	1,2
Chuvaches	1470	0,7	1751	0,7		
Letones	1400	0,7	1439	0,5	1459	0,5
Tayikos	1397	0,7	2898	1,1	4217	1,5
Mordovianos	1285	0,6	1192	0,5		
Turkmenos	1002	0,5	2028	0,8	2718	0,9
Estonianos	989	0,5	1020	0,4	1027	0,4
Bashquirios	989	0,5	1371	0,5		
Kirguices	969	0,5	1906	0,7		
Alemanes			1936	0,7		
Judíos			1811	0,7		

FUENTES: Gosudarstvennyi komitet SSSR po statistike, 1967; Gosudarstvennyi komitet SSSR po statistike, 1980; RL Repon on the USSR (20 de octubre de 1989); Hosking, 1990.

CUADRO 9. Composición étnica de las repúblicas federadas en 1979

<i>República</i>	<i>Población</i>
Armenia	armenios 89,7%; azerbaiyanos, 5,3%; rusos, 2,3%
Azerbaiyán	azerbaiyanos, 78,1%; rusos, 7,9%; armenios, 7,9%
Bielorrusia	bielorrusos, 79,4%; rusos, 11,9%; polacos, 4,2%; ucranianos, 2,4%; judíos, 1,4%
Estonia	estonianos, 64,7%; rusos, 27,9%; ucranianos, 2,4%
Georgia	georgianos, 68,8%; armenios, 9%; rusos, 7,5%; azerbaiyanos, 5,1%; osetios, 3,2%
Kazajistán	rusos, 40,8%; kazajos, 36%; alemanes, 6,1%; ucranianos, 6,1%; tártaros, 2,1%; uzbecos, 1,8%; bielorrusos, 1,2%
Kirguizistán	kirguices, 47,9%; rusos, 25,9%; uzbecos, 12,1%; ucranianos, 2,7%
Letonia	letones, 53,7%; rusos, 32,8%; bielorrusos, 4,5%; ucranianos, 2,7%
Lituania	lituanos, 80%; rusos, 8,9%; polacos, 7,3%; bielorrusos, 1,7%
Moldavia	moldavos, 63,9%; ucranianos, 14,2%; rusos, 12,8%; gagaucos, 3,5%
Rusia	rusos, 82,6%; tártaros, 3,6%; ucranianos, 2,7%; bashquirios, 0,9%; mordovianos, 0,8%; bielorrusos, 0,8%; chechenos, 0,5%
Tayikistán	tayikos, 58,8%; uzbecos, 22,9%; rusos, 10,4%; tártaros, 2,1%
Turkmenistán	turkmenos, 68,4%; rusos, 12,6%; uzbecos, 8,6%; kazajos, 2,9%
Ucrania	ucranianos, 73,5%; rusos, 21,1%; judíos, 13%; bielorrusos, 0,8%; moldavos, 0,6%
Uzbekistán	uzbecos, 68,7%; rusos, 10,8%; tártaros, 4,2%; kazajos, 4%; tayikos, 3,9%; caracalpacos, 1,9%

FUENTE: Kozlov, 1988.

Un nuevo hito en el tratamiento de los problemas nacionales lo marcó, en agosto de 1975, el Acta Final de la Conferencia de Helsinki. La firma del Acta por la URSS obligaba a esta a conceder derechos iguales a todos los pueblos y a

reconocer, en particular, el derecho de autodeterminación. Pese a que esta circunstancia permitió cierto auge de los movimientos disidentes, y de algunos de entre ellos de matiz nacionalista, lo cierto es que el Acta apenas supuso nada en el plano del tratamiento de los problemas nacionales. La política oficial se manifestaba bien a las claras a través del contenido de la nueva Constitución de 1977, que ampliaba —si es que ello era todavía posible— las atribuciones del centro moscovita en perjuicio de las repúblicas. Estas perdían, por otra parte, un derecho que en el pasado ya se les había retirado en la realidad: el de configurar unidades militares propias. Aunque la Constitución reconocía a las repúblicas el derecho a la secesión, describía al mismo tiempo a la URSS como un Estado unitario, con lo que en la práctica cerraba el camino a un eventual ejercicio del derecho de autodeterminación y a sus posibles consecuencias.

En los últimos años de la década de 1970 se puso de manifiesto, con mucha mayor claridad que en el pasado, que el peso demográfico de los rusos, y en términos más generales de los eslavos, se reducía por momentos. Vieron la luz las primeras estimaciones que apuntaban que en la década de 1990 los rusos configurarían menos de la mitad de la población y se renovaron los comentarios sobre los futuros problemas que habría de encarar el reclutamiento obligatorio para el servicio militar y sobre el retroceso general que, pese al endurecimiento de la legislación al efecto, parecía experimentar la lengua rusa. Los datos que iban llegando, y que a buen seguro producían inquietud en la dirección brezhneviana, no impedían que las cúpulas del PCUS, del Estado y de las fuerzas armadas estuviesen mayoritariamente nutridas de eslavos y, en particular, de rusos. El porcentaje de estos últimos en el Comité Central del PCUS ascendió desde un 57% en 1966 hasta un 68% en 1981; su presencia en el Politburó se elevó, en esos mismos años, desde un 54,5% hasta un 71,5%. Más de un 90% de los oficiales de las fuerzas armadas procedían, entretanto, de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Algunos de los resultados del censo de 1979 revelaban, en fin, un relativo, pero cierto, avance del ruso, que ganaba terreno, como segunda lengua, en casi todas las repúblicas.

La reacción ante los nuevos riesgos que se presentaban se vio modelada por datos externos. Por un lado, el estallido del conflicto afgano, en 1979, con la consiguiente ruptura de la distensión anterior, provocó un inmediato endurecimiento de las políticas oficiales; al tiempo que arreciaban las declaraciones que apuntaban a una «unión indisoluble» de los pueblos, las posibilidades de emigrar, de las que se habían beneficiado judíos y alemanes en

los años antecedentes, se cerraron drásticamente. Sin embargo, y por otro lado, en los dos últimos años de su dirección, 1981 y 1982, y en paralelo con lo que sucedía en otros ámbitos, parece que Brézhnev intentó moderar algunas de sus políticas más severas. Acaso lo ocurrido en Polonia —con el evidente descrédito de la fuerza política dirigente, el Partido Obrero Unificado— le hizo ser más cauteloso en el tratamiento de los problemas nacionales. Así lo demuestra al menos su reivindicación de una representación apropiada para todas las nacionalidades en los diferentes órganos de gobierno, que dio un nuevo impulso al ascenso, en detrimento de los rusos, de las elites locales en el Asia central y abrió el camino a una actitud más tolerante con respecto al islam en esa misma área geográfica. Por cierto que la preservación de las creencias religiosas era claramente mayor en el caso de las repúblicas del Asia central, en las que el régimen soviético apenas había abierto brecha en las estructuras y los valores tradicionales, y en las que no estaba claro si el presumible influjo del integrista islamista se vería a la postre contrarrestado por el relativo desarrollo económico —mayor que el de los países del área— y por la existencia de visibles diferencias entre la media docena de repúblicas soviéticas afectadas. Por lo demás, aunque en términos generales el control sobre las instituciones religiosas seguía siendo estrecho, y las prohibiciones al respecto muchas, lo cierto es que, pese a ello, en 1979 estaban abiertas al culto nada menos que once mil iglesias ortodoxas. Un decenio después, una tercera parte de los ciudadanos soviéticos declaraba albergar creencias religiosas.

Aunque los datos disponibles en lo que respecta a la era brezhneviana no son fiables, hay que hacer mención de un último elemento relativo a las políticas nacionales: su liviano efecto en lo que atañe a la reducción de las diferencias de nivel económico entre las repúblicas. Tres de estas últimas —Estonia, Letonia y Lituania— se situaban, sin duda, a la cabeza del desarrollo, mientras que las tres grandes repúblicas eslavas —Rusia, Ucrania y Bielorrusia—, junto con Georgia y Moldavia, ocupaban un lugar intermedio. Armenia, Azerbaiyán y las cinco repúblicas del Asia central se hallaban en los peldaños más bajos, con ingresos medios por habitante que en algunos casos estaban tres veces por debajo de los registrados en el Báltico. Esta peculiar relación Norte-Sur existente en la URSS —con una metrópoli rusa que ocupaba un curioso lugar intermedio— algo tuvo que ver con el posterior estallido de muchas tensiones nacionales.

La política exterior: distensión y guerra fría

Pese a las apariencias, el período brezhneviano no puede identificarse, como a menudo se ha hecho, con una etapa lineal en la que, sin excepciones, la URSS procedió a acrecentar su presencia internacional y a reforzar su poderío militar. Muy al contrario, a lo largo de casi dos decenios se sucedieron, y son dos ejemplos entre otros, etapas de tensión y de distensión con los Estados Unidos, y disputas significativas sobre la conveniencia de acometer reducciones en el gasto militar. Aun con lo anterior, es obligado reconocer que los primeros años de dirección brezhneviana, los que mediaron entre 1964 y 1970, configuraron una auténtica edad de oro en las relaciones entre el poder civil y el poder militar en la URSS. El tratamiento que los militares merecieron de Brézhnev a lo largo de esos años superó las previsiones más optimistas. Era una etapa en la que, por lo demás, se producía un renacimiento de los ideales *patrióticos* que habían adquirido su máxima expresión durante la Segunda Guerra Mundial, acompañado de una reevaluación de contenidos doctrinales que rebajaba el énfasis anteriormente depositado en las armas nucleares. Coincidió con lo que los analistas soviéticos estimaban que era una visible agresividad norteamericana, manifiesta a través de la escalada bélica en Vietnam, de los golpes de Estado en la República Dominicana y en Brasil, del derrocamiento de Achmed Sukarno en Indonesia, de la ocupación del poder por los coroneles en Grecia o del ataque israelí sobre Egipto que dio origen a la *guerra de los seis días*.

Del lado soviético, los signos de un reforzamiento militar casaban a la perfección con la que a la postre fue la primera toma de posición evidente de Brézhnev en la arena internacional: en agosto de 1968 el Pacto de Varsovia —no ya en exclusiva la URSS, como había sucedido en Hungría en 1956— invadió Checoslovaquia, donde desde unos meses antes la propia dirección del Partido Comunista, encabezada por Alexander Dubcek, propiciaba una liberalización en clave de *socialismo con rostro humano*. La acción, claramente inspirada por la URSS, reflejaba el temor de sus dirigentes en un momento en el que parecían ser muchas las amenazas —China, intervención norteamericana en Vietnam, presunto relevo conservador en la Casa Blanca, estrechamiento de lazos entre los

EE UU y la Europa occidental— que se cernían sobre la Unión Soviética. Con la represión de lo que se dio en llamar la *primavera de Praga* adquirió carta de naturaleza la doctrina de la *soberanía limitada* o *doctrina Brézhnev*, descrita sin pudor por *Pravda* en septiembre de 1968:

Cada partido comunista es responsable, no solo ante su propio pueblo, sino también ante el conjunto de los países socialistas y ante el movimiento comunista como un todo. La soberanía de cada Estado socialista no puede contraponerse a los intereses del socialismo mundial y del movimiento revolucionario internacional.

El papel de gendarme de la URSS quedaba, por tanto, institucionalizado, no sin que se hiciesen notar significativas disidencias dentro del propio movimiento comunista internacional: un decenio después, la reflexión sobre la *primavera de Praga* mucho tendría que ver con el surgimiento del *eurocomunismo* que, alumbrado por algunos de los partidos comunistas de la Europa occidental, representaba la aceptación por estos de una vía parlamentaria y pluralista de transformación social, muy próxima a la preconizada por la socialdemocracia. En el bloque soviético, sin embargo, el intento checoslovaco no tuvo continuidad, y ello aunque las huelgas y los disturbios no faltaron, en 1970, en la Polonia de Wladyslaw Gomulka. La URSS seguía exhibiendo, eso sí, una mayor tolerancia en lo que respecta al *flanco sur* del Pacto de Varsovia, en el que Rumania —que en términos internos era ya por aquel entonces un régimen más feroz que los del resto de los miembros del Pacto— mantenía una posición internacional relativamente independiente; así lo testimoniaban sus relaciones con China o Israel, o su desdén hacia la represión de la *primavera de Praga*.



Foto 22. Tanques soviéticos en las calles de Praga durante la invasión de Checoslovaquia en el verano de 1968.

Los acontecimientos de 1968 no impidieron que la URSS, que en el mismo año había suscrito el Tratado de No Proliferación Nuclear, se adentrara, en los años 1969-1971, en un período de acercamiento a los EEUU en cuyo origen se dieron cita varias circunstancias: la necesidad soviética de buscar un respiro tras el descrédito —relativo, por cuanto no rompía ninguna de las reglas del juego establecidas en Yalta— de la intervención en Checoslovaquia, las tensas relaciones de la URSS con China y el deseo norteamericano de salir del atolladero de Vietnam. Mientras los Estados Unidos buscaban el apoyo soviético para poner fin a la guerra en que se hallaban embarcados, una y otra potencia mostraban la inequívoca voluntad de configurar, por un lado, nuevas reglas de juego en lo que respecta al crecimiento de los arsenales nucleares y, por el otro, y en términos más generales, de forjar un entorno de relaciones predictibles. A todos estos factores, que apuntaban a una reducción de la tensión militar en

Europa, se agregaban los efectos de la *Ostpolitik*, o *apertura hacia el* que impulsaba el Gobierno Socialdemócrata alemán, con Willy Brandt como instigador. El acercamiento entre Moscú y Bonn permitió, entre otras cosas, el reconocimiento de la RDA por la República Federal, un compromiso de esta última en lo relativo a la no reclamación de territorios ocupados por la URSS o por Polonia, un acuerdo sobre el *status* de Berlín y la firma de ambiciosos acuerdos comerciales. Entretanto, las relaciones de la Unión Soviética con otros países occidentales, como Francia o Canadá, entraban en una fase mucho más activa, particularmente significativa en el caso de Francia, que era objeto de presiones para abandonar la OTAN. Junto a estos nuevos datos, y de la mano del Acta Final de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), celebrada en Helsinki en 1975, se verificaba el reconocimiento de las fronteras derivadas de la Segunda Guerra Mundial, con una consiguiente consolidación del papel internacional de la URSS, y en particular de su presencia en la Europa central y oriental. También el papel internacional del Pacto de Varsovia se veía ratificado con su participación, en pie de igualdad con la OTAN, en las negociaciones sobre «reducción mutua y equilibrada de fuerzas» y en la propia CSCE.

El producto más importante de la *distensión* (la *détente*) que se iniciaba con la década de 1970 lo fueron, con todo, los progresos realizados en el ámbito del control de armamentos. En mayo de 1972 los EE UU y la URSS firmaron un tratado de reducción de armas estratégicas que, conocido como SALT-1, establecía límites en cuanto al número de misiles balísticos y fijaba restricciones en lo relativo a los sistemas de defensa correspondientes, en el marco de lo se que dio en llamar tratado ABM. Pese a abrir indudables perspectivas, el SALT-1 no fue un obstáculo para que tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos prosiguieran con la modernización de sus arsenales nucleares: aunque el número de misiles se reducía, la posibilidad de multiplicar el de cabezas nucleares transportables por cada uno de ellos permitió acrecentar, sin embargo, la cifra global de ojivas atómicas a disposición de las dos potencias.

Al tiempo que se firmaban acuerdos de contención en el terreno militar, la carrera de armamentos proseguía, por consiguiente, con todo su esplendor. No hay que olvidar, del lado de la URSS, que esta había igualado en 1969 el número de misiles balísticos intercontinentales de que disponían los EE UU, que se había ocupado en reforzar sus despliegues militares en las fronteras con China, que había extendido su presencia naval a todos los mares del planeta y que seguía

manteniendo un gasto militar significativamente alto. En las teorizaciones soviéticas —en este caso muy claras en su contenido—, la distensión, que no suponía en modo alguno el final del enfrentamiento entre capitalismo y socialismo, era el producto del creciente poderío del mundo socialista. Este había invertido la vieja «correlación de fuerzas» y había provocado una política más realista del lado occidental. Los foros de control de armamentos eran un escenario idóneo para frenar cualquier intento norteamericano de cobrar ventaja, sin que existiese contradicción alguna entre la distensión y el creciente poderío militar a disposición de la URSS. La nueva condición planetaria de esta quedaba bien reflejada en las palabras pronunciadas en 1971 por Andréi Gromiko, ministro soviético de Asuntos Exteriores: «No existe ninguna cuestión de relieve que pueda decidirse al margen de la URSS o en oposición a ella».

En la primera mitad del decenio de 1970 vio la luz, sin embargo, una importante disputa interna en la Unión Soviética, cuyos dirigentes estaban poco menos que obligados a tomar nota del desfase tecnológico que la URSS exhibía con respecto a los EE UU.

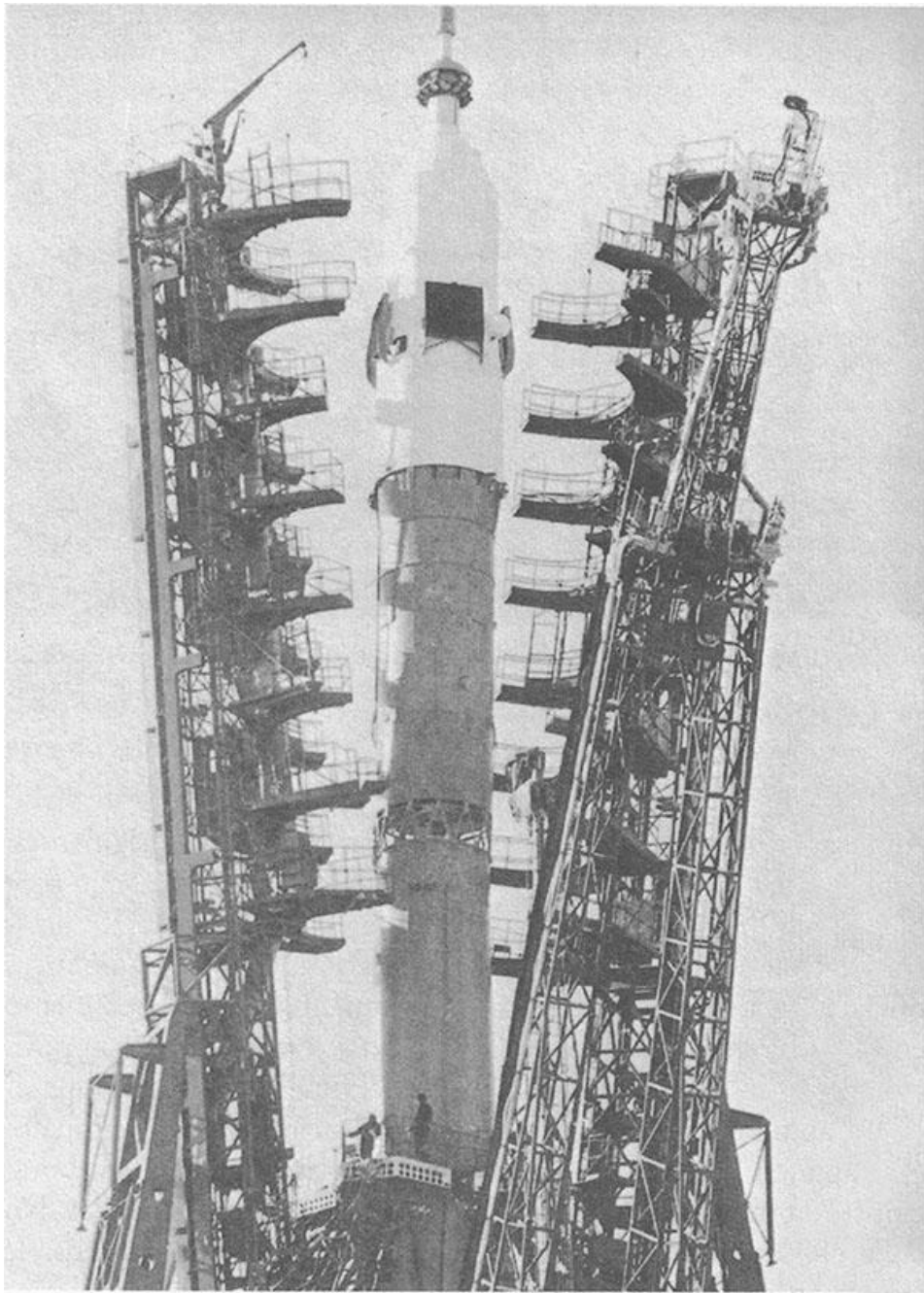


Foto 23. La nave espacial Soyuz 9 en el muelle de despegue el 1 de junio de 1970.



Foto 24. El presidente norteamericano Richard Nixon y el líder soviético Leonid Brézhnev brindan después de firmar varios acuerdos, Washington, 19 de junio de 1973. © Cordon Press.

Aunque la distensión, y las relaciones comerciales consiguientes, configuraban una respuesta —siquiera fuese parcial— a este problema, por lo que parece la cúpula militar, en la persona del ministro de Defensa, Grechko, mostró cierta oposición a las políticas oficiales en materia de control de armamentos y de acercamiento entre los bloques. El amago de discusión se zanjó con una imposición de las tesis de la dirección civil que, nunca radicales, empezaban a apuntar, sin embargo, a una contención en el crecimiento del gasto en defensa y a un esfuerzo para acrecentar la colaboración de la industria militar en las tareas económicas generales. No debe olvidarse que este debate tenía como transfondo una sensible reducción en el ritmo de crecimiento anual del producto interior bruto, dato que obligaba a moderar todas las políticas.

Los años de la distensión lo fueron también, de cualquier modo, de una sensible expansión de la presencia de la URSS en el Tercer Mundo. Con anterioridad, y de results del tibio apoyo que la Unión Soviética le había dispensado en su enfrentamiento con Israel, Egipto había iniciado un distanciamiento de la URSS que en el decenio de 1970 se tradujo en una abierta ruptura de relaciones. A manera de compensación, sin embargo, Moscú había ganado terreno de forma visible en otros dos países del Oriente Próximo —Iraq y Siria— y mantenía relaciones de alguna entidad con dos Estados —Libia y

Argelia— del norte de África. En 1974 la descolonización portuguesa permitió que la URSS se cobrase nuevos aliados en Mozambique y en Angola, y que proporcionase al Gobierno de este último país una activa ayuda militar en una guerra civil en la que se hizo sentir también la presencia, más o menos independiente, de un contingente cubano. La caída del régimen de Haile Selassie en Etiopía colocó a esta, dirigida por Haile Mengistu, del lado de la URSS, que hubo de romper así su alianza, anterior, con Somalia. En América, entretanto, Cuba —receptora de importantísimas remesas soviéticas— seguía siendo el único aliado manifiesto de la URSS. De la mano de Brézhnev, esta mostró un relativo apoyo a algunos movimientos guerrilleros centroamericanos, desarrolló una notable actividad comercial con Perú y mantuvo, en la segunda mitad de la década de 1970, unas relaciones no exentas de cordialidad con la dictadura militar argentina. La India y Vietnam eran, entretanto, los principales núcleos de relación de la URSS en Asia. Tras la sonora victoria frente a los Estados Unidos, el segundo de esos países representaba para Moscú una posibilidad adicional de presión sobre el régimen chino. Aunque, tras los enfrentamientos armados de 1969 —en cuyo transcurso la URSS sopesó seriamente la posibilidad de hacer uso de armas nucleares—, las tensiones con Pekín se habían mitigado y las dos potencias habían acordado intercambiar de nuevo embajadores, era visible una cruda competición con China en el Tercer Mundo; esto aparte, la aproximación de Pekín a los Estados Unidos no podía por menos que suscitar inquietud en Moscú.

En lo que atañe a la era brezhneviana tal vez es pertinente distinguir, sin embargo, dos etapas en las relaciones de la URSS con el Tercer Mundo. En la primera, hasta 1976, la Unión Soviética declaraba sostener incondicionalmente las reivindicaciones de los países más pobres y parecía decidida a proporcionar una relativamente importante ayuda económica y un franco apoyo a un sinfín de *movimientos de liberación*. A partir del año mencionado la URSS inició, en cambio, un progresivo distanciamiento con respecto, por ejemplo, a las posturas que reclamaban un *nuevo orden económico internacional* y asumió una evidente *desideologización* de sus relaciones y una paralela *economización* de estas. Aunque su colaboración con los Estados amigos no desapareció, al amparo de la crisis interna los flujos de ayuda se redujeron, al tiempo que la URSS buscaba socios comerciales en países de la órbita capitalista, cuando no en regímenes visiblemente conservadores. Más allá de esta observación de cariz temporal, hay que recordar que la política soviética en el Tercer Mundo se caracterizó en todo

momento por una extrema prudencia, guiada por el objetivo de evitar una confrontación directa con los Estados Unidos. Algunos de los aliados de la URSS acabaron por reproducir, es cierto, muchos de los vicios del sistema soviético, en la forma de centralización, burocratización y despilfarro, fenómenos todos acelerados por frecuentes conflictos civiles y no menos frecuentes agresiones foráneas. Inmersos en una plétora de problemas —dependencia externa, ausencia de fuentes internas de riqueza, debilidad de las estructuras estatales, enfrentamientos nacionales...—, los aliados de la URSS exhibieron con respecto a Moscú, en cualquier caso, una notable independencia a la hora de adoptar decisiones fundamentales; así lo atestiguan el alejamiento egipcio, las sucesivas intervenciones de Siria en el Líbano o la agresión iraquí contra Irán, medidas todas que no parecían llenar de contento a la URSS brezhneviana.

Los cambios que la política de la Unión Soviética en el Tercer Mundo experimentó a partir de 1976 se vieron acompañados, poco después, por otros de carácter más general. El esquema de la distensión entró en crisis cuando los EE UU empezaron a mostrar su rechazo ante algunos de los términos de la política soviética —así, el vínculo establecido entre el comercio bilateral y la emigración de judíos, la importante ayuda militar dispensada a Angola, la influencia de Moscú en Etiopía— e iniciaron una recuperación de las heridas sufridas en Vietnam. Síntomas fehacientes de la nueva política norteamericana lo fueron un activo rearme, acometido en la segunda mitad (1979-1980) del mandato presidencial de James Carter, y la decisión de no ratificar un nuevo acuerdo de reducción de armas estratégicas, el llamado SALT-2, que había sido firmado en junio de 1979.

El enrarecimiento de las relaciones soviético-norteamericanas —que cronológicamente coincidió, sin embargo, con la suavización de las tensiones entre la URSS y China— fue una visible realidad en el último período de dirección brezhneviana, y se vio agudizado por circunstancias varias. Una de ellas lo fueron los problemas que atenazaban a Polonia, en donde el deterioro de la situación económica había propiciado el espectacular crecimiento de una fuerza fundamentalmente sindical, *Solidarnosc* (Solidaridad), en la que se daban la mano también contenidos nacionalistas y religiosos. La perspectiva de una nueva intervención militar soviética, que oteó en el horizonte durante largos meses, se vio truncada, a finales de 1981, con el establecimiento de la ley marcial por un nuevo gobierno encabezado por el general Wojciech Jaruzelski.

En paralelo, una de las consecuencias de la reanudación, *de facto*, de la carrera de armamentos en sus términos más tradicionales fue la polémica suscitada, en un marco de gran tensión, por la decisión de la OTAN de desplegar, en varios países europeos, misiles nucleares de alcance intermedio (los llamados *euromisiles*). Con todo, el principal factor de enfrentamiento entre los EE UU y la URSS fue, sin duda, la invasión soviética de Afganistán, en los últimos días de 1979. Lo que se prometía un paseo militar acabó siendo un sangriento y prolongado conflicto bélico que hizo que arreciaran en Naciones Unidas las críticas contra la Unión Soviética, pronto objeto también de las sanciones económicas y deportivas —boicot a los juegos olímpicos de Moscú, en 1980— occidentales. Afganistán configuraba, con toda evidencia, una excepción en el comportamiento de la URSS posterior a la Segunda Guerra Mundial: era la primera vez que las fuerzas armadas soviéticas invadían un país desde 1945, y era la primera vez en que, por añadidura, entraban en combate abierto con unidades rivales, en este caso la guerrilla *muyahidín*. Se trataba, en fin, de un conflicto que reabría las disputas relativas al esquema de «esferas de influencia» trazado en la lejanísima conferencia de Yalta.

El decidido componente militar de muchos de los problemas que se manifestaron en los años postreros de la era brezhneviana obliga a recordar que en esa etapa no remitieron, muy al contrario, las disensiones sobre el volumen del gasto de defensa. En 1976, el año de la muerte de Grechko, y en el marco del debate que antes hemos apuntado, Brézhnev decidió imponer, con claridad, un freno al crecimiento del gasto militar. Para llevar adelante su programa, la dirección del Ministerio de Defensa fue encomendada a un civil, Dmitri Ustinov, mientras la jefatura del Estado Mayor recaía en un militar, el mariscal Nikolai Ogárkov. Eran tiempos, por otra parte, en los que Brézhnev mantenía posiciones muy abiertas que, entre otras cosas, lo condujeron a rechazar la perspectiva de obtención de una superioridad militar y de una capacidad *de primer golpe*, y a comprometer a la URSS en no ser la primera en emplear las armas nucleares. Aunque en un principio Ogárkov pareció dar su aprobación a este tipo de propuestas, sus concepciones se vieron paulatinamente alteradas de resultados de varios procesos: el despliegue de los *euromisiles*, los problemas que encontró el acuerdo SALT-2 y los mencionados planes de rearme adoptados por los EE UU. En momentos tan delicados como los dibujados por esos acontecimientos, y contra pronóstico, Brézhnev mantuvo su designio de no incrementar el gasto militar y, en visible colisión con las ideas que Ogárkov empezaba a defender, no

dudó en afirmar que las fuerzas armadas soviéticas tenían todo lo que necesitaban —algo en lo que, pese a todo, no iba descaminado— y en reforzar el compromiso de la URSS con la distensión. La polémica que nos ocupa no era sino un signo más de que la crisis interna tenía claro reflejo en las relaciones internacionales, y en las posibilidades militares, de la Unión Soviética.

El interregno: Andrópov y Chernenko

Leonid Brézhnev murió en noviembre de 1982, y fue reemplazado por Yuri Andrópov en su calidad de secretario general del PCUS. Andrópov falleció en febrero de 1984 y fue, a su vez, sustituido por Konstantin Chernenko. La muerte de Chernenko, en marzo de 1985, dejó el camino expedito para que Mijaíl Gorbachov se convirtiese en el máximo dirigente soviético.

Como es fácil imaginar dada la velocidad de estas sustituciones —vinculadas, claro, con la edad, muy elevada, de los secretarios elegidos en 1982 y 1984—, el período que nos ocupa configuró un auténtico interregno en el que ni Andrópov ni Chernenko tuvieron excesivas oportunidades de demostrar cuáles eran sus proyectos y cuáles sus capacidades. Dos datos generales merecen, de cualquier modo, rápida mención. El primero es que tanto en el caso de Andrópov como —bien es verdad que en menor medida— en el de Chernenko se interpretó que existía una voluntad innegable de acometer cambios en el funcionamiento del sistema soviético; queda para los historiadores del mañana delimitar hasta qué punto esa atribución de intenciones se ajustaba a la realidad o, por el contrario, había que concluir que en una situación de crisis y anquilosamiento cualquier movimiento, incluido el simple acceso al poder de un nuevo dirigente, estaba llamado a suscitar la apariencia de un cambio de cierto relieve. En segundo término, no está de más recordar que las designaciones de Andrópov y de Chernenko pusieron de manifiesto, una vez más, que en el seno de los máximos órganos de dirección, y en particular en el Politburó, existían agrias disputas sobre las políticas que debían desplegarse y sobre las personas a las que se debían encomendar. Baste con mencionar al respecto que todos los pronósticos sucesorios realizados en esos años se vinieron abajo: el supuesto de

Brézhnev era Chernenko, y no Andrópov, mientras que el supuesto sucesor de este último era Gorbachov, y no Chernenko. Acaso esta constante alteración

en las presumibles elecciones no era sino el reflejo de la incertidumbre que guiaba a la cúpula del poder soviético en un momento en el que la crisis, en todos los órdenes, empezaba a hacerse irrefrenable.

Un intento de caracterización de las políticas de Andrópov debe llamar la atención sobre un par de rasgos. El primero fue una innegable prudencia en lo relativo a la adopción de decisiones clave; así, y por ejemplo, en alusión al gasto en defensa, el nuevo secretario general poco más hizo que reiterar las concepciones postreras de Brézhnev, subrayando que el país estaba realizando un esfuerzo suficiente y que no había motivo, por tanto, para acrecentar las dotaciones destinadas a las fuerzas armadas. Ello era tanto más significativo cuanto que, del lado norteamericano, se había hecho sentir ya una apuesta por una ambiciosísima Iniciativa de Defensa Estratégica —la *guerra de las galaxias*— que implicaba riesgos evidentes para la URSS. El segundo rasgo de interés lo aportó la puesta en marcha de un conjunto de medidas que, sin alterar ningún fundamento de funcionamiento del sistema soviético, intentó extremar el cumplimiento de las reglas del juego características de aquel a través de un acrecentamiento de la disciplina y de la exigencia de acabar con la corrupción. Esta forma de ver las cosas, que en modo alguno implicaba la puesta en práctica de reformas audaces —las de Jrushchov, veinticinco años atrás, habían sido más radicales—, respondía a la perfección al esquema de pensamiento de quien durante bastante tiempo había sido el máximo responsable del KGB. Las más sonadas de las campañas auspiciadas por Andrópov fueron sin duda las que se propusieron reducir de manera sensible el consumo de alcohol y atajar un problema endémico como era el absentismo laboral; el efecto conjunto de estas dos campañas fue, por lo que parece, una tan leve como efímera mejora en los niveles de producción. Andrópov, quien no ahorró advertencias sobre la conveniencia de no infravalorar el peligro de colisiones sociales serias, concedió también, en clave innegablemente brezhneviana, cierta autonomía financiera a las empresas, en las cuales se procedió a instaurar algunas formas de control de calidad. Ninguna liberalización política o cultural se abrió, sin embargo, camino, en un contexto de visible preocupación por la estabilidad interna.

Si, pese a las limitaciones de las medidas adoptadas, Andrópov pasó por ser un liberalizador en el terreno económico —hay quien piensa que de haber permanecido más tiempo en el poder sus reformas se hubieran deslizado por caminos similares a los recorridos, poco después, por Gorbachov—, no puede decirse lo mismo de su conducta en la arena internacional, en la que acaso fue

rehén de un conjunto de circunstancias cuyo control se le escapaba. Lo cierto es que durante su secretariado se interrumpieron las conversaciones que la URSS mantenía con los EE UU sobre fuerzas nucleares de alcance intermedio y sobre armas nucleares estratégicas, en un escenario en el que arreciaba la ya mencionada polémica provocada por el despliegue, en varios países de la Europa occidental, de medio millar de misiles nucleares de alcance intermedio, y en el que el presidente norteamericano Ronald Reagan marcaba el ritmo de un aceleradísimo rearme. La posición de Andrópov, no precisamente propicia a la negociación en estas circunstancias, se vio apuntalada por la tensión internacional derivada del supuesto derribo por la URSS de un avión comercial surcoreano.

Bien es verdad que Andrópov hizo gala de una política menos agresiva en el Tercer Mundo: en adelante Moscú no debía ejercer otra influencia que la derivada de sus resultados económicos interiores, en un marco en el que la economía se presentaba como el *frente decisivo* en la competición con los Estados Unidos. También eran momentos, por lo demás, en los que se producían en la URSS cambios en la doctrina militar. Hay quien ha sugerido, en particular, que en el verano de 1983, y tal vez por efecto de la consolidación de la Iniciativa de Defensa Estratégica norteamericana, los especialistas llegaron a la conclusión de que el teatro tradicional de conflicto, la Europa central, había perdido vigor, y con él los instrumentos —el armamento nuclear y los dispositivos ofensivos— acuñados al efecto por los estrategas soviéticos. Aunque la *crisis de los euromisiles* pudiera dar a entender lo contrario, los especialistas soviéticos estimaban que una eventual colisión militar con los EE UU era mucho más probable en escenarios situados en el sur del planeta y, en aquellos años, en particular, en la región del golfo Pérsico.

Por lo que se refiere a Chernenko, su elección pareció una vuelta atrás en dirección hacia muchas de las anquilosadas políticas propias de la era de Brézhnev. Sin embargo, hay quien ha recordado que, poco antes de morir este, Chernenko había defendido reformas de carácter político que, de haberse llevado a efecto, hubiesen supuesto una sensible ampliación de las posibilidades de juego de los soviets y de los sindicatos, junto con una innegable democratización del Partido. De nuevo queda la duda de saber qué es lo que hubiera hecho Chernenko si su estado de salud y, al poco, su muerte no hubieran truncado rápidamente la dirección asumida en 1984. Es difícil, con todo, describir novedades significativas en cuanto a la gestión económica auspiciada por

Chernenko, quien a los ojos de la mayoría de los especialistas aparecía como una figura política con convicciones mucho menos firmes, y con ideas menos claras, que las defendidas con anterioridad por Andrópov. La desidia que parecía acompañar a las posiciones de Chernenko en este ámbito se sumaba a lo que en los hechos fue una suavización del proyecto disciplinario y de la lucha contra la corrupción acometidos por Andrópov.

Otro aspecto que a menudo se ha subrayado era el hecho de que Chernenko, a diferencia de Andrópov, carecía de experiencia en el ámbito de la política internacional. Poco atento a las tensiones del momento, que no eran pocas, mostró, sin embargo, un irrefrenable optimismo en lo que atañe a las conversaciones de control de armamentos. De su mano —estos son datos que inspiran la identificación de Chernenko con políticas aperturistas—, la URSS se avino a participar en un foro negociador que se ocupaba de las armas atómicas y espaciales, prosiguió con las conversaciones que se interesaban por los problemas de la no proliferación nuclear y asumió de buen grado una reanudación de las negociaciones sobre armas estratégicas. A principios de 1984 Chernenko había señalado que la prevención de la guerra nuclear era el principal objetivo de la política exterior de la URSS.

La posición, más abierta, de Chernenko en lo relativo a los grandes retos de la política externa soviética se veía acompañada por una ratificación de las medidas de asignación de recursos defendidas por el último Brézhnev y por Andrópov. Chernenko no alentó ningún crecimiento del gasto militar, preocupado como estaba por la crisis económica que atenazaba al país. Tal vez fue esta circunstancia la que aconsejó la destitución, en octubre de 1984, del polémico mariscal Ogárvov en la jefatura del Estado Mayor. Fueren las cosas como fueren, parece innegable que ni Andrópov ni Chernenko hicieron gran cosa para resolver la ingente acumulación de problemas que Brézhnev les había legado en 1982.

CAPÍTULO 8

LA REFORMA FALLIDA: LA *PERESTROIKA*

El acceso de Mijaíl Gorbachov a la secretaría general del PCUS, en marzo de 1985, no supuso de manera inmediata transformaciones evidentes en los procesos políticos o en las formas de gestión económica. Aunque el nombre de Gorbachov acabaría asociándose con una palabra, *perestroika*, que designaba una reestructuración de todas las relaciones, no hay que olvidar que la irrupción de ese proceso, sujeto a un sinnúmero de interpretaciones, no fue inmediata.

De manera muy general acaso puede decirse que un rasgo sustancial de los seis años de dirección gorbachoviana fue la apertura de un amplio debate público que carecía de antecedentes en la Unión Soviética. Entre 1985 y 1991 no se siguieron de ese debate, sin embargo, transformaciones estructurales decisivas: las instituciones políticas no perdieron la tutela del PCUS, las reformas económicas apenas se abrieron camino y el tratamiento de los problemas nacionales presentó notables altibajos que apuntaban, pese a todo, a una firme decisión de mantener, contra viento y marea, la Unión Soviética. Hubo, sin embargo, un terreno —el configurado por la política exterior— en el que es innegable que la discusión pública se vio acompañada, y además con rapidez, de medidas de cambio. La desaparición del muro de Berlín y la puesta en marcha de

un notable programa de reducciones en los arsenales así lo atestiguaron. Más allá de todo lo anterior hay que convenir en que la tarea que Gorbachov tenía por delante en 1985 era realmente onerosa: la crisis que atenazaba al sistema soviético desde hacía veinte años había ido agotando los recursos, de tal manera que el crecimiento nulo al que probablemente se había llegado en la década de 1980 en forma alguna permitía dar satisfacción a las exigencias de una industria que reclamaba una urgente revolución tecnológica, de una agricultura secularmente estancada, de un sector militar que seguía detrayendo sumas ingentes y de una población cuyos niveles de consumo eran precarios. Brézhnev había dejado pasar la oportunidad de acometer un proceso de reformas en condiciones mejores que las que, a mediados de la década mencionada, y con una inédita presión militar norteamericana, se le presentaban a Gorbachov. Pese a todo lo anterior, en los decenios de 1960 y 1970 se habían consolidado nuevos grupos sociales —una población urbana que no realizaba trabajos manuales, un proletariado que gozaba de ciertos privilegios— que, beneficiarios de un marco general de prosperidad, encontraban serios frenos en un orden arcaico y anquilosado. En cierto sentido, el sistema soviético empezaba a ser víctima de la relativa riqueza que él mismo había creado.



Foto 25. Mijaíl Gorbachov y su esposa hablando con gente de la calle en un suburbio de Moscú.

El período de *perestroika* es susceptible de una clasificación cronológica que permite distinguir en su despliegue al menos tres fases. En la primera de ellas, que se prolongó desde marzo de 1985 hasta mediado el año 1987, buena parte de las decisiones adoptadas ilustraba una reaparición del proyecto *disciplinario* que páginas atrás asociamos con la figura de Andrópov. Aunque era innegable que la nueva dirección soviética exhibía una mayor conciencia en lo que respecta a la hondura de los problemas que había que encarar, las soluciones aportadas no resultaban muy diferentes de las diseñadas por Andrópov. La disciplina, la lucha

contra la corrupción y el alcoholismo, y la adopción de medidas *cosméticas* en el ámbito económico fueron características de este período, que acaso se debe identificar como una etapa de tanteo de las diferentes opciones que se presentaban en el horizonte. Es bien cierto, sin embargo, que se hicieron sentir dos significativas novedades. La primera fue la irrupción, en materia de paz y de seguridad, de un *nuevo pensamiento* que pronto desbloqueó de forma clara las negociaciones de control de armamentos. La segunda, tal vez más importante aún, asumió la forma de un concepto paralelo al de *perestroika*, el de *glásnost*, que remitía a una voluntad de ampliar —luego se vería que sensiblemente— las posibilidades de discusión sobre las materias más dispares. De acuerdo con algunas interpretaciones, el tratamiento a la postre dispensado al accidente en la central nuclear de Chernóbil, en abril de 1986, fue la señal de partida para el despliegue de la *glásnost*.

Entre mediados de 1987 y el verano de 1990 se hizo notar una segunda fase en el despliegue de las reformas que nos ocupan. La «Ley de empresas del Estado», adoptada en junio de 1987 y aplicada de manera más bien difusa, fue el primer reflejo de las limitaciones, pero también de las ambiciones, que los programas económicos asociados con la *perestroika* exhibieron después. Su correlato en el plano político cobró cuerpo, en junio-julio del año siguiente, de la mano de una Conferencia Extraordinaria del PCUS en cuyo transcurso se fijaron los términos de una reforma que, aunque también con limitaciones, abría un camino más democrático. En marzo de 1989, y en buena medida por efecto de las resoluciones aprobadas en la conferencia reseñada, se celebraron las primeras elecciones generales en las que, con objeto de designar a los miembros del Congreso de Diputados Populares, existía más de una candidatura —se presentaban candidatos que no eran miembros del Partido— en un respetable número de circunscripciones. Un año después, en marzo de 1990, y con un evidente sentido retórico, toda vez que las cosas no cambiaron en demasía, el PCUS renunció a su papel dirigente. En el plano internacional, entretanto, se hacían notar tres significativas novedades: a la firma, por los EE UU y la URSS, de un acuerdo de supresión de armas nucleares de alcance intermedio (diciembre de 1987) siguieron un compromiso soviético de retirada del contingente militar presente en Afganistán (mayo de 1988) y el anuncio de reducciones unilaterales de tropas y dispositivos (diciembre de 1988). Todos estos acontecimientos se desarrollaban en un marco en el que la crisis económica se acentuaba por momentos y en el que surgían nuevas fuerzas políticas diferentes del PCUS, y

comúnmente opuestas a él. Al amparo de la *glásnost* se manifestaban también, en el Cáucaso y en el Báltico, tensiones nacionales que habían tenido algún antecedente menor en el Asia central en la etapa anterior.

Durante el período al que acabamos de referirnos era posible identificar ciclos en el transcurso de los cuales la dirección soviética se apoyaba primero en los sectores *conservadores* del régimen para luego buscar, en cambio, el apoyo de los *reformistas* que, dentro o fuera del PCUS, reclamaban cambios más intensos y rápidos. Este esquema se hizo particularmente claro en el tercer período que vamos a identificar, una etapa que reflejó las más diversas convulsiones, anunciadoras de una situación extrema como la que, al final, se produjo con ocasión del fracasado golpe de Estado de agosto de 1991. El XXVIII Congreso del PCUS, en julio de 1990, tuvo dos consecuencias: la quiebra del equilibrio centrista que, entre conservadores y reformistas, Gorbachov había intentado imponer en el pasado y la definitiva huida, lejos de las redes del PCUS, de buena parte de los segundos que todavía permanecían en él. Con reducidísimas posibilidades de apoyo en los reformistas, el presidente soviético se vio obligado a pactar, en exclusiva, con el aparato conservador de un Partido del que seguía siendo secretario, y ello tuvo pronto evidentes tributos. En el otoño y el invierno siguientes Gorbachov rechazó un plan de reforma de perfiles más o menos audaces —el llamado *plan Shatalin*—, procedió a la destitución de un liberal ministro del Interior, dio el visto bueno a una dura represión en el Báltico, se empeñó en llevar adelante un Tratado de la Unión que reducía casi a la nada las perspectivas de autodeterminación y secesión de las repúblicas, y sugirió en repetidas ocasiones, en fin, la conveniencia de instaurar un estado de emergencia. La dimisión del ministro de Asuntos Exteriores, Edvard Shevardnadze, en diciembre de 1990, como protesta por el descafeinamiento de casi todas las reformas, fue un hito simbólico en este *otoño neoburocrático*, que no tenía correlato, sin embargo, en el terreno de las relaciones externas: el apoyo que la URSS dispensó a los EE UU con motivo de la crisis del golfo Pérsico (agosto de 1990-marzo de 1991) y la firma de un acuerdo de reducción de fuerzas convencionales (noviembre de 1990) eran hechos que daban satisfacción a los sectores reformistas. Los pésimos resultados económicos, el creciente descontento popular, el auge de los movimientos nacionalistas, la irresistible ascensión de Boris Yeltsin, el máximo rival de Gorbachov, y la presión internacional se unieron para propiciar, en la primavera de 1991, un nuevo giro en las políticas oficiales. Buena parte de los preteridos

elementos reformistas reaparecieron en ellas, con formas diversas: una visible voluntad de renegociar, en beneficio de las repúblicas, el Tratado de la Unión; la adopción de un nuevo plan económico, con el beneplácito de varios organismos internacionales, y la introducción de reformas ideológicas de algún relieve, que sobre el papel implicaban el abandono del marxismo-leninismo. A finales de julio de 1991, los EE UU y la URSS firmaban, por añadidura, un acuerdo de reducción de fuerzas nucleares estratégicas. En los hechos, y aunque no faltasen elementos de ambigüedad, parecía haberse verificado una ruptura del pacto que Gorbachov y los conservadores de su Partido habían sellado un año antes. Conforme a una interpretación muy extendida, la reacción postrera de estos últimos no fue sino el fracasado golpe de agosto, que cerró la etapa de *perestroika*, y con ella la historia de la URSS.

El proyecto de Gorbachov

Aunque con muy diversas modulaciones cada una de ellas, dos son las grandes interpretaciones que provocó el proceso de reformas acometido en la URSS en la segunda mitad del decenio de 1980.

La primera de esas interpretaciones rechaza una de las imágenes comúnmente suscitadas por la política de Gorbachov —la de un dirigente incontestablemente reformista trabado por la vieja guardia de su Partido— e identifica en las políticas desplegadas una voluntad expresa de mantener en pie una parte significativa del viejo sistema y, con ella, de los privilegios de la burocracia. Como más adelante veremos, no es difícil realizar una lectura de la *perestroika* en esta clave. Gorbachov habría propiciado, así, un intento de reforzar el control del centro, y no precisamente una reforma descentralizadora, en una economía en la que las empresas ofrecían información alterada, en la que los ministerios competían irracionalmente entre sí y en la que los procesos sumergidos tenían un poder incontestable. Su actitud ante las reivindicaciones nacionales no habría sido más liberal, por cuanto, pese a un buen número de declaraciones retóricas y a algún esfuerzo modernizador, el objetivo oficial no dejó de ser la preservación, en las condiciones que fueren, de la Unión. En el ámbito político, en fin, la apuesta gorbachoviana había sido un intento, fallido, de movilización controlada de la población, con trabas sin cuento, por ejemplo, a

la libre creación de formaciones partidarias contestatarias del omnímodo poder del PCUS.

Con estos datos en la mano es sencillo explicar por qué en muy diversas ocasiones Gorbachov acabó por recibir un significativo respaldo de quienes, sobre el papel, estaban llamados a contestar la política de reformas. Dispuesto a aceptar muchas de sus imposiciones, el máximo dirigente soviético puso de manifiesto repetidas veces un hecho: su discurso y el de los teóricos opositores conservadores coincidieron en un sinfín de ocasiones. La política de Gorbachov permitía la labor de zapa de un aparato partidario que, mientras respaldaba medidas innovadoras en los grandes foros —congresos y conferencias del PCUS, instituciones legislativas—, ponía manos a la tarea de postergar su aplicación o de suavizar su contenido allí donde disponía de un poder real, como era el caso de los despachos de los ministerios o de las naves de las fábricas. Pero por encima de todo lo anterior parece que puede afirmarse que del lado de Gorbachov hubo siempre una mano tendida a una parte de la *nomenklatura*, a la que ofreció una posibilidad de preservar el grueso de sus privilegios a través de un reciclaje en el seno del nuevo sistema político y económico que —se suponía— estaba cobrando vigor. Al margen de las capas más tecnocratizadas de esa *nomenklatura*, claramente beneficiadas, muchos conservadores vieron en Gorbachov una salida airosa, lo cual, lejos de fortalecer la imagen del máximo dirigente soviético, abrió numerosas incógnitas sobre su proyecto de reforma: aun cuando este no respondiese a un propósito decidido de mantener el viejo sistema, muchos de sus contenidos, que dibujaban un constante compromiso con los aparatos de antaño, oscurecían inevitablemente la línea estratégica del proceso. Más aún: ante las enormes dificultades que iban surgiendo, quedaba abierto el camino a un programa de modernización autoritaria que bien podía significar, en los terrenos más dispares, una vuelta atrás.

Junto a la interpretación anterior, que remite a una concepción *neoburocrática* de las reformas, hay otra que procura ver en Gorbachov y en sus políticas una voluntad decidida de ruptura con lo viejo, las más de las veces vinculada con la aceptación de un sistema político y económico semejante al existente en la mayoría de los países capitalistas desarrollados. De manera repentina o en virtud de una lenta aproximación, Gorbachov y su equipo habrían llegado a la conclusión de que la *democracia parlamentaria* y la *economía de mercado* eran las soluciones para un país que durante varios decenios había discurrido por otros caminos. Comoquiera que la defensa abierta de estas ideas

—en particular de la segunda— hubiera podido producir una situación de enorme inestabilidad, el máximo dirigente soviético habría optado por moderar sus adhesiones. Así las cosas, en momento alguno habría defendido con claridad una *restauración del capitalismo*, aun cuando en los hechos muchos de sus movimientos —bien que acompañados de una retórica *socialista*— apuntasen de forma inequívoca hacia ella. Este Gorbachov *criptocapitalista* se habría manifestado, en términos económicos, a través de la idealización del mercado y de sus capacidades, de un discurso tecnocrático que probablemente sobreestimaba la dimension liberadora de las nuevas tecnologías y de un propósito de integración en otro mercado, el mundial, dirigido por instancias como el Fondo Monetario Internacional. La propia reconversión laboral que Gorbachov parecía auspiciar suponía —más adelante nos referiremos a ello— una aproximación a las condiciones habituales en el capitalismo: los ciudadanos deberían aceptar una menor seguridad a cambio de una economía más eficiente que produjese mejores bienes de consumo y proporcionase servicios de mayor calidad.

Entre las dos interpretaciones que acabamos de reseñar existía, de cualquier modo, un elemento de comunicación. Si la primera, por su propia naturaleza, implicaba el rechazo de cualquier perspectiva que colocase en manos de la población capacidades reales de decisión, la segunda no mostraba menores recelos ante una genuina dirección popular de los procesos. Aunque de por medio se hallaba una visible liberalización que —antes lo señalamos— permitía un debate público o acarreaba una actitud más respetuosa para con los derechos humanos, a la población no se le reservaba protagonismo alguno: o era lo que había sido durante siete decenios de régimen soviético o estaba llamada a convertirse, en el designio del segundo Gorbachov que nos ha ocupado, en mero objeto de tecnocráticas decisiones que debían permitir la construcción, desde arriba, de un floreciente mercado. Las cosas así no puede sorprender, por cierto, que la respuesta generalizada de los ciudadanos soviéticos no fuese otra que un creciente escepticismo, consolidado por el ahondamiento de la crisis económica, por la certificación de que el PCUS retenía un sinfín de facultades o por la conculcación de los derechos nacionales en la periferia.

La combinación de elementos ajustados a esas dos grandes interpretaciones —porque hay que convenir que una y otra identifican aspectos reales de las políticas desplegadas por Gorbachov— produjo durante varios años una mezcla confusísima que en ocasiones tuvo un inesperado efecto: una anulación mutua de

los dos proyectos que acaso está en el origen de muchos de los callejones sin salida que caracterizaron a la *perestroika*. De manera muy general parece que puede afirmarse que en el primer período de los tres que describimos antes, el que mediaba entre 1985 y 1987, las concepciones de Gorbachov obedecían en esencia a un esquema *neoburocrático*. En la segunda de las etapas la presencia de elementos *criptocapitalistas* se hizo, en cambio, más sólida. El tercer período reflejó, en fin, un inicial predominio de políticas *neoburocráticas* sustituidas después por actitudes de manifiesta apertura occidentalizante, en lo que parecía ilustrar un esquema general: el entonces presidente Gorbachov asumía, bien que con unos meses de retraso, el grueso de las propuestas que con anterioridad habían ido realizando los sectores reformistas que se iban desgajando del PCUS.

Si damos por buena esta forma de ver las cosas, estamos obligados a concluir que no tiene excesivo sustento una tercera y posible interpretación del proceso de *perestroika*: la que identifica en él una voluntad de actualizar los contenidos de un *socialismo* que durante mucho tiempo habría sido una mera cobertura retórica del sistema soviético. En el transcurso de los seis años de dirección gorbachoviana no parece que se abriera camino perspectiva alguna de socialización de la propiedad, de despliegue de fórmulas autogestionarias, de defensa de una planificación democrática o de concesión de capacidades reales de decisión —no mediadas por una instancia burocrática como el PCUS— al conjunto de la población y a las naciones en que esta se integraba. Los movimientos de Gorbachov, muy al contrario, se agotaron en una defensa de los privilegios de las capas más tecnocratizadas de la *nomenklatura* o en una manifiesta inclinación hacia la introducción de un *mercado sin adjetivos*, plenamente homologable —retóricas aparte— al existente en el mundo capitalista desarrollado. Claro es que tampoco sería justo, y a menudo se ha hecho, presentar a Gorbachov como el responsable del hundimiento de un régimen *socialista* que, además de no ser tal, había entrado en crisis mucho antes de 1985. De cualquier modo, las enormes dificultades que encuentra la reflexión sobre la naturaleza de la *perestroika* obligan a concluir que no puede dejarse de lado una interpretación más: la que señala que los responsables del proceso de reformas en momento alguno dispusieron de un proyecto claro y consistente, y en los hechos se limitaron a improvisar, con mayor o menor fortuna, las medidas, muchas veces contradictorias, que iban viendo la luz.

Una movilización controlada de la población

A partir de 1988 el proceso de *perestroika* acabó por traducirse en una innegable liberalización en el ámbito político. Es importante recordar, sin embargo, que esa liberalización se hallaba sometida a un claro límite: el derivado de la voluntad de preservar, en los hechos, el papel dirigente del PCUS en todas las dimensiones del proceso de reformas. Los privilegios de que disfrutó el Partido en las semidemocráticas elecciones de marzo de 1989 —monopolio de uso de los medios de comunicación, una tercera parte de los escaños reservados a sus organizaciones— ilustran bien a las claras un predominio que, bien es cierto, luego adquirió formas más medidas. La propia preservación, lejos de los grandes núcleos urbanos —en los que los efectos de la *glásnost* eran visibles—, de las viejas estructuras de poder configuraba una realidad de predominio, poco menos que absoluto, de los aparatos tradicionales.

Ya en su momento indicamos que la Conferencia Extraordinaria del PCUS celebrada en junio-julio de 1988 sentó las bases de la posterior liberalización política. Su principal secuela fue la celebración de elecciones que primero, en marzo de 1989, lo fueron al Congreso de Diputados Populares —de él saldría más tarde un Soviet Supremo— y luego se extendieron a las diferentes repúblicas y a los poderes locales. En el caso de estos últimos el propósito enunciado era que el centro de gravedad se desplazase del aparato del PCUS a la cúpula de los soviets, aun cuando no por ello dejaran de ser las personas vinculadas al primero quienes se encargasen de dirigir a los segundos. De manera general puede afirmarse que cuanto más se avanzaba en el tiempo, y al menos en los medios urbanos y en las repúblicas con movimientos nacionalistas poderosos, las elecciones reflejaban una mayor amplitud de opciones y un mayor respeto por las reglas del juego democrático. En paralelo, y de forma paulatina, iba cobrando cuerpo una actitud de mayor atención a las normativas internacionales de derechos humanos, en lo que no era sino un triunfo postrero de las posiciones defendidas por Andréi Sájarov, quien, fallecido a finales de 1989, había sido liberado de su exilio de Gorki y se había convertido, en medio del fervor popular, en diputado.



Foto 26. Los líderes soviéticos Gromiko, Gorbachov y Rizhkov en el Mausoleo de Lenin el 1 de mayo de 1988.

El efecto más importante del proceso que nos ocupa lo fue, sin duda, la aparición de nuevos poderes que acabaron por suscitar, en particular en el caso de las repúblicas, conflictos legales varios. En adelante el *centro* moscovita vio cómo sus incontestadas capacidades eran objeto de un visible acoso, que tenía su principal manifestación en las declaraciones de soberanía que vieron la luz en los escenarios más diversos (en las repúblicas del Báltico pronto se convirtieron en francas declaraciones de independencia). La reacción del *centro* adoptó al menos dos formas. Una era una disputa legal que en ocasiones —así, la represión en el Báltico a principios de 1991— se desbocó, y otra un estéril intento de reforzamiento de los poderes presidenciales, realizado con el visible objetivo de colocar en manos de Gorbachov instrumentos que le permitieran refrenar la aparición de instancias contestatarias. El propio juego de equilibrios entre conservadores y reformistas desplegado por Gorbachov, y las componendas consiguientes, anulaba en los hechos, sin embargo, muchas de las prerrogativas teóricamente derivadas de los fortalecidos poderes del presidente. A este tampoco le beneficiaba, por cierto, su firme decisión de no concurrir a proceso electoral alguno: a los ojos de muchos soviéticos la falta de legitimidad del poder ejercido por Gorbachov era un dato decisivo, que tenía su reflejo en el voto de castigo que a menudo recibían los candidatos del PCUS. Un factor adicional que contribuía a erosionar la imagen de Gorbachov —en este caso tal

vez tenía más que ver con las naturales dificultades de todos los procesos de transición— era, en fin, la lentitud, y las imperfecciones, con que se iban abriendo camino los principios de un derecho garantista o una división de poderes que realmente mereciese tal nombre. No podía ser de otro modo, por lo demás, cuando seguían pendientes de una delimitación clara las funciones del PCUS y las del Estado. A los ojos de muchos especialistas todos estos datos configuraban una situación muy semejante a la que se hizo notar, entre febrero y octubre de 1917, de la mano de un Gobierno provisional indeciso y contestado.

De lo anterior conviene retener, sin embargo, dos aspectos que son causa y consecuencia de las reformas políticas que nos ocupan. El primero es la ya varias veces mencionada política de *glásnost* o transparencia, que fue la que, con diferencias geográficas, permitió que saliera a la luz una *sociedad civil* durante varios decenios enterrada. Ya hemos apuntado que es una convención afirmar que la *glásnost* hizo su aparición estelar de la mano del tratamiento informativo que mereció, en 1986, el accidente en la central nuclear de Chernóbil, en Ucrania. La verdad es que la posición inicial de las autoridades soviéticas en lo que atañe al accidente no se caracterizó precisamente por la transparencia; baste con recordar que las primeras noticias al respecto procedieron de países escandinavos en los que se había identificado la radiación correspondiente, y que un lustro después todavía no estaban claros ni el número de víctimas ni, en general, las consecuencias del hundimiento del reactor ucraniano. Más allá de esta anécdota es innegable, de cualquier modo, que en 1986 empezó a hacerse visible en los medios de comunicación una libertad que no había alcanzado semejantes cotas siquiera con ocasión del *deshiello* jrushchoviano. Con el paso del tiempo algunos medios de comunicación —así, por ejemplo, *Ogoniok* o *Novi mir*— se significaron por su apertura a nuevas cuestiones y corrientes de pensamiento. Las artes adquirieron un significativo auge y fueron objeto de publicación multitudinaria escritores proscritos como Bulgákov, Pasternak o Solienitsin, al tiempo que algunas de las obras más recientes cuya edición había sido prohibida —el caso de *Deti Arbata* («Los hijos de Arbat»), de Anatoli Ribakov— pudieron, al fin, ver la luz. Mientras las literaturas en lenguas vernáculas experimentaban un claro estímulo, por primera vez encontraba posibilidad de manifestarse el sinfín de subculturas presentes en repúblicas y ciudades. El cine entregaba también obras como *Legko li bit molodimi* (¿Es fácil ser joven?) o *Malénkaya Vera* (*La pequeña Vera*). Apenas podía hablarse, de cualquier modo, de un cine, de un arte o de una literatura propios de la *glásnost*:

esta última se limitó a permitir que salieran a la luz pública formas de expresión que, de gestación anterior, habían estado proscritas o habían quedado en la marginalidad.

En términos más estrictamente políticos la *glásnost* supuso al menos tres cosas: la posibilidad de debatir sobre las materias más dispares, con una abierta confrontación de ideas que carecía de antecedentes; la recuperación de la conciencia de los valores nacionales en muchos lugares, y una revisión de la historia que permitió un examen abierto de lo ocurrido a partir de 1917. Muchos de los marginados de esa historia —con Bujarin, y de manera indirecta la NEP, a la cabeza— fueron finalmente rehabilitados, algo que no sucedió, sin embargo con un personaje vital de los primeros años revolucionarios: Trotski. La recuperación de un pasado proscrito durante decenios tuvo uno de sus ecos principales, por lo demás, en un resurgir religioso en el que acaso los símbolos y los rituales tenían mayor peso que las creencias en su sentido más profundo. Aunque este proceso de genérica liberalización informativa y cultural no estuvo exento de problemas, en su consolidación era fácil apreciar una clara línea de progreso que, como señalamos en su momento, no tuvo correlato en los ámbitos político y económico. Muchos especialistas interpretaron, de cualquier modo, que la dirección gorbachoviana aceptó la como un tributo que era inevitable pagar para que las reformas salieran adelante, aun sin ver con buenos ojos —menos aún alentar— muchas de las consecuencias de la liberalización que nos ocupa.

Pero si hemos hablado de una de las causas de los cambios políticos, ahora debemos hacerlo de una de sus consecuencias: la aparición de una oposición que exhibía los perfiles más diversos. En los primeros tiempos fueron dos, y bien distintos, los núcleos de oposición que vieron la luz. El primero lo configuraban algunos grupos de presión que, dentro del PCUS, apostaban por unas reformas de tono más radical y acelerado. Pronto fue Yeltsin, responsable del Partido en Moscú y uno de los colaboradores de Gorbachov, quien se puso a la cabeza de lo que se empezó a llamar una oposición de izquierda (no se olvide que en el período de *perestroika* lo común fue que se identificase con la *izquierda* a las fuerzas políticas que reclamaban reformas radicales, aun cuando estas supusiesen, por ejemplo, una restauración del capitalismo; se reservaba el término *derecha* para dar cuenta, en cambio, de la postura del aparato reacio a aceptar reformas y cambios). Con un discurso de abierta contestación de los privilegios de la burocracia, una defensa innegable de los derechos y de las

libertades, un evidente autoritarismo en muchos de sus comportamientos y un eventual tono demagógico en sus propuestas, Yeltsin obtuvo en las elecciones de marzo de 1989 un arrasador triunfo en Moscú. En cabeza de la oposición en los máximos órganos legislativos, y tras abandonar el PCUS, se convirtió en presidente de la Federación Rusa, en constante disputa con Gorbachov.

Junto a esa oposición que procedía del interior del propio Partido Comunista salió a la luz otra que tenía como caldo de cultivo, fundamentalmente en las grandes ciudades, a la vieja y diezmada disidencia, y que operó a la manera de fermento de nuevos movimientos. Los textos de *samizdat* empezaron a publicarse de manera legal al tiempo que proliferaba un sinfín de organizaciones *informales* que en ocasiones se fundieron con los grupos que, poco a poco, iban abandonando el PCUS. Mientras los herederos directos de la disidencia clásica llevaban una existencia mortecina, se significaba la fuerza de las organizaciones que, en el Báltico, en el Cáucaso y en Ucrania, habían imprimido un claro tono nacionalista a sus mensajes. En otros escenarios aparecían, entretanto, los cimientos de un sindicalismo independiente, que tuvo sus manifestaciones más claras en las huelgas que se produjeron, en diversos momentos, en la minería. En los debates ideológicos era visible, por lo demás, la influencia de un medio cerrado y enrarecido —el forjado en torno al PCUS durante decenios— que desfiguraba las opciones políticas y hacía difícil su comparación con las habituales en el mundo occidental. Esto aparte, los militantes del Partido, insertos en una maquinaria difícilmente reformable, asumían opiniones que recordaban al desaliento común entre la disidencia clásica, mientras que, beneficiarios por vez primera de cierto margen de libertad, los disidentes de antaño incorporaban considerables dosis de optimismo histórico que no eran ajenas a la pasada y triunfalista retórica del PCUS.

Con el despliegue del proceso de reformas hizo su aparición, sin embargo, una tercera oposición, que surgió, una vez más, en el interior del PCUS. La impresión de que Gorbachov avanzaba en ocasiones demasiado deprisa por la vía de las reformas —de que eventualmente podía traicionar a su Partido y a los principios que guiaban la vida soviética— provocó una aglutinación de fuerzas en torno a una especie de versión conservadora del proyecto reformista. Dentro del PCUS había sectores, bien representados en la cúpula de poder, que aceptaban genéricamente la necesidad de introducir cambios en todos los ámbitos pero que, por decirlo de algún modo, reclamaban que se pudiese freno a los excesos derivados de muchas políticas oficiales, y en particular a los que

tenían efectos en el terreno ideológico, en el de la revisión de la historia pasada y en el del tratamiento de los problemas nacionales. En varios momentos esta versión moderada del proyecto de reformas, capitaneada por Yégor Ligachov, ejerció una visible oposición a las políticas avaladas por Gorbachov. Por cierto que muchas de las críticas que este estaba llamado a recibir recayeron sobre sus colaboradores conservadores, a quienes con frecuencia se culpaba de retrocesos en las reformas que acaso eran responsabilidad poco menos que exclusiva del propio Gorbachov. Sean las cosas como fueren, lo cierto es que la presión de los sectores que nos ocupan surtió a menudo sus efectos.

En algunas ocasiones el discurso de esta oposición conservadora y moderada se aproximaba al de lo que podríamos llamar la vieja guardia, claramente desplazada en los meses siguientes a marzo de 1985. Adaptada a la lógica centralizadora y autoritaria del sistema soviético, la influencia de esta vieja guardia seguía siendo notable en los estratos medios y bajos de los aparatos del Partido y del Estado, así como en las provincias, lejos de las grandes ciudades y de sus turbulencias políticas. Probablemente fue esta burocracia rancia y tradicional la que dio los primeros pasos para que cobrara vigor lo que poco después era una floreciente realidad: la plena incorporación del nacionalismo ruso al discurso político de los sectores más conservadores, en lo que acabaría siendo un aparente pacto *contra natura* entre nostálgicos del zarismo y representantes del orden burocrático. En algunas repúblicas la vieja guardia no hizo ascos, por otra parte, al mensaje nacionalista local. Reconocida, y quizá magnificada, por el discurso oficial, la vieja guardia, deseosa de mantener el *statu quo* y partidaria de proyectos disciplinarios como los defendidos en su momento por Andrópov, acabó por entregar su apoyo —de buen grado o porque no había otras opciones— a la oposición representada por Ligachov y, más adelante, a los impulsores del golpe de agosto de 1991.

Sin planes ni mercados

Aunque en muchas ocasiones se haya pretendido lo contrario, los primeros esfuerzos de reforma realizados en el período de *perestroika* afectaron a la economía. Y a la hora de afirmar lo anterior no deben tomarse en consideración los efectos económicos de la radical campaña antialcohólica que, iniciada en

mayo de 1985, no podía por menos que considerarse heredera del proyecto disciplinario auspiciado un par de años antes por Andrópov. Hay que remitirse más bien a una ley que ya hemos mencionado, la de empresas del Estado, que sobre el papel entró en vigor en el verano de 1987. Hay quien ha recordado el triste destino, en las décadas de 1960 y 1970, de la *reforma Kosiguin*, formalmente aprobada pero engullida sin efecto alguno por el aparato burocrático, para dar cuenta de lo ocurrido con la «Ley de empresas del Estado». La comparación no es, por lo demás, superflua, toda vez que la similitud entre uno y otro proyecto era innegable. La ley que nos ocupa, y con ella el esquema primigenio de la reforma económica asociada con la *perestroika*, se asentaba en la idea de que la URSS debía seguir respondiendo a un sistema de planificación centralizada, si bien esta última afectaría tan solo a variables de importancia global, y no alcanzaría, por tanto, a las decisiones en los niveles inferiores de la economía. En adelante el éxito o el fracaso de las empresas, y de los individuos, deberían determinarse de forma impersonal, en virtud de reglas estrictamente económicas; si en el viejo modelo beneficios y fracasos se socializaban, en el nuevo deberían individualizarse. Por lo demás, en lo que atañe a sus decisiones operacionales, las empresas deberían gozar de una total autonomía. En el trasfondo de estas formulas se reclamaba lo que en la jerga del momento se llamaba un *crecimiento intensivo*, opuesto al *crecimiento extensivo*, nada respetuoso de criterios económicos y de materias primas escasas, del pasado. En los hechos la «Ley de empresas del Estado», que también guardaba más de una relación con el *socialismo de mercado* húngaro, implicaba la introducción de medidas diversas, entre las que se contaban cierto retroceso de la planificación centralizada, una mayor autonomía para las empresas —debían competir en la adquisición de bienes de producción y en la disputa de proveedores y compradores, al tiempo que podían fijar fondos para inversión y salarios— y la posibilidad de cierre de las unidades productivas deficitarias. Mientras se verían reducidas las sistemáticas subvenciones a empresas deficitarias, se anunciaban una activa reforma del sistema de precios y una liberalización del comercio exterior. Al mismo tiempo se reconocían nuevos regímenes de arrendamiento y propiedad, y se le otorgaba condición legal a algunas formas de trabajo privado que en ocasiones aparecían encubiertas en la forma de *cooperativas*. No faltaban, en fin, las tradicionales medidas que imploraban incrementos en la productividad y severas campañas contra el alcoholismo y la corrupción.

Como antes hemos dado a entender, a casi todos los efectos la «Ley de

empresas del Estado», que en muchos sentidos intentaba hacer frente a los problemas derivados de la crisis con los mismos instrumentos que habían provocado esta, no fue objeto de aplicación. Los pedidos, de cumplimiento obligatorio, del Estado siguieron siendo abrumadoramente mayoritarios: las empresas los buscaban con ahínco para de esta manera obtener los suministros necesarios y garantizar la adquisición final de sus productos. La reforma de los precios se fue postergando una y otra vez, mientras los obstáculos a la penetración de capital extranjero eran insorteables. Las formas de trabajo individual y cooperativo, en fin, poco más produjeron que nuevos cuellos de botella y una notoria animadversión social que mucho tenía que ver con el repudio de rápidas formas de enriquecimiento. Por encima de todo, los resultados económicos eran muy malos, y la crisis no parecía encontrar freno alguno.

Semejante estado de cosas se mantuvo, mal que bien, hasta 1990, cuando empezaron a ser objeto de seria discusión varios programas económicos. El que a la postre fue adoptado, en el otoño de ese año, reproducía en sus términos generales buena parte de la lógica *neoburocrática* que inspiraba, en los hechos, la ley de 1987. Poco antes había parecido, sin embargo, que la dirección soviética iba a respaldar un programa de perfiles más radicales, el llamado *plan Shatalin* o de los *quinientos días*, que, entre otras cosas, acarrearía una aceleración en la puesta en marcha de las medidas previstas. En la realidad había que identificar una dramática ausencia de novedades: aunque en la propia retórica oficial el mercado se imponía ya con claridad como mecanismo económico al que debían tender todos los procesos, lo cierto es que el viejo sistema de planificación centralizada se hallaba en estado mortecino, pero ninguna fórmula alternativa había pasado a reemplazarlo. Por efecto acaso de la inercia, las subvenciones a las empresas se mantenían en pie y no se estaba procediendo a cierre alguno; los precios se fijaban, como en el pasado, de manera administrativa, sin atender a ofertas, demandas, costos o escaseces. El caos se iba extendiendo por doquier, en la forma de crecientes desajustes en los procesos productivos, de suministros que no llegaban y de una ampliación de la esfera correspondiente a la economía sumergida; a todo ello había contribuido de manera poderosa la desaparición, de hecho, del *Gossnab* (el Comité Estatal de Suministros). Las nuevas empresas privadas no dejaban de sacar beneficio a semejante situación y, controladas casi siempre por mafias en las que a menudo se notaba la mano de sectores de la propia *nomenklatura* del PCUS, permitían la

realización de lucrativas y especulativas operaciones de las que nacían grandes fortunas. Los capitales exteriores, entretanto, apenas afluían a una economía incapaz de garantizar el respeto de unas mínimas reglas del juego, y ello pese a las sucesivas liberalizaciones en las normas de comercio exterior y de participación en las acciones de las empresas. La imprevista desaparición del Consejo de Ayuda Económica Mutua —el CAEM o Comecon— había provocado, en suma, la interrupción de muchos flujos económicos con los países de la Europa central y oriental, y se había sumado a los efectos de las tirantes relaciones que empezaban a hacerse notar entre muchas de las propias repúblicas integrantes de la URSS.

A medida que el tiempo iba pasando se hacía más irrealizable el gran objetivo económico anunciado por Gorbachov, con gran ingenuidad, al poco de acceder al poder: duplicar el potencial productivo del país en los quince años que mediaban entre 1986 y el año 2000. Las metas eran mucho más prosaicas, y se cifraban en evitar convulsiones agudas y en reducir los efectos de la previsible desintegración de la URSS. El esquema inicial de Gorbachov —que era una convencional combinación de confianzas depositadas en las nuevas tecnologías, ciertas dosis de mercado acompañadas de la activación de nuevas fuentes de recursos y un énfasis en la productividad y en la disciplina— había entrado en una visible quiebra. Aunque, dada la gravedad de los problemas que se presentaban en 1985, el hundimiento económico tal vez era inevitable, no puede olvidarse la aportación que la nueva dirección soviética realizó a la exacerbación de las tensiones. Y al respecto hay que volver a decir que, en una enorme paradoja, el objetivo fundamental de muchas medidas fue reforzar el control del centro, intentando hacerlo, eso sí, más eficaz y consciente. En modo alguno se trataba, a los ojos de los gestores gorbachovianos, de dejar que las cosas discurrieran por su propio cauce. Muy al contrario, se requería una activa intervención de los órganos centrales, que en los hechos se plasmó en una dramática ausencia de medidas descentralizadoras: en 1991 las repúblicas y los órganos de poder regional y local disfrutaban legalmente de capacidades de decisión económica muy similares —esto es, nulas— a las que poseían en 1985. Por añadidura, la falta de solución de los viejos problemas se veía acompañada de la aparición de otros nuevos e inéditos: se hacía notar así la presencia, por vez primera, de un significativo déficit público y se manifestaban incipientes tensiones inflacionarias.

No eran más halagüeños los resultados en el ámbito tecnológico. Aunque la

Iniciativa de Defensa Estratégica norteamericana había operado a la manera de un aguijón que obligaba a los dirigentes soviéticos a despertar a nuevos retos, los programas desplegados pronto mostraron sus limitaciones al respecto. El fallido intento de reconversión de la industria militar en modo alguno permitió, como hubiera sido deseable, una transferencia de tecnologías a la economía civil, y a los ojos de la mayoría de los especialistas se hizo evidente que otra de las pretensiones del Gorbachov de los primeros momentos —la que exigía que en un par de lustros los productos soviéticos estuviesen en condiciones de competir en los mercados internacionales— era irrealizable. A lo anterior se agregaba, una vez más, el eterno problema de la debilidad de los estímulos, acentuado por una percepción popular que fue ganando terreno: la que conducía a identificar reformas con crisis económica. No puede olvidarse que las primeras implicaban la desaparición —o en su caso la reducción de la importancia— de muchas de las ventajas, teóricas o reales, que ofrecía el sistema burocrático. Suponían, así, una pérdida en la seguridad de disponer de un puesto de trabajo —problema más psicológico que real, por cuanto el desempleo apenas ganó terreno—, una mayor diferenciación salarial —teóricamente vinculada al rendimiento—, el establecimiento de una estrecha relación entre los ingresos percibidos y la calidad de los servicios disfrutados, una progresiva desaparición de las subvenciones que reducían los precios de bienes básicos y, por encima de todo, una clara presión para incrementar la productividad.

En otras palabras, se estaba verificando una agresión en toda regla contra dos sentimientos que en su momento identificamos como característicos de la mentalidad de muchos soviéticos: el igualitarismo y el rechazo del lucro (y, en términos más generales, el del propio enriquecimiento privado). La certificación de que una parte de la *nomenklatura* estaba encontrando un fácil acomodo en las nuevas redes mercantiles no reducía precisamente la indignación popular. Al respecto de estas cuestiones, el gran problema de las medidas de reforma era, en suma, que exigían un rápido cambio en la actitud laboral de la población pero no estaban en condiciones de recompensarlo de forma inmediata. Los trabajadores, visiblemente marginados de las decisiones básicas, no podían por menos que responder con un creciente escepticismo a las demandas que se les realizaban. En este juego era particularmente precaria la posición de las mujeres, primeras víctimas de una política de acoso al subempleo ostentosamente ratificadora de la división de papeles entre los sexos. Para muchos el trabajo femenino parecía ser la causa de todos los males: alcoholismo, delincuencia, absentismo laboral,

divorcio o descenso de las tasas de natalidad. Semejante estado de hechos obligaba a poner en cuestión, por cierto, el vigor de las palabras pronunciadas por Gorbachov en 1986: «El socialismo ha emancipado a las mujeres de la opresión, garantizándoles la oportunidad de trabajar, obtener una educación y participar en la vida pública en pie de igualdad».

Efecto final de todo lo anterior fue la prosecución, sin freno, de la caída de todos los indicadores económicos. Si había motivos para sospechar que ya en la década de 1970 el crecimiento era prácticamente nulo, en los últimos años de la de 1980 se hizo evidente que la producción se estaba reduciendo de forma espectacular. Aunque no faltaron especialistas que señalaron que un descenso manifiesto en los niveles de producción era uno de los signos que tenía que acompañar a una reforma económica seria, lo cierto es que esta no había hecho su aparición en momento alguno. Sin planes ni mercados, sin estímulos sólidos para una recuperación económica y con una ayuda internacional muy precaria, la economía soviética se hallaba a la deriva. En esta situación difícilmente puede sorprender, en fin, que uno de sus problemas de siempre —generador en muchas ocasiones de efectos irreversibles— siguiese pendiente de solución: el configurado por salvajes agresiones medioambientales. Pese a que desapareció el rebozo oficial a la hora de identificar muchos de estos problemas y también se abrió al respecto un sesudo debate público, las posibilidades de sortear los viejos mecanismos burocráticos demostraron ser escasas. En los círculos oficiales se impuso la idea de que la patética situación general justificaba un nuevo retraso en el tratamiento de los problemas medioambientales. Los movimientos ecologistas que iban surgiendo parecían más preocupados por cuestiones de carácter inmediato, como la contaminación de las ciudades, que por los grandes problemas de fondo, como eran los relacionados con el modelo de crecimiento. Esto aparte, sus recelos ante la perspectiva de alentar soluciones de carácter *socialista* se veían alimentados por un entorno en el que aquellas eran abiertamente descalificadas: para muchos la democratización y el reconocimiento del derecho de autodeterminación se antojaban pasos previos, en suma, a la resolución de los problemas ecológicos. Las cosas así, no puede sorprender que la catástrofe del mar de Aral siguiese adelante, inmersa, además, en una disputa entre nacionalistas rusos y centroasiáticos. Mientras, el programa energético nuclear seguía produciendo muchos quebraderos de cabeza: el cierre de algunas centrales no acertaba a ocultar una larga historia de incumplimientos en las normas de seguridad que había producido accidentes en Kishtim (1957),

Bieloyarsk (1964), Shevchenko (1973) y Volgodonsk (1983), y, ya en el período de *perestroika*, en Chernóbil (1986) y Kursk (1989). El polígono de pruebas atómicas de Semipalátinsk, que en los dos decenios anteriores habría producido la muerte de unas 100 000 personas por efecto de enfermedades cancerosas, ilustraba, en fin, los efectos medioambientales de una carrera de armamentos durante tanto tiempo fuera de control.

La revuelta de las naciones

En los años de *perestroika* el resurgir de los movimientos nacionalistas en diversas partes de la URSS fue el producto de una variada panoplia de causas, que tuvieron como sustento la pervivencia evidente, durante decenios, de sentimientos nacionales. La agudización de muchos de los flujos centralizadores en los últimos años de la era brezhneviana no hizo sino poner de manifiesto la extrema irracionalidad de una fórmula que ni en lo político ni en lo económico permitía a las repúblicas, y a otras unidades administrativas, margen alguno de maniobra. La crisis del sistema de planificación burocrática no podía por menos que suscitar generales demandas de descentralización, que exhibían una impecable racionalidad en un orden en el que el *centro*, como vimos en su momento, había perdido conocimiento y control sobre lo que sucedía en la economía. Claro que la quiebra de todas las relaciones tenía también otro efecto: el hundimiento de la credibilidad del sistema soviético, y de sus entramados ideológicos, exigía un sustituto dispuesto a llenar el vacío. En la mayoría de los casos pronto fue evidente que ese sustituto era el nacionalismo. Quienes en repetidas ocasiones se preguntaron cómo era posible que en una situación económica tan delicada muchos de los habitantes de la Europa central y oriental abrazasen sin tregua la buena nueva nacionalista olvidaban que esta repentina adhesión en gran medida se debía precisamente a la extensión de los problemas económicos, y a la necesidad paralela de encontrar un discurso compensatorio que tenía más de una justificación.

Más allá de lo anterior, otros factores se hicieron notar. Uno de ellos fue, cómo no, el configurado por los efectos de la *glásnost*, que por primera vez en muchos años permitió un examen de lo acontecido en siete décadas de historia soviética. El caudal de símbolos históricos que necesitaban los incipientes

movimientos nacionalistas tenía ya con qué colmarse. El propio renacimiento de las creencias religiosas operó en muchos lugares —en el Báltico y en Ucrania, pero también en el Cáucaso y en el Asia central— como un estímulo para el resurgir de los movimientos nacionalistas. En algunos casos estos hicieron suyas también, por cierto, las demandas de resolución de los acuciantes problemas medioambientales que en varias ocasiones nos han ocupado: si está por estudiar, por ejemplo, el influjo que el accidente de Chernóbil tuvo en la consolidación del nacionalismo ucraniano, no hay dudas en lo que respecta al ascendiente que la lucha por el cierre de la central nuclear de Ignalina ejerció en las reivindicaciones de los nacionalistas lituanos o al peso que los contenidos ecológicos exhibieron en lo que atañe al resurgimiento nacionalista en Rusia. El proceso de reciclaje de buena parte de la *nomenklatura* permitió, en fin, la rápida conversión al nacionalismo de muchas de las elites locales, que a través de los nuevos movimientos consiguieron labrarse un futuro que de otra forma hubiese sido oscuro. Si todos los anteriores —transparencia informativa, resurgir religioso, conciencia medioambiental, intereses de las elites locales— son factores estrechamente relacionados con la *perestroika* y sus consecuencias, no hay que dejar en el olvido que se hicieron notar algunos otros que remitían, en cambio, a etapas lejanas en la historia de Rusia o de la URSS. Tal fue el caso, en particular, de un sinfín de caprichosos trazados fronterizos que permitían, por ejemplo, que un territorio mayoritariamente poblado por armenios —Nagorni-Karabaj— se ubicase en la república de Azerbaiyán, que Crimea, de población fundamentalmente rusa, hubiese sido entregada a Ucrania en la década de 1950, o que dentro de la propia Federación Rusa fueran numerosos los problemas de adscripción de pueblos y territorios.

Las reivindicaciones nacionalistas crecieron de manera formidable en un período de tiempo extremadamente breve: los hechos discurrían con una rapidez mucho mayor que la que exhibían, por lo demás, las reacciones oficiales. Entre 1985 y 1989 estas últimas se caracterizaron, en primer lugar, por la repetición de contenidos tradicionales. Bien ilustrativas al respecto lo fueron la reiteración, por Gorbachov, de una vieja idea, la del «papel dirigente del gran pueblo ruso», o las propuestas incluidas en el programa del Partido aprobado en febrero de 1986. Con uso y abuso de la jerga brezhneviana, en esos años se seguía hablando, sin rebozo, del «pueblo soviético como nueva comunidad histórica», y se apelaba a «aprender a distinguir entre los intereses nacionales verdaderos y su perversión nacionalista». En el terreno, más estricto, de los hechos políticos, el

conservadurismo imperaba. Si en unos casos —Nagorni-Karabaj— se optaba por inyectar recursos económicos en las zonas de conflicto, en otros —el Báltico— se asumía una nada ambiciosa negociación. Como vimos en su momento, no cobraba cuerpo, sin embargo, ninguna medida seria de descentralización económica, y tampoco se daba ningún paso adelante en lo relativo al reconocimiento del derecho de autodeterminación. La dirección soviética parecía empeñada en granjearse la oposición de sectores en principio reformistas, sin obtener a cambio mayores apoyos entre los conservadores. Las cosas así, resultaban plenamente justificados sus temores de que los procesos fuesen a más y desembocasen en una contestación global y radical del sistema. Cuanto más profundas eran las reformas, mayores eran los alicientes para los movimientos nacionalistas y mayores también los recelos del *centro*.

De cualquier modo, los conflictos se extendían por todas partes y se ajustaban a los modelos más dispares. Si en unos casos se identificaba un enfrentamiento entre el centro ruso y la periferia nacionalista (Báltico), en otros se trataba de colisiones entre repúblicas periféricas (Armenia y Azerbaiyán en Nagorni-Karabaj). Si en alguna circunstancia se hacían notar aproximaciones hacia un Estado externo (Moldavia con Rumania), en otros casos veían la luz las reivindicaciones, de ya largo aliento, de los pueblos despojados de su territorio (los tártaros de Crimea, los turcos mesjetas). Los escenarios de los conflictos más agudos eran, de cualquier modo, tres. En las repúblicas bálticas, y con evidentes simpatías externas, los movimientos nacionalistas —a los que se habían incorporado con fuerza las propias organizaciones republicanas del PCUS— reclamaban el derecho de autodeterminación. En el Cáucaso lo que predominaban eran los contenciosos fronterizos, con ilustraciones varias en Nagorni-Karabaj, Najicheván, Abjazia y Osetia del Sur. En el Asia central, en fin, se hacían sentir las demandas de varias minorías étnicas, junto con algunas disputas territoriales entre las repúblicas. No es casualidad que, con excepción del Báltico, los conflictos más enconados tuviesen por escenario zonas económicamente muy deprimidas.

Aunque a menudo se olvide, al compás de conflictos como los mencionados cobraba cuerpo en el *centro* un nacionalismo ruso cada vez más fuerte. El elemento motor de su discurso era una idea tan vieja como discutible: la de que Rusia había hecho, sin recompensa alguna, todo lo que estaba de su mano para sacar de la miseria y del anonimato a los restantes pueblos que integraban la URSS. Este discurso pasó a impregnar las manifestaciones de las fuerzas

políticas más diferentes. Se hizo notar en las declaraciones de quien acabaría por convertirse en presidente de la Federación Rusa —el ya citado Yeltsin—, pero alcanzó también a buena parte del aparato conservador del PCUS, a distinguidos portavoces de las fuerzas armadas y, en alguna de sus modulaciones, al propio Gorbachov. Si en unas ocasiones se plasmó en una voluntad resuelta de preservar la URSS, en otras, por el contrario, se tradujo en la defensa de una Rusia independiente o en la reivindicación, de la que se hizo eco el escritor Aleksandr Solzenitsin, de una especie de confederación de repúblicas eslavas a la que estaban llamadas a incorporarse Ucrania y Bielorrusia. No hay que olvidar que el ascendente nacionalismo ruso no solo tenía que hacer frente a los retos que aparecían en la periferia de la URSS: en el interior de la Federación Rusa iban ganando consistencia las demandas de un buen número de pueblos —tártaros, chechenos, bashquirios, carelios...— que deseaban acrecentar sus cotas de autonomía y en algunos casos pujaban por ir más allá.

No hay dato más ilustrativo de las dimensiones que alcanzaron las reivindicaciones nacionales que el que recuerda que los únicos movimientos políticos y sociales poderosos que, el PCUS al margen, se hicieron sentir a finales del decenio de 1980 fueron, sin duda, los movimientos nacionalistas. A través de estos se perfilaron las únicas fuerzas que daban cuenta de la existencia de *sociedades civiles* más o menos independientes del Estado y de sus tentáculos. Su poderío, incontestado en muchos lugares, provocó cambios de relieve en las políticas del Gobierno central, que depositó buena parte de sus esperanzas en dos textos legales: una «Ley de secesión» que vio la luz en 1990 y el ya mencionado Tratado de la Unión, que fue objeto de sucesivas negociaciones y remodelaciones en los dos últimos años de la *perestroika*. De resultados de un viaje a Lituania en enero de 1990, Gorbachov se comprometió a desarrollar un mecanismo legal que permitiese el ejercicio efectivo de los derechos de autodeterminación y secesión. La ley aprobada al efecto poco después más bien parecía, sin embargo, una fórmula orientada a evitar que el ejercicio racional de esos derechos pudiera hacerse realidad. Si por un lado exigía, en las consultas referendarias que debían convocarse, altísimas cotas de adhesión a la posición secesoria, por el otro el respeto de los derechos de las minorías presentes en el territorio de la república afectada hacía posibles imprevistas dilaciones en el proceso. Además, colocaba en manos del poder legislativo central la decisión final y no incluía denuncia alguna de las arbitrariedades cometidas en el pasado, circunstancia que —por ejemplo—

ratificaba una vez más todas las consecuencias de la ocupación militar del Báltico en 1940.



Foto 27. Andréi Sájarov, científico y político exiliado, hablando en el Primer Congreso de Diputados del Pueblo de la URSS.

La «Ley de secesión» que nos ocupa reflejaba a la perfección las limitaciones de muchos de los enfoques de Gorbachov, quien al mismo tiempo

que declaraba su voluntad de encarar un problema importante —como era el del derecho de autodeterminación—, revelaba bien a las claras su voluntad de mantener, pese a todo, el *statu quo*. No fue muy diferente, al menos en principio, el espíritu con que nació el Tratado de la Unión. Es verdad que su articulado remitía, por vez primera, a una importante transferencia de atribuciones desde el *centro* hacia las repúblicas. Pero no lo es menos que a lo largo de las negociaciones desarrolladas —a las que se había incorporado, en lugar privilegiado, una república que hasta poco antes se había mantenido al margen de muchas de estas reyertas: Ucrania— se puso de manifiesto que todas las concesiones realizadas lo eran a cambio de una efectiva renuncia, por aquellas, al ejercicio de cualquier opción secesoria. El referendo sobre la Unión celebrado en marzo de 1991 remitía a esta misma política: el hecho de que las tres cuartas partes de los votantes respaldasen una «unión renovada» no acertaba a ocultar que en las zonas de conflicto —fundamentalmente en el Báltico y en el Cáucaso — la mayoría de los ciudadanos se había abstenido. La férrea decisión que el *centro* exhibió en lo que respecta al no reconocimiento, *de facto*, de los derechos de autodeterminación y secesión tuvo, eso sí, la consecuencia de acrecentar sensiblemente, en la primavera de 1991, su disponibilidad en lo que se refiere a la ampliación de las competencias que estaba dispuesto a transferir a los nuevos poderes republicanos. Alguna relación guardó esta circunstancia, sin duda, con el impulso conservador que desembocó en el fallido golpe de Estado de agosto de 1991.

Una nueva política exterior

El panorama internacional que Gorbachov heredó en 1986 no podía ser más desolador. En todas sus fronteras la URSS se topaba con problemas. La crisis de los *euromisiles* todavía hacía notar sus efectos en una Europa en la que no se habían diluido los estertores de las disputas polacas. Un nuevo y agresivo régimen, el iraní, amenazaba precarios equilibrios en el Asia central soviética, próxima también a un país, Afganistán, en el que las fuerzas armadas de la URSS se hallaban inmersas en un sangriento e inacabable conflicto. Si las tensiones con China no habían amainado, las relaciones con los Estados Unidos eran tensas, como lo demostraban los nulos resultados de las negociaciones de

control de armamentos y el progreso del rearme en los dos bloques militares.

Así como en otros terrenos —el político y el económico, por ejemplo— la respuesta de la nueva dirección soviética a los retos del momento se postergó dos o tres años, en el ámbito de las relaciones exteriores los cambios se hicieron notar bien pronto. En 1985 y 1986 empezó a adquirir carta de naturaleza un *nuevo pensamiento* cuyo contenido puede resumirse en seis principios:

El primero recuerda que, en caso de un conflicto atómico, el destino de todos los Estados se hallaría inevitablemente unido. El segundo subraya la importancia de reducir el nivel de confrontación militar entre las dos grandes potencias y sus alianzas, y de mantener en vigor los principios de igualdad y seguridad común. El tercero reconoce que no es posible garantizar la seguridad haciendo uso únicamente de medios técnico-militares. Además, y en consonancia con el cuarto principio, la seguridad tiene un carácter fundamentalmente colectivo: no puede haber seguridad nacional sin seguridad internacional. Los dos principios restantes son consecuencia de los cuatro anteriores: dada la naturaleza de la seguridad en la era nuclear, la flexibilidad y la disposición a adoptar acuerdos son atributos necesarios de la política exterior. Por lo demás, la de la seguridad internacional es una cuestión compleja que exige la adopción de un enfoque también complejo y global, por cuanto hay que arbitrar soluciones a los problemas militares, económicos, políticos y humanitarios para eliminar las fuentes y las causas de tensión, desconfianza y hostilidad.

Light, 1988, 308-309

El discurso pronunciado por Gorbachov a finales de 1988 ante la Asamblea General de Naciones Unidas daba cuenta de muchos de estos contenidos teóricos. El a la sazón secretario del PCUS vinculó la aparición de las armas nucleares con el problema de la supervivencia de la especie, describió la economía mundial como un organismo integrado, subrayó la importancia de la revolución científico-técnica y los riesgos asociados a una catástrofe ecológica, y señaló que las «sociedades cerradas» eran impensables en el final del siglo xx. Reivindicó, al mismo tiempo, una «desideologización» de las relaciones entre

los Estados, sobre la base de la primacía de «valores humanos universales» y del rechazo del uso de la fuerza, e hizo valer la idea de que la prosperidad económica de un país constituye un elemento vital para el asentamiento de una política de seguridad.

Este cuerpo de conceptos tuvo pronto su reflejo en la forma de una política de control de armamentos mucho más activa y abierta. A partir de 1986 —la cumbre soviético-norteamericana de Reykjavik, en el otoño de ese año, fue acaso el inicio de este proceso— la URSS subrayó que debían mantenerse en vigor los acuerdos firmados en el pasado, dio por buenas propuestas norteamericanas que en su momento había rechazado, revisó algunas de sus posiciones tradicionales y, por encima de todo, demostró una enorme flexibilidad en los distintos foros negociadores. Los resultados fueron pronto visibles y tuvieron sus principales hitos en tres acuerdos: en diciembre de 1987 los Estados Unidos y la Unión Soviética firmaron en Washington un acuerdo de supresión de las fuerzas nucleares de alcance intermedio con base en tierra; en noviembre de 1990 le tocó el turno, en París, a un tratado de reducción de fuerzas convencionales que afectaba a las dos grandes potencias y a la mayoría de los Estados europeos, mientras que en julio de 1991, y en Moscú, se acordó reducir los arsenales nucleares estratégicos soviético y norteamericano. Estos innegables progresos tenían como sustento teórico del lado de la URSS la idea de una defensa asentada en la *suficiencia razonable* y el reconocimiento paralelo de que el *socialismo* era responsable de la gestación de muchos de los problemas planetarios; en consecuencia, debía poner algo de su parte para su resolución. Se vieron acompañados, por lo demás, de la puesta en práctica de un buen número de medidas de confianza entre las dos grandes potencias y de la adopción, por la URSS, de algunas medidas unilaterales. Entre estas últimas destacaron las sucesivas renunciadas a realizar pruebas nucleares y el compromiso, contraído a finales de 1988, de prescindir de medio millón de soldados, diez mil tanques, más de ocho mil piezas de artillería y ochocientos aviones de combate en un plazo de dos años.

Aunque de manera general puede afirmarse que a lo largo del período de *perestroika*, y sin apenas altibajos, se forjaron unas relaciones de mutua confianza entre las dos grandes potencias y que el riesgo de enfrentamiento entre ambas quedó sensiblemente reducido, conviene situar en un contexto más realista los avances realizados. Por lo pronto, las reducciones operadas en los arsenales no alteraron de forma decisiva el panorama militar, toda vez que las

armas que quedaban sobre el terreno seguían siendo tan numerosas como destructivas. En paralelo, la modernización seguía su camino, y permitía la introducción de mejoras sensibles en los dispositivos no sometidos a retirada o desmantelamiento. Existían, por añadidura, algunas posibilidades de sortear los acuerdos, por medio de artificios contables o del traslado de las armas a áreas — así, los mares— no cubiertas por aquellos. Inmediatamente se puso de manifiesto, en fin, que la propia situación internacional asociada con la crisis del sistema soviético no siempre se caracterizaba, pese a los progresos en el ámbito del control de armamentos, por la estabilidad. La guerra del golfo Pérsico en 1991 y las sucesivas crisis yugoslavas así lo atestiguaban. La desaparición del Pacto de Varsovia acabó por crear, en suma, una situación anómala en un planeta en el que la polaridad había sido un elemento sustantivo durante medio siglo.

No debe olvidarse, de cualquier modo, que los procesos que nos ocupan tenían un claro efecto interno en la URSS, siquiera solo fuera porque se asociaban con reducciones de relieve en el gasto militar. De acuerdo con las previsiones, la Unión Soviética se propuso rebajar en una tercera parte su gasto en defensa en el período 1989-1995. Aunque las dimensiones reales de las reducciones operadas en los dos últimos años de la *perestroika* han sido objeto de disputa entre los especialistas, es innegable que dañaron algunos de los privilegios tradicionales del sector de defensa. Otro aspecto importante, ya mencionado, lo fue el programa, por lo que parece no demasiado bien pergeñado, de reconversión de la industria militar, que tenía como meta principal acrecentar sensiblemente la producción civil de esta última. No era sino un paso más en el acoso a la imagen tradicional de un poder civil aquiescente y halagador que hacía todo lo que estaba de su mano para acrecentar los recursos a disposición de un aparato militar visiblemente sobredimensionado.

Un sinfín de problemas laborales y salariales (vivienda, sueldos, desplazamientos...) afectaban a los militares, que habían de encarar además los efectos que la crisis del sistema tenía sobre el contingente humano a su disposición: escasa formación técnica, problemas lingüísticos, alcoholismo, progresión de las enfermedades y, a partir de 1990, rechazo del servicio en filas. A todo lo anterior se sumaban la propia incertidumbre creada por los cambios en la dirección del país, los efectos de la *glásnost* y de las reivindicaciones nacionalistas, y un general cuestionamiento social de la actividad militar. Los recortes presupuestarios, las reducciones de tropas y dispositivos, la puesta en marcha de acuerdos de control de armamentos no necesariamente beneficiosos

para la URSS, la percepción del caos que se hacía notar en la industria de defensa y una visible pérdida de presencia exterior eran otras fuentes de inquietud. Aunque no faltaron elementos de aplacamiento de tensiones entre la dirección civil y la cúpula militar —rejuvenecimiento de la segunda, tecnocratización de muchos procesos, dureza de la dirección política en relación con fenómenos que preocupaban a los militares, mantenimiento de la disuasión nuclear—, la situación estaba cargada de peligros. Así lo demostró, a la postre, el fracasado golpe de agosto de 1991, tras el cual se hicieron realidad los dos grandes temores de las fuerzas armadas soviéticas: el traspaso del poder a instancias externas al PCUS y la desintegración del Estado plurinacional.

Pero las relaciones de la URSS con las potencias occidentales no tenían una dimensión exclusivamente militar. La *perestroika* acarreó cierto grado de liberalización de las relaciones comerciales, unas mayores posibilidades de intercambio de tecnología y, al menos en su fase postrera, la apertura de programas de ayuda económica directa a la Unión Soviética. Un aspecto crucial de este proceso fue la aproximación que la URSS realizó hacia una Comunidad Europea que hasta 1985 había aceptado a regañadientes. La idea de una *casa común europea* fue uno de los elementos centrales del discurso internacional protagonizado por Gorbachov. Aunque los flujos comerciales con los Estados Unidos se mantuvieron en niveles inferiores, en muy diversos planos se verificó lo que en los hechos era un alineamiento internacional de Moscú con las políticas norteamericanas. De ello dio buena cuenta, en particular, el apoyo que la URSS dispensó a principios de 1991 a la intervención militar, liderada por los EE UU, en el golfo Pérsico.

Aunque en 1985 y 1986 la posición de la URSS en relación con sus aliados europeos siguió ratificando, en esencia, la doctrina de la *soberanía limitada*, no faltaron declaraciones que subrayaban la voluntad de respetar las diferencias o, en las palabras de Gorbachov, «el derecho de cada pueblo a elegir los caminos y las formas de su desarrollo». El ya mencionado discurso de Gorbachov ante la Asamblea General de Naciones Unidas, a finales de 1988, incluía una mención expresa del principio de libertad de elección política para cada Estado, junto con un reconocimiento de la variedad de formas de desarrollo socialista. En agosto de 1989, en fin, la URSS daba su visto bueno a la mesa redonda en la que el Gobierno y la oposición polacos dirimían sus diferencias, y unos meses después, en octubre, se negaba a respaldar la represión de las manifestaciones populares en la RDA.

Antes de los acontecimientos de finales de 1989 la política soviética parecía basarse en la confianza en que una perspectiva de no intervención —las acciones militares estaban descartadas— permitiese un proceso de reformas gradual y controlable. La realidad fue, sin embargo, bien distinta. A principios de 1989 el Partido Socialista Obrero Húngaro admitió la necesidad de convocar elecciones libres y renunció a su papel dirigente. *Solidarnosc* fue legalizada en Polonia y, tras imponerse en unas elecciones semidemocráticas, accedió al Gobierno en agosto del mismo año. En noviembre, y al cabo de la dimisión del presidente germanooriental, Erich Honecker, se abrió el muro de Berlín; en el mismo mes el presidente búlgaro, Todor Yívkov, perdió el poder. El proceso tuvo su repetición en Checoslovaquia en diciembre, con la sustitución del presidente Milos Jakes por una figura opositora de gran carisma: Vaclav Havel. A finales de 1989, en suma, y tras un breve y sangriento enfrentamiento civil, que lo conduciría a la muerte, Nicolae Ceausescu cedió el poder en Rumania a un Frente de Salvación Nacional. La consecuencia fundamental de estos hechos fue el acceso al gobierno de formaciones políticas más bien inclinadas a romper los lazos tradicionalmente establecidos con la Unión Soviética. Así lo testimonió, unos meses después, el aceleradísimo desmantelamiento del Pacto de Varsovia y del CAEM. Si en el primer caso la consecuencia principal fue la progresiva retirada de los efectivos militares de la URSS presentes en el área, el segundo se tradujo en un dramático freno a muchos flujos económicos, y en restricciones y encarecimientos en los envíos de petróleo y gas natural soviéticos. Por lo demás, procesos comunes a todos estos Estados fueron la celebración de elecciones, el hundimiento de los viejos partidos dirigentes, la puesta en marcha de reformas encaminadas a introducir economías de mercado y una revisión de acontecimientos clave de su pasado histórico. Particular importancia tuvo, de cualquier modo, la reunificación alemana, que sellaba simbólicamente el fin de la división de Europa en dos bloques y, con ella, el fin del «parachoques de seguridad» instituido por la URSS al concluir la Segunda Guerra Mundial.

Tampoco faltaron novedades en lo que respecta a las relaciones de la Unión Soviética con los países del Sur del planeta. A partir de 1985 los textos oficiales empezaron a reflejar una escasa confianza en las posibilidades de instauración de sistemas *socialistas* en el Tercer Mundo, al tiempo que se atribuía al *capitalismo* una menor responsabilidad en la gestación de los problemas de aquel. Además de identificar perspectivas de acción común con los países que discurrían por la vía capitalista, el programa del PCUS de 1986 asumía ya que no todos los países

en vías de desarrollo debían seguir el camino socialista y postulaba modelos económicos mixtos y «economías multiestructurales» que debían respetar la propiedad privada, el mercado y, eventualmente, los movimientos de las propias empresas transnacionales. En paralelo, y retomando una vieja idea de Andrópov, la URSS subrayaba que la mejor ayuda que podía dispensar a los Estados pobres era la derivada de la modernización de su propia economía, y sustituía la solidaridad económica y militar del pasado, nunca excesiva, por muestras de «profunda simpatía».

La primera consecuencia de estos enfoques fue la consolidación de un proceso iniciado con anterioridad: una creciente economización de todas las relaciones. Los tipos de interés de los créditos soviéticos no dejaron de crecer, mientras se reducían los períodos de gracia y de devolución, se multiplicaban los obstáculos para los acuerdos de compensación o se urgía el pago en divisas fuertes. En los hechos se establecieron severas restricciones al envío de materias primas de cotización internacional y aparecieron repentinas reticencias con respecto a la adquisición de determinados productos —así, el azúcar cubano— con precios superiores a los de los mercados mundiales. La URSS buscaba, por otra parte, la apertura a mercados se alejaba a marchas forzadas de los planteamientos que reclamaban un Nuevo Orden Económico internacional y aceptaba las reglas de juego impuestas por instancias como la OPEP, el FMI o el GATT. El sustento formal de estas medidas era la idea —enunciada muchas veces por el ministro de Asuntos Exteriores, Shevardnadze— de que se hacía necesario «separar cuidadosamente las diferencias ideológicas de las relaciones entre Estados». La URSS aceptó en su integridad los principios de no injerencia y de rechazo del empleo de la fuerza en las relaciones internacionales, al tiempo que mostraba una actitud más propicia a la resolución de los conflictos *regionales* que jalonaban el Tercer Mundo.

Bien es verdad que en la nueva política soviética no era difícil adivinar al respecto un claro orden de prioridades: la mejora de las relaciones con las potencias rivales —en particular los EE UU y China— primaba sobre la resolución de los elementos *locales*, por lo general los más profundos, de los conflictos, circunstancia que alguna relación guardaba, sin duda, con las fracturas que exhibieron a la postre muchos de los acuerdos alcanzados. La mayor aportación soviética a la resolución de los conflictos del Tercer Mundo fue, de cualquier modo, la derivada de la decisión de acometer la retirada, concluida en febrero de 1989, del contingente militar presente en Afganistán.

Por lo demás, la URSS propició un reforzamiento del papel de Naciones Unidas y de otros organismos internacionales, en lo que a menudo se interpretó era la defensa de un enfoque de cariz multilateral.

Dos grandes rasgos delimitaron, en suma, la política de la URSS en los años de la *perestroika*. Si por un lado la Unión Soviética perdió agresividad y abandonó por completo sus ya de por sí leves tendencias expansionistas de antaño, por el otro mostró una clara connivencia, y un propósito de homologación, con los países capitalistas desarrollados. Aunque, las cosas así, es lícito mantener cautelas con respecto a muchos de los términos de la política de la URSS, parece innegable que con el *nuevo pensamiento* tocaron a su fin, y no precisamente de resultados de la política norteamericana, algunos de los elementos más mezquinos de entre los que configuraron la vida del planeta después de la Segunda Guerra Mundial.

El final de la URSS

Varias fueron las razones que explican el fracaso del golpe de Estado de agosto de 1991. Entre ellas se contaron la relativa contención —o la indecisión— que demostraron los responsables de la acción, la resistencia exhibida por algunos sectores de la población y por varios de los presidentes republicanos, y la división que se hizo notar en el seno de las fuerzas armadas.

En virtud del fracaso del golpe cobraron aliento, en cualquier caso, tres realidades que los protagonistas de aquel deseaban evitar. Si por un lado el PCUS, colocado fuera de la ley, perdió su condición de privilegio —algo que a la postre dio al traste con las reformas gorbachovianas—, por el otro la cúpula de las fuerzas armadas, descabezadas por su participación en la intentona golpista, asumió un papel menor. Para rematar las cosas, en suma, se abrió camino la disolución del Estado plurinacional que había visto la luz a principios del decenio de 1920. Los sectores reformistas que habían ido abandonando el Partido Comunista, y que en ocasiones se habían fundido con otras formaciones políticas, se hicieron con el poder, esta vez casi incontestado, en la Federación Rusa, procedieron a subsumir en esta muchas de las instituciones del Estado central y pusieron manos a la tarea de arrinconar a Gorbachov, todavía presidente de la URSS y aún empeñado en imponer un vetusto Tratado de la

Unión. Mientras, las tres repúblicas bálticas se declaraban independientes y eran inmediatamente reconocidas por el grueso de las potencias occidentales. En el Asia central, entretanto, los candidatos de las organizaciones republicanas del viejo PCUS apenas encontraron problemas para imponerse en las elecciones que se desarrollaron en el otoño. A principios de diciembre de 1991, tras la celebración de un referendo de autodeterminación y de unas elecciones generales en Ucrania, los presidentes de esta república y los de la Federación Rusa y Bielorrusia decidieron crear una Comunidad de Estados Independientes (CEI) en precaria sustitución de la Unión Soviética. Esta desapareció formalmente a finales del mismo mes —Gorbachov dimitió el 26 de diciembre—, al tiempo que se sumaban a la CEI todas las repúblicas que configuraban la URSS con la excepción de las tres del Báltico y, de forma provisional, de Georgia.

CAPÍTULO 9

RUSIA DESPUÉS DE LA URSS

El propósito de este texto no es otro que calibrar someramente qué es lo que ha ocurrido en el espacio propio de la antigua Unión Soviética en el transcurso de los casi dos decenios que han seguido a la disolución de aquella. Por razones que se antojan obvias, la atención quedará claramente concentrada, sin embargo, en el principal de los Estados herederos de la URSS, Rusia, y ello aun cuando en algunos casos nos veremos en la obligación de encarar consideraciones relativas a los restantes países que accedieron a la independencia a finales de 1991. El relieve que corresponde a Rusia, que sigue siendo el país más grande y, al menos en términos brutos, el más rico del planeta, parece explicación suficiente de por qué nuestra atención se concentrará en ella, a sabiendas, por añadidura, de que los hechos en el gigante del este europeo han seguido derroteros diferentes de la mano de los tres presidentes con los que ha contado hasta hoy: Boris Yeltsin, Vladimir Putin y Dmitri Medvédev. Esto aparte, parece razonable recordar que muchos de los principales problemas de análisis que se revelan hoy en el viejo espacio soviético tienen su manifestación más clara en Rusia.

La Comunidad, de Estados Independientes

Antes de entrar en materia conviene, con todo, que asumamos alguna consideración sobre la instancia que, tal y como ya hemos señalado, al cabo se ha convertido en la única entidad de algún peso en la que se dan cita la mayoría de las repúblicas otrora integrantes de la Unión Soviética: la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Si se trata de zanjar la cuestión de manera rápida, lo suyo es señalar que, hablando en propiedad, la CEI no existe. Cuando los expertos se lanzan a la tarea de identificar los elementos materiales que en su caso aquilatarían a la Comunidad de Estados Independientes, se topan con enormes problemas. Y es que no se aprecia, por lo pronto, ninguna estructura política común que exhiba vocación de permanencia, los acuerdos económicos que afectan a todos los Estados miembros brillan por su ausencia y, en suma, y aunque en el terreno militar existió hasta 1993 un Mando Militar Unificado de la CEI —encargado de lidiar con el problema derivado de la presencia de armas nucleares estratégicas en cuatro repúblicas exsoviéticas—, lo cierto es que en ese año la instancia en cuestión también desapareció.

Para hacer las cosas más graves, no parece que la Comunidad haya servido, tampoco, para poner freno a un puñado de onerosos conflictos bélicos que han atenazado a la periferia de la vieja URSS. Ahí están como testimonio los librados en Moldavia en 1992, en Abjazia, Osetia del Sur y Nagorni-Karabaj —territorios todos emplazados en el Cáucaso— a principios del decenio de 1990, en Tayikistán entre 1992 y 1997, o en una de las repúblicas que formalmente integran Rusia, Chechenia, entre 1994 y 1996, primero, y a partir de 1999, después. Es verdad, con todo, que el renacimiento económico y militar, bien que relativo, registrado en Rusia a partir de 2000 ha estimulado que desde el gigante regional se hagan valer voces que estiman que la CEI bien puede convertirse en estímulo poderoso para afianzar una zona de influencia de Rusia que afecte, ante todo, a dos regiones muy sensibles: el Cáucaso y el Asia central. No faltan en Moscú, aun así, opiniones que se mueven por el camino contrario y que consideran que todos los intentos realizados por Rusia en el sentido de mejorar su posición en esos dos espacios geográficos se han saldado con fracasos acompañados de onerosos esfuerzos económicos.

Las cosas como fueren, la CEI es un ejemplo de libro de un problema que atenaza comúnmente a las confederaciones —al fin y al cabo de esto se trata— y a los Estados federales: el riesgo de que en el interior de unas y otros emerja un poder absorbente claramente emplazado por encima de los demás. En el caso de la Comunidad ese riesgo se llama, con toda evidencia, Rusia, un país más grande, más poblado, más rico y militarmente más fuerte que los otros once miembros de la CEI considerados de manera conjunta. La posibilidad de que, en otras palabras, en la Comunidad de Estados Independientes se asiente un escenario equilibrado en el que todos los integrantes de aquella disfruten de capacidades similares es por completo descartable, y mucho más sencillo resulta imaginar que la CEI acabe al servicio, si ese es el designio de los gobernantes rusos y no hay oposición occidental, de un renovado proyecto imperial en Moscú. Que las capacidades de Rusia al respecto son notables lo ha ilustrado a la perfección, por cierto, la disputa que el Kremlin ha mantenido con Ucrania en relación con los precios y los suministros de gas natural. No se olvide que aunque desde 2004 en Ucrania se ha hecho valer, a través de un nuevo presidente, Vladimir Yúshenko, un proyecto de cariz francamente occidentalizante, el país sigue dependiendo energéticamente de Moscú, algo que con certeza se ha convertido, a la postre, en un poderoso elemento de restricción en cuanto a las capacidades de maniobra al alcance de los nuevos dirigentes ucranianos.



Foto 28. Boris Yeltsin participando en la marcha «alternativa» para conmemorar el 73.º aniversario de la revolución de Octubre.

Poder presidencial y política subterránea

Desde 1991 se han sucedido en Rusia tres presidentes: Boris Yeltsin (1991-1999), Vladimir Putin (2000-2008) y Dmitri Medvedev (2008-2009). Aunque en términos formales el sistema político ruso es semipresidencialista, en los hechos, y acaso en virtud de usos muy asentados en la cultura política del país, el modelo realmente desplegado ha asumido perfiles claramente presidencialistas. Ello ha sido así, ante todo, de resultas de las delicadas opciones que asumió Yeltsin cuando, en el otoño de 1993, optó por disolver el parlamento. Lo cierto es que

desde entonces, y en un escenario marcado por disputas crecientes en materia de división de poderes, las tensiones no han faltado. En el caso de Yeltsin, mucho le debieron a una circunstancia: comoquiera que el estado de salud del presidente era con frecuencia muy malo, el hecho de que aquel fuese el indisputado centro del sistema político generó desajustes constantes que se tradujeron, entre los analistas, en la extendida percepción de que el país vivía una genuina etapa de interinidad en la cual los problemas se iban enquistando. Por lo que a los años de dirección putiniana se refiere, la interpretación más común, innegablemente fundamentada, es la que sugiere que el presidente optó orgullosamente por fórmulas autoritarias, a menudo apoyado, por añadidura, en cómodas mayorías parlamentarias. El retroceso en lo que atañe al respeto de los derechos humanos fixe manifiesto, en cualquier caso, entre 2000 y 2008. Aunque carecemos de perspectiva suficiente para evaluar la gestión de Medvédev, la interpretación más general señala que ha asumido una línea de estricto continuismo —no sin alguna excepción llamativa— con respecto a las políticas de Putin, en el buen entendido, eso sí, de que la crisis que a partir de 2008 ha empezado a afectar seriamente a Rusia parece llamada a generar obstáculos para un esquema de poder —Putin, convertido ahora en primer ministro, ha seguido llevando las riendas del país— muy singular.

Conviene, con todo, que agreguemos algunas precisiones más en lo que se refiere a un puñado de rasgos propios del escenario político ruso. El primero de ellos da cuenta de la rotunda primacía que corresponde a lo que llamaremos *política subterránea*. En el decenio de 1990, y al calor ante todo de una fraudulenta e inmoral privatización de segmentos enteros del sector público de la economía, se forjaron en Rusia formidables fortunas que quedaron en manos de un puñado de *oligarcas*. Si en los años de un Yeltsin claramente debilitado estos últimos pasaron a dirigir el país en la sombra, no parece que las cosas cambiasen en demasía, pese a las apariencias, con Putin en cabeza del Kremlin. Aunque el nuevo presidente se enfrentó directamente con tres oligarcas —Boris Berezovski, Vladimir Gusinski y Mijaíl Jodorkovski— que habían tenido la mala idea de plantarle cara en el terreno político, lo cierto es que todos los demás han seguido campando por sus respetos y siguen dirigiendo en buena medida el derrotero del país. Aunque en realidad no solo se trató de eso: Putin se encargó de garantizar que los jueces no procederían a investigar cómo las personas que nos ocupan había labrado sus fortunas, a cambio, eso sí, de una conducta más mesurada de los oligarcas, obligados a medio aceptar los elementos

característicos de un capitalismo incipientemente regulado. Parece de razón concluir, de cualquier modo, que Putin ha sido antes un rehén de los grandes magnates que la figura encargada de poner firmes a estos.

El sistema político ruso del último decenio del siglo xx se vio marcado, en otro terreno, por una aparente polarización que ocultaba una realidad interesante: aunque sobre el papel en esos años se hizo valer una aguda colisión entre el aparato de poder yeltsiniano y el de la fuerza política que solía imponerse en las elecciones generales —el Partido Comunista—, lo cierto es que por detrás cobraban cuerpo acuerdos subterráneos que en última instancia hundían sus raíces en un hecho importante: tanto unos como otros procedían de la vieja *nomenklatura* de la época soviética, algo que a la postre generaba sorprendentes solidaridades que venían a explicar por qué, y por ejemplo, el Partido Comunista acabó apoyando presupuestos generales claramente dictados por la lógica del Fondo Monetario Internacional. En los hechos, y lejos de las instancias legislativas centrales, distinguir a yeltsinianos y comunistas no era siempre fácil, tanto más cuanto que los segundos se topaban con enormes problemas para reconvertir una fuerza heredera de un viejo partido de poder en una instancia de efectiva resistencia popular frente a la ignominia de las políticas oficiales. Es verdad, con todo, que el escenario que acabamos de retratar ha perdido peso en el decenio siguiente, toda vez que, con Putin en la presidencia del país, los éxitos del partido presidencial, Rusia Unida, han ido arrinconando a las demás fuerzas políticas, incluido un Partido Comunista en franco declive. A este fenómeno no ha sido ajena, por cierto, una articulada campaña del poder putiniano orientada a acabar con aquellos medios de comunicación que, con eco popular, transmitían mensajes disonantes con respecto a los emitidos por el Kremlin. De resultas, la mayoría de los ciudadanos rusos carece hoy de una información solvente que permita calibrar en su integridad muchos de los términos de las opacas políticas oficiales en lo que hace, por ejemplo, a lo que sucede en Chechenia o a la corrupción. Este es un elemento más que contribuye a ratificar una regla del juego endémica en Rusia: la debilidad de los movimientos populares de contestación, llamativamente incapaces, en singular, de aportar respuestas firmes a muchas políticas oficiales volcadas al servicio de una minoría escueta de la población.

Añadamos que si hay una mercancía ideológica que en la Rusia contemporánea disfruta de rotundo predicamento, esa es la que aporta el

nacionalismo ruso en sus diferentes modulaciones. No está de más recordar al respecto que las elecciones generales celebradas en 1993 fueron ganadas por una fuerza política, el Partido Liberal Democrático de Vladimir Yirinski, que postulaba una versión agresiva de ese nacionalismo. Aunque es verdad que el partido en cuestión, y con él su dirigente, fue perdiendo fuelle en las sucesivas elecciones generales y presidenciales, no lo es menos que la explicación principal al respecto plantea una discusión delicada: la razón mayor del declive del Partido Liberal Democrático fue el hecho de que, si en 1993 disfrutó de un casi monopolio en lo que atañe a la defensa de un nacionalismo de ribetes agresivos, en las sucesivas consultas electorales le surgieron a Yirinski muchos competidores, toda vez que el discurso propio del nacionalismo ruso alcanzó, y no precisamente de forma marginal, al Partido Comunista y a las distintas fuerzas políticas que han servido de apoyo tanto a Yeltsin como a Putin y a Medvédev.. Pareciera como si hubiésemos asistido, en otras palabras, a una efectiva *yirinskización* de toda la vida política rusa. Si nada hay de halagüeño en este horizonte, conviene recordar, eso sí, que el auge, innegable, de formas agresivas de nacionalismo no siempre se ha materializado —en un país lastrado, en un grado u otro, cambiante según los momentos, por una visible debilidad— en políticas efectivas.

Problemas en el Estado federal ruso

Rusia es, desde 1991, un Estado federal del que forman parte 89 agentes diferentes, en su mayoría repúblicas y, en un estadio inferior, regiones. Muchos son los problemas que atenazan al Estado federal ruso de la mano, ante todo, de una comúnmente tensa relación entre el centro moscovita y la periferia republicana y regional.

Si en los años de la *perestroika* gorbachoviana se abrió camino un franco proceso de descentralización de la mayoría de las relaciones, la conversión en Estados independientes de las quince repúblicas federadas que integraban la URSS se tradujo al poco en un proceso de signo contrario: en la mayoría de esos Estados cobraron cuerpo activas políticas de cariz manifiestamente recentralizador. En el caso preciso de Rusia, y con Yeltsin en la presidencia del país, esas políticas asumieron fundamentalmente dos formas: si, por un lado, y a

través de la figura de los llamados jefes de administración, el presidente se encargó de perfilar mecanismos de estricto, y no siempre democrático, control de lo que ocurría en repúblicas y regiones, por el otro en 1993 sacó adelante una nueva Constitución de naturaleza visiblemente generosa con el centro federal y claramente lesiva de muchas de las potestades alcanzadas en los años anteriores por los diferentes agentes de la federación. Para explicar por qué estos últimos, pese a lo que cabía esperar, no reaccionaron agriamente es menester invocar dos circunstancias. La primera la aporta el hecho, incuestionable, de que en algunos casos importantes —así, el de Tatarstán— el centro federal y las autoridades locales llegaron a acuerdos. Mayor relieve corresponde, con todo, a la segunda circunstancia: la debilidad congénita que el centro moscovita arrastraba desde tiempo atrás hizo que en los hechos muchas repúblicas y regiones conservasen atribuciones que las leyes formalmente les negaban, con lo cual cobró cuerpo, no sin cierta paradoja, un escenario más llevadero que el que se habría forjado de resultas de una aplicación estricta de las normas incluidas, por ejemplo, en la ya mentada Constitución de 1993.

Conviene subrayar, eso sí, que el equilibrio que acabamos de reseñar no era el producto de un acuerdo político, sino la prosaica consecuencia de las capacidades de unos y otros. De esta suerte, parecía servida la conclusión de que, de cambiar esas capacidades, el equilibrio en cuestión se desvanecería. En más de un sentido este horizonte ganó terreno cuando Putin se convirtió en presidente en 2000. El nuevo máximo dirigente ruso asumió un intento de reforma de las reglas del Estado federal que en sustancia acarreó dos elementos de relieve. Si el primero fue un esfuerzo encaminado a cancelar el principio de la elección popular de los presidentes de repúblicas y regiones, el segundo consistió en la creación de siete macroestructuras que, emplazadas por encima de unas y otras, debían beneficiarse en adelante, con direcciones afines al Kremlin, del grueso de las atribuciones. Llamativo resultó, por cierto, que en origen Putin colocase en cabeza de cinco de esas macroestructuras a generales del ejército, dato que le otorgaba al proyecto en cuestión un notabilísimo marchamo autoritario. Es obligado señalar, sin embargo, que Putin no pareció salirse con la suya, en la medida en que muchas de las repúblicas y de las regiones que nos ocupan resistieron como gato panza arriba y conservaron, de resultas, buena parte de las potestades que habían alcanzado dos decenios atrás. En este terreno, como en otros, la aparente fortaleza de quien fuera presidente ruso entre 2000 y 2008 se veía contrarrestada por datos que obligaban a concluir que sus habilidades eran

menores que las que retratan muchos de los medios de comunicación occidentales.

Sabido es, en fin, que el principal problema que, en el ámbito de la cuestión nacional y de las disputas relativas a la integridad territorial del país, se ha hecho valer en Rusia en los dos últimos decenios ha tenido por escenario una pequeña república del Cáucaso septentrional, Chechenia, que se declaró unilateralmente independiente a finales de 1991. Entre ese año y 1994 Chechenia funcionó en los hechos como si de un pequeño Estado independiente se tratase, toda vez que Rusia, inmersa en una crisis sin fondo, se abstuvo de tomar al respecto ninguna medida severa, y ello pese a no reconocer en momento alguno a la nueva entidad. A finales de 1994, sin embargo, el ejército ruso —llevado de un impulso en el que se daban cita el auge de un proyecto neoimperial en Moscú, el presunto efecto ejemplarizador que para otras repúblicas y regiones tendría la acción militar, el deseo de recuperar el control sobre un recinto geoestratégica y geoeconómicamente importante y, en fin, las disputas entre circuitos mafiosos— penetró en Chechenia para acometer lo que se esperaba fuera una operación rutinaria y rápida. La respuesta de la resistencia local fue tan inmediata como eficiente. El conflicto bélico se prolongó hasta el verano de 1996 y se saldó con sucesivos reveses para los militares rusos que provocaron, por añadidura, una crisis política aguda en Moscú. La firma del acuerdo de Jasaviurt no trajo la paz, sin embargo, a Chechenia. Nada serio se hizo para sacar adelante la reconstrucción de un país devastado por la guerra, mientras Moscú intentaba segar la hierba debajo de los dirigentes locales que apostaban por una negociación política con el Kremlin. Para que nada faltase, entre la resistencia chechena, y acaso con el estímulo subterráneo de las autoridades rusas, acabó por germinar, en un marco de caos creciente, la semilla del islamismo radical. Lo cierto es que, tras varios y controvertidos atentados achacados a la guerrilla chechena, el ejército ruso volvió a invadir la república secesionista en octubre de 1999. Desde entonces hasta hoy ha pervivido un conflicto bélico en el que la resistencia local ha llevado la peor parte. Los militares rusos operan en Chechenia con la más absoluta impunidad, mientras los gobernantes en Moscú, remisos a asumir cualquier tipo de negociación, han utilizado la política de fuerza en el Cáucaso septentrional como elemento fundamental para apuntalar su posición de poder. Entretanto, y como sucede con otros muchos conflictos, los dirigentes occidentales prefieren mirar hacia otro lado cuando corresponde hablar de Chechenia.

Declive económico, recuperación y crisis social

Nadie pone en duda que los últimos quince años del siglo xx fueron letales para la economía rusa, cuyos niveles de producción acaso retrocedieron del orden de un 50% en un país en el que, además, la inflación se manifestaba disparada y la pobreza se extendía por doquier. Parece fuera de discusión que, junto al renacimiento de muchas formas de economía de trueque y junto a la pervivencia, siquiera fuese fantasmagórica, de los restos de la lógica burocrática de antaño, lo que germinó con singular fortaleza en la Rusia —en general en la Europa central y oriental— de finales del siglo xx fue un capitalismo de perfiles mafiosos. A su amparo, y como ya hemos tenido ocasión de señalar, se forjaron formidables fortunas en virtud de operaciones no precisamente edificantes, fortunas que a menudo abandonaron la región de resultados de reiteradas operaciones de evasión de capitales. Hay que subrayar que ese capitalismo que ahora nos atrae se encontraba —se encuentra— en el núcleo estructural de la economía, y no en su periferia marginal, algo que por sí solo obliga a identificar abiertas responsabilidades de dirigentes políticos y funcionarios en lo que hace a su nacimiento, despliegue y consolidación, avalados también, es cierto, por las políticas que para Rusia postuló el Fondo Monetario Internacional.

Aunque la imagen convencional que vinculamos con el auge de un capitalismo mafioso en Rusia es la de los *nuevos ricos* de siempre entregados al más extremo consumo ostentatorio, lo cierto es que el beneficiario fundamental de las fórmulas económicas que ahora nos interesan lo aportaron capas enteras de la vieja *nomenklatura* dirigente, inmersas en audaces operaciones de reconversión en provecho de reglas más o menos vinculadas con la economía de mercado. Conviene subrayar al respecto que el grueso de las elites políticas y económicas en la mayoría de los países de la Europa central y oriental contemporánea lo configuran segmentos de la vieja burocracia imperante en la etapa soviética, algo que a la postre se convierte en incipiente explicación de por qué los procesos de transición fueron, en términos generales, plácidos: buena parte de quienes estaban llamados a plantear resistencia al cabo decidieron subirse al carro del sistema rival. Mucho peor le fue, claro, a capas enteras de la población que padecieron en su carne los efectos de una crisis múltiple. Entre

ellas cabe destacar las configuradas por los ancianos —los ahorros se evaporaron y el poder adquisitivo de las pensiones se deterioró mientras el sistema sanitario literalmente se desintegraba— y por las mujeres —víctimas mayores de operaciones de reconversión industrial que hicieron perder sus empleos a muchos trabajadores—. El efecto final no fue otro que una crisis social que exhibía como poco tres rasgos: un incremento notabilísimo del porcentaje de población condenada a malvivir por debajo del umbral de la pobreza, dificultades ingentes para que hiciera su aparición algo que recordase a una clase media y, en suma, crecientes diferencias en términos de riqueza entre las capas de la población mejor situadas y las peor emplazadas.

Es verdad, con todo, que el escenario que acabamos de retratar empezó a modificarse cuando, en 1999-2000, los precios internacionales de las materias primas energéticas, y singularmente los del petróleo, experimentaron un sensible ascenso. Ello permitió oxigenar rápidamente una economía, la rusa, que hasta entonces dependía en grado notable de los préstamos librados por instancias como el Fondo Monetario y el Banco Mundial, si bien tuvo efectos negativos sobre los países del área —así, por ejemplo, Ucrania— que no producían materias primas energéticas. En el caso de Rusia, la economía abandonó la senda de la crisis y de la recesión para cancelar con rapidez sus deudas con los organismos financieros internacionales y entrar en una etapa de relativa bonanza que mucho tuvo que ver, por cierto, con la consolidación de Putin en el poder. Aun así, eran muchos los especialistas que recelaban de la gestión del nuevo presidente en el ámbito de la economía. Se señalaba a menudo, por ejemplo, que apenas se estaba aprovechando la nueva situación para permitir la introducción de reformas que garantizaran que, en la eventualidad de un descenso en los precios internacionales de la energía, la economía no recuperase el camino de la recesión. Se apuntó también con frecuencia que Rusia dependía en exceso de la producción y exportación de materias primas energéticas, situación que hacía aconsejable una diversificación de la economía que en los hechos no se estaba verificando. Pero, por encima de todo, se sugirió que la bonanza económica beneficiaba poco menos que en exclusiva a los oligarcas, mientras a duras penas lo hacía, en cambio, al ciudadano de a pie.

Que muchas de estas críticas no iban desencaminadas lo ha venido a confirmar el hecho de que la crisis de escala planetaria que se hizo fuerte a partir de 2007 ha generado un nuevo escenario de zozobra para la economía rusa, manifiesto a través de datos inquietantes como una reducción sensible en los

niveles de crecimiento, desequilibrios notables en las cuentas públicas y una multiplicación espectacular en el número de parados. Este es uno de los varios hechos que —volvamos a la carga con el argumento— obliga a concluir que la apariencia de fortaleza y eficacia que ha rodeado de siempre a la gestión de Vladimir Putin se ve desmentida por hechos que acaso confluyan en un juicio histórico sobre el personaje más severo que el que han abrazado muchos de sus compatriotas.

Unas fuerzas armadas muy activas

La situación de las fuerzas armadas rusas a partir de 1991 puede resumirse de la mano de dos grandes datos. El primero obliga a anotar una paradoja: mientras, por un lado, los militares profesionales han tenido que arrastrar todos los problemas imaginables, por el otro su capacidad de influencia es sensiblemente mayor que en el pasado. No olvidemos que aunque los gobernantes han realizado esfuerzos notables para acrecentar los niveles del gasto militar, las fuerzas armadas han seguido encarando problemas sin cuento como es el caso de salarios bajos a menudo pagados a destiempo, desplazamientos forzosos, viviendas escasas, desfases tecnológicos cada vez más evidentes, carencias básicas en la formación de los soldados que llegan a las unidades militares... Pese a lo anterior, y como ya hemos adelantado, las fuerzas armadas tienen un ascendiente decisivo en ámbitos tan relevantes como los vinculados con los cometidos que deben asignarse a la industria de defensa, la determinación de las políticas nacionales internas —Chechenia, para entendernos— y la fijación, más aún, de muchos de los términos de la política exterior del país. La consecuencia parece, entonces, servida: si en la autoritaria Unión Soviética de antaño las fuerzas armadas se hallaban subordinadas, sin mayores fisuras, al poder civil, en la teóricamente democrática Rusia de finales del siglo xx y principios del xxi disponen de una capacidad de influencia que obliga a prestar puntillosa atención a sus querencias y movimientos.

El segundo gran dato nos recuerda que las fuerzas armadas en Rusia se hallan divididas al menos en dos sentidos diferentes. El primero nos habla de divergencias ideológicas notables que, como las que se registran en el interior de las unidades militares, invitan a identificar adhesiones tan dispares como las que

se orientan en beneficio de los partidos yeltsinianos y putinianos, de los comunistas o de los liberal-demócratas. Mayor interés tiene, sin embargo, el segundo sentido que estamos obligados a reseñar: en el decenio de 1990, y en un escenario de crisis muy aguda, muchas unidades militares procuraron buscarse la vida de la mano del apoyo presupuestario de repúblicas, regiones y ciudades. Con frecuencia se interpretó que este fenómeno, singularísimo, había sido subterráneamente estimulado por el presidente Yeltsin para reducir la posibilidad de que cobrase cuerpo una respuesta militar unificada ante las desastrosas políticas que, en casi todos los ámbitos, alentaba el poder civil. Aunque el escenario de cuarteamiento financiero-presupuestario remitió en los años de presidencia de Putin, lo cierto es que en este ámbito hay que preguntarse por los efectos de semejante orden de cosas, heredado del decenio anterior, en lo que hace a la eficacia de unas fuerzas armadas a las que hay que seguir prestando, de cualquier modo, atención.

Vaivenes en la política exterior

Cuando Rusia accedió a la independencia en 1991 el panorama de sus relaciones externas era difícil de evaluar. Si, por un lado, resultaba innegable que aquellas eran mucho más fluidas que las que había heredado, seis años antes, Gorbachov —las tensiones con las potencias occidentales y con China habían bajado muchos enteros—, por el otro no debe olvidarse que el país había experimentado un doble retroceso estratégico: a la pérdida de los aliados en la Europa central y balcánica registrada en 1989 habían seguido, dos años después, las secuelas de la propia desaparición de la Unión Soviética.

Los primeros años de la Rusia independiente se vieron marcados por una política exterior visiblemente prooccidental. Así las cosas, entre 1991 y 1994 la diplomacia rusa se acostumbró a no plantear disonancia alguna con respecto a lo que a menudo cabe entender, legítimamente, que eran injustificables caprichos que procedían de Washington o de Bruselas. El panorama empezó a cambiar, sin embargo, a partir del último año mencionado y lo hizo de resultas de al menos dos circunstancias. La primera de ellas remitía al peso inexorable de una inercia que invitaba a concluir que difícilmente Rusia, por sus numerosas singularidades, estaba llamada a coincidir miméticamente con los proyectos e

intereses avalados por los Estados Unidos y sus socios. La segunda recordaba que, en la percepción unánime de las fuerzas políticas rusas, el mundo occidental había decidido aprovechar la debilidad, momentánea, de Moscú para perfilar un escenario que, entre otras cosas, impidiese el renacimiento de una gran potencia en el este del continente europeo. Al respecto la decisión de ampliar la OTAN, asumida en 1997 y materializada en 1999, de la mano de la incorporación a aquella de Polonia, la República Checa y Hungría, fue probablemente la gota que colmó el vaso.

En los años que ahora nos ocupan, y de resultas de lo anterior, Rusia hizo gala de una incipiente independencia de criterio en materia de política exterior. Así quedó demostrado, en singular, con ocasión de los bombardeos de la Alianza Atlántica en Serbia y Montenegro, muy contestados por Moscú, en la primavera de 1999. Debe hacerse notar, con todo, que la oposición rusa a algunos de los elementos de la diplomacia occidental arrastraba algunos vicios que al cabo se volvían contra su credibilidad. Bastará con recordar al respecto que las críticas del Kremlin en relación con los bombardeos mencionados amainaron rápidamente cuando el Fondo Monetario Internacional, en mayo de 1999, anunció la apertura de una nueva línea de crédito en provecho de Rusia. Las potencias occidentales sabían que no era mucho lo que había que pagar para comprar el silencio de Moscú...

Las reglas del juego cambiaron abruptamente, de nuevo, a finales del propio año 1999, cuando se hizo evidente que los precios internacionales del petróleo empezaban a subir. Ya hemos anotado que, de forma muy rápida, y por efecto de esa subida, Rusia pudo cancelar su deuda con los organismos financieros internacionales, circunstancia que nos emplazó en un nuevo terreno en relación con el cual era obligado formular una pregunta: ahora que Moscú ya no arrastraba insorteables dependencias económico-financieras, ¿qué estaba llamado a ocurrir en el caso de que cobrase cuerpo una crisis grave en la cual Rusia y las potencias occidentales tomaran partidos visiblemente diferentes?



Foto 29. Boris Yeltsin y Vladimir Putin en febrero de 2000.

A decir verdad, no hemos tenido la oportunidad de responder en plenitud a tal pregunta, y no porque hayan faltado las crisis: lo que ha ocurrido es que, al menos durante seis años, hasta 2006, la Rusia de Putin mostró una conducta internacional muy contenida. Bastará con subrayar que en la estela de los atentados del 11 de septiembre de 2001 Moscú declaró un franco apoyo a las medidas, aparentemente antiterroristas, que los Estados Unidos alentaron los meses siguientes. En realidad el proceso principal que cobró entidad entonces fue un acercamiento de Rusia a los Estados Unidos —no tanto, en términos más

generales, al mundo occidental— que, alentado por la Casa Blanca, obedecía al propósito de cortocircuitar la posible gestación de una macropotencia euroasiática en la cual se dieran cita la Unión Europea y Rusia. Las cosas como fueren, el Kremlin apoyó con rotundidad en el otoño de 2001 la intervención militar norteamericana en Afganistán y asumió lo que en los hechos cabe describir como una contestación de bajo perfil cuando los Estados Unidos desarrollaron una agresión en toda regla en Iraq en 2003. Lo que en unos casos fue una colaboración franca de Rusia con los Estados Unidos y en otros un silencio connivente no mereció ningún tipo de recompensa, sin embargo, del lado de los gobernantes norteamericanos del momento, con el presidente George Bush hijo a la cabeza. Piénsese, si no, que los EE UU prosiguieron con un programa, el orientado a perfilar un escudo antimisiles, que en una de sus dimensiones principales atendía al propósito de reducir la capacidad disuasoria del arsenal nuclear ruso. La Casa Blanca tampoco impuso freno alguno a nuevas ampliaciones de la OTAN que beneficiaron a repúblicas otrora soviéticas, como las tres del Báltico. Los gobernantes norteamericanos se inclinaron, en otro ámbito, por no desmantelar las bases, presuntamente provisionales, que habían creado en el Cáucaso y el Asia central en la estela de la intervención en Afganistán, y no dudaron en respaldar las llamadas *revoluciones de colores* registradas, con el visible espíritu de contestar la férula que Moscú ejercía sobre los países afectados, en Georgia, Ucrania y Kirguizistán. Washington en momento alguno dispensó a Rusia, en fin, un trato comercial ventajoso.

Dadas semejantes condiciones, era difícil imaginar que Rusia no alterase, antes o después, su línea de conducta en lo que hace a las relaciones con los Estados Unidos y, en general, con las potencias occidentales. Forzados por un entorno cada vez más hostil, pero siempre proclives a buscar al cabo un acuerdo, los dirigentes rusos asumieron respuestas cada vez más duras que tuvieron su principal botón de muestra, en el verano de 2008, en la réplica militar que mereció una ofensiva de Georgia en Osetia del Sur, una de las dos regiones de esa república del Cáucaso que, con apoyo ruso, había visto quince años antes el triunfo de un activo movimiento secesionista. En las jornadas subsiguientes, el Kremlin reconoció las independencias de la mentada Osetia del Sur y de Abjazia. En la trastienda era fácil apreciar, por lo demás, el designio de Moscú en el sentido de dar cumplida réplica a la presión que los Estados Unidos ejercían desde años atrás en regiones tan sensibles como el Cáucaso y el Asia central.

Es verdad, con todo, que las tensiones que acabamos de mencionar han encontrado un freno —no estamos en condiciones de calibrar si provisional o no — al amparo de la conversión de Barack Obama en presidente de los Estados Unidos. Así las cosas, cualquier sugerencia de que nos hallamos ante una nueva guerra fría debe ser sopesada con mucha cautela: a la debilidad congénita, pese a todo, de Rusia —su gasto militar es inferior al de cuatro de los miembros de la OTAN: los Estados Unidos, Francia, el Reino Unido y Alemania— se suma el hecho de que, bien que con modulaciones diferentes, los dos bloques llamados a contender entre sí abrazan el mismo sistema económico, a diferencia de lo que ocurría antes de 1991. En la trastienda operan, sin embargo, demasiados elementos desestabilizadores —así, los vinculados con una globalización desbocada, con una crisis del capitalismo que muchos entienden que es terminal, con un cambio climático de efectos siempre negativos y con una idolatrización del crecimiento y del consumo que ignora los límites medioambientales y de recursos del planeta— como para que solo en virtud de un estricto ejercicio de frivolidad podamos sentirnos tranquilos en lo que atañe al porvenir del planeta.

CAPÍTULO 10

LEGADOS DEL PASADO, MISERIAS DEL PRESENTE

Tiene su sentido que, con vocación estrictamente pedagógica, examinemos algunos de los elementos que han marcado el derrotero del experimento soviético, tanto en lo que hace a su manifestación mientras este último era una realidad como en lo que se refiere a las huellas que haya podido dejar para tiempos posteriores.

Uno de esos elementos, el primero, es la debilidad de las *sociedades civiles* hoy existentes tanto en el caso de Rusia como en el de los restantes Estados nacidos de la URSS. Una de las muchas explicaciones que, legados históricos al margen, se han esgrimido para explicar esa debilidad es la que recuerda los indeseables aditamentos que parecen haber rodeado en los dos últimos decenios, en los hechos, a tres proyectos políticos en principio muy respetables. Por lo pronto, la normalización de la relación con el *pasado* una tarea siempre pendiente, ha abocado las más de las veces en una idealización de los elementos más autocráticos y chovinistas de aquel y ha conducido, como es lógico suponer, a resultados que no eran los esperados. En segundo lugar, la idea de *democracia*

que tanto predicamento alcanzó en los años finales de la historia de la URSS, fue perdiendo fuelle de resultas, ante todo, del pésimo ejemplo que proporcionaron algunos de quienes pasaban por ser sus adalides, y entre ellos el primer presidente de la Rusia independiente, Yeltsin. En tercer término, en fin, la generalizada demanda de *respuestas colectivas* para muchos de los omnipresentes problemas ha chocado muy a menudo con la incompreensión de quienes detrás de ellas no apreciaban otra cosa que la aberrante huella del orden burocrático de antaño. Una de las consecuencias de semejante entrampamiento ideológico —y, en último término, una de las explicaciones de la debilidad de la sociedad civil— ha sido la imposibilidad de concretar en un proyecto político común el legítimo deseo de restaurar una relación normalizada con el pasado, el firme propósito de preservar formas de decisión de carácter democrático y el designio de conservar, al tiempo, mecanismos de acción colectiva que permitan hacer frente a la competencia descarnada que tantos reivindican.

Un segundo elemento, más sencillo de exponer, invita a identificar en nuestros días, en muchas de las sociedades de la Europa central y oriental, una confrontación, que es obligado convenir no siempre resulta clara, entre dos grandes cosmovisiones que tienen su reflejo en otros tantos sistemas de valores. El primero de estos se adapta sin mayores problemas al capitalismo y sus reglas, toda vez que parece estimar que la competición, aun en ausencia de justicia, es vital en el desarrollo de los individuos y tiene a la postre saludables efectos generales. El segundo se asienta, en cambio, en una franca defensa de la igualdad y en un paralelo rechazo del lucro y, de forma más amplia, del enriquecimiento privado. Conviene subrayar que la pervivencia de esta segunda cosmovisión a duras penas puede considerarse una secuela más de la mitología social propia de la etapa soviética. La postulación de la igualdad y el rechazo del lucro tienen, muy al contrario, una honda tradición en la vida social rusa de antes de la propia revolución de Octubre de 1917, algo que, siquiera de manera parcial, vendría atestiguado por un hecho concreto: los dos valores mencionados han sido históricamente reivindicados, también, por buena parte de la ortodoxia religiosa. Nuestra descripción, que da cuenta de una colisión entre cosmovisiones, debe subrayar dos datos paralelos. Si en virtud del primero es obligado reconocer que las fronteras entre una y otra percepción son a menudo nebulosas —o, lo que es casi lo mismo, el comportamiento de muchas gentes resulta con frecuencia contradictorio—, el segundo recuerda que la supervivencia de la segunda cosmovisión, con su innegable fortaleza, configura

un obstáculo decisivo —a ojos de algunos infranqueable— para una plena restauración capitalista.

El tercer hecho toma como fuente la idea de que no es sencillo identificar en Rusia —y en muchos de los países próximos a esta— los signos de una transición a la democracia que merezca tal nombre. Y ello aunque muchas veces se manifieste un cumplimiento formal de las reglas del juego correspondientes. Pese al optimismo que en su momento se instaló al respecto, lo cierto es que los problemas son muchos y el paso del tiempo ha ido acrecentando su consistencia. Ahí están, si no, para recordarlo, unas políticas recentralizadoras en las que se aprecia con claridad el ascendiente de viejos flujos, una división de poderes que brilla por su ausencia y que casi siempre se rompe en beneficio del ejecutivo, una economía caótica en la que, merced a un capitalismo de perfiles mafiosos, predominan con rotundidad los elementos subterráneos, una sociedad civil crónicamente débil que apenas acierta a resistir frente a un sinfín de imposiciones, una situación ambigua en lo que se refiere a las fuerzas armadas y al derrotero de la política exterior, y, en fin, unos agentes políticos cuyo comportamiento rara vez está a la altura de las circunstancias. Con mimbres como estos es obligado concluir que el progreso en la vía de la democratización —sea lo que fuere lo que entendamos por esta palabra— ha sido menor que el que muchos esperaban. Bien es verdad que conclusiones similares es razonable formularlas, también, en relación con el derrotero de muchas de las *democracias liberales* que conocemos.

Agreguemos, de la mano de un cuarto argumento, que los desarrollos de los últimos años han obligado a descartar algunos horizontes de futuro que en su momento se contemplaron en relación con Rusia y varios de los Estados surgidos de la vieja Unión Soviética. No se ha verificado, por lo pronto, un segundo plan Marshall, en la medida en que la ayuda dispensada por los países más ricos ha exhibido unas dimensiones reducidas. Tampoco ha ganado terreno lo que en ocasiones se ha descrito como una *taiwanización*: el modelo de los *dragones asiáticos* —hoy muy contestado—, con severas organizaciones laborales, manos de obra tan profesionalizadas como explotadas y democracias *de baja intensidad*, no ha sido exportado a una Europa central y oriental que carece de un nicho del que beneficiarse en unos mercados internacionales muy saturados. La enorme complejidad, y los problemas consiguientes, de la economía rusa ha obligado a renunciar, en fin, a otro horizonte, el de la *kuwaitización*, que entendía que aquella podía concentrarse, poco menos que en

exclusiva, en la producción de petróleo y de gas natural. El progresivo descarte de los tres horizontes mencionados ha colocado en un primer plano un cuarto al que hay que prestar atención: el de una activa *tercermundización* de muchas relaciones que puede afectar a una parte del conjunto de la Europa central y oriental. Es menester subrayar que muchos de los conceptos que nos han servido en el pasado para retratar el Tercer Mundo —dependencia, endeudamiento, retraso tecnológico, debilidad de la sociedad civil, escisiones sociales— vienen ahora como anillo al dedo para describir procesos en curso en el espacio geográfico que nos ocupa. Al fin y al cabo, solo los analistas más ingenuos se han sentido cómodos en la conclusión de que el mundo capitalista desarrollado se aprestaba a estimular el crecimiento de un eventual competidor en los mercados internacionales. Mucho más sencillo resultaba afirmar que sus designios eran a la vez más mezquinos, más interesados y más tradicionales, y conducían al control externo de unas economías en las cuales aún valía su peso en oro una mano de obra barata y en las cuales, y al menos en lo que a la Federación Rusa atañe, las materias primas energéticas configuraban un codiciado objetivo.

Cerremos nuestro recorrido con la mención de una quinta cuestión importante. Cualquier balance de lo que fue el experimento soviético, y cualquier reflexión sobre el futuro económico de la región en que se desarrolló, debe tomar en consideración aspectos tales como la destrucción generada por las dos guerras mundiales, los rigores climáticos, la enormidad del territorio y el predominio que costosas formas de transporte terrestre ejercen sobre procedimientos, mucho más baratos, de transporte fluvial trabados por el hecho de que la mayoría de los ríos discurren en sentido sur-norte y apenas permiten la salida a mares abiertos y razonablemente cálidos. Conviene subrayar que el relieve de algunas de estas circunstancias se ha acrecentado en los últimos años merced a la desintegración de la Unión Soviética, toda vez que de resultas de esta el centro geográfico de la Federación Rusa, y con él el centro demográfico, se halla sensiblemente más al norte que el de la URSS, y toda vez que la primera ha perdido, por añadidura, puertos muy importantes. En semejantes condiciones hay que poner en duda, además, que la lógica del mercado permita encarar de manera solvente problemas de semejante magnitud y sobran las razones para concluir que en Rusia son muy poderosos los estímulos *naturales* para perfilar un Estado francamente intervencionista.

A efectos de situar algunas de las apreciaciones anteriores en un marco más

general, bueno será que recordemos que en el otoño de 1991 se realizó en la Federación Rusa una encuesta que se proponía evaluar la relación entre las creencias religiosas de la población y las querencias políticas correspondientes. Según los resultados, algo más de un tercio de los rusos se declaraba creyente, y era la Iglesia Ortodoxa la que concitaba las mayores adhesiones. La encuesta reveló también —y este no es un dato sorprendente— que los creyentes eran conservadores y se mostraban propicios a defender los valores tradicionales y las fuerzas que los sustentaban. Más allá de estas informaciones, los resultados señalaban que el comportamiento político de muchos de los creyentes era, sin embargo, cualquier cosa menos fácil de clasificar. Y es que entre nosotros lo común es que se contemple la historia rusa como una sucesión de compartimentos estancos, de tal suerte que quienes dicen simpatizar con uno de los períodos correspondientes tienen por fuerza que rechazar los otros. Las querencias políticas de los *conservadores religiosos* no se ajustaban en modo alguno, sin embargo, a ese criterio. Entre ellos era muy habitual la admiración simultánea por el último zar y por la figura de Stalin, lo cual acaso debe hacernos pensar que nuestra voluntad de distinguir y oponer períodos no tiene correlato en una sociedad en la que estos se fúnden más allá de sistemas e ideologías. El propio concepto de *marxismo-leninismo*, que cabría situar en los antípodas de las querencias de muchos creyentes, no siempre era objeto de rechazo, tal vez porque se asociaba con otros, como los de orden y autoridad. Si esta peculiar visión de los hechos, frecuente en muchos ciudadanos rusos, se confirma, tendremos un motivo más que agregar a los ya muchos que nos incitan a recelar de la intuición de E. H. Carr:

Es improbable que [la revolución rusa] ocupe un lugar de menor relieve en la historia futura que la revolución francesa, de la que fue en algunos aspectos el resultado y la culminación.

Carr, 1985, 197

Con los datos anteriores en la mano no es difícil jugar —aun a sabiendas de que en modo alguno se da cuenta de todo, y de que no falta quien piensa que el régimen soviético no fue sino una anomalía de siete decenios— con una última conclusión: si después de 1991 es mucho lo que ha pervivido del orden

burocrático imperante entre 1917 y el año citado, acaso ello es así porque buena parte de lo que se ha mantenido son viejos hábitos y relaciones que remiten a los regímenes anteriores a la revolución de Octubre. Estamos aguardando todavía, en otras palabras, la realización de la «revolución desconocida» que Aleksandr Herzen, en una increíble profecía, anunció en 1849:

El socialismo se desarrollará en todas sus fases, hasta sus últimas consecuencias, hasta sus últimos absurdos. Entonces, del seno titánico de la minoría revolucionaria brotará de nuevo el grito de la negación, y volverá a manifestarse una lucha a muerte en la que el socialismo ocupará el lugar del conservadurismo actual y será vencido por una revolución para nosotros desconocida.

A los ojos de muchos de los analistas del presente, esa revolución por venir no es otra que la que conduce a un nuevo despotismo burocrático, esta vez despojado de toda mitología social y mucho más próximo a los fascismos del decenio de 1930. Hay quien piensa, sin embargo, que —acaso por contraste— no está lejana la hora de una resurrección del viejo movimiento *naródniki* del XIX, inequívocamente lúcido con respecto a las secuelas sociales y medioambientales de la industrialización y del crecimiento, consciente de los efectos perniciosos del consumismo y la masificación, escéptico en lo relativo a la voluntad de transformación que muestran Estados y burocracias, y decididamente partidario de la descentralización más extrema. En sus olvidados años postreros, también Marx había mostrado su adhesión, por cierto, a las sociedades comprometidas en la satisfacción de las necesidades humanas y poco interesadas en la producción encaminada a la obtención de ganancias sin límite.

CRONOLOGÍA

1898	Nace el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR).
1903	En su II Congreso el POSDR se escinde en dos alas: los mencheviques y los bolcheviques.
1904-1905	Guerra ruso-japonesa.
1905	Primera revolución popular. Se forman los soviets. El zar promete la convocatoria de una дума o parlamento.
1906	Se reúne la primera дума. Stolipin se convierte en primer ministro.
1907	Se reúnen la segunda y la tercera дума.
1911	Stolipin es asesinado.
1912	Se reúne la cuarta дума.
1914	Rusia entra en la Primera Guerra Mundial contra los imperios centrales.
1917	El zar es derrocado en febrero; se crea un Gobierno provisional. Resurgen los soviets. En octubre los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, se hacen con el gobierno.
1918	Los bolcheviques disuelven la asamblea constituyente. Ucrania y Rusia se declaran, efímeramente, independientes. El Gobierno soviético firma la paz de Brest-Litovsk con Alemania. El zar es ejecutado en Yekaterinoslav. Comienzan la guerra civil y la intervención extranjera. Se inicia el comunismo de guerra.
1919	Se crea la Tercera Internacional o Komintern.
1920	Fin de la guerra civil tras la victoria soviética sobre los ejércitos blancos. El Ejército Rojo llega a las puertas de Varsovia y luego se retira.
1921	El Ejército Rojo invade Georgia. Revuelta de Kronshtadt. El X Congreso del Partido Bolchevique lanza la Nueva Política Económica (NEP).
1922	Stalin ocupa el cargo de secretario general del Partido. Nace la URSS.
1924	Primera Constitución de la URSS. Muere Lenin.
1925	El «socialismo en un solo país» se convierte en doctrina oficial.
1927	La oposición de izquierda es desplazada de las estructuras de poder en el Partido. Trotski es expulsado de este.

1928	Primer plan quinquenal.
1929	Inicio de la colectivización forzosa de la agricultura. Derrota de la oposición de derecha.
1933-1938	Segundo plan quinquenal.
1934	Asesinato de Kírov. La URSS entra en la Sociedad de Naciones.
1935	La Tercera Internacional lanza la estrategia de frentes populares. Auge del movimiento estajanovista.
1936	Se inician los procesos de Moscú. Constitución de 1936.
1938	Tercer plan quinquenal. Entre cinco y ocho millones de personas en los campos de trabajo.
1939	La URSS firma un pacto de no agresión con la Alemania nazi. El Ejército Rojo ocupa el este de Polonia y las tres repúblicas bálticas. La URSS ataca Finlandia.
1940	Tratado de paz con Finlandia, que debe ceder Carelia. Las tropas soviéticas ocupan Besarabia. Las repúblicas bálticas son anexionadas a la URSS. Trotski es asesinado en México.
1941	El ejército alemán invade la Unión Soviética, ocupa Kiev y se sitúa a las puertas de Moscú y de Leningrado.
1942-1943	Batalla de Stalingrado.
1943	Batalla de Kursk. Conferencia de Teherán.
1944	Se levanta el sitio de Leningrado. Ofensivas soviéticas en Rumania, Bulgaria y Hungría.
1945	Las tropas soviéticas alcanzan Berlín. La URSS declara la guerra a Japón y ocupa las islas Kuriles. Conferencias de Yalta y Potsdam.
1946	Cuarto plan quinquenal.
1946-1948	En varios países de la Europa central y balcánica se produce el acceso al poder de formaciones afines a la URSS.
1947	Se inicia la guerra fría entre EE UU y la URSS.
1948	La URSS y Yugoslavia rompen sus relaciones.
1948-1949	Crisis de Berlín.
1949	Nace el Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM o Come-con). La URSS fabrica su primera bomba nuclear.
1950	La URSS firma un tratado de asistencia mutua con China.
1950-1953	En la guerra de Corea, la URSS apoya a Corea del Norte.
1951	Quinto plan quinquenal.
1953	Muere Stalin. Jrushchov es confirmado como primer secretario del PCUS. Insurrección popular en Berlín-Este. La URSS hace explotar su primera bomba de hidrógeno.
1954	Se inicia la campaña de las «tierras vírgenes».

1955	Se crea el Pacto de Varsovia. Jrushchov visita Yugoslavia. Las granjas colectivas disfrutan de una mayor autonomía.
1956	XX Congreso del PCUS; Jrushchov denuncia los métodos de Stalin. Las tropas soviéticas reprimen una revuelta popular en Hungría.
1957	Los grandes ministerios industriales desaparecen en beneficio de estructuras de base regional. Jrushchov se impone al llamado «grupo anti-Partido».
1960	Los asesores soviéticos abandonan China.
1961	Gagarin es el primer ser humano que sale al espacio exterior. Comienza la construcción del muro de Berlín.
1962	Revuelta de Novocherkassk. Crisis de los misiles de Cuba.
1964	Jrushchov es sustituido por Brézhnev.
1965	Se aprueba una reforma económica respaldada por Kosiguin. La URSS apoya militarmente a Vietnam del Norte.
1966	Proceso contra Siniavski y Daniel.
1968	EE UU y la URSS firman un tratado de no proliferación de armas nucleares. El Pacto de Varsovia invade Checoslovaquia.
1969	Graves enfrentamientos fronterizos entre China y la URSS.
1970	Solyenitsin es galardonado con el premio Nobel de Literatura.
1971	Brézhnev reivindica el concepto de pueblo soviético.
1972	EE UU y la URSS firman un tratado de limitación de armas estratégicas, el SALT-1. Egipto expulsa a los asesores soviéticos.
1974	Solyenitsin es expulsado del país.
1975	La URSS firma el Acta Final de la Conferencia de Helsinki. Sájarov es galardonado con el premio Nobel de la Paz.
1977	Nueva Constitución.
1979	EE UU y la URSS firman el acuerdo SALT-2. La OTAN decide desplegar los euromisiles. El ejército soviético invade Afganistán.
1980	Sájarov es confinado en Gorki. Gorbachov accede al Politburó. Agudas tensiones laborales en Polonia.
1982	Muere Brézhnev; es sustituido por Andrópov.
1983	Andrópov promueve una campaña contra al absentismo laboral. EE UU decide desarrollar la Iniciativa de Defensa Estratégica.
1984	Muere Andrópov, quien es sustituido por Chernenko.
1985	Muere Chernenko, quien es sustituido por Gorbachov. Cumbre de Ginebra entre EE UU y la URSS.
1986	XXVII Congreso del PCUS. Grave accidente en la central nuclear de Chernóbil. Cumbre de Reykjavik entre EE UU y la URSS.
1987	«Ley de empresas del Estado». Se extienden los enfrentamientos entre armenios y azerbaiyanos. EE UU y la URSS firman un acuerdo de supresión de

fuerzas nucleares de alcance intermedio.

- 1988** Pogrom antiarmenio en Sumgait (Azerbaiyán) y escalada de la crisis en Nagorni-Karabaj. Cumbre de Moscú entre EE UU y la URSS. Conferencia Extraordinaria del PCUS. Gorbachov anuncia reducciones unilaterales de fuerzas.
- 1989** El ejército soviético abandona Afganistán. Elecciones para el Congreso de Diputados Populares y el Soviet Supremo. Hundimiento de los regímenes burocráticos en la Europa central y balcánica; apertura del muro de Berlín.
- 1990** El PCUS renuncia a su papel dirigente. El parlamento soviético aprueba una «Ley de secesión». Cumbre de Washington entre EE UU y la URSS. Yeltsin se convierte en presidente de la Federación Rusa. La URSS acepta una Alemania unificada miembro de la OTAN. Se firma en París un acuerdo de reducción de fuerzas convencionales en Europa.
- 1991** Represión militar en las repúblicas del Báltico. Referendo sobre la Unión. Se disuelven el CAEM y el Pacto de Varsovia. Guerra entre Serbia y Croacia. EE UU y la URSS firman en Moscú un acuerdo de reducción de armas nucleares estratégicas. Fallido golpe de Estado en agosto. Las repúblicas bálticas, y luego las restantes repúblicas integrantes de la URSS, se declaran independientes. Nace la CEI. Gorbachov dimite y queda disuelta la URSS.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BATER, James H. (1989): *The Soviet Scene. A Geographical Perspective*. Edward Arnold, Sevenoaks.
- BROUÉ, Pierre (1988): *Los procesos de Moscú*. Anagrama, Barcelona.
- CARR, Edward H. (1981): *La revolución rusa*. Alianza Editorial, Madrid.
- (1985): 1917. Antes y después (La revolución rusa). Sarpe, Madrid.
- CARRÈRE d'Encausse, Hélène (1979): *El poder confiscado*. Emecé, Buenos Aires.
- COHEN, Stephen (1985): *Rethinking the Soviet Experience*. Oxford University, Nueva York.
- CRACRAFT, James (dir.) (1983): *The Soviet Union Today*. Bulletin of the Atomic Scientists, Chicago.
- DÍAZ del Corral, Francisco (1989): *La revolución rusa*. Anaya, Madrid.
- FEHÉR, Ferenc; HELLER, Agnes; MÁRKUS, György (1984): *Dictatorship over needs*. Basil Blackwell, Oxford.
- GÉLARD, Patrice (1982): *Le Parti Communiste de l'Union Soviétique*. PUF, París.
- GOEHRKE, Carsten, y otros (1980): *Rusia*. Siglo XXI, Madrid.
- GOSUDÁRSTVENNI KOMITET SSSR PO STATÍSTIKE (1967). *Straná soviетov za 50 let*. Statístika, Moscú.

- (1980): *Naseléniye SSSR. Finansi i Statistika*, Moscú.
- (1985): *Naródnoye Joziaitsvo SSSR. Finansi i Statistika*. Moscú.
- (1987): *Naródnoye Joziaitsvo SSSR za 70 let. Finansi i Statistika*, Moscú.
- HOSKING, Geoffrey (1990): *A History of the Soviet Union*. Fontana, Londres.
- KOCHAN, Lionel (1968): *Rusia en revolución*. Alianza Editorial, Madrid.
- KOESTLER, Arthur (1974): *Autobiografía, 3. Euforia y utopía*. Alianza Editorial, Madrid.
- KOZLOV, Víktor (1988): *The Peoples of the Soviet Union*. Hutchinson-Indiana University, Londres.
- LANE, David (1985): *State and Politics in the USSR*. Basil Blackwell, Oxford.
- Lefort, Claude (1970): *¿Qué es la burocracia?* Ruedo Ibérico, París.
- LIGHT, Margot (1988): *The Soviet Theory of International Relations*. Wheatsheaf, Brighton.
- MALIA, Martin (1999): *Comprender la revolución rusa*. Rialp, Madrid.
- MCAULEY, Mary (1986): *Politics and the Soviet Union*. Penguin, Harmondsworth.
- (1992): *Soviet Politics, 1917-1991*. Oxford University, Oxford.
- MOONEY, Peter J. (1982): *The Soviet Superpower. The Soviet Union, 1945-80*. Heinemann, Londres.
- NAHAYLO, Bohdan; SWOBODA, Victor (1990): *Soviet Disunion*. Hamish Hamilton, Londres.
- NOVE, Alec (1980): *An Economic History of the Soviet Union*. Penguin, Harmondsworth.
- PALAZUELOS, Enrique (1990): *La formación del sistema económico soviético*. Akal, Madrid.
- REED, John (1985): *Diez días que estremecieron al mundo*. Orbis, Madrid.
- REIMAN, Michel (1982): *El nacimiento del estalinismo*. Crítica, Barcelona.
- SAPIR, Jacques (1987): *Le système militaire soviétique*. La Découverte, París.
- SHANIN, Teodor (dir.) (1990): *El Marx tardío y la vía rusa*. Revolución, Madrid.
- STITES, Richard (1992): *Russian Popular Culture*. Cambridge University,

Cambridge.

WOOD, Anthony (1986): *The Russian Revolution*. Longman, Harlow.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

1. La geografía de la Unión Soviética se estudia en las monografías de James H. Bater, *The Soviet Scene. A geographical perspective* (Edward Arnold, Sevenoaks, 1989); André Blanc, *Géographie de l'URSS* (Larousse, Paris, 1977); André Blanc y Henri Chambre, *La URSS* (Ariel, Barcelona, 1974); Michael J. Bradshaw (dir.), *The Soviet Union. A new regional geography?* (Belhaven, Londres, 1991); Denis Brand, *L'Union Soviétique* (Sirey, Paris, 1987); John P. Cole, *Geography of the USSR* (Penguin, Harmondsworth, 1971); Pierre George, *Géographie de l'URSS* (PUF, París, 1974); Roy E. H. Mellor, *The Soviet Union and its geographical problems* (Macmillan, Londres, 1986), y Leslie Symons (dir.), *The Soviet Union. A systematic geography* (Barnes & Noble, Totowa, 1980).

Textos generales de consulta son los de Archie Brown (dir.), *The Soviet Union. A biographical dictionary* (Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1990); Francis Conte, *Les grandes dates de la Russie et de l'URSS* (Larousse, Paris, 1990); Martin Gilbert, *The Dent atlas of Russian history* (J. M. Dent, Londres, 1993); John Paxton, *Companion to Russian history* (Facts on File, Nueva York, 1983); Warren Shaw y David Pryce, *Encyclopaedia of the USSR* (Cassell, Londres, 1990); Hans-Joachim Torke, *Historisches Lexikon der Sowjetunion 1917/22 bis 1991* (C. H. Beck,

Munich, 1993); Stephen White (dir.), *Political and economic encyclopaedia of the Soviet Union and Eastern Europe* (Longman, Harlow, 1991), y VV. AA., *Modern encyclopaedia of Russian and Soviet history* (Academic International, Gulf Breeze, 1978).

A los anteriores hay que agregar el anuario *Naródnoye jotsiaitsvo SSSR* (Finansi i Statístika, Moscú), publicado por el Gosudarstvennyi Komitet SSSR po Statistike; en castellano aparecía una versión abreviada de esa publicación, con el título *La URSS en cifras*. El mismo comité estatal publicó también, con motivo del LXX aniversario de la revolución de Octubre, un anuario especial: *Naródnoye jotsiaitsvo SSSR za 70 let* (Finansi i Statístika, Moscú, 1987).

2. Caracterizaciones teóricas, con diversa orientación, del sistema soviético se encontrarán en los libros de Rudolf Bahro, *La alternativa* (Materiales, Barcelona, 1979); Claude Berger, *Marx frente a Lenin. Asociación obrera o socialismo de Estado* (Zyx, Madrid, 1977); Cornelius Castoriadis, *La sociedad burocrática* (dos tomos) (Tusquets, Barcelona, 1977); Stephen Cohen, *Rethinking the Soviet experience* (Oxford University, Nueva York, 1985); Ferenc Fehér, Agnes Heller y György Márkus, *Dictadura y cuestiones sociales* (FCE, México, 1983); Andras Hegedüs, *Socialismo y burocracia* (Península, Barcelona, 1979); David Lane, *El estado socialista industrial* (Pirámide, Madrid, 1981); Claude Lefort, *¿Qué es la burocracia?* (Ruedo Ibérico, París, 1970); Anton Pannekoek y otros, *La contre-révolution bureaucratique* (dos tomos) (PUF, París, 1976); Bruno Rizzi, *La burocratización del mundo* (Península, Barcelona, 1980); Adam Schaff, *El comunismo en la encrucijada* (Crítica, Barcelona, 1983); Teodor Shanin (dir.), *El Marx tardío y la vía rusa* (Revolución, Madrid, 1990), y Aleksandr Zinóvev, *Le communisme comme réalité* (L'Âge d'Homme, Paris, 1981).
3. Entre las introducciones a la historia de la URSS merecen mencionarse las de Orlando Figes, *La revolución rusa, 1891-1924* (Barcelona, Edhasa, 2000) —sobre la etapa inicial—; Carsten Goehrke y otros, *Rusia* (Siglo XXI, Madrid, 1980); Michel Heller y Aleksandr Nekrich, *Utopia in power. A history of the USSR from 1917 to the present* (Hutchinson, Londres, 1986); Geoffrey Hosking, *A History of the Soviet Union* (Fontana, Londres, 1990); Michael Kort, *The Soviet colossus. A history of the USSR*

(Routledge, Londres, 1990); Moshe Lewin, *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?* (Crítica, Barcelona, 2006); Martin McCauley, *The Soviet Union since 1917* (Longman, Harlow, 1981); Jean Meyer, *Rusia y sus imperios (1894-2005)* (Tusquets, Barcelona, 2007); Robin Milner-Gulland, *Rusia, de los zares a los soviets* (Folio-Del Prado, Madrid, 1992); Nicholas V. Riasanovsky y Sergio Romano, *Storia della Russia* (Bompiani, Milán, 1992); Robert Service *Historia de Rusia en el siglo xx* (Crítica, Barcelona, 2000); Georges Sokoloff, *La puissance pauvre* (Fayard, París, 1993); VV. AA., *L'URSS de Lénine à Gorbatchev* (GRIP, Bruselas, 1989), y Vladislav Zubok, *Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la Guerra Fría* (Crítica, Barcelona, 2008). Aproximaciones rápidas, y muy sencillas, a la materia son las monografías de Tom Corfe, *Las revoluciones rusas* (Akal, Madrid, 1991); Ronald Hingley, *Russia. A concise history* (Thames and Hudson, Londres, 1991); Walther Kirchner, *Russian history* (Harper, Nueva York, 1991); Peter Martin y Colin Lankester, *From Romanov to Gorbachev. Russia in the 20th Century* (Hutchinson, Londres, 1989), y John Robottom, *Modern Russia* (Longman, Harlow, 1988).

4. De los problemas demográficos se ocupan los trabajos de Aleksandr Avdéev e Irina Tróitskaya, *Contraception and abortion in the USSR* (Congrès démographique européen, París, 1991); Alain Blum, *Naître, vivre et mourir en URSS* (Plon, París, 1994); Murray Feshbach, *The Soviet population policy debate: actors and issues* (RAND, Santa Mónica, 1986); Vladimir Mukomel, *Demograficheskii diaznoz* (Progress, Moscú, 1990), y Aleksandr Tkachenko y Aleksandra Grishánova, *Demografía popular de la URSS* (Progreso, Moscú, 1990).

El comité estatal antes mencionado, Gosudarstvennyi komitet SSSR po statistike, publicaba un anuario demográfico: *Naseléniye SSSR* (Finansi i Statistika, Moscú).

5. La naturaleza económica del sistema vigente en la URSS se estudia en los libros de Antonio Aponte, *La economía de los países socialistas* (Salvat, Barcelona, 1973); Luciano Cafagna, *La economía de la Unión Soviética* (Uteha, México, 1961); Henri Chambre, *La Unión Soviética y el desarrollo económico* (Mensajero, Bilbao, 1971); Bernard Chavance, *El sistema*

económico soviético (Revolución, Madrid, 1987); Pawel H. Dembinski, *Les économies planifiées* (Seuil, París, 1988); Gérard Duchêne, *L'économie de l'URSS* (La découverte, Paris, 1987); Philippe Frémeaux y Christine Durand, *Comprendre l'économie soviétique* (Syros, Paris, 1985); Pierre George, *L'économie de l'URSS* (PUF, Paris, 1974); Aureliano Jaguin y Gianfranco la Grassa, *Proceso productivo capitalista y socialismo en la U. R. S. S.* (Pre-textos, Valencia, 1978); Michael Kaser, *La economía soviética* (Guadarrama, Madrid, 1970); Janòs Kornai, *Economics of shortage* (North Holland, Amsterdam, 1980); David Lane, *Soviet economy & society* (Basil Blackwell, Oxford, 1987); Marie Lavigne, *Les économies socialistes soviétiques et européennes* (Armand Colin, Paris, 1979); Marie Lavigne y Wladimir Andreff (dirs.), *La réalité socialiste* (Economica, Paris, 1985); Zhores Medvédev, *Soviet agriculture* (Norton, Nueva York, 1988); Alec Nove, *Historia económica de la Unión Soviética* (Alianza, Madrid, 1973), *El sistema económico soviético* (Siglo XXI, México, 1982) y *La economía del socialismo factible* (Pablo Iglesias-Siglo XXI, Madrid, 1987); Enrique Palazuelos, *La formación del sistema económico soviético* (Akal, Madrid, 1990); Eugenio Scalfari, *El poder económico en la URSS* (Seix Barrai, Barcelona, 1965); Harry Schwartz, *La economía soviética desde Stalin* (Cultura Popular, Barcelona, 1967); François Seurot, *Las economías socialistas* (FCE, México, 1986); Georges Sokolov, *La economía de la URSS al desnudo* (Doposa, Barcelona, 1977); Stanislaw Wellisz, *La economía en el bloque soviético* (Alianza, Madrid, 1966); Jan Winiecki, *Las distorsiones en las economías de tipo soviético* (Civilización, Barcelona, 1988), y VV. AA., *La economía de la Europa del Este* (Banco Exterior de España, Madrid, 1982).

Sobre la realidad laboral pueden consultarse Jan Adam (dir.), *Employment policies in the Soviet Union and Eastern Europe* (Macmillan, Londres, 1982); Bob Arnot, *Controlling Soviet labour: experimental change from Brezhnev to Gorbachev* (Macmillan, Londres, 1990); David Lane (dir.), *Labour and employment in the USSR* (Wheatsheaf, Londres, 1986); Nathan Leites, *Soviet style in management* (Cran and Russak, Nueva York, 1985); J. L. Porket, *Work, employment and underemployment in the Soviet Union* (Macmillan, Basingstoke, 1989); Jacques Sapir, *Travail et*

travailleurs en URSS (La découverte, Paris, 1986), y Leonard Schapiro y Joseph Godson (dirs.), *The Soviet worker* (Macmillan, Londres, 1984).

Otras monografías sobre aspectos de la vida económica son las de Philip Hanson, *Trade and technology in Soviet Western relations* (Columbia University, Nueva York, 1981); Jovan Pavlevski, *Le niveau de vie en URSS* (Economica, París, 1975); Jonathan R. Schiffer, *Soviet regional economic policy* (Macmillan, Londres, 1989), y Emilio Soldevilla, *La empresa estatal soviética* (Nova Terra, Barcelona, 1977).

6. Estudios sobre la vida y la organización social en la URSS son los de Jenny Brine, Maureen Perrie y Andrew Sutton (dir.), *Home, school and leisure in the Soviet Union* (George Allen & Unwin, Londres, 1980); Anthony Jones, Walter D. Connor y David E. Powell (dirs.), *Soviet social problems* (Westview, Boulder, 1991); Basile Kerblay y Marie Lavigne, *Les soviétiques des années 80* (Armand Colin, Paris, 1985); Janina Markiewicz-Lagneau, *Estratificación y movilidad social en los países socialistas* (Siglo XXI, Madrid, 1971); Mervyn Matthews, *Clases y sociedad en la Unión Soviética* (Alianza, Madrid, 1977), *Poverty in the Soviet Union* (Cambridge University, Londres, 1978), *Privilege in the Soviet Union* (Allen & Unwin, Londres, 1978) y *Patterns of deprivation in the Soviet Union* (Hoover Institution, Nueva York, 1989); James R. Millar (dir.), *Politics, work and daily life in the USSR* (Cambridge University, Nueva York, 1987); M. Rywkin, *Soviet society today* (M. E. Sharpe, Armonk, 1989); Michael Paul Sacks y Jerry G. Pankhurst (dirs.), *Understanding Soviet society* (Unwin Hyman, Winchester, 1988); Vladimir Shlapentokh, *Public and private life of the Soviet people* (Oxford University, Nueva York, 1989), y VV. AA., *Economic aspects of life in the USSR* (NATO, Bruselas, 1975). Retratos de la vida cotidiana en la Unión Soviética son los de Gabrielle Froment, *La vida soviética* (Oikos-tau, Barcelona, 1971); Nina y Jean Kéhayán, *Rue du Prolétaire Rouge* (Seuil, Paris, 1978); Piero Ostellino, *Vivere in Russia* (Rizzoli, Milán, 1977); Christian Schmidt-Hauer, *Los rusos de hoy* (Planeta, Barcelona, 1981); Mary Seton-Watson, *Scenes from Soviet life* (Ariel, Londres, 1986), y Hedrick Smith, *Los rusos* (Argos Vergara, Barcelona, 1977).

La situación de la mujer se estudia en libros como los de Genia K. Browning, *Women & politics in the USSR* (Wheatsheaf, Brighton, 1987), y

Alena Heitlinger, *Women and state socialism* (Macmillan, Londres, 1979). Estudios sobre materias específicas son, en fin, los de L. G. Churchward, *La «intelligentsia» soviética* (Revista de Occidente, Madrid, 1976); Nigel Grant, *Soviet education* (Penguin, Harmondsworth, 1972); Borís Kagarlitski, *The thinking reed: intellectuals and the Soviet state* (Verso, Londres, 1988); Patrick Meney, *La kleptocratie. La delinquance en URSS* (La table ronde, París, 1982), y Richard Stites, *Russian popular culture* (Cambridge University, Cambridge, 1992). De la naturaleza y problemas del medio urbano se ocupan Edmund Goldzamt, *El urbanismo en la Europa socialista* (Gustavo Gili, Barcelona, 1980); Henry W. Morton y Robert G. Stuart (dirs.), *The contemporary Soviet city* (Macmillan, Londres, 1984); Vieri Quilici, *Ciudad rusa y ciudad soviética* (Gustavo Gili, Barcelona, 1978), y Graham Smith, *Planned development in the socialist world* (Cambridge University, Cambridge, 1989).

7. Introducciones al sistema político soviético son los libros de Hélène Carrère d'Encausse, *El poder confiscado* (Emecé, Buenos Aires, 1983); Martin Crouch y Robert Porter, *Understanding Soviet politics through literature* (George Allen & Unwin, Londres, 1984); Ian Derbyshire, *Politics in the Soviet Union* (Chambers, Londres, 1987); Jerry Hough y Merle Fainsod, *How the Soviet Union is governed* (Harvard University, Harvard, 1979); David Lane, *State and politics in the USSR* (Basil Blackwell, Oxford, 1985); Marie Lavigne y Anita Tiraspolsky, *L'U. R. S. S., pouvoir et société* (Hatier, París, 1981); Michel Lesage, *Le système politique de l'URSS* (PUF, Paris, 1977) y *La administración soviética* (FCE, México, 1985); Mary McAuley, *Politics and the Soviet Union* (Penguin, Harmondsworth, 1986) y *Soviet politics, 1917-1991* (Oxford University, Oxford, 1992); Michael Morozov, *Quién manda en Rusia* (Aymá, Barcelona, 1977); Richard Sakwa, *Soviet politics* (Routledge, Londres, 1989); Leonard Schapiro, *The government and politics of the Soviet Union* (Hutchinson, Londres, 1975); Gordon B. Smith, *Soviet politics* (Macmillan, Londres, 1988), y Stephen White, John Gardner y George Schopflin, *Communist political systems: an Introduction* (Macmillan, Londres, 1982).

Sobre el PCUS y sus estructuras se leerán con provecho las monografías de Patrice Gélard, *Le Parti Communiste de l'Union Soviétique* (PUF, Paris, 1982); Ronald Hill y Peter Frank, *The Soviet Communist Party* (Allen &

Unwin, Londres, 1986), y Leonard Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union* (Methuen & Co., Londres, 1985). El entramado ideológico-jurídico-institucional se analiza en obras como las de Thomas J. Blakeley, *La escolástica soviética* (Alianza, Madrid, 1969); Umberto Cerroni, *El pensamiento jurídico soviético* (Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1977); Jorge de Esteban y Santiago Várela, *La Constitución soviética* (Universidad Complutense, Madrid, 1988); Michel Heller, *El hombre nuevo soviético* (Planeta, Barcelona, 1985); Herbert Marcuse, *El marxismo soviético* (Alianza, Madrid, 1967); Françoise Thom, *Newspeak. La langue de bois* (Julliard, Paris, 1987); René Zapata, *La philosophie russe et soviétique* (PUF, Paris, 1988); Iliá Zemtsov, *Lexikon of Soviet political terms* (Hero, Fairfax, 1984), y VV. AA., *Introducción al derecho soviético* (Progreso, Moscú, 1988).

El estilo de liderazgo y cuestiones afines se analizan en las obras de George Breslauer, *Khrushchev and Brezhnev as leaders: building authority as Soviet leaders* (Allen & Unwin, Londres, 1992); Archie Brown (dir.), *Political leadership in the Soviet Union* (McMillan-St. Anthony's, Londres-Oxford, 1989); Christel Lane, *The rites of rulers* (Cambridge University, Cambridge, 1981); David Lane (dir.), *Elites and political power in the USSR* (Edward Elgar, Aldershot, 1988); T. H. Rigby, *Political elites in the USSR* (Edward Elgar, Aldershot, 1990); Robert C. Tucker, *Political culture and leadership in Soviet Russia from Lenin to Gorbachev* (Wheatsheaf, Brighton, 1987), y Mijaíl Voslenski, *La nomenklatura* (Argos Vergara, Barcelona, 1981). Por las estructuras de poder local se interesan Jeffrey W. Hahn, *Soviet grassroots. Citizen participation in local Soviet government* (Princeton University, Princeton, 1988), y Everett M. Jacobs, *Soviet local politics and government* (George Allen & Unwin, Londres, 1983).

Textos relativos a la situación de los «disidentes» son los de la esposa de Andrei Sájarov, Yelena Bonner, *Alone together* (Collins Harvill, Londres, 1986); Fernando Claudín, *La oposición en el «socialismo real»* (Siglo XXI, Madrid, 1981); Vladimir Gedilaghin, *La oposición en la URSS* (Cambio 16, Madrid, 1977); Claude Lefort, *Un hombre que sobra. Reflexiones sobre «El archipiélago Gulag»* (Tusquets, Barcelona, 1980); Vladimir Maksimov y otros, *Literatura rusa clandestina* (Juventud, Barcelona, 1972); Roy Medvédev, *La democracia socialista* (Francisco de Aguirre, Santiago de Chile, 1974); Zhores Medvédev, *Ten years after Ivan*

Denisovich (Penguin, Harmondsworth, 1975); Peter Reddaway, *¿Rusia sin censura?* (Doposa, Barcelona, 1973); Andrei Sájarov, *Habla Sájarov* (Noguer, Barcelona, 1985), *Memorias* (Plaza y Janés-Cambio 16, Barcelona, 1990) y *Trevoga i nádezhda* (Interverso, Moscú, 1991); VV. AA., *Los intelectuales y el poder soviético* (Unión, Madrid, 1976), y VV. AA., *La Rusia contestataria* (Juventud, Barcelona, 1974). Puede consultarse también el informe de Amnistía Internacional, *Presos de conciencia en la URSS* (AI, Madrid, 1980). Algunos aspectos de la vida religiosa se estudian en William C. Fletcher, *The Russian Orthodox Church underground 1917-1970* (Oxford University, Oxford, 1971); Aleksandr Preobrazhenski (dir.), *The Russian Orthodox Church* (Progress, Moscú, 1988), e Igor Troyanovski (dir.), *Religion in the Soviet republics* (Harper, San Francisco, 1991).

8. Obras sobre la *cuestión nacional* son las de E. Bagrámov, *The CPSUs nationalities policy: truth and lies* (Progress, Moscú, 1988); Donna Bahry, *Outside Moscow: power, politics, and budgetary policy in the Soviet republics* (Columbia University, Nueva York, 1988); Giovanni Bensi, *Nazionalità in URSS* (Xenia, Milán, 1990); Yulián Bromlei, *Major ethnosocial trends in the USSR* (Progress, Moscú, 1988); Michael Bruchis, *The USSR: language and realities* (East European Monographs, Boulder, 1988); Roger Caratini, *Dictionnaire des nationalités et des minorités en URSS* (Larousse, Paris, 1990); Hélène Carrère d'Encausse, *L'empire éclaté* (Flammarion, Paris, 1979); Robert Conquest (dir.), *The last empire. Nationality and the Soviet future* (Hoover Institution, Stanford, 1986); Rachel Denber (dir.), *The Soviet nationality reader* (Westview, Boulder, 1992); Henry R. Huttenbach (dir.), *Soviet nationality policies* (Mansell, Londres, 1990); Rasma Karklins, *Ethnic relations in the USSR* (Unwin Hyman, Londres, 1986); Viktor Kozlov, *The peoples of the Soviet Union* (Hutchinson-Indiana University, Londres, 1988); Serguéi Kuleshov y otros, *Relaciones entre las naciones de la URSS* (Nóvosti, Moscú, 1988); Bohdan Nahaylo y Victor Swoboda, *Soviet disunion. A history of the nationalities problem in the USSR* (Hamish Hamilton, Londres, 1990); Jean Radvanyi, *L'URSS: régions et nations* (Masson, París, 1990); Sergio Salvi, *La disunione sovietica* (Ponte alle grazie, Florencia, 1990); Graham Smith (dir.), *The nationalities question in the Soviet Union* (Longman, Londres,

1990); Ronald Wixman, *The peoples of the USSR. An ethnographic handbook* (Macmillan, Londres, 1984); VV. AA., *La historia de las nacionalidades en la URSS* (Nóvosti, Moscú, 1989), y VV. AA., *Pueblos de la Unión Soviética* (Nóvosti, Moscú, 1989).

9. Introducciones a los problemas de la política exterior soviética son las de Jonathan R. Adelman y Deborah A. Palmieri, *The dynamics of Soviet foreign policy* (Harper & Row, Nueva York, 1989); Paul Dibb, *The Soviet Union: the incomplete superpower* (University of Illinois, Urbana-Chicago, 1986); Melvyn P. Leffler, *La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría* (Crítica, Barcelona, 2008); Jacques Levesque, *L'URSS et sa politique internationale de Lénine à Gorbatchev* (Armand Colin, París, 1987); Margot Light, *The Soviet theory of international relations* (Wheatsheaf, Brighton, 1988); Edwina Moreton y Gerald Segal (dirs.), *Soviet strategy toward Western Europe* (George Allen & Unwin, Londres, 1984), y Jonathan Steele, *The limits of Soviet power* (Penguin, Harmondsworth, 1985).
10. Estudios sobre los años de la *perestroika* gorbachoviana son los de Leonid Abalkin (dir.), *Sovétskaya ekonomika: novoe káchestvo rosta* (Politizdat, Moscú, 1988); Youri Afanassiev y Marc Ferro (dirs.), *50 idées qui ébranlent le monde. Dictionnaire de la glasnost* (Payot, París, 1990); Abel Aganbegyan, *La perestroika económica* (Grijalbo, Barcelona, 1989); Anders Aslund, *Gorbachevs struggle for economic reform* (Cornell University, Nueva York, 1989); Hélène Carrère d'Encausse, *La gloire des nations* (Fayard, Paris, 1990); Alfons Cucó, *El despertar de las naciones* (Universidad de Valencia, Valencia, 1999); Juan Pablo Duch y Carlos Tello (dirs.), *La polémica en la URSS. La perestroika seis años después* (FCE, México, 1991); Manuel García Álvarez, *Las reformas jurídico-políticas en la URSS (1988-1991)* (Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1991); Marshall Goldman, *Economic reform in the age of high technology: Gorbachevs challenge* (Norton, Nueva York, 1987) y *What went wrong with perestroika* (Norton, Nueva York, 1991); Ed A. Hewett, *Reforming the Soviet economy* (The Brookings Institution, Washington, 1988); Basile Kerblay, *La Russie de Gorbatchev* (La manufacture, Lyon, 1989); David Lane (dir.), *Soviet society under perestroika* (Unwin Hyman, Londres,

1990); Gail W Lapidus, Victor Zaslavsky y Philip Goldman (dirs.), *From union to commonwealth: nationalism and separatism in the Soviet republics* (Cambridge University, Cambridge, 1992); Michel Lesage, *La crise du fédéralisme soviétique* (La documentation française, Paris, 1990); Ricardo M. Martín de la Guardia, *Crisis y desintegración: el final de la Unión Soviética* (Ariel, Barcelona, 1999); Ricardo M. Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez, *Unión Soviética: de la perestroika a la desintegración* (Istmo, Barcelona, 1994); Jean Meyer, *Perestroika* (dos tomos) (FCE, México, 1991); Enrique Palazuelos, *La economía soviética más allá de la perestroika* (Ciencias Sociales, Madrid, 1990); Richard Sakwa, *Gorbachev and his reforms, 1985-90* (Philip Alan, Londres, 1990); Rafael Poch, *La gran transición. Rusia, 1985-2002* (Crítica, Barcelona, 2003); Jacques Sapir (dir.), *L'URSS au tournant. Une économie en transition* (L'Harmattan, París, 1990); Stephen White, *Gorbachev in power* (Cambridge University, Cambridge, 1990); Stephen White, Alex Pravda y Zvi Gitelman (dirs.), *Developments in Soviet politics* (Macmillan, Londres, 1990), y Tatiana Zaslávskaya, *The second socialist revolution* (I. B. Tauris, Londres, 1989).

ÍNDICE ANALÍTICO Y ONOMÁSTICO

Abjazia, 98, 305, 320, 337

ABM, tratado, 266

aborto, 86, 150, 247

absentismo, 135, 149, 184, 210, 274, 301, 350

acero, industria del, 88, 185, 207, 210, 238, 245

Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, 316

acumulación de capital, 49-51, 53, 70

Adyaria, 98

Afganistán, 106, 108, 222, 260, 271, 283, 309, 316, 336, 350

África, 269

agricultura, 16, 24, 25, 29, 45, 77, 88, 100, 103, 119, 126, 127, 132, 136-138, 144, 148, 172, 177, 185, 192, 193, 200, 205, 206, 208-210, 220, 225, 236, 240, 242-245, 280, 348

Ajmátova, A., 155, 188, 198

Aksiónov, V., 198

Albania, 176-178, 217, 218

alcoholismo, 184, 247, 274, 281, 296, 297, 301, 312

Aleksandr Nevski, 154

alemanes del Volga, 212, 214, 257-260

Alemania, 30, 35, 48, 75-77, 91, 106, 107, 112, 116, 161-163, 166, 170, 175, 177, 179, 182, 183, 215, 219, 265, 337, 348, 350
Alemania Oriental, véase República Democrática Alemana Alemania, unificación de, 315, 350
Alfabetización, 87, 147, 152, 156
Alianza Atlántica, véase Organización del Tratado del Atlántico Norte alianza de territorios montañoses unidos, 95
alimentación, 30, 31, 99, 100, 126, 136, 148, 172, 208, 241, 250
alimentaria, industria, 136
Almá Atá, 98, 160
anarquismo, 57, 59, 63, 66, 81, 142
ancianos, 330
Andrópov, Y., 17, 273-277, 280, 281, 296, 315, 330
Angará, río, 240
Angola, 269
antisemitismo, 157, 187
Aprielskij tezisaj, 34
árabe, mundo, 222
Aral, mar de, 241, 302
Arcángel, 80
Argelia, 269
Argentina, 269
armas nucleares, 180-182, 220, 221, 223, 262, 265, 266, 269, 271, 272, 275, 276, 282, 284, 310, 311, 313, 320, 336, 349-351
armas nucleares estratégicas, 275, 284, 320, 351
Armenia, 22, 95-98, 158-160, 182, 250, 251, 258, 259, 261, 304, 305, 350
Aron, R., 68
Artel, 24, 44
Ártico, océano Glacial, 80, 241
asamblea constituyente, 27, 32, 36, 39, 40, 43, 54, 55, 59, 78, 84, 347
Asjabad, 98, 160
Asia, 94, 96, 108, 112, 269
Asia central, 22, 117, 156-158, 237, 247, 250-252, 257, 261, 283, 302, 303, 305, 309, 318, 321, 336, 337
Asociación Rusa de Músicos Proletarios, 104
Asuán, presa de, 222

Atlántico, océano, [221](#)
Austria, [107](#), [163](#), [176](#), [177](#), [215](#), [217](#)
Austria-Hungría, [76](#)
autocracia, [25](#), [41](#)
autodeterminación, derecho de, [35](#), [94](#), [257](#), [259](#), [283](#), [302](#), [305](#), [307](#), [309](#),
[318](#)
autogestión, [57](#), [179](#), [288](#)
automóvil, industria del, [238](#), [252](#)
autoritarismo, [179](#), [196](#), [208](#), [286](#), [293](#), [295](#), [323](#), [327](#)
aviones-espía, [221](#)
Azerbaiyán, [95-98](#), [159](#), [160](#), [250](#), [251](#), [259](#), [261](#), [304](#), [305](#), [350](#)
azerbaiyanos, [95](#), [258](#), [259](#), [306](#), [350](#)
Azov, mar de, [79](#), [168](#), [176](#), [241](#)

Bábel, I., [155](#)
Babi Yar, matanza de, [175](#)
Bahía de Cochinos, [220](#)
Bahro, R., [68](#)
Baikal, lago, [78](#), [240](#)
Bakú, [95](#), [98](#), [160](#)
Balcanes, [170](#), [333](#), [349](#), [350](#)
Báltico, mar, [79](#), [176](#)
Báltico, repúblicas del, [75](#), [80](#), [97](#), [106](#), [159](#), [167](#), [175](#), [185](#), [187](#), [213](#), [214](#),
[215](#), [241](#), [247](#), [250](#), [251](#), [261](#), [283](#), [290](#), [291](#), [294](#), [303](#), [304](#), [305](#), [307](#),
[318](#), [336](#), [348](#), [350](#), [351](#)
Banco Mundial, [330](#)
bancos, [23](#), [25](#), [30](#), [101](#), [149](#), [249](#)
Barents, mar de, [76](#)
Bashkiria, [94](#), [97](#), [98](#), [158](#), [258](#), [259](#), [306](#)
Batumi, [98](#)
Bazárov, V., [100](#)
Benjamin, W., [104](#)
Berezovski, V., [324](#)
Beria, L., [144](#), [185](#), [188](#), [191](#)
Berlín, [170](#), [174](#), [182](#), [183](#), [215](#), [217](#), [220](#), [221](#), [265](#), [280](#), [314](#), [349](#), [350](#)
Besarabia, [164](#), [348](#)

bezkonfliktnost, 188

Bielorrusia, 22, 30, 75, 82, 91, 92, 94, 96-98, 116, 157-160, 164, 167, 173, 250, 251, 256, 258-261, 306, 318

Bieloyarsk, accidente de, 302

Bíkov, V., 233

Birmania 216

Birobidyán 92

blancos, ejércitos, 58, 60, 78, 80-82, 86, 90, 92, 94, 95, 99, 348

Blok, A., 85, 104

bloques, política de, 175, 179, 184, 216, 218, 221, 268, 309, 315, 337

bolcheviques, 16, 18, 26, 29, 34-43, 49-52, 54-56, 58, 59, 61, 62, 66, 71, 73-75, 77, 78, 80-82, 84-86, 89-92, 94-96, 102, 103, 105, 109, 110, 113, 120, 121, 123, 124, 135, 140-143, 196, 197, 347, 348

bomba de hidrógeno, 215, 232, 349

Bósforo, estrecho del, 182

Brandt, W., 265

Brasil, 262

Brest-Litovsk, 76, 79

Brest-Litovsk, tratado de, 58, 75-77, 82, 84, 91, 96, 111, 348

Bretton Woods, conferencia de, 170

Brézhnev, L., 16, 17, 53, 134, 146, 198, 216, 225, 227-234, 239, 241, 243, 248, 253-256, 260-263, 268-274, 276, 277, 280, 303, 304, 349, 350

Bronenosets Potiomkin, 104

Bronstein, L., véase Trotski, L.,

Bruselas, 197

Bujará, 95

Bujarin, N., 57, 59, 75, 92, 100, 101, 106, 110, 115, 126, 139, 141, 196, 293

Bukovina, 164

Bulgákov, M., 150, 155, 292

Bulganin, N., 185, 192, 200

Bulgaria, 76, 176, 177, 217, 220, 314, 348

burguesía, 26, 27, 29, 34, 48, 58, 59, 61, 85, 92, 103, 104, 148, 154, 199, 216, 246

Buriatia, 98

burocracia, 26, 61-63, 65, 66, 70, 113, 114, 154, 202, 230, 231, 235, 236, 285, 293, 295, 330, 345

Bush, G. W., [336](#)

CAEM, véase Consejo de Ayuda Económica Mutua calendario gregoriano, [18](#)

calendario juliano, [17](#)

cambio climático, [337](#)

campesinos, [22-24](#), [26](#), [27](#), [29](#), [34-37](#), [39](#), [45](#), [61](#), [65](#), [73](#), [74](#), [78](#), [80](#), [81](#), [83](#), [89](#), [95](#), [99-103](#), [105](#), [114](#), [115](#), [126-132](#), [137](#), [139](#), [147](#), [167](#), [172](#), [209](#), [210](#), [246](#), [248](#)

Canadá, [265](#)

Cannes, conferencia de, [106](#)

capitalismo [24](#), [43](#), [45-48](#), [62](#), [65-67](#), [70](#), [100](#), [102](#), [107-113](#), [116](#), [125](#), [133](#), [145](#), [161](#), [162](#), [164](#), [184](#), [220](#), [235](#), [240](#), [248](#), [270](#), [286](#), [288](#), [315](#), [317](#), [341](#), [342](#)

capitalismo burocrático de Estado, [67](#)

capitalismo monopolista de Estado, [48](#)

carbón, industria del, [88](#), [185](#), [245](#)

Carelia, [98](#), [164](#), [175](#), [348](#)

Carr, E. H., [43](#), [89](#), [100](#), [112](#), [121](#), [125](#), [344](#)

carrera de armamentos, [181](#), [215](#), [220](#), [266](#), [271](#), [302](#)

carrera espacial, [199](#), [207](#), [208](#), [222](#), [276](#), [349](#)

Carter, J., [271](#)

casa común europea, [313](#)

Caspio, mar, [76](#), [79](#), [96](#), [160](#), [168](#), [169](#), [241](#)

catolicismo, [212](#)

Cáucaso, [96](#), [250](#), [251](#)

Cáucaso septentrional, [95](#), [328](#), [329](#)

Cáucaso, repúblicas del, [22](#), [26](#), [83](#), [95](#), [96](#), [129](#), [140](#), [157](#), [158](#), [214](#), [237](#), [283](#), [294](#), [303](#), [305](#), [307](#), [320](#), [321](#), [328](#), [329](#), [336](#), [337](#)

Ceausescu, N., [314](#)

CEI, véase Comunidad de Estados Independientes

cemento, industria del, [172](#), [185](#), [210](#), [245](#)

censura, [155](#), [187](#)

centralismo democrático, [84](#)

Centroamérica, [269](#)

cereales, [34](#), [103](#), [129](#), [130](#), [172](#), [208-210](#), [244](#)

Cheboksari, 98
Chechenia, 173, 212, 213, 259, 306, 320, 325, 328, 329, 332
Chechenia-Ingushetia, 98, 158
Checoslovaquia, 64, 162, 163, 176, 177, 180, 217, 219, 222, 255, 262, 263, 264, 314, 349
Cheká, 18, 60, 74, 81, 106
Chernenko, K. 17, 273, 276, 277, 350
Chernóbil, accidente de, 282, 292, 302, 303, 350
Chicherin, G., 116, 161
China, 107, 108, 162, 163, 179, 180, 183, 193, 217, 218, 223, 263, 264, 266, 269, 271, 309, 316, 333, 349
Chto delat?, 53
Churchill, W., 173
Chuvache, 98, 258
ciencia ficción, 233
cine, 198, 234, 292
ciudades, 22, 23, 25, 27, 30, 32, 36, 39, 83, 88, 92, 99, 100, 102, 105, 116, 124, 126, 127, 129, 130, 148, 167, 184, 186, 188, 209, 233, 234, 240, 244, 248, 252, 280, 289, 290, 292, 294, 295, 302, 332
clientelismo, 231
Código Laboral de, 1922 102
coexistencia pacífica, 192, 200, 215-217, 223
Cohen, S., 121, 147
colas, 148, 209, 252
colectivización, 16, 117, 119, 120, 126, 127, 129-133, 138, 144, 145, 150, 156, 157, 159, 167, 177, 185, 187, 193, 195, 196, 227, 244, 348
Comecon, véase Consejo de Ayuda Económica Mutua
comercio exterior, 101, 103, 115, 245, 297, 298
Comisariado de Asuntos Nacionales, 94
comisarios políticos, 81, 143, 171
Comité Central, 40, 53, 117, 129, 140, 143, 192, 200, 225, 229, 230, 260
Comité Central Ejecutivo, 41
Comité de Seguridad del Estado, 18, 192, 257, 274
Comité del Pueblo para Asuntos Internos, 140, 186
Comité Ejecutivo de Todas las Rusias, 56
Comité Estatal de Suministros, 298, 354

Comité Militar Revolucionario, [40](#), [56](#)
comités de fábrica, [36](#), [37](#), [43](#), [55-57](#), [63](#), [74](#), [75](#), [80](#), [84](#), [118](#)
Comuna de París, [45](#)
Comunidad de Estados Independientes, [318](#), [320](#), [321](#), [351](#)
Comunidad Económica Europea, [207](#), [313](#)
comunismo, [53](#), [64](#), [89](#), [94](#), [161](#), [181](#)
comunismo de guerra, [16](#), [50](#), [73](#), [82](#), [83](#), [85](#), [88](#), [89](#), [99](#), [102](#), [105](#), [109](#), [123](#),
[125](#), [128](#), [348](#)
comunistas de izquierda, [59](#)
Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, [265](#)
Conferencia Extraordinaria del PCUS de 1988, [282](#), [289](#), [350](#)
Congo, [222](#)
Congreso de Diputados Populares, [282](#), [289](#), [350](#)
Congreso musulmán, [94](#)
Congreso Nacional (Bielorrusia), [91](#)
Conquest, R., [144](#)
Consejo de Ayuda Económica Mutua, [179](#), [220](#), [299](#), [315](#), [349](#), [350](#)
Consejo de Comisarios del Pueblo, [41](#), [56](#), [96](#), [158](#)
Consejo de Ministros, [191](#), [192](#), [230](#)
Consejo Supremo de la Economía Nacional, [74](#)
consejos económicos regionales, [254](#)
consejos obreros, véase soviets Constitución de 1924, [96](#), [155](#), [348](#)
Constitución de 1977, [231](#), [258](#), [350](#)
Constitución de 1993 (Rusia), [326](#), [327](#)
construcción, industria de la, [24](#), [135](#), [136](#), [240](#), [252](#)
consumo, [23](#), [24](#), [70](#), [100](#), [134](#), [133](#), [137](#), [148](#), [185](#), [192](#), [199](#), [203](#), [208](#), [233](#),
[237](#), [241-243](#), [247-249](#), [252](#), [274](#), [280](#), [287](#), [329](#), [337](#)
contrato de brigada, [243](#)
control de armamentos, [265](#), [266](#), [268](#), [276](#), [282](#), [309](#), [310](#), [312](#), [313](#)
control de calidad, [239](#), [274](#)
cooperativas, [297](#)
Corea, [164](#), [177](#)
Corea del Norte, [183](#), [349](#)
Corea del Sur, [275](#)
Corea, guerra de, [182](#), [183](#), [215](#), [349](#)
corrupción, [230](#), [274](#), [276](#), [281](#), [297](#), [325](#)

cosacos, 78, 80
crecimiento extensivo, 297
crecimiento intensivo, 75, 77, 149, 245, 294, 297
Crimea, 22, 91, 169, 173, 212, 215, 255, 304, 305
criptocapitalismo, 286, 288
Croacia, 350
CSCE, véase Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa
Cuba, 217, 220-223, 225, 269, 316, 349
cuellos blancos, 138, 145, 202, 231, 246
culto a la personalidad, 18, 25, 31-33, 115, 120, 124, 140-145, 147, 186, 188, 191, 192, 195, 199, 226, 232
cultura de masas, 233, 234
cultura de vanguardia, 153, 154

Daguestán, 98
Daniel, Y., 232, 349
Daniéliya, G., 234
Dardanelos, estrecho de los, 182
déficit público, 299
delincuencia, 301
democracia, 27, 52, 59, 65, 92, 113, 139, 242, 286, 339, 341, 342
demografía, 22, 150, 159, 184, 246, 247, 249, 250, 256, 260, 343
Denikin, A., 78-80, 95
deportaciones, 104, 187, 188, 213
deporte, 234, 271
derechos humanos, 232, 287, 290, 323
derechos y libertades, 27, 32, 59, 231, 293
descentralización, 101, 205, 214, 254, 285, 299, 303, 305, 326, 345
descolonización, 180, 269
desempleo, 102, 148, 300, 331
desestalinización, 195-198, 200, 217, 223, 225, 227
deshielo, 191, 233, 292
desigualdad, 62, 71, 186, 248
deskulakización, 129
desoccidentalización, 124
despilfarro, 239, 240, 242, 270

Deti Arbata, [292](#)
Deutscher, I. [121](#)
dictadura del proletariado, [51](#)
Dinamarca, [176](#)
Dirección Política del Estado, [18](#), [106](#)
Dirección Política del Estado Unificada, [106](#), [140](#)
disciplina, [36](#), [37](#), [41](#), [52](#), [59](#), [61](#), [83](#), [99](#), [114](#), [135](#), [138](#), [145](#), [149](#), [152](#), [186](#),
[235](#), [274](#), [276](#), [280](#), [281](#), [296](#), [299](#)
disidentes, [59](#), [84](#), [95](#), [228](#), [232](#), [233](#), [255](#), [257](#), [263](#), [294](#)
disolución de la URSS, [318](#)
distensión, [229](#), [233](#), [243](#), [257](#), [260](#), [262](#), [265](#), [266](#), [268](#), [270](#), [272](#)
división de poderes, principio de, [25](#), [291](#), [323](#), [341](#)
divorcio, [86](#), [150](#), [152](#), [226](#), [247](#), [249](#), [301](#)
Dnepropetrovsk, [250](#)
Dniepr, cuenca del, [24](#)
Doktor Yivago, [198](#)
Don, río, [240](#)
Donbass, cuenca del, [149](#)
Donets, cuenca del, [24](#)
dragones asiáticos, [342](#)
Dubcek, A., [262](#)
Dukelski, V., [85](#)
duma, [27-29](#), [347](#)
Dushanbe, [98](#), [160](#)
Dyugashvili, I., véase Stalin, I.

economía subterránea, [237](#)
economía sumergida, [298](#)
educativo, sistema, [86](#), [131](#), [152](#), [158](#), [211](#), [214](#), [227](#), [233](#), [249](#), [253](#), [301](#)
EE UU, véase Estados Unidos Egeo, mar, [176](#)
Egipto, [222](#), [223](#), [262](#), [269](#), [350](#)
Ehrenburg, I., [198](#)
Eisenstein, S., [104](#), [154](#), [188](#)
Ejército Rojo, [18](#), [81](#), [82](#), [84](#), [91](#), [95](#), [109](#), [113](#), [163](#), [164](#), [169](#), [170](#), [177](#),
[178](#), [182](#), [348](#)
electricidad, [25](#), [88](#), [136](#), [185](#), [210](#), [238](#)

Elista, [98](#)
emulación socialista, [243](#)
energía nuclear, [282](#), [292](#), [302](#), [304](#), [350](#)
Engels, F., [44](#), [248](#)
escudo antimisiles (EE UU), [336](#)
esfera de influencia, [75](#), [167](#), [175](#), [177](#), [179](#), [216](#), [218](#), [228](#), [272](#)
eslavófilos, [48](#), [255](#)
eslavos, [247](#), [250](#), [251](#), [260](#), [261](#), [306](#)
España, [162](#)
esperanza de vida, [251](#)
estaciones de transporte motorizado, [209](#)
Estado federal (Rusia), [326](#), [327](#)
Estado obrero degenerado, [65](#)
Estado unitario, [258](#)
Estados Unidos, [50](#), [80](#), [161](#), [165](#), [169](#), [175](#), [179-183](#), [190](#), [199](#), [207](#), [211](#),
[220-223](#), [228](#), [229](#), [238](#), [239](#), [242](#), [244](#), [245](#), [252](#), [262](#), [263](#), [265](#), [266](#),
[269-272](#), [274](#), [275](#), [280](#), [282](#), [284](#), [300](#), [309](#), [310](#), [311](#), [313](#), [316](#), [333](#),
[335-337](#), [349](#), [350](#)
estalinismo, [16](#), [63](#), [67](#), [69](#), [71](#), [82](#), [110](#), [111](#), [119-121](#), [123-125](#), [127](#), [144](#),
[145](#), [150](#), [159](#), [164-166](#), [180](#), [193-200](#), [202](#), [204](#), [210](#), [213](#), [217](#), [223](#),
[225](#), [227](#), [228](#), [235](#)
estancamiento, [17](#), [24](#), [126](#), [225](#), [227](#), [231](#), [234](#), [249](#)
estatalización, [62](#), [83](#), [88](#), [130](#)
Estocolmo, [197](#)
Estonia, [22](#), [75](#), [76](#), [80](#), [91](#), [98](#), [160](#), [161](#), [164](#), [168](#), [177](#), [250-252](#), [258](#), [259](#),
[261](#)
Etiopía, [269](#), [271](#)
Euroasia, [336](#)
Eurocomunismo, [63](#), [263](#)
euromisiles, crisis de los, [271](#), [272](#), [275](#), [309](#), [350](#)
Europa central, [275](#)
Europa central y balcánica, [333](#), [349](#), [350](#)
Europa central y oriental, [68](#), [175](#), [176](#), [179-181](#), [188](#), [213](#), [217-219](#), [251](#),
[265](#), [299](#), [303](#), [329](#), [330](#), [340](#), [342](#)

familia, [86](#), [129](#), [150](#), [152](#), [249](#)

Ferganá, 95
ferrocarril, 23, 30, 88, 108, 136, 162, 184, 240
fertilizantes, 30, 207, 210
Finlandia, 32, 75, 76, 80, 164, 168, 176, 177, 217, 348
FMI, véase Fondo Monetario Internacional
Fondo Monetario Internacional, 287, 316, 324, 329, 330
Francia, 78, 80, 84, 107, 108, 116, 161-163, 182, 183, 222, 265, 337
Frente de Salvación Nacional (Rumania), 314
frentes populares, 162, 348
Frunze, 98, 160
fuerzas armadas (Rusia), 331-333, 341
fuerzas armadas (URSS), 18, 74, 75, 77, 81, 82, 84, 91, 95, 109, 113, 116, 143, 156, 158, 163, 164, 166, 169-171, 177, 178, 182, 186, 191, 193, 202, 216, 225, 229, 239-241, 247, 260, 272, 274, 306, 309, 312, 313, 317, 348
fuerzas convencionales, 77, 217, 284, 311, 350
fuerzas nucleares de alcance intermedio, 271, 275, 282, 311, 350
fusión de los pueblos, 214, 255

Gagarin, Y., 207, 208, 349
gagauzes, 259
Galich, A., 198, 233
ganadería, 102, 129, 208, 244
gas natural, 210, 245, 315, 321, 342
gasto militar, 136, 207, 216, 217, 227, 238, 240, 242, 262, 266, 268, 272, 274, 277, 312, 332, 337
GATT, véase Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio generación de, 1960 198
Georgia, 39, 75, 95-98, 116, 159, 160, 173, 250, 251, 258, 259, 261, 318, 336, 337, 348
georgianos, 22, 95, 258, 259
gerontocracia, 228, 229
Ginebra, cumbre, de 350
glásnost, 198, 226, 282, 283, 289, 291-293, 303, 313
gobierno provisional, 32-34, 36-38, 41, 55, 56, 78, 94, 291, 347
golfo Pérsico, primera guerra del, 284, 312, 313

golpe de Estado de agosto de 1991, [283](#), [296](#), [309](#), [313](#), [317](#)
Gomulka, W., [263](#)
Gorbachov, M., [16](#), [17](#), [226](#), [273](#), [275](#), [279-281](#), [283-288](#), [290](#), [291](#), [293](#),
[294](#), [295](#), [299-301](#), [304](#), [306](#), [307](#), [309](#), [310](#), [313](#), [314](#), [317](#), [318](#), [333](#),
[350](#), [351](#)
Gorki, [232](#), [250](#), [290](#), [350](#)
Gorki, M., [85](#)
Gosplan, [133](#), [236](#)
Gossnab, véase Comité Estatal de Suministros
Gosudarstvo i revoliútsiya, [48](#), [201](#)
GPU, véase Dirección Política del Estado
granjas colectivas, [103](#), [127](#), [129-131](#), [147](#), [148](#), [167](#), [184-186](#), [209](#), [244](#),
[246](#), [248](#), [349](#)
granjas estatales, [103](#), [127](#), [130](#), [184](#), [209](#), [244](#), [246](#)
Grechko, A., [229](#), [268](#), [272](#)
Grecia, [76](#), [182](#), [215](#), [262](#)
Grigorenko, P., [232](#)
Gromiko, A., [146](#), [266](#), [290](#)
Grossman, V., [198](#)
Grozni, [98](#)
grupo anti-Partido, [200](#), [217](#), [349](#)
guardias rojos, [56](#), [81](#), [91](#)
guerra civil, [35](#), [51](#), [58](#), [59](#), [78-82](#), [84](#), [96](#), [97](#), [106](#), [108](#), [348](#)
guerra de los seis días, [255](#)
guerra fría, [182](#), [262](#), [337](#), [349](#)
guerra ruso-japonesa, [347](#)
Gusinski, V., [324](#)

Havel, V., [314](#)
Helsinki, acta de, [232](#), [257](#), [265](#), [350](#)
Herzen, A., [344](#)
Hidalgo, D., [105](#)
hierro, industria del, [88](#), [172](#), [185](#), [210](#), [238](#)
Hiroshima, [180](#), [181](#)
Hitler, A., [161-163](#), [166](#), [167](#), [170](#)
hombre nuevo, [54](#), [68](#)

Honecker, E., 314
Hosking, G., 131, 208, 245
Hot-line Agreement, 221
Hungría, 176, 177, 213, 217-219, 262, 334, 348, 349

Iglesia Ortodoxa, 25, 57, 86, 215, 261, 341, 343
Ignalina, central nuclear de, 304
igualitarismo, 71, 74, 123, 124, 147, 186, 210, 248, 300
Ijvesk, 98
ilegalización de partidos, 43, 59
incentivos, 207, 237, 242, 244
India, 215, 222, 223, 269 índices cuantitativos, 236, 238
indigenización, 156, 158
Indonesia, 222, 262
Industria, 22-25, 29-32, 44, 45, 47, 62, 74, 75, 80, 83, 88, 99-103, 105, 110, 111, 113, 115, 117, 119, 120, 124-127, 130, 132, 133, 135-139, 141, 144-149, 152, 156, 157, 161, 162, 165-167, 169, 172, 177, 179, 184, 185, 191, 193, 195, 196, 200, 204-207, 210, 211, 223, 236, 238-240, 242-245, 247, 248, 252, 268, 280, 300, 312, 313, 330, 332, 345, 349
industria ligera, 101, 136, 200, 205, 206, 236
industria militar, 135, 136, 205, 239, 240, 268, 300, 312, 313, 332
industria pesada, 24, 88, 100, 101, 133, 135-138, 141, 165, 184, 191, 193, 200, 204, 207, 236, 242, 243
industrialistas, 110, 111
industrialización, 16, 23, 25, 51, 70, 105, 113, 119, 124, 126, 133, 138, 145-149, 152, 156, 157, 165, 167, 177, 195, 196, 345
inflación, 299, 329
informática, 238, 243, 252
ingeniería social, 43, 44, 49, 50, 52
Inglaterra, 44, 111
Ingushetia, 173, 212, 213
Iniciativa de Defensa Estratégica (EE UU), 275, 300, 350
innovación tecnológica, 204, 206, 237-240, 242
integrista islamista, 261, 328
intelligentsia, 26, 27, 32, 53, 54, 85, 104, 113, 124, 147, 155, 156, 158, 196, 232

Internacional Comunista, véase Komintern
investigación y desarrollo, [238](#), [240](#)
Ioshkar-Ola, [98](#)
Irán, [162](#), [177](#), [270](#), [309](#)
Iraq, [269](#), [270](#), [336](#)
islam, [94](#), [95](#), [215](#), [256](#), [261](#)
Israel, [180](#), [222](#), [262](#), [263](#), [269](#)
Italia, [107](#), [161](#), [163](#), [176](#), [182](#)
Iván el Terrible, [154](#)

Japón, [26](#), [30](#), [107](#), [108](#), [161](#), [162](#), [164](#), [175](#), [177](#), [180](#), [347](#), [349](#)
Járkov, [76](#), [168](#), [169](#)
Jaruzelski, W., [271](#)
Jasaviurt, acuerdo de, [328](#)
jazz, [154](#), [188](#), [233](#)
jefes de administración, [326](#)
Jiva, [95](#)
Jodorkovski, M., [324](#)
Jónico, mar, [176](#)
Jrushchov, N., [16](#), [17](#), [53](#), [63](#), [134](#), [146](#), [191-212](#), [214-218](#), [220](#), [221](#), [223](#),
[225-229](#), [234](#), [241](#), [249](#), [254](#), [255](#), [274](#), [292](#), [349](#)
Judíos, [92](#), [156](#), [157](#), [173](#), [187](#), [215](#), [255](#), [257-260](#), [271](#)
Judíos, región autónoma de los, [92](#)
juegos olímpicos de Moscú, [271](#)

Kabardino-Balkaria, [98](#), [173](#), [213](#)
kadete, partido, [26](#), [32-36](#), [38](#), [54](#), [78](#)
Kaganóvich, L., [185](#), [191](#), [195](#), [200](#)
Kak zakalialas stal, [153](#)
Kalinin, [168](#)
Kalinin, M., [139](#)
Kaliningrado, véase Königsberg Kalmukia, [98](#), [173](#), [213](#)
Kámenev, L., [40](#), [59](#), [113-115](#), [117](#), [140](#), [141](#), [196](#)
Karachevo-Cherquesia, [173](#), [213](#)
Karakalpak, [98](#), [259](#)
Katyn, matanza de, [164](#), [178](#)

Kautsky, K., [53](#)
Kazajistán, [29](#), [94](#), [98](#), [158-160](#), [208](#), [212](#), [250](#), [251](#), [257-259](#)
Kazán, [79](#), [80](#), [98](#)
Kerch, península de, [171](#)
Kérenski, A., [36](#), [37](#), [39](#), [40](#)
KGB, véase Comité de Seguridad del Estado
Kiev, [22](#), [56](#), [76](#), [79](#), [82](#), [90](#), [98](#), [160](#), [167](#), [168](#), [175](#), [250](#), [348](#)
Kirguizistán, [94](#), [98](#), [158-160](#), [250](#), [251](#), [258](#), [259](#), [336](#)
Kírov, S., [140](#), [348](#)
Kishiniov, [98](#), [160](#)
Kishtim, accidente de, [302](#)
Kizil, [98](#)
Koestler, A., [129](#), [142](#)
Kolchak, A., [78](#), [79](#)
koljozi, véase granjas colectivas
Komí, [98](#)
Komintern, [77](#), [107](#), [112](#), [163](#), [170](#), [348](#)
Königsberg, [175](#), [177](#)
Kornílov, A., [37](#), [38](#), [40](#)
Kosiguin, A., [228](#), [229](#), [242](#), [243](#), [254](#), [296](#), [349](#)
Kozin, V., [154](#)
Kronshtadt, revuelta de, [89](#), [99](#), [348](#)
Kúibishev, V., [143](#)
kulakí, [29](#), [126-129](#), [131](#), [157](#)
Kuomintang, [108](#)
Kuriles, islas, [177](#), [349](#)
Kursk, [168](#)
Kursk, accidente de, [302](#)
Kursk, batalla de, [169](#), [348](#)
kuwaitización, [342](#)

L'agulla daurada, [170](#)
La Haya, conferencia de, [106](#)
lakerska, [189](#)
Latsis, O., [237](#)
legión checa, [78](#)

Legko li bit molo dim?, 292

lejano Oriente, 92, 116, 162, 175, 177

lengua rusa, 156, 158, 255, 256, 260

Lenin, V., 16, 29, 31, 34, 35, 38-41, 47-51, 53-60, 65, 75, 82, 90, 92, 93, 96, 97, 105, 106, 110-114, 120, 121, 123, 124, 133, 143, 145, 198, 199, 201, 290, 347, 348

Leningrado, 18, 114, 140, 164, 167-170, 188, 348

leninismo 51, 121, 123, 201, 213, 232, 284, 344

Letonia, 22, 75, 76, 80, 91, 98, 160, 161, 164, 168, 177, 250, 251, 258, 259, 261

Ley de empresas del Estado, 282, 296, 297, 350

Ley de secesión, 306, 307, 350

Líbano, 270

liberalismo, 26, 27, 48, 50, 63, 341

liberalización, 103, 154, 187, 194, 198, 212, 217, 262, 274, 287, 289, 293, 297, 313

Libia, 269

Ligachov, Y., 295, 296

Lissenko, T., 188

Literatúrnyaya Rossiya, 255

Lituania, 22, 30, 76, 82, 91, 98, 160, 164, 168, 177, 212, 250, 251, 258, 259, 261, 304, 307

Litvinov, M., 161, 163

lluvias ácidas, 241

Locarno oriental, acuerdo de, 161

Locarno, pacto de, 107

Lominadze, B., 140

Londres, 197

Lumumba, P., 222

Luxemburg, R., 60

Lvov, G., 34

Mafias, 298, 328, 329, 341

Magnitogorsk, 122

Majachkalá, 98

Majnó, N., 81

Maklakov, V., [31](#)
Malénkaya Vera, [292](#)
Malenkov, G., [185](#), [191](#), [192](#), [195](#), [200](#), [216](#)
Malia, M., [138](#)
Mamulian, R., [85](#)
Man, [98](#)
Manchuria, [177](#)
Mandelstam, N., [149](#)
Mandelstam, O., [155](#)
Mando Militar Unificado de la CEI, [320](#)
Manifest des Kommunistischen Partei [46](#)
Mao Zedong, [179](#)
maquinaria, industria de producción de, [96](#), [127](#), [172](#), [209](#), [240](#), [245](#)
Marshall, plan, [179](#), [181](#), [342](#)
Marx, K., [44-49](#), [51-53](#), [64](#), [66-68](#), [71](#), [112](#), [113](#), [120](#), [127](#), [236](#), [345](#)
marxismo-leninismo, [344](#)
Master i Margarita, [150](#)
materias primas energéticas, [220](#), [330](#), [331](#), [342](#)
Mayakovski, V., [85](#), [104](#)
medidas de confianza, [311](#)
medioambientales, problemas, [125](#), [138](#), [194](#), [240](#), [301-304](#), [310](#), [337](#), [345](#)
medios de comunicación, [68](#), [153](#), [186](#), [198](#), [230](#), [256](#), [289](#), [292](#), [325](#), [327](#)
Mediterráneo, mar, [76](#), [176](#), [221](#)
Medvédev, D., [319](#), [322](#), [323](#), [325](#)
Medvedev, R., [232](#)
Mencheviques, [26](#), [34](#), [35](#), [38-40](#), [48](#), [49](#), [54](#), [57-59](#), [83](#), [84](#), [95](#), [96](#), [118](#),
[142](#), [347](#)
Mengistu, [269](#)
Mercado, [24](#), [29](#), [37](#), [65-68](#), [88](#), [100](#), [101](#), [128](#), [134](#), [150](#), [172](#), [209](#), [220](#),
[286-288](#), [296-301](#), [315](#), [316](#), [330](#), [342](#), [343](#)
mercado sin adjetivos, [288](#)
meshchanstvo, [148](#)
metalurgia, [23](#), [25](#), [240](#)
México, [348](#)
Mijalkov, N., [234](#)
Mikoyan, A., [185](#)

minería, [25](#)
Minsk, [98](#), [160](#), [168](#), [197](#)
misiles balísticos, [222](#), [265](#), [266](#)
modernización, [29](#), [147](#), [286](#), [311](#), [315](#)
modo asiático de producción, [65](#), [67](#), [70](#)
Moldavia, [98](#), [159](#), [160](#), [175](#), [187](#), [250](#), [251](#), [258](#), [259](#), [261](#), [305](#), [320](#)
Molódaya gvardiya, [255](#)
Mólotov, V., [163](#), [164](#), [166](#), [185](#), [191](#), [192](#), [195](#), [200](#)
Mongolia, [108](#), [164](#)
Mongolia Exterior, [108](#)
Montenegro, [334](#)
Mordovia, [98](#), [258](#), [259](#)
mortalidad, [247](#)
mortalidad infantil, [249-251](#)
Moscú, [18](#), [22](#), [24](#), [29](#), [37](#), [39](#), [76](#), [77](#), [79](#), [83](#), [89](#), [93](#), [94](#), [97](#), [98](#), [104](#), [114](#),
[117](#), [139](#), [141](#), [146](#), [149](#), [151](#), [154](#), [160](#), [167](#), [168](#), [178](#), [197](#), [198](#), [216](#),
[271](#), [293](#), [294](#), [311](#), [348](#), [350](#)
Moscú, procesos de, [139](#), [141](#), [146](#), [197](#), [348](#)
Moskauer Tagebuch, [104](#)
Moskvá, río, [240](#)
movimientos de liberación, [270](#)
Mozambique, [269](#)
Mujeres, [24](#), [86](#), [147](#), [152](#), [153](#), [172](#), [186](#), [231](#), [247-249](#), [253](#), [301](#), [330](#)
multilateralismo, [316](#)
muro de Berlín, [219](#), [221](#), [280](#), [314](#), [349](#), [350](#)
muyahidín, guerrilla, [272](#)

nacional, cuestión [22](#), [26](#), [27](#), [54](#), [56](#), [77](#), [82](#), [90-94](#), [96](#), [97](#), [108](#), [109](#), [110](#),
[111](#), [125](#), [152](#), [154-157](#), [159](#), [167](#), [169](#), [177](#), [186](#), [187](#), [199](#), [212-215](#),
[232-234](#), [254-258](#), [261](#), [262](#), [270](#), [271](#), [279](#), [283-285](#), [287](#), [290](#), [292](#),
[294](#), [295](#), [302-306](#), [313](#), [317](#), [325](#), [326](#), [328](#), [332](#)
nacionalbolchevismo, [255](#)
nacionalismo ruso, [109](#), [110](#), [125](#), [154](#), [156](#), [186](#), [187](#), [214](#), [232](#), [254](#), [295](#),
[305](#), [306](#), [325](#)
nacionalización, [62](#)
Naciones Unidas, [170](#), [183](#), [271](#), [310](#), [314](#), [316](#)

Nagasaki, [180](#), [181](#)
Nagorni-Karabaj, [96](#), [304](#), [305](#), [320](#), [350](#)
Najicheván, [305](#)
Nalchik, [98](#)
narodniki, véase populismo ruso natalidad, [249](#), [301](#)
Negro, mar, [76](#), [78](#), [160](#), [168](#), [241](#)
Neizvestni, E., [198](#)
neoburocrático, proyecto, [284](#), [286](#), [288](#), [298](#)
NEP, véase Nueva Política Económica Nicolás II, [26](#), [27](#), [31](#), [33](#)
Nixon, R., [203](#), [268](#)
NKVD, véase Comité del Pueblo para Asuntos Internos
no injerencia, principio de, [179](#), [316](#)
nomenclatura, [230](#), [231](#), [248](#), [253](#), [286](#), [288](#), [298](#), [300](#), [304](#), [324](#), [330](#)
Norte, mar del, [176](#)
Noruega, [76](#), [176](#)
Noruega, mar de, [176](#)
Nove, A., [89](#), [110](#), [243](#)
novela policíaca, [233](#)
Novi mir, [198](#), [292](#)
Novocherkassk, [209](#), [349](#)
Novosibirsk, escuela de, [241](#), [242](#)
Nueva Política Económica, [16](#), [50](#), [59](#), [73](#), [86](#), [99](#), [100](#), [103-106](#), [108](#), [109](#),
[110](#), [114-116](#), [119](#), [120](#), [125-127](#), [132](#), [133](#), [135](#), [139](#), [153](#), [155](#), [185](#),
[293](#), [348](#)
nuevo orden económico internacional, [270](#), [316](#)
nuevo pensamiento, [282](#), [309](#), [317](#)
Nukus, [98](#)

Ob, río, [240](#)
Obama, B., [337](#)
obshchina, [25](#), [45](#)
Odessa, [76](#), [168](#)
Odín den Ivana Denísovicha, [198](#)
Ogárkov, N., [240](#), [272](#), [277](#)
Ogoniok, [255](#), [292](#)
OGPU, véase Dirección Política del Estado Unificada Okudyava, B., [198](#),

233

oleoductos, 245

oligarcas, 323, 324, 331

Omsk, 78

OPEP, véase Organización de Países Exportadores de Petróleo
oposición de derecha, 134, 139, 140, 348

oposición de izquierda, 63, 115, 117, 128, 133, 139, 293, 348

oposición obrera, 59, 84

Orel, 79

Organización de Países Exportadores de Petróleo, 316

Organización del Tratado del Atlántico Norte, 182, 183, 265, 271, 334, 336,
337, 350

organizaciones informales, 294

Oryonikidze, 98

Oryonikidze, G., 143

Osenni marafón, 234

Osetia del Norte, 98

Osetia del Sur, 305, 320, 337

Ostpolitik, 265

Ostrovski, N., 153

OTAN, véase Organización del Tratado del Atlántico Norte
Ottépel 198

Pacífico, océano, 22

pacto de no agresión Alemania-URSS, 107, 163, 348

Pacto de Varsovia, 64, 82, 170, 178, 217-219, 255, 262, 263, 265, 312, 315,
349, 350

Papaioannu, K., 68

parachoques de seguridad, 177, 218, 315

parcelas privadas, 149, 210, 243, 244

Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, 18, 110, 140, 197

Partido Comunista (bolchevique) de Rusia, 18, 55, 59, 84, 95, 110, 197

Partido Comunista de Checoslovaquia, 262

Partido Comunista de Indonesia, 222

Partido Comunista de Kirguizistán, 158

Partido Comunista de la Federación Rusa, 324, 325, 332

Partido Comunista de la Unión Soviética, 18, 64, 131, 169, 186, 188, 192,

195, 197, 199, 200, 205, 209, 211, 212, 225, 228-231, 239, 255, 260, 273, 279, 282, 283, 285, 287-289, 291, 293-295, 298, 305, 306, 310, 313, 315, 317, 318, 349, 350

Partido Comunista de Ucrania, 157, 255, 256, 262

Partido de los Musulmanes Comunistas, 94

Partido Liberal Democrático (Rusia), 325

Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, 18, 41, 197, 347

Partido Obrero Unificado Polaco, 260

Partido Socialista Obrero Húngaro, 314

Pasternak, B., 198, 292

Pathet Lao, 222

Paustovski, K., 198

PCUS, véase Partido Comunista de la Unión Soviética Pedro el Grande, 22, 154

pena de muerte, 59, 60

pensiones, 210, 330

pequeño-burguesía, 58, 93

perestroika, 17, 242, 251, 252, 279, 280, 282, 284, 285, 288, 289, 293, 296, 302, 304, 306, 311-313, 316, 326

Pereyáslav, tratado de, 212

Pérsico, golfo, 276

Perú, 269

pesticidas, 25, 75, 77, 149, 241, 245, 294

Petrogrado, 18, 31, 32, 34, 37-41, 56, 75, 76, 79, 80, 83, 84, 89, 197

petróleo, 25, 88, 96, 169, 172, 185, 207, 210, 245, 315, 330, 334, 342

Petrozavodsk, 98

Piatakov, G., 141

Pilniak, P., 155

Pilsudski, J., 107, 116

planes quinquenales, 133, 135-137, 148, 154, 157, 161, 184, 206, 210, 243, 348, 349

planificación centralizada, 65, 66, 123, 134, 135, 204, 227, 236, 240, 241, 296-298

población activa, 135, 137, 249, 253

Podgorni, N., 228, 229, 254

policía, véase, seguridad, servicios de Politburó, 84, 191, 229, 260, 273,

350

Polonia, 22, 24, 26, 30, 32, 75, 76, 82, 91, 97, 106, 107, 116, 158, 161, 163-165, 168, 170, 175-178, 213, 217-219, 259, 260, 263, 265, 271, 309, 314, 334, 348, 350

Popov, Y., 233

populismo ruso, 26, 37, 45, 49, 345

Porkkala, 217

Port Arthur, 180

Portugal, 269

POSDR, véase Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia

Potsdam, conferencia de, 167, 175, 349

Povest o yizni, 198

Poznan, revuelta de, 218

Praga, 264

Pravda, 226, 263

Precios, 29, 34, 127, 129, 134, 148, 204, 207, 209, 220, 236, 238, 242, 243, 245, 297, 298, 300, 316, 321, 330, 331, 334

Preobrayenski, Y., 57, 110, 115

presidencialismo, 323

Presidium, 191, 192, 200

primavera de Praga, 263

Primera Guerra Mundial, 21, 22, 30, 183, 213, 347

productividad, 70, 71, 88, 100, 103, 130, 149, 184, 235, 238, 243, 244, 297, 299, 300

Prokófiev, S., 188

proletariado, 22, 26, 34, 46, 50-52, 54, 57, 58, 60, 61, 64, 71, 81, 83, 85, 102, 104, 112, 114, 115, 145, 147, 153, 154, 280

Proletkult, 104

propiedad colectiva, 63, 65

propiedad privada, 65, 67, 73, 108, 315

propiedad, régimen de, 45, 46, 62, 63, 65, 67, 70, 71, 73, 80, 86, 108, 130, 215, 235, 288, 297, 315

pruebas nucleares, 221, 311

pueblo soviético, 214, 254, 256, 304, 349

purgas, 139, 143, 145, 149, 150, 153, 157, 158, 166, 178, 188, 191, 194, 195, 196, 198

Putin, V., [319](#), [322-325](#), [327](#), [331](#), [333-335](#)
química, industria, [25](#), [136](#), [206](#), [207](#), [211](#), [238](#), [240](#)

Rabá liubvi, [234](#)
Radakov, A., [87](#)
Radek, K., [59](#), [75](#), [115](#), [141](#)
Rakosi, M., [218](#)
Rapallo, tratado de, [107](#)
Rasputin, V., [233](#)
RDA, véase República Democrática Alemana Reagan, R., [275](#)
realismo socialista, [153](#), [188](#), [198](#), [233](#), [234](#)
reciclaje de la nomenclatura, [286](#), [304](#)
reconversión de la industria militar, [300](#), [312](#)
reconversión industrial, [300](#), [312](#), [330](#)
reducciones unilaterales de fuerzas, [283](#),
Reed, J., [40](#)
reforma Kosiguin, [242](#), [243](#), [296](#)
Reiman, M., [117](#)
Reino Unido, [80](#), [107](#), [108](#), [116](#), [161-163](#), [165](#), [175](#), [183](#), [222](#), [337](#)
Religión, [106](#), [157](#), [158](#), [167](#), [212](#), [215](#), [232](#), [261](#), [271](#), [293](#), [303](#), [304](#), [341](#),
[343](#), [344](#)
repartidización, [205](#)
República Checa, [334](#)
República Democrática Alemana, [176](#), [177](#), [179](#), [183](#), [217](#), [218](#), [221](#), [265](#),
[314](#)
República Dominicana, [262](#)
República Federal de Alemania, [176](#), [183](#), [215](#)
República Socialista Federativa Soviética de Rusia, [18](#), [96](#), [97](#), [159](#)
repuestos, [209](#), [244](#)
requisamientos, [81](#), [88](#), [99](#), [127](#), [129](#), [130](#)
revisión de la historia, [142](#), [292](#), [295](#)
revolución burguesa, [34](#)
revolución de 1905, [24](#), [26](#), [27](#), [29](#), [31](#), [109](#), [347](#)
revolución de Febrero de 1917, [31](#), [42](#), [291](#), [347](#)
revolución de octubre de 1917, [16](#), [18](#), [36](#), [38](#), [42](#), [43](#), [47](#), [49](#), [52](#), [55](#), [56](#), [58-](#)
[61](#), [63](#), [65](#), [70](#), [71](#), [73](#), [78](#), [90](#), [99](#), [103](#), [121](#), [123](#), [124](#), [146](#), [150](#), [152](#),

291, 322, 340, 344, 347
revolución desde arriba, 131
revolución francesa, 344
revolución permanente, 109, 110
revoluciones de colores, 336
Reykjavik, cumbre de, 310, 350
Ribakov, A., 292
Riga, 98, 160
Riga, tratado de, 82, 106
Ríkov, A., 115, 134, 135, 139, 141, 196
Riutin, M., 140
Rizhkov, N., 290
rock, 233
Roig, M., 170
Roosevelt, F. D., 173
Rostov, 168
Rostov-na-Donú, 169
Rumania, 75, 76, 107, 161, 168, 176, 177, 179, 217-220, 263, 305, 314, 348
rural, mundo, 23, 24, 45-47, 92, 103, 124, 148, 173, 233, 244, 248, 252
ruralismo, 233
Rusia, 16, 18, 22, 23, 23, 26, 30, 31, 35, 38, 44-49, 52, 55, 56, 70, 75, 77, 80, 83, 84, 90, 92, 95-99, 104, 109, 110, 112, 113, 120, 124, 125, 131, 140, 143, 155, 159, 160, 178, 197, 208, 212, 213, 233, 247, 250, 251, 256, 259-261, 304, 306, 319, 320, 321-323, 325, 326, 328-334, 336, 337, 339-343, 347, 354
Rusia Unida, 325
rusificación, 92, 158, 208, 213
Ruslánova, L., 154
ruso-japonesa, guerra, 26, 30
Rybach, península de, 164

Sajalín, isla de, 177
Sájarov, A., 232, 290, 308, 350
salarios, 62, 102, 147, 149, 172, 186, 207, 242, 244, 248-250, 253, 297, 332
SALT-1, acuerdo, 265, 266, 350
SALT-2, acuerdo, 271, 272, 350

samizdat, [232](#), [294](#)
San Petersburgo, [18](#), [22](#), [24](#), [27](#), [45](#)
sanidad, [134](#), [247](#), [253](#), [330](#)
sanitario, sistema, [131](#), [210](#), [249](#)
Saransk, [98](#)
Saratov, [168](#)
Schekino, sistema, [243](#)
Sebastópolis, [168](#)
secesión, derecho de, [90](#), [96](#), [258](#), [283](#), [306](#), [307](#), [309](#), [350](#)
Secretariado del Comité Central del PCUS, [229](#)
Segunda Guerra Mundial, [16](#), [158](#), [159](#), [163](#), [165](#), [167](#), [168](#), [171](#), [175](#), [176](#),
[177](#), [179-181](#), [183](#), [215](#), [233](#), [247](#), [249](#), [253](#), [262](#), [265](#), [272](#), [315](#), [317](#)
seguridad, servicios de, [191](#)
Selassie, H., [269](#)
Semipalátinsk, polígono de, [302](#)
semipresidencialismo, [322](#)
Serbia, [76](#), [334](#), [350](#)
servicio militar, [24](#), [260](#)
servicios, [25](#), [45](#), [134](#), [148](#), [185](#), [235-237](#), [242](#), [248](#), [249](#), [253](#), [287](#), [300](#)
Shakespeare, W., [126](#)
Shanin, T., [44](#)
Shatalin, plan, [283](#), [298](#)
Shelest, P., [256](#), [257](#)
Shevardnadze, E., [284](#), [316](#)
Shevchenko, accidente de, [302](#)
Shólojov, M., [155](#)
Shostakóvich, D., [188](#)
Siberia, [29](#), [80](#), [83](#), [129](#), [136](#), [171](#), [208](#), [241](#), [245](#)
siderurgia, [136](#)
Siktivkar, [98](#)
sindicatos, [24](#), [37](#), [43](#), [55](#), [57-59](#), [63](#), [80](#), [83](#), [84](#), [89](#), [102](#), [143](#), [150](#), [201](#),
[211](#), [235](#), [271](#), [276](#), [294](#)
Siniavski, A. k 232, [349](#)
Sinkiang, [108](#)
sionismo, [180](#), [255](#)
Siriak 269, [270](#)

Sirtsov, S., [140](#)
Smilga, L, [115](#)
Smolensk, [167](#), [168](#)
soberanía limitada, doctrina de la, [263](#), [314](#)
socialdemocracia, [63](#), [263](#), [265](#)
socialismo, [47-54](#), [66](#), [68](#), [69](#), [71](#), [89](#), [101](#), [104](#), [105](#), [109-111](#), [113](#), [120](#),
[138](#), [153](#), [213](#), [218](#), [255](#), [262](#), [263](#), [266](#), [288](#), [301](#), [311](#), [345](#)
socialismo científico, [54](#)
socialismo con rostro humano, [262](#)
socialismo de mercado, [297](#)
socialismo en un solo país, [63](#), [65](#), [77](#), [106](#), [109](#), [110](#), [112](#), [120](#), [164](#), [348](#)
socialistas revolucionarios, [26](#), [27](#), [34](#), [35](#), [37-40](#), [49](#), [54](#), [56-59](#), [75](#), [78](#), [83](#),
[84](#), [95](#), [142](#)
socialistas revolucionarios de derecha, [40](#), [54](#), [58](#), [59](#)
socialistas revolucionarios de izquierda, [54](#), [56-59](#), [75](#)
socialización, [62](#), [71](#), [249](#), [288](#)
sociedad civil, [55](#), [291](#), [306](#), [339-342](#)
Sociedad de Naciones, [107](#), [161](#), [163](#), [164](#), [348](#)
Solidarnosc, [271](#), [314](#)
Solzenitsin, A., [198](#), [232](#), [292](#), [306](#), [349](#), [350](#)
Somalia, [269](#)
soviet de Petrogrado, [32](#), [37](#), [38](#), [40](#), [84](#)
Soviet Supremo, [229](#), [289](#), [350](#)
soviets, [27](#), [34](#), [36](#), [39](#), [40](#), [43](#), [55-57](#), [59](#), [60](#), [63](#), [75](#), [84](#), [89](#), [102](#), [117](#), [118](#),
[276](#), [289](#), [347](#)
sovjozi, véase granjas estatales *sovnarjozi*, [205](#), [206](#), [211](#), [242](#)
Sovnarkom, véase Consejo de Comisarios del Pueblo
Soyuz 9, [267](#)
Stajánov, A., [149](#), [154](#)
Stalin, I., [16](#), [51](#), [69](#), [94](#), [96](#), [100](#), [104](#), [109-111](#), [113-117](#), [119-121](#), [124](#), [125](#),
[128](#), [131-133](#), [138-143](#), [145](#), [146](#), [151](#), [154](#), [155](#), [165-167](#), [169](#), [173](#),
[175](#), [179](#), [181-188](#), [191](#), [192](#), [193](#), [195](#), [196](#), [198](#), [204](#), [212](#), [215](#), [216](#),
[223](#), [226-228](#), [245](#), [344](#), [348](#), [349](#)
Stalingrado, [168](#), [169](#), [198](#), [348](#)
Stolipin, P., [28](#), [29](#), [31](#), [347](#)
subempleo, [301](#)

subvenciones, [235](#), [252](#), [297](#), [298](#), [300](#)

Suecia, [76](#), [176](#)

Suez, crisis de, [222](#)

suficiencia razonable, principio de, [311](#)

Sujánov, N., [40](#)

Sujumi, [98](#)

Sukarno, A., [262](#)

Sultán-Galiev, M., [94](#)

Sumgait, [350](#)

Sun Yat-sen, [108](#)

Sverdlovsk, [250](#)

Taiwán, [223](#)

taiwanización, [342](#)

Tallin, [98](#), [160](#)

Tarkovski, A., [198](#)

Tartaria, véase Tatarstán tártaro-bashkiria, república, [94](#)

tártaros, [258](#)

tártaros de Crimea, [22](#), [173](#), [215](#), [255](#), [305](#)

Tashkent, [98](#), [160](#)

Tatarstán, [94](#), [97](#), [98](#), [158](#), [326](#)

Tayikistán, [94](#), [98](#), [157-160](#), [250](#), [251](#), [258](#), [259](#), [320](#)

taylorismo, [85](#), [102](#)

Tbilissi, [98](#), [160](#)

tecnología, [23](#), [75](#), [133](#), [147](#), [185](#), [204-206](#), [237](#), [238](#), [240](#), [242-245](#), [266](#),
[280](#), [287](#), [299](#), [300](#), [313](#), [332](#), [342](#)

Teherán, conferencia de, [173](#), [175](#), [348](#)

teléfonos, [252](#)

televisión, [233](#), [234](#)

telón de acero, [182](#)

Tercer Mundo, [215](#), [216](#), [222](#), [223](#), [228](#), [269](#), [270](#), [275](#), [315](#), [316](#), [342](#)

Tercera Internacional, véase *Komintern* Tercera Roma, [48](#)

tercermundización, [342](#)

terratenientes, [29](#), [246](#)

terror de masas, [60](#), [62](#), [82](#), [83](#), [119](#), [120](#), [124](#), [133](#), [141](#), [146](#), [158](#), [192](#), [194](#),
[228](#)

terrorismo, [141](#)
textil, industria, [23](#), [136](#), [172](#), [207](#)
The Invisible Writing, [129](#)
tiendas especiales, [149](#), [231](#)
tierras vírgenes, campaña de las, [208](#), [211](#), [212](#), [349](#)
Tiflis, véase Tbilissi *Tiji Don*, [155](#)
Tíjonov, N., [244](#)
Tiomkin, D., [85](#)
Tirreno, mar, [176](#)
Tito, [179](#), [192](#)
Tolstoi, A., [85](#)
Tomski, M., [139](#), [143](#)
totalitarismo, [64](#), [68](#), [69](#), [166](#)
trabajadores, [24](#), [27](#), [34](#), [37](#), [53](#), [54](#), [66](#), [70](#), [71](#), [73](#), [74](#), [82](#), [84](#), [86](#), [88](#), [89](#),
[90](#), [94](#), [114](#), [139](#), [147-149](#), [172](#), [184](#), [201](#), [210](#), [211](#), [218](#), [235](#), [243](#),
[248](#), [301](#), [330](#)
tractores, [185](#)
transporte, [24](#), [88](#), [135](#), [138](#), [149](#), [209](#), [244](#), [343](#)
Tratado de la Unión, [96](#), [283](#), [284](#), [306](#), [307](#), [318](#)
Tratado de No Proliferación Nuclear, [264](#)
tratado de reducción de fuerzas convencionales, [311](#)
Trifonov, Y., [233](#)
Trotski, L., [39](#), [40](#), [50](#), [51](#), [53](#), [59](#), [62-66](#), [81](#), [85](#), [93](#), [100](#), [104](#), [109](#), [110](#),
[113-115](#), [117](#), [123](#), [140-143](#), [164](#), [196](#), [293](#), [348](#)
trueque, economía de, [237](#), [329](#)
Truman, H., [181](#)
Tsereteli, I., [154](#)
Tsvetáyeva, M., [155](#)
Tujachevski, M., [143](#)
Tula, [168](#)
turcos mesjetas, [173](#), [215](#), [305](#)
Turkmenistán, [98](#), [157](#), [139](#), [160](#), [250](#), [251](#), [258](#), [259](#)
Turquestán, [94](#), [95](#)
Turquía, [75](#), [76](#), [106](#), [108](#), [161-163](#), [173](#), [176](#), [182](#), [215](#)
Tuvá, [98](#)
Tvardovski, A., [198](#)

Ucrania, 22, 26, 54, 56, 75-77, 80-82, 90-92, 94, 96-98, 116, 156, 157, 158-160, 164, 167, 169, 173, 175, 187, 208, 209, 212, 213, 215, 241, 247, 250, 251, 255-261, 292, 294, 303, 304, 306, 307, 318, 321, 330, 336, 347

Ucrania subcarpática, [175](#)

udárniki, [149](#)

Udmurtia, [98](#)

Ufá, [98](#)

Ulán-Udé, [98](#)

Uliánov, V., véase Lenin, V.

Un notario español en Rusia, [104](#)

Uniata, Iglesia, [187](#)

Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia, [96](#)

Unión Europea, [336](#)

universitaria, enseñanza, [152](#), [157](#), [253](#)

Ural, cuenca del, [94](#)

Urales, cordillera de los, [39](#), [171](#), [241](#)

urbanización, [70](#), [147](#), [227](#), [247](#)

Uspénskaya, L., [85](#)

Ustinov, D., [272](#)

Uzbekistán, [94](#), [98](#), [158-160](#), [250-252](#), [258](#), [259](#)

Varsovia, 76, 79, 348

Vechecká, [60](#)

Versalles, tratado de, [162](#)

Vesenja, véase Consejo Supremo de la Economía Nacional *vídviyentsi*, [145](#)

Vietcong (Vietnam), [222](#)

Vietnam, [223](#), [262](#), [263](#), [265](#), [269](#), [271](#), [349](#)

Vilna, [98](#), [160](#)

Visotski, V., [198](#), [233](#)

Vístula, río, [97](#)

viviendas, [30](#), [102](#), [134](#), [148](#), [149](#), [211](#), [231](#), [242](#), [250](#), [252](#), [312](#), [332](#)

Vlorë, [218](#)

Voinóvich, V., [233](#)

Volga, cuenca del, [30](#), [78](#), [83](#), [94](#), [99](#), [129](#), [171](#), [173](#), [212](#), [240](#)

Volgodonsk, accidente de, [302](#)

Volgograd, [169](#), [198](#)

Von Ribbentrop-Mólotov, pacto, [163](#), [164](#), [166](#)

Voronezh, [168](#)

Voroshilov, K., [200](#)

Voznesenski, A., [198](#)

Witte, S., [22](#)

Yakutia, [98](#)

Yakutsk, [98](#)

Yalta, conferencia de, [167](#), [175](#), [218](#), [264](#), [272](#), [349](#)

Yazhkov, [132](#)

Yekaterinoslav, [348](#)

Yeltsin, B., [284](#), [293](#), [294](#), [306](#), [319](#), [322](#), [323](#), [323](#), [326](#), [332](#), [335](#), [340](#), [330](#)

Yerevan, [98](#), [160](#)

Yerofeyev, V., [233](#)

Yevtushenko, Y., [198](#)

Yirinovski, V., [325](#)

yirinovskización, [326](#)

Yívkov, T., [314](#)

Yudénich, N., [79](#), [80](#)

Yugoslavia, [176-179](#), [192](#), [193](#), [213](#), [215](#), [218](#), [223](#), [312](#), [349](#)

Yúkov, G., [169](#), [186](#), [200](#), [217](#)

Yúshenko, V., [321](#)

Zamiatin, Y., [155](#)

zarismo, [25-27](#), [30-32](#), [41](#), [46](#), [48](#), [50](#), [57](#), [80](#), [81](#), [90](#), [99](#), [109](#), [143](#), [146](#),
[147](#), [158](#), [255](#), [295](#), [344](#), [347](#), [348](#)

Zasúlích, V., [45-47](#)

Zhdánov, A., [185](#), [187](#), [188](#)

Zinóviev, A., [40](#), [59](#), [113-115](#), [117](#), [140](#), [141](#), [196](#)

Zoshchenko, M., [188](#)



CARLOS TAIBO ARIAS (Madrid, 12 de mayo de 1956). Escritor, editor y profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Autónoma de Madrid.

Carlos Taibo es firme partidario del movimiento antiglobalización, del decrecimiento, de la democracia directa y del anarquismo. Suya es la frase «La globalización avanza hacia un caos que escapa a todo control». Ha criticado duramente la lógica del crecimiento económico, desligándolo del progreso y bienestar, debido a que el crecimiento económico afecta a todas las esferas: social, económica, política... El sistema actual asocia este crecimiento con el progreso y bienestar, relación cuestionada habitualmente por los críticos del capitalismo.